

JUAN CARLOS BOÍZA LÓPEZ



EL LIBRO
DE
TOTH

La novela que desvela la historia del libro
más poderoso jamás escrito

"Basada en hechos históricos reales"

JUAN CARLOS BOÍZA LÓPEZ
EL LIBRO DE TOTH

PRÓLOGO

Siglo XIII antes de Cristo.

En algún lugar de Egipto...

1

A pesar de la intensa luz plateada de la luna llena, sólo un observador muy avezado hubiese sido capaz de distinguir el grupo de jinetes que avanzaba raudo entre las dunas del desierto. Era un grupo pequeño, formado por apenas una docena de hombres fuertemente armados. Habían envuelto en lino los cascos de los caballos para amortiguar en lo posible el sonido del galope e iban embozados en telas oscuras lo que, unido al color negro de sus monturas, los hacía virtualmente invisibles en la oscuridad de la noche.

Pronto se dibujó frente a ellos el perfil abrupto de una enorme montaña con forma de herradura. El jinete situado a la cabeza levantó la mano haciendo que la marcha se detuviese de inmediato. Todos los hombres descabalaron rápidamente y, tomando con fuerza las riendas de los animales, reanudaron el camino a pie.

A medida que se acercaban, la mole granítica fue haciéndose cada vez mayor hasta alcanzar dimensiones colosales. El grupo se detuvo de nuevo, mientras dos exploradores se adelantaban hasta llegar al pie de la pared casi vertical situada frente a ellos. Tras unos minutos, en que tantearon la piedra en busca de marcas sólo visibles a sus ojos entrenados, indicaron una dirección y todos se dirigieron hacia el lugar señalado. Se trataba de una hendidura oculta en la pared y, aparentemente, demasiado pequeña para albergar nada importante en su interior. Sin embargo, al acercarse descubrieron que en realidad se trataba de un efecto óptico que, salvo a muy corta distancia, hacía inapreciable la entrada, cincelada tras la roca, de un angosto camino que se adentraba en las entrañas de la montaña. Pegando sus cuerpos a la pared, iniciaron la marcha hacia su interior con enormes precauciones.

Mientras avanzaban, un tenue resplandor verdoso empezó a brillar a su alrededor, a la vez que un murmullo ininteligible parecía surgir de las profundidades. Las paredes irregulares del camino fueron ensanchándose hasta llegar a una enorme puerta de piedra labrada flanqueada por dos grandes esculturas. Se trataba de unas imponentes figuras de mármol que representaban a dos babuinos agachados, a los que las manos del artista habían dotado de un realismo abrumador. Estaban envueltos en una extraña bruma esmeralda que acrecentaba la ferocidad de sus rasgos.

El hombre situado a la cabeza y que dirigía la incursión se volvió preocupado hacia el guerrero que le escoltaba.

—¡Nagada! —susurró—, esto no me gusta. Debería haber guardianes.

—Mi señor Ramsés —respondió el segundo hombre, agachando levemente la cabeza en señal de reverencia—. El sacerdote Ahhotep es ahora más poderoso que nunca y siempre ha sido muy orgulloso. Es probable que piense que su magia es suficiente para protegerle. Me acercaré con dos de mis guardias hasta la entrada y comprobaré si es segura.

El hombre llamado Nagada se irguió por completo abandonado el refugio de la roca, haciendo un gesto a dos de los hombres para que se acercaran a la puerta situada frente a ellos. En el preciso instante en que los hombres empezaron a empujar la losa granítica, un sutil cambio se produjo en las estatuas de los simiescos guardianes mientras el resplandor verde que los envolvía desaparecía súbitamente.

Nagada gritó a los hombres que retrocedieran, pero su aviso llegó demasiado tarde. Animados en su pétreo esencia por un halito de vida maligno, los animales hasta ahora inertes comenzaron a moverse atacando a los desprevenidos guerreros con velocidad cegadora. Uno de ellos cercenó la cabeza del hombre más cercano a él de un simple zarpazo, mientras el otro se arrojaba ferozmente sobre la garganta del segundo hombre, destrozándole el cuello y empapando sus artificiales mandíbulas en su sangre caliente. Las desprevenidas víctimas del brutal ataque no llegaron a proferir grito alguno; su muerte fue inmediata.

Todo terminó tan súbitamente como había comenzado. Las dos figuras monstruosas recuperaron su postura original y de nuevo la bruma verde surgió de su interior envolviéndolas, a la vez que su antinatural vida se apagaba. Tan sólo algunos regueros de sangre sobre la fría roca quedaron como muda denuncia de lo que acababa de ocurrir.

Nagada contempló la escena impotente. Con mirada ensombrecida observó los cuerpos de los dos guerreros que acababa de mandar a la muerte.

—¡Está utilizando el libro! —Ramsés se había levantado y avanzaba con paso firme hacia él— ¡Debemos entrar y acabar con esto!

—¡Engendrado por Ra y amado de Amón! —exclamó de inmediato Nagada— Sois el Faraón y vuestra vida es tan valiosa para Egipto como la luz del sol y las crecidas del Nilo para las cosechas. Os ruego que no os acerquéis más. Nadie debe tocar esa puerta. Ya han muerto dos hombres por ello, sólo yo me enfrentaré a las bestias.

El Faraón le miró fijamente a los ojos durante un instante para a continuación, orgulloso, retroceder de nuevo hacia el abrigo de las rocas.

Nagada se encaró de nuevo a la puerta evaluando sus posibilidades en una lucha frente aquellos temibles guardianes. Se despojó de la capa que le envolvía con lentitud, dejando al descubierto su torso desnudo. El color negro de su piel sólo se veía interrumpido por un gran tatuaje situado en el pecho con la imagen de un Ibis coronado por una media luna. Diversas cicatrices, algunas de ellas difícilmente compatibles con la vida, demostraban con claridad su casta guerrera. Tenía la cabeza completamente rapada y un rostro anguloso y alargado con grandes ojos azulados de mirada despiadada.

Con cuidada suavidad desenvainó dos anchas espadas curvas que mantenía ocultas en sendas fundas de piel cruzadas en su espalda y sujetas por correas a su pecho. Contempló con fascinación como el brillo verdoso se reflejaba en el filo acerado de sus hojas. Se acercó lentamente a la puerta consciente de que, en el momento en que la tocase, aquellas monstruosidades cobrarían de nuevo vida y se arrojarían sobre él. Había combatido al servicio de Egipto en innumerables batallas y en algunas de ellas se había enfrentado a criaturas mágicas. Siempre habían sido combates a los que había sobrevivido más por astucia que por la fuerza bruta. Había aprendido, con dureza que atestiguaban sus cicatrices, que todo acto de magia tenía una puerta trasera; una debilidad oculta que permitía al propio mago que animaba aquellas aberraciones poder controlarlas en caso de que se volviesen contra él. Encontrar aquel punto débil era la única manera de sobrevivir.

Sin dejar de vigilar a los mortales guardianes, acercó su cuerpo hasta colocarse a tan sólo unos centímetros de la puerta. Examinó entonces cuidadosamente los grabados de colores intensos que cubrían cada centímetro de su superficie. Se trataba de un mensaje en lenguaje jeroglífico, aparentemente muy sencillo, de tan sólo unas pocas palabras:

«Sólo los ojos de Dyehuty pueden contemplar lo que hay tras esta puerta»

No parecía que aquellas palabras escondiesen otra cosa que el preceptivo mensaje de respeto al Dios de la sabiduría por lo que, tras comprobar minuciosamente cada uno de los grabados y dibujos, Nagada llegó a la conclusión de que no encontraría allí un sistema para evitar el ataque de los guardianes. Resignado, tras encomendarse a la protección de los dioses, decidió enfrentarse a las bestias con la esperanza de encontrar la manera de derrotarlas durante la lucha.

Empujó la puerta con firmeza a la vez que saltaba hacia atrás, procurándose una postura ventajosa para el enfrentamiento. Los babuinos, como la vez anterior, cobraron vida inmediatamente. Abandonando su posición, avanzaron hacia él mostrando sus dientes amenazadoramente. El hecho de que de sus gargantas de piedra no surgiese el rugido, que debería

haber acompañado a su demostración de fuerza, no hizo otra cosa que contribuir a aumentar el terror antinatural de su presencia.

Nagada no tuvo la suerte que esperaba, las dos bestias atacaron simultáneamente. Levantando sus espadas golpeó en primer lugar al animal más cercano para evitar que alcanzase su garganta. Su espada le alcanzó con fuerza en la cabeza, pero el mármol resistió el golpe resultando en una lluvia de chispas. Afortunadamente, consiguió desviar el ataque de la bestia que cayó al suelo sin alcanzarle. Con el segundo animal Nagada no tuvo el mismo éxito, su espada apenas le rozó y la bestia consiguió atrapar en sus fauces de piedra su antebrazo. Un dolor lacerante atravesó su sistema nervioso mientras la férrea mandíbula se cerraba sobre él con fuerza, destrozando músculos y nervios a su paso y amenazando con fracturar el hueso. Nagada, con la sangre fría propia de un combatiente avezado, logró controlar el lacerante dolor. Con el brazo libre golpeó las fauces cerradas como un cepo, consiguiendo fracturar algunos dientes del falso animal que, confundido, soltó finalmente su presa.

Los dos animales retrocedieron situándose de nuevo frente a él. Nagada les miró a los ojos de forma desafiante, consciente de que pronto realizarían un segundo ataque al que le sería mucho más difícil sobrevivir. Al fijarse en el brillo inhumano que surgía de las esmeraldas que ocupaban el lugar de los ojos de las bestias, recordó repentinamente la inscripción de la puerta y empezó a intuir su significado. Con una sonrisa aparentemente poco adecuada dibujada en su rostro, Nagada soltó sus espadas y se arrojó sobre los babuinos. Éstos, sorprendidos por el ataque, dudaron lo suficiente en su respuesta para que Nagada lograra alcanzar a uno de ellos, aferrándose con toda la fuerza de la que era capaz a su cuello. Con rapidez, cogió de su cinturón de piel de cocodrilo una pequeña daga, con la que de inmediato extrajo las dos gemas que hacían las veces de ojos de la fiera. El animal quedó bruscamente paralizado, como si toda su extraña vitalidad proviniese de aquellas pequeñas esferas minerales. Mientras tanto, el segundo guardián lanzó un fuerte zarpazo en la espalda del Nagada sin que éste pudiese evitarlo. Notó como su sangre caliente brotaba en abundancia mientras se giraba para enfrentar el nuevo ataque. Sin pensar en la terrible herida que acababa de sufrir, se arrojó con rapidez sobre la fiera restante sujetando su cuello de igual forma que hiciese con la primera. Con increíble precisión logró de nuevo extraer los dos ojos del babuino, consiguiendo de esta forma que la vida abandonase al animal.

Cuando el segundo guardián quedó inerte, Nagada cayó de rodillas al suelo intentando recuperarse del enorme esfuerzo realizado. El resto de hombres, al ver concluido el enfrentamiento, salieron a su encuentro abandonando su refugio en las rocas.

—¡Vendadle de inmediato las heridas! —ordenó el Faraón, acercándose hasta la figura arrodillada de Nagada— Una vez más has servido bien a la Casa Real. Tu gesta será recordada.

—Doy gracias a los dioses porque me permitan seguir sirviéndoos mi Señor —repuso Nagada, mientras dos hombres le vendaban las heridas del brazo y de la espalda, utilizando jirones de tela de su propia capa con la habilidad propia de médicos entrenados en heridas de combate.

—¿Cómo has sabido que quitándoles los ojos les abandonaría la vida? —preguntó intrigado el Faraón.

—Por la inscripción. Los babuinos son la encarnación de Dyehuty, ya que es su alma inmortal la que les anima. Por tanto, son necesarios sus ojos para cruzar el umbral de la puerta.

Nagada se levantó rechazando la ayuda de los médicos. Se acercó con lentitud a la puerta, mostrando al Faraón las gemas extraídas de las cuencas de los ojos, ahora vacías, de las estatuas de los babuinos y, con habilidad, engastó dos de ellas en unos pequeños orificios disimulados entre los grabados de la piedra y situados a los lados de los jeroglíficos. El sonido de la arena al derramarse les anunció que el mecanismo de la entrada se había activado. Levantada por un contrapeso oculto, la piedra comenzó a ascender con suavidad asombrosa dejando la entrada franca.

3

Frente a ellos se abría un pasillo ricamente decorado con frescos de colores brillantes y perfectamente iluminado con lámparas de aceite situadas en las paredes. De las profundidades llegaba con claridad un murmullo de voces que parecían seguir algún tipo de cadencia rítmica.

Avanzaron con precaución por el complejo subterráneo sin encontrar resistencia alguna hasta alcanzar la sala principal. Lo primero que vieron fueron dos estatuas de tamaño natural del Dios Anubis, representado como un hombre con cabeza de chacal, que daban acceso a una enorme sala completamente iluminada. Cruzaron entre las figuras de madera, recubiertas con resina negra y láminas de oro, hasta llegar frente a un gran sarcófago dorado situado en medio del amplio recinto que había sido acondicionado a modo de altar improvisado. Delante de él se distinguían las figuras de tres sacerdotes vestidos con finas ropas de lino blanco y completamente rapados. Sólo la figura central llevaba sobre sus hombros, como distintivo de su dignidad de Sumo Sacerdote de Amón, una piel de leopardo. Se trataba de Ahhotep, que miraba a los recién llegados con gesto desafiante.

—Veo que tu perro kushita ha derrotado a los guardianes —les interpeló el sacerdote, aparentemente poco impresionado ante su llegada, dirigiéndose directamente al Faraón, al que había reconocido de inmediato a pesar de que llevaba el rostro parcialmente oculto por una capa oscura similar a la del resto de guerreros.

El Faraón se adelantó al grupo acercándose al sacerdote con una cautela extraña en quien era el orgulloso rey de todo Egipto.

—¡Ahhotep! —gritó con fuerza Ramsés—. Te ordeno que interrumpas el ritual. No comprendes las fuerzas que estás desatando.

—Claro que las comprendo —respondió insolentemente el sacerdote—. También comprendo otras cosas; como que tú, el Faraón Ramsés II, no eres más que un farsante. No eres un Dios, sólo eres un hombre que se cree en el derecho de poseer el poder de los dioses.

Nagada levantó sus espadas en alto dispuesto a atacar, sólo para verse frenado por las manos del Faraón.

Ramsés avanzó hasta situarse frente al sacerdote, despojándose de su capa y dejando al descubierto su rostro. Era un hombre mayor de piel ennegrecida y arrugada. El pelo de su cabeza hacía tiempo que había desaparecido dejando tan sólo unos vestigios en la coronilla, que llevaba teñidos de color rubio. Su nariz aguileña estaba acompañada por unos pequeños ojos oscuros que brillaban con la luz de la astucia.

—Sí, soy un hombre. Soy el hijo del Faraón Sethy I y soy Faraón porque así lo quiso mi padre cuando Nebchasetnebet, mi hermano mayor, murió. Fui corregente desde los catorce años y a los dieciséis ya mandaba el ejército. He sido educado en las ciencias y las artes por los mayores sabios y he luchado en más batallas de las que puedo recordar. Soy el elegido de Ra y el defensor de Egipto —Ramsés fue elevando su tono de voz con indignación— ¿Qué te hace suponer, que si yo he renunciado al poder del libro, tú, un simple sacerdote de Amón, eres más digno que yo de poseerlo? No podrás controlar nunca su poder igual que yo no he podido durante todos estos años.

Ahhotep levantó sus manos sosteniendo en ellas un enorme cofre dorado del que un pulsante resplandor verdoso emanaba con intensidad.

—Aún no lo entiendes —repuso el sacerdote, sosteniendo con fuerza la mirada del Faraón— ¡Ya controlo parte de su poder!

Con voz casi inaudible, Ahhotep comenzó a recitar un extraño cántico en el que fue secundado por los dos sacerdotes situados a su lado. El brillo que emanaba del cofre que contenía el libro comenzó a crecer hasta envolver toda la estancia con su luz enfermiza. De entre los enormes bloques de piedra perfectamente engastados de las paredes, empezaron a surgir pequeñas hebras verdosas, que fueron agrupándose poco a poco hasta formar tentáculos imposibles. La voz de Ahhotep resonó con un grito ronco en el momento en que aquellas lianas demoníacas atacaron.

Nagada dio órdenes inmediatas de agruparse en posición defensiva en el centro de la sala mientras los tentáculos les rodeaban. Los soldados, pues tales eran y no simples guerreros,

desenvainaron sus espadas y comenzaron una lucha desesperada. Sus mandobles tuvieron poco efecto. A pesar de su color verde, aquellas hebras no tenían un origen vegetal, sino que, al igual que los babuinos guardianes de la entrada, estaban constituidas por la misma sustancia de la que provenían; el duro mármol de las canteras de Asuán. Pronto algunos hombres vieron impotentes cómo se enroscaban alrededor de sus extremidades comenzando a ejercer una presión mortal. Los gritos de dolor inundaron la sala mientras brazos y piernas eran cercenados sin piedad.

Mientras tanto, Nagada había empujado al Faraón hasta el altar protegiéndole con su propio cuerpo. Sus poderosos mandobles habían conseguido mantener apartados aquellos tentáculos mortales pero sabía que no podría aguantar mucho más. Desesperado, miró a su alrededor buscando la manera de escapar a aquella trampa mortal. Ahhotep y sus dos sacerdotes permanecían en trance con los ojos en blanco mientras continuaban profiriendo su conjuro. Por un instante pensó en atacarle con su espada, pero desechó la idea consciente de que habría tomado medidas para escudar su cuerpo mientras realizaba el encantamiento. Observando a los dos sacerdotes menores que le ayudaban, se dio cuenta de que uno de ellos parecía temblar. Sin otra opción, cogió su espada derecha y la arrojó con toda la fuerza y precisión de que era capaz hacia aquel hombre. La espada alcanzó el objetivo con mortal precisión, clavándose en el cuello del sacerdote que, impotente, intentó agarrar su garganta mientras la sangre brotaba de ella como un torrente. En apenas unos segundos se desplomó sobre el frío suelo de piedra con el sonido sordo de la muerte.

Como Nagada esperaba, el conjuro se interrumpió bruscamente haciendo que los tentáculos se desmoronaran, dejando una arena fina en el suelo como único recuerdo de su existencia. Sin embargo, el daño infringido a sus hombres había sido brutal. Tan sólo dos de ellos permanecían en pie, aparentemente indemnes, los demás habían caído al suelo, unos muertos y otros moribundos con heridas que ningún médico podría sanar.

4

—Eres listo, kushita —la voz de Ahhotep se dirigió a Nagada con cierta admiración—. Otro hombre habría intentado atacarme a mí y habría perdido un tiempo precioso. Es una pena que tu valor e inteligencia no vayan a servir de nada. No tenéis defensa alguna contra mí. Aunque uno de mis sacerdotes ha caído, tengo poder suficiente para acabar con vosotros en un instante.

—Tendrás que demostrar tus palabras —respondió Nagada con altivez, a pesar de que sospechaba que el sacerdote decía la verdad.

—Me gustas —respondió Ahhotep—. Has dedicado tu vida a servir al Faraón Ramsés, un hombre que ha regido Egipto como un déspota llevándolo de una guerra a otra y condenando a su

pueblo a la hambruna y la esclavitud. Mírale ahí, escondido tras de ti como un perro —Ahhotep señaló a Ramsés con desprecio, mientras extendía su mano hacia Nagada—. Te ofrezco unirte a mí. Podrás seguir cumpliendo la misma función que has desempeñado hasta ahora sólo que, en vez de guardar a Ramsés, me guardarás a mí, el nuevo Faraón de Egipto. Juntos traeremos justicia a esta tierra.

Nagada pareció dudar ante las palabras del sacerdote. Estaba seguro de que lo que decía era cierto. Si el libro que sostenía Ahhotep entre sus manos tenía sólo una fracción del poder que los antiguos decían que poseía y Ahhotep lo controlaba, no habría manera de vencerlo en un combate frontal.

—¿No estarás pensando en traicionarme? —gritó el Faraón al ver como el guerrero dudaba en su respuesta al sacerdote—. Soy el hijo de Ra. Si me traicionas, me encargaré de que mueras como una alimaña y de que tu cuerpo sea destruido para que tu ankh nunca resucite a la luz del sol y las estrellas.

El rostro del Faraón estaba rojo de ira. Sus ojos refulgían con el brillo del odio mientras gritaba al guerrero, consciente de que su vida podía depender de la decisión que éste tomase. Nagada se volvió hacia él con lentitud, golpeándole bruscamente en el rostro con toda la fuerza de sus puños, dejándole inconsciente en el suelo frente a él. Los soldados, que aún permanecían en el centro de la sala, le miraron asustados ante lo que acababa de hacer, debatiéndose indecisos entre la obligación de atacar a Nagada y la fidelidad que guardaban a éste tras innumerables años bajo su mando.

—Si queréis conservar la vida permaneced donde estáis —ordenó Nagada, consciente de que sus hombres estaban a punto de atacarle—. Siempre he hecho lo que tenía que hacer sin importar las consecuencias y hoy seguiré haciéndolo aunque tenga que mataros.

Los soldados comprendieron que Nagada decía la verdad. Le conocían desde hacía lustros y sabían de su enorme fuerza y determinación en el campo de batalla, por lo que no les quedó la menor duda de que estaba dispuesto a luchar con ellos. Además, aunque estaba gravemente herido y eran dos contra uno, no se veían capaces de derrotarle en combate. Asustados, decidieron desistir de su defensa del Faraón caído, devolviendo sus armas a sus fundas.

Ahhotep había contemplado complacido toda la escena. Con una sonrisa dibujada en su rostro se acercó a Nagada.

—Has tomado la decisión correcta. Desde hoy serás el general de todos los ejércitos de Egipto. Llevaremos a nuestro pueblo a la grandeza que siempre debió tener.

—Estoy a vuestro servicio, Rey del Alto y Bajo Egipto y Sol de los Nueve Arcos —respondió Nagada inclinando la cabeza con una reverencia.

Con un gesto de su mano, el sacerdote hizo que la espada, aún incrustada en el cuerpo de su ayudante muerto desde que Nagada la arrojase allí con precisión mortal, abandonase el cadáver empujada por una fuerza invisible hasta acercar su empuñadura al silencioso Nagada.

—Ahora acaba lo que has empezado —le exhortó Ahhotep—. Utiliza tu propia espada y ejecuta a Ramsés para que nuestro nuevo reinado comience.

Nagada recogió el arma que flotaba frente a él, agachándose a continuación hasta el cuerpo caído del Faraón. Con su mano libre agarró la cabeza del inconsciente Ramsés por la barbilla dejando su cuello expuesto. Con lentitud premeditada, giró su muñeca hasta situar el arma que empuñaba en posición de degollar al hombre que regía los designios de Egipto. Nagada podía ver como en la hoja brillante de la espada se reflejaba el rostro sonriente y cruel de Ahhotep que, situado a su espalda, esperaba con ansiedad ver de cerca la muerte de un Faraón. Nagada lanzó entonces un potente mandoble con su brazo, pero, en vez de cortar la garganta desnuda situada junto a él, giró completamente su brazo hasta alcanzar al confiado sacerdote situado a su espalda. Totalmente desprevenido, Ahhotep recibió un corte profundo en el cuello antes de que pudiese reaccionar. Con los ojos saliéndole de las órbitas, agarró su garganta con desesperación olvidando el valioso libro de Dyehuty, que cayó al suelo con un golpe sordo.

El sacerdote intentó hablar, pero sus cuerdas vocales habían sido cercenadas con precisión impidiéndole lanzar un nuevo conjuro. Lo único que salió de su garganta fue un gorgoteo grotesco. Con un último esfuerzo, quiso recuperar el cofre con el libro caído frente a él, pero era demasiado tarde, sólo logró desplomarse sobre él mientras su sangre lo empapaba por completo. Con un último estremecimiento, su cuerpo se convulsionó quedando finalmente inerte.

Nagada se dirigió rápidamente hacia el único sacerdote que quedaba en pie, dispuesto a acabar con él con rapidez. Pero era un sacerdote menor y se encontraba aterrorizado. Había retrocedido hasta una esquina de la sala y no paraba de temblar sabedor de lo que le esperaba.

—¡Atadle! —ordenó Nagada a sus hombres, al comprobar que no había nada que temer de aquel hombre— ¡Y atended inmediatamente al Faraón!

5

Tras algunos minutos, en los que los soldados supervivientes frotaron con ungüentos el rostro del Faraón, éste recuperó la consciencia. Los soldados le contaron lo ocurrido, no sin cierto temor ante su posible reacción ya que su dignidad real había sido violada.

—¡Nagada! —llamó el repuesto Ramsés al enterarse de lo ocurrido— ¿Por qué me has golpeado? Has mancillado la persona del Faraón y sabes cuál es la pena por tal crimen.

—Lo sé mi señor. Pero era necesario si quería que Ahhotep creyese realmente en mi traición y se mostrase confiado. No podía enfrentarme a él abiertamente. Tenía el poder del libro.

—¡Maldito sea! —exclamó el Faraón, acercándose al cofre dorado, devuelto a la repisa del altar de ofrendas por Nagada y aún manchado con la sangre del sacerdote—. He pasado mi juventud intentando controlar el poder que encierra y lo único que he conseguido es sembrar el reino de terror. Puede ser la mayor fuente del bien, pero, en manos erróneas, es la fuente de todo mal.

Ramsés posó su mano sobre la superficie extrañamente cálida del milagroso objeto, fascinado y a la vez aterrorizado ante el poder oculto bajo sus dedos. Después, dirigió una mirada de profundo desprecio al cadáver de Ahhotep, contorsionado en el suelo en un horrible rictus final.

—¡He tomado una decisión! —exclamó al fin—. Ningún hombre está preparado para poseer el poder de Dyehuty. El libro debe ser destruido.

—Eso no será fácil —repuso Nagada—. Puede ser peligroso. Dyehuty fue un dios sabio y poderoso, debió proteger su legado. Quien se atreva a intentar destruirlo puede enfrentarse a su furia.

—Lo sé —reconoció el Faraón—. Por eso, uno de tus hombres tendrá quedarse aquí mientras los demás abandonamos el lugar. Cuando cerremos las puertas, provocaremos un derrumbamiento en la montaña, mientras él prende fuego a la tumba y lo destruye todo para siempre.

—Lo haré yo mismo —se ofreció sin dudar Nagada—. Mis heridas son graves y además debo pagar el delito cometido contra la persona del Faraón.

—Hoy no has cometido delito alguno —repuso complacido el Faraón—. Pero sabía que te ofrecerías. Desde que te saqué de la guardia de arqueros y te puse a mi servicio, has sido sin lugar a dudas el mejor guerrero de Egipto. Me aseguraré de que tu gesta sea recordada y de que toda tu familia sea acogida bajo la protección de la casa real.

Cuando el Faraón hubo partido, Nagada recogió dos de las antorchas situadas en las paredes y comenzó a prender fuego minuciosamente a cuanto material inflamable encontró en la estancia. Las telas y maderas ricamente decoradas, prendieron rápidamente produciendo un humo denso y asfixiante. El sacerdote superviviente, que había sido atado y amordazado, consiguió liberar su rostro de la mordaza presa del pánico ante la horrible muerte que se le avecinaba.

—¡El libro de Dyehuty no puede destruirse! —comenzó a gritar fuera de sí—. Lo único que lograrás es nuestra muerte.

Nagada le miró con tristeza. Aquel hombre, un simple peón de Ahhotep, iba a ser su única compañía en el momento de su muerte. Nunca imaginó que su final pudiera ser así. Siempre creyó que caería en el campo de batalla presa de una flecha certera o un brazo más fuerte que el suyo. Sin embargo, iba morir junto a un cobarde sacerdote de Amón y con su cuerpo consumido por las llamas poniendo en riesgo su ankh. Se consoló pensando en el futuro acomodado que esperaba a su mujer y sus hijos. Su mente comenzó a enturbiarse presa de los efectos sofocantes del humo y del calor.

—¡Ahhotep se vengará! —la voz extrañamente distorsionada del sacerdote brotaba con dificultad de su garganta—. Aunque pasen mil años volverá y su venganza será horrible.

Nagada a penas pudo entender las palabras carentes de sentido de aquel hombre. Con gran esfuerzo intentó apartar las tinieblas de su mente y se esforzó por recordar a sus hijos. La imagen sonriente de sus rostros apareció frente a él, mientras el aroma perfumado de su mujer le embriagaba los sentidos.

CAPITULO 1

EL LOCO

1

Tras terminar de afeitarse, Adrian se acercó al espejo de baño para observar con detenimiento su reflejo en el cristal. Tenía un rostro anguloso, con una mandíbula excesivamente cuadrada para su gusto y un tanto enrojecida por el efecto de las cuchillas sobre una piel demasiado blanca y sensible. Sus ojos azules aún mostraban bajo ellos restos de las ojeras violáceas que le habían acompañado durante las últimas semanas de exámenes en Cambridge. Después de un último vistazo terminó de retocar su pelo negro y rizado hasta que tuvo el aspecto cuidadosamente descuidado que tanto le gustaba.

—¡Deja de mirarte en el espejo o lo romperás! —Eric, su compañero de estudios y también su mejor amigo, abrió la puerta del cuarto asomando su rostro sonriente—. Si no terminas de una vez de atusarte como una señorita tendré que entrar a por ti o al final llegaremos tarde.

—No seas exagerado —repuso Adrian, mientras introducía sus útiles de aseo en una pequeña bolsa de mano—. Tenemos tiempo de sobra.

—Sí, claro... Recuerdo la última vez que dijiste esa misma frase. Me costó dos semanas conseguir una cita con las hermanas Gilmore, y con tu «tenemos tiempo de sobra», llegamos media hora tarde y se nos adelantaron esos engreídos del Trinity.

—Si les hubiésemos interesado algo no se hubiesen largado con esos dos tan fácilmente ¿no crees? —exclamó Adrian, saliendo finalmente del aseo.

—Lamentablemente, eso es algo que ya no sabremos nunca —sentenció Eric, moviendo sus brazos en un teatral gesto de impotencia.

Eric Sanders había sido el mejor amigo de Adrian desde que comenzase sus estudios en la Facultad de Arqueología y Antropología en Cambridge en el King's College. Le conoció a las pocas semanas de llegar. Aún andaba desubicado y un poco impresionado por su nueva vida cuando decidió alquilar una bicicleta en la estación. Estaba acostumbrado a realizar abundante ejercicio físico, pues le ayudaba a relajarse y a mantener una buena forma. Por eso, cuando descubrió que por sólo veinte libras podía conseguirse una bicicleta para toda una semana, se hizo inmediatamente con una. Y fue en una de sus primeras excursiones por Fenlands donde coincidió con Eric por primera vez.

Estaba paseando lentamente, disfrutando del aspecto bucólico de la campiña, cuando Eric apareció de la nada montado en una bicicleta azul reluciente. Cuando llegó a su misma altura le espetó desafiante «Venga tío, a ver si eres capaz de aguantar mi marcha». Tenía un fuerte acento estadounidense y mostraba una gran sonrisa en su rostro moreno. Adrian, sorprendido, aceptó el peculiar reto y se lanzó a una carrera contra el desconocido. La competición fue breve pero intensa, ambos realizaron un verdadero esfuerzo y dejaron claro que ninguno quería perder. Aunque Eric mantuvo una ligera ventaja, Adrian aguantó su velocidad sin demasiada dificultad. Finalmente, tras unos minutos agotadores y sin un ganador claro, ambos detuvieron sus bicicletas. Fue entonces cuando se presentaron por primera vez.

Eric era un estudiante de su mismo college, aunque en una especialidad distinta; la informática. Le confesó que le había visto en el campus con anterioridad y por eso se había dirigido hacia él al verle en la campiña. Se trataba de un muchacho de raza negra, de estatura y complexión imponente. Tenía un rostro redondo y picado por pequeñas cicatrices. Sus ojos marrones parecían tener siempre una mirada soñadora y un tanto infantil. Igual que él, acababa de comenzar sus estudios en la Universidad y aún no conocía demasiada gente. A Adrian le cayó bien desde el principio por su gran franqueza y su ácido sentido del humor. Sin embargo, no fue su forma de ser lo que le llevó a forjar una fuerte amistad con Eric y a considerarle prácticamente como a un hermano. En realidad, se debió a lo identificados que se sintieron uno con el otro al descubrir sus respectivas historias familiares.

Eric había perdido a sus padres cuando apenas tenía seis años en un terrible accidente de tráfico. Unos tíos paternos, que carecían de hijos propios, se hicieron cargo de su educación. No se podía decir que le hubiese faltado de nada en su infancia, ya que su tío era directivo en una gran compañía farmacéutica americana y mantenía un nivel de vida muy elevado. De hecho, incluso tuvo un tutor personal para sus estudios hasta los dieciséis años, lo que contribuyó a convertirle en un brillante estudiante. Pero le había faltado lo fundamental; el calor de un hogar de verdad. Sus tíos eran buenas personas, pero no estaban casi nunca en casa y, aunque siempre le trataron bien, no supieron darle el cariño de unos auténticos padres.

Cuando Adrian veía como en algunas ocasiones desaparecía la eterna sonrisa del rostro de su amigo, al sufrir alguna decepción o revés, sabía que Eric, como él, hubiese dado cualquier cosa en aquellos momentos por poder coger un teléfono y oír la voz de su padre al otro lado. Adrian también sabía lo que era carecer de una auténtica familia. Había perdido a su padre seis años atrás y, aunque no era un niño como Eric, le había supuesto un golpe enorme del que nunca había logrado reponerse del todo.

Su padre, Sir William Cavendish, era uno de los más reputados historiadores del país. Había escrito algunos de los mejores tratados que existían sobre la historia moderna de Reino

Unido y colaboraba con numerosas entidades culturales y sociales del país. Aún así, a pesar de sus múltiples actividades en conferencias y simposios, y de la cantidad de tiempo que dedicaba al estudio y documentación de sus proyectos, siempre sacaba tiempo para estar con Adrian. Procuraba llevarle con él cada vez que tenía ocasión, lo que le había permitido conocer casi todos los museos y universidades del país a una edad en que el resto de chicos sólo piensa en jugar al fútbol o en ir a ligar los fines de semana.

Sin embargo, mientras la relación de Adrian con su padre era simplemente excelente, con su madre no lo era tanto. Se llamaba Sara Cavendish y era médico cirujano en el Royal United Hospital de Bath, su ciudad natal. Era una mujer completamente comprometida con su trabajo, lo que hacía que dedicase gran parte de su tiempo al hospital. Sus horarios, continuamente cambiantes, hacían que prácticamente pudiesen contarse con los dedos de una mano las veces que libraba un fin de semana completo a lo largo del año. Por eso, aunque no podía decirse que la relación de Adrian con ella fuese mala, nunca había sido tan estrecha como la que mantenía con su padre. Aún así, la vida de Adrian había sido una vida feliz, ya que las carencias afectivas que podía sufrir por parte de su madre las compensaba de sobra su gran cercanía a su padre.

Lamentablemente, todo cambió seis años atrás cuando su padre no regresó de su último viaje a Egipto. Al parecer, un río se había desbordado arrastrando a su paso el autocar en que viajaba. Sir William, junto a la mayoría de los ocupantes del vehículo, había muerto arrastrado por la furia de la riada. Su cuerpo fue hallado a dos kilómetros del lugar del accidente, tan desfigurado por efecto de las ramas y piedras, que su madre tuvo que viajar a Egipto para reconocer el cadáver. Adrian quedó destrozado por la noticia, sintió como si toda su vida hubiese perdido el sentido que tenía en un sólo día. Quiso ir con su madre a Egipto, pero ella se lo impidió para evitarle la experiencia traumática de ver el cuerpo destrozado y sin vida de su padre. Cuando su madre volvió dos días después, con el cadáver de Sir William, algo de ella pareció quedarse en aquel lejano país. Siempre había sido segura y fuerte, una verdadera roca en que toda la familia se apoyaba en los malos momentos, pero regresó insegura y temblorosa, incluso físicamente estropeada. Desde aquel día no volvió a ser la misma, se convirtió en una persona vacilante y temerosa.

Pero aún hubo un cambio más en la vida de Adrian. Dos meses después de enterrar a su padre, su madre volvió a Egipto, según dijo para encargarse de algo que debía hacer. Cuando regresó un mes después, lo hizo acompañada de una niña. Se trataba de una chiquilla de no más de doce años de edad, de aspecto frágil y asustadizo. Tenía el pelo largo y rizado en las puntas de un color rojo brillante y unos ojos verdes de una claridad prístina. Se llamaba Zulema, no hablaba una sola palabra de inglés y parecía desorientada ante todo lo que veía. Su madre le explicó que, aquella chiquilla delgada y confusa, había sido uno de los pocos supervivientes del accidente en

que había muerto su padre, y que había perdido en él a toda su familia. Su madre la había conocido en el viaje anterior y había sentido, desde el mismo momento en que la vio, la necesidad de devolverle algo de lo que la fatalidad le había arrebatado. Al parecer, su madre había iniciado entonces los trámites para su adopción y, gracias al renombre de su padre, el estado egipcio se lo había concedido con sorprendente rapidez.

En poco más de un mes la vida de Adrian había dado un giro de ciento ochenta grados; había perdido a su padre, su madre se había vuelto tan depresiva y triste que tuvo que dejar el quirófano para dedicarse exclusivamente a la consulta externa del hospital y, además, tenía una nueva hermana a la que no sabía muy bien cómo tratar. La reacción de Adrian fue comprensible, se encerró en sí mismo y se centró exclusivamente en sus estudios. Lo único que le sirvió en aquella época de válvula de escape fue el deporte. Sólo cuando el agotamiento le rendía y el sudor le bañaba el cuerpo, tras una agotadora sesión de footing, fútbol o tenis, conseguía sentirse auténticamente relajado. Por eso, en cuanto tuvo la edad suficiente, abandonó lo que para él había dejado de ser un hogar para dedicarse en exclusiva a sus estudios.

En Cambridge había encontrado una nueva vida, si no tan plena como la que había tenido, por lo menos llena de esperanza y nuevas ilusiones. Había seguido los pasos de su padre estudiando Arqueología y Antropología donde, gracias a sus enseñanzas, no le había costado destacar como uno de los mejores alumnos de su promoción.

Sin embargo, cuando por fin se encontraba a gusto con el nuevo rumbo de su vida y empezaba a dejar atrás el pasado para centrarse en su futuro, un inesperado revés vino a hacerle tambalearse de nuevo.

Unos meses atrás había recibido una llamada terrible de Zulema; tras sufrir repetidos desmayos, su madre se había sometido a un examen a fondo en el hospital y le habían diagnosticado un tumor cerebral inoperable. Adrian volvió de inmediato a su casa dejando Cambridge para estar junto a su familia. La progresión de la enfermedad fue asombrosa, en sólo tres semanas su madre se deterioró hasta el nivel de perder el habla y la vista. Adrian y Zulema estuvieron a su lado en todo momento hasta que, durante la cuarta semana, cayó en coma y falleció a las pocas horas. Para Adrian fue un nuevo golpe que encajó con dificultad. Se sintió tan desconcertado y perdido como seis años atrás y, al igual que entonces, huyó volviendo de nuevo a sus estudios en Cambridge.

Ahora, por fin, había terminado el curso lectivo. Había conseguido aprobar sus exámenes con comodidad, pero sin la brillantez de otros años. Sus resultados académicos se habían visto claramente perjudicados a pesar del esfuerzo que había realizado por dejar sus sentimientos atrás. Eric había sido su mejor apoyo, ayudándole e intentando animarle en sus momentos bajos. Ahora

se había empeñado en acompañarle en su vuelta a casa en las vacaciones de verano. Eric sabía que Adrian iba a pasarlo mal en su regreso al hogar después de todo lo ocurrido y, como no tenía ningún interés especial en volver a sus Estados Unidos natales, se había ofrecido inmediatamente a pasar algunos días en casa de Adrian en Bath. Adrian no se había resistido demasiado a la oferta de su amigo, ya que sentía auténtico temor ante la idea de enfrentarse, no sólo a su hogar, ahora tan vacío, sino también a su hermana Zulema.

—¡Cierra el maletero de una vez! —gritó Eric, mientras abría la puerta del acompañante de un lujoso Chevrolet Corvette de color rojo— Estoy impaciente por llegar a tu casa y que me presentes a esa hermana tuya de la que tanto me has hablado.

—Prométeme que no te pasarás con ella —le advirtió Adrian, mientras se acomodaba en su asiento—. No está acostumbrada a relacionarse demasiado con la gente.

—¿Por quién me tomas? Seré un perfecto caballero inglés.

—Tú no eres ni perfecto, ni caballero, ni inglés.

Eric se rió teatralmente mientras encendía el arranque del vehículo, que respondió con un ronroneo sordo proveniente de un motor pleno de potencia contenida.

2

Tardaron menos de dos horas en llegar, por lo que aún era media mañana cuando se encontraron frente al hogar familiar de Adrian. Se trataba de una lujosa casa de estilo victoriano situada a tan sólo unos minutos de la ciudad de Bath, en medio de una hermosa campiña.

Cuando los dos jóvenes se plantaron ante la puerta principal, Eric no pudo reprimir una expresión de admiración.

—¡Guau! ¡Es realmente preciosa! —exclamó con sinceridad.

—Mis padres trabajaron muy duro en ella. Aunque supongo que tú casa de Estados Unidos también debe ser espectacular, ¿no? —preguntó Adrian mientras lanzaba una mirada expresiva al flamante y caro deportivo propiedad de su amigo en el que acababan de llegar.

—Sí, claro que es espectacular pero espectacularmente horrible —contestó Eric con sorna—. El que mis tíos estén forrados no les ha dado un gusto demasiado bueno en cuanto a arquitectura y decoración. Su casa es enorme, no sé ni cuantas habitaciones tiene pero, si la observas de lejos, parece un enorme bloque de hierro y cristal más parecido a un platillo volante que a una casa. Desde luego nada que ver con esta maravilla.

Adrian contempló una vez más la puerta de madera de caoba antes de introducir su llave en la cerradura dorada. Con cierta nostalgia pensó en cómo había cambiado aquel lugar desde que

sus padres la compraron al poco de casarse. Entonces no tenía el aspecto actual, sino que las continuas reformas de sus anteriores dueños, la habían convertido en un extraño amasijo de distintos estilos arquitectónicos. Con mucha paciencia y no menos dinero, los padres de Adrian habían ido devolviendo la mansión al que debió ser su aspecto original, hasta recuperar en lo posible su auténtica alma victoriana. Para lograrlo, no sólo reformaron sus dos plantas y su tejado abuhardillado, cuyo color había sido devuelto a los tonos pasteles y el blanco propio de su época, sino que también en el amueblado del interior de la casa, habían recuperado el eclecticismo que le era propio. Los muebles de caoba imitando varios estilos y la decoración rica en vivos colores y profusamente detallista, completaban el cuadro que había servido de marco para tantos momentos buenos y también terribles de la vida de Adrian.

Cuando por fin cruzaron la entrada, en el hall les esperaba Zulema. Llevaba un vestido de seda, cuya tela blanca contribuía a realzar su figura estilizada y su piel morena. Su pelo, ligeramente rizado y de un color rojo anaranjado, y sus ojos verdes, de una cualidad cristalina que los hacía cambiar de color según les incidiese la luz, le conferían un aspecto exótico y realmente atractivo.

—¡Por fin estás aquí! —exclamó, mientras se apresuraba a abrazar a Adrian— Te he echado tanto de menos.

Adrian notó una premura especial en su abrazo y eso le hizo sentir una punzada de culpa, al darse cuenta de lo mal que ella debía haberlo pasado desde que su madre había muerto, al quedarse sola en aquella casa sin más compañía que la asistenta, que venía dos veces a la semana, y sus recuerdos. Cuando Zulema relajó su abrazo, Adrian pudo ver el brillo de una lágrima en su rostro y sintió como se le encogía el corazón. Azorado, recordó a Eric que contemplaba a Zulema totalmente ensimismado.

—Soy Eric —dijo rápidamente adelantándose a la intención de Adrian de presentarle—. El amigo del maleducado de tu hermano que, por lo visto, no pensaba presentarme.

—Encantada —respondió ella, besando a Eric en la mejilla—. Soy la hermana de Adrian.

—Eso suponía porque, si llegas a ser la asistente, tu hermano sería el tío más afortunado del mundo.

Al contemplar cómo del rostro sonriente de Zulema, ligeramente sonrosado por las palabras de Eric, había desaparecido la sombra de tristeza que había creído ver anteriormente, Adrian se dio cuenta de que dejar que su compañero de estudios pasase unos días con ellos en Bath había sido una buena idea después de todo.

Cuando terminaron de sacar el resto del equipaje del automóvil, Eric aprovechó para llevar su reluciente coche al garaje situado en un lateral de la casa. En cuanto hubo salido, Zulema

se dirigió a su hermano con la voz repentinamente insegura.

—Adrian tengo que contarte algo...

—¿Qué ocurre? —preguntó Adrian, alarmado ante la clara preocupación dibujada en la voz de Zulema.

—Hay algo que debo enseñarte —respondió ella—. Lo encontré por casualidad. Durante estos meses he estado sola mucho tiempo, y he tenido demasiado tiempo para pensar y deambular por la casa.

—Lo siento... —se lamentó Eric con pesar— Tenía que haberme quedado. No debí volver a Cambridge tan pronto después de... lo de mamá.

—No te estoy reprochando nada —respondió ella impidiéndole continuar con su disculpa—. Sé la importancia que tus estudios en Cambridge tienen para ti y aquí no había ya nada que pudieses hacer.

—Entonces, ¿a qué te refieres? —preguntó Adrian confundido.

—Lo que quiero decir es que, al quedarme sola, he tenido más tiempo para ocuparme de las tareas de la casa. Por eso, hace dos semanas decidí hacer una limpieza general. Al principio pensaba dejar la habitación de mamá para que la limpiase Susan, pero luego pensé que era algo que debía hacer yo misma. Tarde o temprano tenía que enfrentarme al hecho de que ella ya no está aquí — la voz de Zulema tembló durante unos instantes, mientras la pena que sentía amenazaba con atenazar su garganta —. El caso es que mientras limpiaba la habitación, al vaciar el armario de caoba para airear la ropa, oí un ruido. Pensé que se había desprendido algún remache o algo así y creí que lo mejor era mover el mueble e intentar arreglarlo.

—¿Lo moviste tu sola?

—Sí —respondió Zulema— Susan ya se había ido y no quería arriesgarme a que se fuese a romper. ¡Ya sabes lo que a mamá le gustaba ese armario!

A Adrian no le sorprendió la respuesta de Zulema ya que, desde su niñez y a pesar de su aparente fragilidad, siempre había demostrado una destreza y fuerza física inusitada.

—Cuando moví el armario —continuó—, lo que encontré no fue ninguna lámina de madera desprendida, sino un libro encuadernado en piel negra y perfectamente atado con un cordel rojo. Era un diario.

—¡Un diario! —exclamó atónito Adrian— No puede ser de mamá. Recuerdo perfectamente lo que me dijo una vez cuando que de pequeño le pregunté si tenía un diario: «La vida es para vivirla, no para escribirla en un libro».

—Lo sé —reconoció Zulema—. Cuando descubrió que yo había empezado a escribir en

una vieja agenda, me advirtió que era un acto de soberbia pensar que alguien estaría interesado en nuestra vida en el futuro. Sin embargo, poco después me regaló un libro precioso para que escribiese mi diario en él; «si quieres escribir por lo menos hazlo bien». Supongo que se dio cuenta de que en aquellos momentos, aquel libro era para mí una tabla de salvación; había perdido ya una vida y no quería perder otra.

Adrian recordaba perfectamente como Zulema, al poco de llegar y cuando apenas empezaba a dominar el idioma, comenzó a escribir todo lo que la sucedía en aquella agenda. Aunque no había sufrido daño físico alguno en el terrible accidente en que murió su padre, su mente se había cerrado, negándose a recordar nada anterior al terrible suceso. Toda su vida en Egipto se había borrado como si nunca hubiese existido. Aquello que, paradójicamente, había contribuido a una rápida integración en su nueva familia, ya que no recordaba la anterior pérdida tan dramáticamente, a la vez la había llenado de una profunda inseguridad que aquellas hojas torpemente escritas contribuían a paliar.

—Entonces, ¿ese diario no es de mamá? —preguntó Adrian.

—Sí que lo es —respondió Zulema—. Aunque no es exactamente un diario al uso, tan sólo tiene unas pocas páginas escritas.

—¿Lo has leído? —preguntó de nuevo Adrian confuso.

—Sentí que debía hacerlo. Lo que cuenta es perturbador —confesó su hermana, escogiendo con cuidado las palabras.

—¿Qué quieres decir?

—Será mejor que lo leas por ti mismo. Creo que lo dejó para que tú lo encontrases algún día.

Adrian no terminaba de comprender lo que su hermana quería decir. Estaba a punto de replicar cuando el timbre de la puerta sonó con insistencia.

—Debe ser Eric —dijo Zulema—. Esta noche te lo mostraré y podrás juzgar por ti mismo.

3

El sacerdote apresuró su paso por el largo pasillo mientras contemplaba como el encerado piso de mármol le devolvía su propio reflejo como si de una burla se tratase. Su rostro redondeado y sus ojos avellanados parecían rehenes de una extraña oscuridad y hasta su pelo, rizado y corto, había perdido su brillo habitual. Las manos le sudaban y sentía la boca seca ante las noticias de que era portador.

Al llegar ante una puerta de roble de dos hojas lujosamente decoradas con relieves

bíblicos, intentó recomponer su semblante deteniéndose durante un instante para recuperar el aliento. A los lados de la puerta dos guardias, vestidos con los uniformes típicos de la guardia vaticana, levantaron sus alabardas dejándole pasar. El sacerdote les contempló mientras entraba en la habitación, reflexionando por un instante en la aparente paradoja de que en el lugar más sagrado del mundo hubiese guardias continuas de hombres armados. La gente solía pensar que aquellos personajes de vestimentas de colores llamativos eran meras figuras decorativas preparadas para los turistas. La mayoría ni sospechaba que aquellos hombres eran escogidos entre los mejores soldados de las fuerzas especiales suizas y que, bajo sus ropas, escondían un pulverizador de gas lacrimógeno, una pistola y dos granadas.

Cuando las puertas volvieron a cerrarse tras él, un hombre de gran estatura y corpulencia vestido con el hábito cardenalicio, cuyo color púrpura evocador del color de la sangre y del heroísmo de los mártires se le antojó especialmente adecuado, le esperaba impaciente tras un enorme escritorio de caoba. Tras besar su anillo con la ceremonia debida, puso en sus manos el informe que traía, sintiendo que con aquel simple gesto depositaba en los hombros de aquel hombre un enorme peso.

—Dígame padre Alviero, ¿es cierto? —le preguntó el cardenal, lanzando sobre él una mirada inquisitiva.

—Me temo que sí, su Eminencia. Está todo en el informe.

El cardenal pareció sopesar en su mano el paquete de papeles apretado que le había entregado el joven sacerdote.

—Padre, prefiero que me cuente lo sucedido con sus propias palabras.

El sacerdote pareció un tanto sorprendido por la petición inesperada del cardenal, pero se repuso rápidamente.

—El primer suceso ocurrió en un pequeño pueblecito del sur de México hace seis años. Durante la noche del doce al trece de agosto se produjo una lluvia de sangre que se prolongó durante unos veinte minutos.

—¿Se realizaron los análisis correspondientes? — preguntó el cardenal.

—El lugar era de difícil acceso, pero un equipo consiguió llegar dos días después. Aunque las autoridades habían limpiado el lugar, consiguieron suficientes muestras del líquido caído para realizar un análisis concluyente; era sangre humana del grupo AB.

—¿Cuál fue el resultado de la investigación y las medidas tomadas?

—Los investigadores llegaron a la conclusión de que, por la extensión de la superficie afectada y la calidad de los testigos, no había posibilidad de fraude alguno; el suceso era genuino.

Utilizamos los contactos habituales y la zona fue asegurada. La explicación dada a la opinión pública fue que la lluvia había estado compuesta por agua y arcilla inusualmente rojiza proveniente de las montañas cercanas. En cuanto a la escasa población de la localidad, fue fácilmente manipulable dado su bajo nivel cultural y a lo remoto del lugar.

El cardenal había esparcido las hojas del informe sobre su escritorio y hojeaba, claramente preocupado, algunas de las fotos, como si al ver con sus propios ojos aquellas imágenes le fuese más fácil convencerse de la realidad de lo que el sacerdote narraba.

—Prosiga —pidió el cardenal, acompañando sus palabras con un gesto de la mano.

—El siguiente caso se produjo un año después. Un avión de la aerolínea Pan América en la ruta New York — Prestwick, Inglaterra, perdió el rumbo y se estrelló en medio del océano tras agotar todo el combustible.

—¿Un accidente de avión? —preguntó el cardenal con extrañeza — No es algo muy habitual. ¿Qué hizo que nos encargásemos de algo así?

—En principio nada. Fue el FBI el que pidió nuestra ayuda tras realizar su propia investigación. Cuando rescataron la caja negra y pudieron escuchar lo ocurrido en la cabina, quedaron muy sorprendidos; al parecer el piloto se expresaba en un lenguaje inteligible que terminaron identificando como egipcio arcaico.

—¡Una posesión! —exclamó el cardenal.

—Eso fue lo concluido por nuestro equipo. En el informe encontrará la transcripción exacta de las palabras que pueden oírse en la grabación de la caja negra.

El cardenal buscó rápidamente en el informe hasta encontrar la página que reflejaba dicha transcripción, leyéndola rápidamente.

«Hemos burlado el juicio de Osiris, hemos escapado de los 42 demonios... El rostro de Atón nos contempla, pero ni él tendrá el poder de pararnos... Le desafiaremos...»

—El piloto dirigió el avión hacia el sol totalmente enloquecido, hasta que el motor del aparato falló y cayó en picado sobre océano. No hubo supervivientes —aclaró el sacerdote.

—¿Qué sabe el FBI?

—Nada. Respetaron nuestro acuerdo y dejaron el asunto en nuestras manos.

—Ya veo —comentó el cardenal, levantándose de su asiento e interrumpiendo momentáneamente la conversación.

El cardenal se sentía impaciente por apartarse, aunque sólo fuese unos metros, de aquellas hojas esparcidas encima de su mesa y su terrible significado. Con semblante apesadumbrado, se

acercó al gran ventanal situado a sus espaldas totalmente cubierto por unas cortinas de terciopelo rojo adornadas con ricos bordados de oro. Asomándose entre los pliegues de la tela, observó el exterior del edificio. Pequeños grupos de gente deambulaban por la calle ajenos por completo a los ojos escrutadores del sacerdote, que les miraba casi con envidia de su ignorancia ante lo que estaba ocurriendo.

Girándose de nuevo hacia el padre Alviero el cardenal pareció tomar una decisión.

—No es necesario que siga exponiéndome más casos —dijo con autoridad—. Sólo dígame si usted está seguro de que se deben a la Fuente.

El sacerdote agachó la cabeza consciente de la importancia de lo que el cardenal acababa de pedirle. No se trataba ya de que enumerase una serie de investigaciones, sino de que expresase claramente cuál era su propia opinión al respecto. Una opinión cuyas consecuencias, si era aceptada, serían incalculables.

—Su Eminencia, no creo ser la persona apropiada para decir algo así —se excusó el joven sacerdote.

—¡Vamos! ¡No sea modesto! Usted ha seguido todos estos casos durante años y sabe más que nadie de lo que está ocurriendo. Sólo le pido su opinión sincera.

—Todo parece confirmar que la Fuente ha sido descubierta —confirmó finalmente el padre Alviero, consciente de la trascendencia de lo que acababa de decir.

—Me lo temía —dijo el cardenal sonriendo con pesar—. Dígame sólo una cosa más. ¿Qué le hace estar tan seguro?

—Hasta hace seis meses no estaba totalmente convencido —confesó el sacerdote—. Entonces sucedió el último de los casos que he recopilado en el informe; un caso de resurrección.

—Comprendo —afirmó el cardenal con calma como si se esperase la respuesta—. En ese caso dirigió usted en persona la investigación ¿verdad?

—Tenía que hacerlo —admitió el sacerdote, comprendiendo que el cardenal conocía mucho mejor de lo que había aparentado todo su trabajo y que, probablemente, toda aquella conversación había servido más para juzgarle a él que para juzgar su informe—. Sucedió en un tanatorio en el sur de Francia. Un hombre, al que su familia estaba velando, se levantó y comenzó a andar causando el espanto de todas las personas presentes en el lugar. Tras proferir una serie de palabras en un extraño lenguaje volvió a desplomarse. Una vez más, nadie pudo entender el idioma, aunque estamos razonablemente seguros que también se trataba de egipcio antiguo.

—¿Descartaron un fenómeno de catalepsia? —preguntó el cardenal, dándose cuenta al instante lo fútil de su pregunta.

—El hombre había muerto en un accidente de coche y se le había practicado una autopsia completa. Pude ver el cuerpo por mí mismo —aseguró el sacerdote.

—Perdone la pregunta padre —se excusó el cardenal al apreciar cierta sorpresa en el tono de voz del sacerdote—. Supongo que esto nos supera a todos. No es necesario que continúe sus explicaciones. He de confesarle que hace ya bastante tiempo que estoy convencido de que sus deducciones son correctas. Hace tres años organizamos un segundo equipo que ha estado comprobando cada uno de los casos de forma exhaustiva y han llegado exactamente al mismo resultado.

El sacerdote entendió entonces el porqué del conocimiento que el cardenal parecía tener de sus investigaciones antes incluso de que se las presentara. Aliviado, se sintió más seguro que nunca de su trabajo. El hecho de que se estableciera un segundo equipo tres años atrás significaba que ya otros habían anticipado la gravedad del problema, e incluso lo habían hecho antes de que él mismo diese por ciertas sus sospechas.

—Debo informarle de que ya se ha establecido el curso de acción a seguir con el beneplácito del Santo Padre.

El sacerdote comenzó a inquietarse de nuevo al notar el tono de gravedad que el cardenal estaba utilizando.

—Su Iglesia sigue necesitándole —prosiguió el cardenal—. Queremos que usted se encargue de la búsqueda de la Fuente. Es necesario localizarla y neutralizarla antes de que su poder se desate completamente.

—Perdóneme, su Eminencia, pero no creo ser la persona más indicada para esta tarea —se excusó el sacerdote, sorprendido y asustado ante la inesperada propuesta—. Soy un mero analista que se ha limitado a dirigir unas investigaciones. No creo estar lo suficientemente preparado para enfrentarme a algo así. No tengo la formación adecuada.

—Al contrario —repuso el cardenal, manteniéndose firme en su decisión—. Tiene exactamente las capacidades que se requieren. Es un perfecto conocedor de la historia de la Fuente y ha demostrado un talento innegable como investigador.

—Pero se requieren otras habilidades —objetó de nuevo el padre Alviero poco convencido.

—Eso es cierto —admitió el cardenal—. Pero tenemos a la persona adecuada para ayudarle, una persona con las cualidades que requiere este trabajo. El padre Elías se encargará de dirigir la investigación junto a usted.

Al oír el nombre del sacerdote, sintió un escalofrío. El padre Elías era considerado en el

Vaticano poco más que una leyenda. Nadie sabía de quién se trataba realmente, pues aquel nombre no era más que un pseudónimo utilizado para ocultar su auténtica identidad. Algunos decían entre susurros que dirigía el Círculo Octogonus y que había orquestado numerosas operaciones encubiertas. Se contaba de él que poseía una mente privilegiada y que era implacable y despiadado con sus colaboradores. Pero lo más asombroso es que se rumoreaba que tenía capacidades metafísicas de gran magnitud, que le habían permitido alcanzar abismos de conocimientos prohibidos, hasta el punto de provocar un temor casi reverencial incluso en el Santo Padre.

—No crea todo lo que se cuenta de él —comentó el cardenal adivinando sus pensamientos—. Es un hombre notable cuya entrega a Dios es la mayor que he visto nunca. Sólo él puede afrontar esta tarea con alguna garantía de tener éxito.

El padre Alviero sabía que aquello era cierto, pero, el hecho de que aquel oscuro sacerdote fuese el único capaz de enfrentarse a lo que les esperaba, no sólo no le tranquilizaba en absoluto, sino que era precisamente lo que más le asustaba.

4

Adrian estuvo impaciente durante todo el día. Desde que hablase con Zulema había tenido un extraño presentimiento, como si su mente quisiese advertirle de que algo muy importante se encontraba en aquellas hojas escritas por su madre. Algo que quizá pudiese despejar en alguna medida la sensación, presente en su interior desde la muerte de su padre, de que había dejado algo inacabado, algo que debió hacer entonces y que no hizo. Por eso, cuando por fin Eric se retiró a la habitación de invitados donde se había instalado, le faltó tiempo para pedirle a Zulema que le trajese el extraño diario.

Zulema le entregó el pequeño libro de tapas negras y se sentó junto a él en la biblioteca. En su mirada se reflejaba una gran preocupación que hacía brillar sus ojos con intensidad.

Adrian abrió el libro con lentitud y cierto temor. En el interior de la portada el papel aparecía ligeramente desgarrado junto a un número de varias cifras escrito en tinta roja, que no supo identificar. En la primera página había escrito un pequeño párrafo a modo de introducción, en el que reconoció de inmediato la letra redondeada y delicada de su madre.

«Adrian, quiero pedirte que perdones mi cobardía por no haber sido capaz de contarte la verdad. Espero que puedas perdonarme algún día, y que comprendas que si lo he hecho es porque temía perderte igual que perdí a tu padre. También quiero que, decidas lo que decidas hacer con tu vida a partir de este día, no olvides nunca a Zulema. Debes protegerla como yo la he protegido pues es tu hermana y el mayor tesoro que nos dejó tu padre»

Adrian levantó la vista de libro confuso ante aquella extraña declaración, mirando a su hermana en busca de una explicación.

—Creo que mamá pensaba dar instrucciones a su abogado para que te dejase el diario en su testamento —le explicó Zulema.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó Adrian, intrigado por la seguridad que mostraba Zulema.

—Poco antes de caer enferma, me dijo que tenía que ir a ver a su abogado para hacer unas modificaciones en su testamento. Supongo que pretendía llevarle el diario para que te lo entregase, pero su enfermedad fue tan rápida que no tuvo tiempo a hacerlo.

Adrian no comprendía qué había podido llevar a su madre a actuar de forma tan extraña. Más nervioso que nunca, decidió continuar con su lectura.

5

Cuando recibí la noticia de que William había muerto en Egipto, fue el peor momento de mi vida. Todos los planes de futuro que tenía se derrumbaron como un castillo de naipes. Había llegado a estar satisfecha con nuestra vida. Sabía que pasaba demasiado tiempo en el hospital y que, en cierta medida, os descuidaba a tu padre y a ti. Pero siempre había contado con que William estaría allí para estar contigo, enseñarte y educarte. Confiaba en él para hacer de ti el gran hombre en que sabía que te convertirías algún día. Creía que siempre estaría a nuestro lado, sin reproches, con su eterna sonrisa y esa comprensión infinita que siempre me asombraba. Por eso, cuando me dieron aquella terrible noticia, todo se derrumbó a mí alrededor. Intenté que no lo notases porque temía que tú también te vinieses abajo si comprendías hasta que punto le necesitaba para continuar con nuestra vida.

Fue aún peor cuando me comunicaron que debía acudir a El Cairo. A pesar de que estaban seguros de que era tu padre el fallecido en el accidente, las autoridades exigían una identificación formal para permitir del regreso del cuerpo a Inglaterra. Cuando estaba en el hospital y alguna persona fallecía, a menudo me preguntaba que sentiría si algún día tuviese que enfrentarme al cadáver de un ser querido colocado sobre una de aquellas frías camillas de acero. A veces casi vomitaba de sólo pensarlo. Sé que pensarás que es absurdo para un médico decir esto, pero la verdad es que siempre he sentido un miedo terrible a la muerte. Quizá por eso decidí ser médico, para intentar combatirla en lo posible.

Te cuento todo esto para que comprendas mi estado de ánimo cuando tuve que viajar a Egipto. Aquel fue el peor día de mi vida. Mi mente estaba inmersa en un torbellino de

sentimientos que me impedía pensar con claridad. Recuerdo como una bruma todo el viaje. Sé que conseguí coger un avión de la British en Heathrow, que salía a la una de la madrugada, y que tardé en llegar casi siete horas, pero soy incapaz de recordar el rostro de ninguna de las personas que me acompañaron en el vuelo o una sola palabra de las que debí cruzar con otros viajeros durante el trayecto.

Sin embargo, quiero que comprendas que, a pesar de mi estado mental alterado por las circunstancias, mi entendimiento estaba claro y mi lucidez era normal. Muchas veces me he preguntado si lo sucedido fue fruto de mi estado y no quiero que tú pienses lo mismo. Por extraño que te parezca, todo lo que voy a contarte es la verdad.

Llegué al aeropuerto internacional de El Cairo cuando allí eran las once de la noche. No había dormido y estaba destrozada, así que cogí un taxi y le pedí al conductor que me llevase a un hotel. Me llevó al Safir, un hotel de cinco estrellas a menos de veinte minutos del aeropuerto, y me instalé en la primera habitación que me ofrecieron. Sólo podía pensar en dormir y recuperar fuerzas para enfrentarme al día siguiente a la que iba a ser la prueba más dura de mi vida.

No me molesté en deshacer la maleta, me limité a sacar los útiles de aseo y la ropa imprescindible y me fui a la cama de inmediato. A pesar de mi cansancio, me costó una enormidad conciliar el sueño. Tuve que hacer un esfuerzo inmenso por apartar las lágrimas que se empeñaban en anegar mis ojos con cada recuerdo que me asaltaba. Finalmente, el cansancio me venció y, por puro agotamiento, me dormí profundamente.

Fue alrededor de las dos de la madrugada cuando un ruido me hizo sobresaltarme. Me pareció oír el sonido apagado de una respiración dificultosa junto a la cama. Al principio pensé que había sido una alucinación propia del sueño atropellado en que estaba sumida, pero pronto me di cuenta de que era algo más.

«Sara»

En la oscuridad total de la habitación oí claramente el sonido de mi nombre susurrado con aspereza desde los pies de la cama. El corazón me dio un vuelco, me incorporé y busqué a tientas la luz de la mesilla. Durante los pocos segundos que tardé en encontrar el interruptor, el miedo atenazó mi pecho con una fuerza que no había sentido desde que era niña.

Cuando conseguí pulsar el pequeño botón, mi esperanza era que la luz me ayudase a descubrir que todo había sido una mala jugada de mi mente, pero no tuve esa suerte. A los pies de la cama me encontré de bruces con una pesadilla que aún hoy sigue atormentándome; ante mí se encontraba la figura ligeramente encorvada de un hombre que ocultaba su rostro entre las manos. Sentí un terror visceral y me quedé totalmente paralizada.

Mientras aquella extraña figura comenzaba a hablar arrastrando las palabras, comprendí que había algo terriblemente familiar en ella.

—No te asustes —pronunció con dificultad—. Sé que esto es aterrador para ti... No quería que vieses en que me he convertido, pero lo que está en juego es demasiado importante.

Apenas entendía sus palabras, pero, poco a poco, fui reconociendo a la persona que se escondía bajo aquellas vestiduras polvorientas. Más asustada que nunca me di cuenta de que aquel hombre era tu padre. Intenté levantarme para acercarme a él y averiguar qué ocurría, pero su voz me detuvo de inmediato.

—¡No te acerques! —gritó alarmado— ¡Por favor, no debes verme así!

Por un instante pude entrever su rostro escondido entre sus manos. Si por mi mente había pasado la idea de que aquel hombre seguía siendo mi marido y tu padre, y que su aspecto se debía al accidente del que quizá milagrosamente había sobrevivido, lo que creí ver me hizo descartarlo de inmediato. Algo terrible le había sucedido; su piel me pareció tumefacta y apergaminada y de sus ojos surgía un brillo verdoso totalmente antinatural.

—He reunido la poca voluntad que me queda y he venido a ti para pedirte que hagas algo muy importante.

—¿Qué ocurre? —le pregunté— ¡Me dijeron que habías muerto en un accidente y estás vivo!

—¿Vivo? —exclamó— La vida es algo más que moverse o hablar y eso es algo que he aprendido duramente.

—¿Qué quieres decir?

—No debo contarte más. No podrías entenderlo. Debe bastarte el hecho de que ya no soy el hombre que conociste. Mi voluntad apenas es mía y lo que anima mi destrozado cuerpo es sólo una parodia de vida.

—No entiendo qué estás diciendo. Tranquilízate y déjame llevarte a un hospital —le supliqué, esperanzada aún en que su extraño estado fuese reversible.

—Sara, por el amor de Dios... ¡Escúchame! —gritó con tal urgencia en la voz que me hizo estremecer—. Ha ocurrido algo horrible, algo que me ha condenado sin remisión. Pero lo más terrible es que también puede condenaros a vosotros.

—¿A nosotros?

—No puedo explicarte más, no quiero arriesgar tu cordura. Lo que quiero que hagas es que mañana, cuando te presenten el cuerpo que tienen en el depósito, digas que soy yo.

—¿Me estás diciendo que no piensas volver a casa, que quieres que te den por muerto?
—pregunté sin saber qué hacer —¿Qué le diré a Adrian?

—Precisamente por él quiero que hagas esto. Debe convencerse de que he muerto. Le conozco demasiado bien. Si llegase a sospechar la verdad, intentaría buscarme y eso sería su perdición.

Durante los breves minutos que había durado nuestra conversación, William había ido retrocediendo hacia el balcón de la habitación. Sus movimientos eran extraños, como si tuviese que hacer un extraordinario esfuerzo de voluntad para coordinar sus pasos. Mi vista se había ido acostumbrando a la oscuridad y pude distinguir como todo su cuerpo parecía envuelto en una extraña neblina turquesa. Una vez más intenté acercarme a él, pero de inmediato volvió a gritarme que me detuviera.

—Prométeme que harás lo que te pido —me rogó con desesperación en la voz.

—¡Por favor, ven conmigo!... Encontraré la manera de ayudarte —le imploré.

—Nadie puede ayudarme ya —se lamentó, mientras su cuerpo se convulsionaba con lo que parecía una especie de ataque—. Se me acaba el tiempo...

Controlando su cuerpo a duras penas, atravesó la puerta del balcón saliendo al exterior.

—Adrian no debe saberlo nunca —su voz era ahora casi un susurro inaudible— Llévate a la niña..., sácala de aquí...

—¿Qué niña? —le pregunté, convencida de que sus palabras irracionales obedecían tan sólo a un extraño delirio.

—El ankh... —contestó de forma incoherente.

William había alcanzado el pequeño balcón y, antes de que pudiese evitarlo, se arrojó por él con un movimiento convulso de todo su cuerpo. Aquello fue demasiado para mí. Sentí como la fuerza abandonaba mis piernas y mi mente se nublaba negándose a aceptar lo que acababa de ver. Apenas pude controlar mi cuerpo mientras me derrumbaba inconsciente sobre el frío suelo de la habitación.

Cuando desperté a la mañana siguiente, me encontraba en medio del suelo de la habitación a unos metros de los pies de la cama. Estaba tan aturdida que apenas lograba recordar lo que había ocurrido. Poco a poco, las imágenes tortuosas de la noche pasada volvieron a mi mente haciéndome precipitarme hacia el balcón en busca de tu padre, como si acabase de arrojarse por él. Cuando me asomé por la pequeña terraza no parecía haber nada anormal en la calle. La gente paseaba con normalidad por las inmediaciones del hotel. No había cordones policiales, ni aglomeraciones, ni ninguna de las huellas típicas que debiera

haber dejado un hombre al caer al vacío. Volví a la habitación y llamé a la dirección del hotel. Les pregunté si había sucedido algo durante la noche frente al hotel. Aturdida y conmocionada como estaba, debí parecerles bebida pues me respondieron, con una ironía bastante clara en la voz, que había sido una noche perfecta. Colgué irritada y por un momento acaricié la idea de un extraño complot capaz de hacer desaparecer el cuerpo de William y evitar un escándalo en el hotel. Pero recapacité inmediatamente, dándome cuenta de que estaba actuando de forma irracional y paranoica. Procurando tranquilizarme, me dije a mi misma que todo había sido una pesadilla producida por mi ansiedad y depresión tras la muerte de tu padre. ¡Qué ilusa y que equivocada estaba!

Pasé el resto de la mañana diciéndome una y otra vez que no había ocurrido nada anormal, mientras procuraba tranquilizarme lo suficiente para afrontar el mal trago que me esperaba.

A las doce de la mañana, tras reunir el poco valor que aún me quedaba, me dirigí al depósito de cadáveres. Me esperaban dos funcionarios que me trataron con gran amabilidad, aunque no podían disimular la incomodidad de la situación. Tuve que esperar en una pequeña salita durante casi media hora. Puedo asegurarte que el rato que pase sentada sobre un pequeño banco de madera, sintiendo sobre mí las miradas esquivas de los funcionarios egipcios y esperando que preparasen el cuerpo de tu padre para el reconocimiento en una sala contigua, fue el momento más largo y amargo de mi vida.

Un médico forense apareció por fin pidiéndome que le acompañara, haciéndome sentir casi aliviada al pensar que aquella tortura llegaría pronto a su fin. El hombre se esforzaba en hablar en inglés, aunque tenía un fuerte acento egipcio que me impedía entenderle con facilidad. Me advirtió del mal estado del cuerpo, debido al arrastre que había sufrido por la corriente del río y al efecto deformante de las aguas, y me ofreció la posibilidad de firmar el conforme con la identificación sin necesidad de ver el cadáver. Según decía, la identificación era concluyente ya que habían encontrado su documentación en la ropa y algunas personas le habían reconocido. Estuve tentada de aceptar su propuesta y evitar aquel terrible momento, pero luego recordé la horrible pesadilla nocturna y decidí que debía cerciorarme de que el hombre que yacía tras aquellas puertas asépticas era William.

El forense asintió con gesto resignado y me condujo por un largo pasillo hasta una pequeña habitación. Se trataba de una sala de autopsias que se me antojó como una macabra parodia de quirófano, dedicada a desentrañar la muerte en lugar de preservar la vida. Todo el recinto estaba impoluto, como recién desinfectado, y en su centro, una camilla de acero portaba un cuerpo abultado tapado por una sábana. Por un momento me pareció anormalmente grande, pero luego recordé el accidente y comprendí que el agua debía haber hinchado el cadáver,

sumándose su efecto al de los gases internos propios de la descomposición. Forzándome a andar, me situé al lado de la camilla y pedí al forense que lo destapase.

Cuando lo vi no pude evitar una exclamación. Estaba aún peor de lo que esperaba. Hinchado y deformado, parecía más una figura de cera que un cuerpo real. El rostro, grotescamente desfigurado, era como un lienzo con la pintura fresca al que la mano frenética del demiurgo le hubiese emborronado los rasgos. Hice un esfuerzo por no apartar la mirada y lo examiné con cuidado. Los ojos eran azules y la piel blanca. El poco pelo que quedaba adherido al cráneo, pues la mayoría parecía haberse desprendido junto con parte del cuero cabelludo, era rubio y rizado. Empecé a aceptar que aquel era el cuerpo del que había sido mi marido y tu padre, aunque no podía encontrar ningún rasgo definitivo de su identidad. Resignada, iba a pedir al médico egipcio que cubriese de nuevo el cadáver, cuando recordé un detalle que me hizo pedirle justo lo contrario, que lo descubriese por completo. Tu padre se había operado de apendicitis con sólo seis años y el tiempo había hecho que la cicatriz adquiriese una curiosa forma de siete.

Con asombro, descubrí que aquel cadáver no tenía cicatriz alguna. Definitivamente, aquel hombre tendido frente a mí no era William. En aquel momento toda la extraña pesadilla nocturna volvió a mi mente con gran viveza y seguramente me tambaleé, porque el funcionario egipcio me agarró inmediatamente del brazo ofreciéndome su ayuda. Sin saber qué hacer, le pedí que me dejase unos instantes a solas. Aunque no pareció muy convencido, terminó aceptando mi petición abandonando reticente la sala.

Mi mente era un torbellino. No sabía qué hacer, lo lógico era decir la verdad; que aquel hombre tendido frente a mí no era mi marido. Sin embargo, no podía evitar recordar mi pesadilla nocturna y la petición que la deformada figura de tu padre me hizo en ella. Tras reflexionar durante unos minutos, decidí que, fuese o no real la pesadilla nocturna que había tenido, lo cierto era que aquel hombre no era William y que, por tanto, éste podía estar todavía ahí fuera perdido o enfermo. Debía decir la verdad y no dejarme llevar por una alucinación febril carente de sentido.

Me estaba girando dispuesta a llamar al forense, cuando quedé paralizada al notar como una mano apretaba fuertemente mi muñeca derecha. El hombre tendido en la camilla sujetaba mi mano con la fuerza de una garra de acero. Intenté gritar, pero mi garganta se negó a obedecerme. Los ojos del cadáver se abrieron lentamente mientras sus párpados hinchados se apartaban para dejar al descubierto unas pupilas lechosas, animadas por un fulgor verdoso antinatural. Aquellos ojos sin vida se posaron sobre mí mientras unas palabras, al principio ininteligibles, surgían de unas cuerdas vocales en descomposición.

—¡Por favor!... Haz lo que te pedí anoche —susurró arrastrando las palabras, pero con la suficiente claridad para que reconociese en ellas el tono de voz de William—. No permitas nunca que Adrian venga a buscarme, déjale creer que éste es mi cuerpo.

Al cesar sus palabras, la mano con la que me tenía sujeta me soltó de inmediato y el cadáver volvió bruscamente a su posición yacente original como si nada hubiese ocurrido.

Me aparté temblando aterrorizada retrocediendo hacia la pared, hasta golpearme con una pequeña mesa repleta de material quirúrgico, que arrojó su contenido contra el suelo provocando un estruendo atronador. El forense egipcio entró rápidamente en la habitación alarmado ante el estrépito.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó alarmado, contemplando el desorden producido a mi alrededor.

—Ha sido un pequeño mareo —me excusé respondiendo con dificultad.

—Debió hacerme caso. No era necesario que viese el cuerpo de su marido —me reprochó mientras corría a tapar de nuevo el cadáver con la sábana arrugada a sus pies.

En aquel momento, y mientras contemplaba en mi muñeca las claras marcas de unos dedos hinchados, tomé la decisión que aún hoy me atormenta; dejé que creyesen que aquel cuerpo deformado, que acababa de volver de la muerte para atormentarme durante unos instantes, era tu padre. Y lo que es mucho peor, dejé que tú también lo creyeses.

Firmé aquellos impresos de forma maquinal, con la sensación de que aquella rubrica certificaba el final de una etapa de mi vida. Una etapa llena de auténtica felicidad que ahora se tornaba en un pozo oscuro del que no adivinaba el final.

CAPITULO 2

EL MAGO

1

Tras pagar el elevado precio del viaje al conductor, el padre Alviero descendió con rapidez del automóvil internándose en una pequeña callejuela atestada de gente. Se dirigió titubeante y nervioso a una discreta terraza parisina, desde cuyas pequeñas mesas redondeadas llegaba un aroma intenso a café y a pan recién hecho.

Cuando ingresó en la Santa Alianza, tuvo que asumir que su misión pastoral iba a estar muy alejada de lo que en principio había supuesto. Comprendió que su labor no iba a ser la de un mero sacerdote, sino que se asemejaría más a la de un analista de un servicio secreto; un servicio secreto dedicado a preservar la Fe de Cristo, pero un servicio secreto al fin y al cabo. Estaba acostumbrado a recibir y analizar datos, ofreciendo conclusiones para que luego otros ejecutasen las acciones adecuadas a cada caso. Las veces en que había realizado intervenciones directas podían contarse con los dedos de una mano. Por eso, el hecho de que hubiese recibido aquel encargo del Santo Padre, pues tal era a pesar de que hubiese sido un Cardenal el encargado de transmitírselo, le había cogido totalmente por sorpresa. Nunca imaginó que llegaría a encontrarse en una situación como aquella, dirigiéndose a una cita a ciegas con el hombre más temido de la Iglesia católica.

Tras escoger una mesa vacía, situada junto a la fachada acristalada del local, se quitó la chaqueta depositándola sobre el respaldo de la silla y se sentó. Rápidamente un camarero se acercó solícito. Estaba a punto de pedir el desayuno cuando se vio interrumpido por un hombre de edad avanzada.

—¿Es usted el padre Ricardo Alviero? —preguntó el recién llegado dirigiéndose a él. Tenía la piel muy blanca, el rostro alargado y el pelo canoso, corto y rizado. Llevaba la barba mal afeitada y sus arrugas de expresión aparecían profundamente marcadas. Sus ojos azules y pequeños, mostraban una mirada que se le antojó afilada como un cuchillo. Aunque su aspecto no era tan impresionante como lo había imaginado, el padre Alviero supo de inmediato que aquel hombre era, sin duda, el sacerdote que tanto temor y reverencia causaba en el seno de la Iglesia Católica.

—Soy el padre Elías —se presentó, sentándose junto a él mientras le estrechaba la mano— Si no ha desayunado aún deje que le invite.

Tras pedirle al camarero un par de cafés con leche y unas baguetes recién hechas, los dos hombres se quedaron en silencio por unos instantes observándose mutuamente. El padre Elías fue el primero en romper el incómodo silencio.

—Veo por su expresión que ha oído hablar de mí y probablemente no muy bien.

—Se dicen muchas cosas, padre —reconoció el padre Alviero con sinceridad.

—No se pueden pasar cuarenta años haciendo lo que yo he hecho sin crearse una cierta reputación —comentó el sacerdote de forma un tanto enigmática.

El camarero volvió con increíble rapidez, depositando sobre la pequeña mesa dos tazas humeantes de café y un plato repleto de panecillos alargados recién horneados.

—Pruebe las baguetes. Hay pocos sitios en todo París en que estén tan bien hechos como en este pequeño café del barrio judío —le animó el padre Elías, mientras comenzaba a mojar uno de los dorados panecillos en el café.

—No tengo demasiado apetito —el padre Alviero, haciendo un esfuerzo por sobreponerse a los nervios que atenazaban su estómago mientras tomaba un pequeño sorbo de café.

—Desde que era pequeño tuve ciertas facultades especiales que me hacían distinto a los demás —comenzó a explicar el padre Elías con naturalidad—. Nunca fui lo que se un niño demasiado normal.

—¿Qué clase de facultades? —preguntó el padre Alviero, fascinado ante la posibilidad de saber si todo lo que había oído sobre aquel hombre sentado frente a él era cierto.

—Digamos que veía y oía cosas que los demás no podían ver ni oír. Al principio mi familia lo tomó por la excesiva imaginación de un niño, pero con el tiempo se convencieron de que mis visiones no eran en absoluto imaginarias.

—¿Pero qué clase de visiones tenía?

—Mire padre, quiero que comprenda que no puedo contarle demasiados detalles sobre mí. De hecho, si le cuento todo esto es para que esté mejor preparado para lo que vamos a tener que enfrentar de aquí en adelante.

—Lo siento, no era mi intención importunarle —se disculpó el sacerdote.

—No se preocupe. Sé que está acostumbrado a analizar datos y que es extremadamente detallista en su trabajo. De hecho, por eso precisamente está aquí —contestó el padre Elías riendo conciliadoramente—. Debe bastarle con saber que tengo la capacidad de percibir ese otro mundo sutil que está junto al nuestro. Estas capacidades hicieron que mi familia me internara en una institución de jesuitas con la esperanza de que ellos canalizaran mi talento al servicio de Dios. Aunque al principio me sentí rechazado por mi propia familia, al final comprendí que habían

realizado la elección adecuada y allí abracé mi vocación sacerdotal. Tras ordenarme, hace ya más de cuarenta años, la Iglesia, consciente de mis habilidades, solicitó mis servicios en la Santa Alianza, de forma muy parecida a como usted fue reclutado tras sus servicios en la Iglesia de Nuestra Señora del Rosario en Baruta ¿no es cierto?

—Así es —admitió el padre Alviero—. Estuve un año haciendo mis prácticas sacerdotales en esa pequeña Iglesia de Caracas antes de ingresar en la Entidad. Aunque creo que ya lo sabe, parece que ha estudiado mi expediente.

—La Entidad... En mis tiempos era simplemente la Santa Alianza —comentó pensativo el anciano—. Claro que he estudiado su expediente. En el seminario fue un alumno excelente con calificaciones inmejorables en Filosofía y Ciencias Humanas, hasta el punto de conseguir el Diaconado en tan sólo cuatro años.

—En cambio yo no he encontrado ningún expediente suyo en los archivos de la organización —le interrumpió el padre Alviero con suspicacia.

—Ni lo encontrará. Mi servicio ha sido un tanto especial y no se ha realizado exactamente en su misma organización.

—¿Qué quiere decir?

—La Entidad, llamémosla así, es ni más ni menos que un servicio de inteligencia al servicio directo del papado. Pero no es un servicio secreto al uso ya que se encarga, no sólo de los intereses políticos del Vaticano, sino también de las cuestiones de Fe.

—Todo eso lo sé bien —dijo el padre Alviero, sin saber muy bien a dónde pretendía llegar el padre Elías.

—Pero lo que no sabe es que existe una organización dentro de la Entidad, que sólo responde ante el Papa y cuyos miembros son elegidos por sus talentos o dones especiales. Esa organización recibe el nombre de «Círculo Octogonus» y se puede decir que soy el responsable de su moderna encarnación.

—¿Su moderna encarnación?

—El Círculo Octogonus sólo es activado por el Santo Padre en momentos especialmente delicados para la Iglesia, y su existencia siempre es negada oficialmente. Cuando se completa la misión, los miembros supervivientes son disueltos y la organización desmantelada hasta que vuelve a ser necesaria.

—¿Supervivientes? —preguntó el padre Alviero, notando como los nervios oprimían de nuevo su estómago.

—Supongo que ya habrá deducido por si mismo el tipo de misiones para que se suele

llamar al Círculo —observó con ironía el padre Elías—. Usted como yo, padre, sabe que este mundo se encuentra en una permanente lucha. Un enfrentamiento entre dos mundos: el inframundo, el reino del Diablo, y el mundo que conocemos, el reino de Dios. En otras palabras: ¿no esperará que haya muchos supervivientes cuando nuestra función es enfrentarnos al poder del mismísimo Diablo?

El padre Alviero se estremeció al oír, expresado con total crudeza, la realidad que había temido desde que el obispo le enviase allí. Cuando se hizo sacerdote asumió la idea de que el mal era algo más que un mero aspecto del espíritu humano. Sabía que el dogma católico reconocía al mal como encarnado en una entidad real capaz de manifestarse en nuestro mundo. Sin embargo, aquello no había pasado de ser un concepto teológico que había relegado en su subconsciente. Ni en sus peores pesadillas hubiese podido imaginar que algún día tendría que enfrentarse, de forma real y no metafórica, a ese mal encarnado.

—Y, ¿en cuántas misiones ha intervenido usted padre? —preguntó, intentando sobreponerse al miedo que sentía.

—He formado parte de las actividades del Círculo en tres ocasiones a lo largo de mi vida —admitió el padre Elías.

—Por su reputación pensaba que habrían sido más sus intervenciones —observó algo decepcionado el padre Alviero.

—Mi reputación, como usted dice, se debe a que hasta ahora soy el único que ha sido capaz de sobrevivir a tres misiones del Círculo Octogonus.

2

Cuando salí de la oficina del depósito, estaba como ida. Me parecía que todo a mí alrededor era irreal, como si aún estuviese durmiendo en la habitación de mi hotel y no en aquellas salas asépticas, desinfectadas de toda bacteria y hasta de la vida misma. Estaba a punto de abandonar el lugar, cuando vi una niña sentada en un pequeño banco de madera al extremo de un pasillo mal iluminado. No sé muy bien por qué, pero sentí la necesidad de dirigirme hacia ella. Cuando me acerqué, pude ver que era algo mayor de lo que había imaginado, debía tener doce o trece años y era extremadamente delgada y morena. Al notar mi presencia, me miró, mostrándome unos hermosos ojos verdes que parecían brillar con luz propia en la penumbra de aquel lugar. Su pelo era rojo, de un color tan vivo como nunca había visto antes. Esquivó mi mirada y volvió a refugiarse en la manipulación de un objeto que sujetaba entre las manos como si se tratase del mayor de los tesoros.

—Hola —saludé, sin darme cuenta de que estaba en Egipto y lo más probable era que no entendiese una palabra de inglés.

Me miró de nuevo, mostrando una tímida sonrisa que iluminó su rostro por un instante antes de volver a refugiarse en su peculiar entretenimiento manual.

—No le contestaré.

Me sobresalté antes de darme cuenta de que, tras la niña, una mujer, oculta por su cuerpo y por la penumbra, se había incorporado dirigiéndose a mí en perfecto inglés. Tenía un rostro redondeado y una sonrisa agradable. Sus pequeños ojos marrones, acompañados por sendos lunares bajo ellos, tuvieron la cualidad de tranquilizarme con su mirada.

—Soy Alexia, sicóloga del departamento de policía —se presentó, estrechándome la mano— Le decía que la niña no le contestará. Sufre un shock postraumático y no hemos conseguido que diga una sola palabra desde hace días.

—¿Qué le ha ocurrido? —pregunté.

—Iba en el mismo autobús que su marido —respondió sorprendiéndome, pues no me había presentado y aquella mujer parecía saber quién era yo.

—No suele haber muchas mujeres inglesas por aquí —me explicó, consciente del motivo de mi sorpresa—. Conocía el trabajo de su marido. Ha sido una gran pérdida para todos.

—Creía que no había habido supervivientes —pregunté, intentando apartar la conversación de William, ya que mi mente aún estaba demasiado confusa y me veía incapaz de seguir dando vueltas a lo que le había pasado.

—Hubo dos supervivientes; un vendedor que tenía un puesto en el mercado Khan el Khalili y esta niña. Fue un auténtico milagro que saliese intacta del accidente.

—Por lo menos físicamente —comenté sin poder evitarlo.

—No ha vuelto a hablar desde que sucedió —me explicó la sicóloga—. Creemos que sufre un tipo de amnesia traumática del que va ser difícil que se recupere totalmente. Con el tiempo quizá vuelva a ser una niña normal, pero necesitará mucho cariño a su alrededor y no es fácil que vaya a tenerlo aquí.

—¿Por qué? —pregunté preocupada.

—No llevaba ninguna documentación encima y todavía no hemos podido localizar a su familia. Si iba con algún familiar probablemente ha muerto en el accidente.

—Y, ¿qué le ocurrirá ahora?

—Si nadie la reclama, terminará en un orfanato del estado.

Viendo a la pobre niña allí, absorta en su extraño juego, completamente ajena la conversación que dos extrañas mantenían en un idioma distinto al suyo sobre su futuro, me pareció la criatura más desvalida del mundo.

—¿Qué tiene en sus manos? —pregunté con curiosidad.

—Es un ankh de madera. Lo llevaba cuando la encontraron y no lo ha soltado desde entonces —respondió la mujer con naturalidad—. Es un símbolo de vida que conecta al ser humano con la eternidad. Probablemente tiene un gran valor sentimental para ella.

Al oír aquella palabra recordé de inmediato lo que William me había dicho antes de desaparecer «Llévate a la niña». Entonces me había parecido un sinsentido, una divagación de su mente trastornada, pero se me había quedado grabada aquella palabra «el ank». Al fijarme con mayor atención en aquel pequeño objeto de madera, reconocí la forma familiar de la cruz egipcia. La niña lo movía de una mano a otra acariciando suavemente unas pequeñas esferas de plomo situadas en los extremos de los brazos y en el interior del círculo superior. Parecía como si rezase una extraña letanía. En aquel momento decidí que, fuese o no fuese verdad la pesadilla vivida la noche anterior, aquella pequeña criatura no sería criada en un frío orfanato, sino que tendría el mejor hogar que fuese capaz de ofrecerle.

Cuando salí de aquel lugar fui directamente a la embajada inglesa y ellos me ayudaron a iniciar los trámites de la adopción. Me dijeron que sería un proceso largo y complicado y que probablemente no lo conseguiría, pero, afortunadamente, se equivocaron. Me gusta pensar que, en cierta manera, los dioses quisieron compensar con Zulema el terrible daño que nosotros y ella habíamos sufrido en aquel horrible lugar.

3

El texto terminaba bruscamente. Adrian hojeó el resto del diario observando extrañado que las demás páginas estaban en blanco. Era casi como si su madre hubiese pensado en continuar su relato y, sin embargo, nunca lo hubiese hecho.

Adrian apartó la mirada del libro, dirigiéndose a Zulema con una mezcla de confusión e indignación dibujada en su rostro.

—¿Qué demonios significa esto? —exclamó, mostrando el diario a su hermana— El tumor debió destrozar su mente y hacerla imaginar esta extraña historia.

—No creo que sea tan sencillo —respondió Zulema, esquivando la mirada de Adrian y sintiendo una injustificada sensación de culpabilidad.

—¿Qué quieres decir?

—Si te fijas en la fecha escrita sobre cada página, verás que Mamá empezó a escribir ese diario poco tiempo después de morir tu padre.

Adrian recorrió con su vista la hoja que tenía frente a él, encontrando con rapidez la fecha anotada con letra minúscula en donde Zulema le había indicado

—Pudo anotar esas fechas después —repuso obstinado.

—No lo creo, la tinta es vieja y las hojas amarillean. Ese diario lleva mucho tiempo guardado tras el armario. Además, te olvidas de que yo estaba allí —Zulema se desabrochó un botón de su blusa, dejando al descubierto una cadena de oro que llevaba engarzada una cruz egipcia de madera con los extremos de plomo, tal y como la describía el diario—. Aún la llevo encima y recuerdo perfectamente a mamá en aquel pasillo, pálida y confusa como si llevase encima de sus hombros el peso del mundo entero. Si lo que narra sobre mí ocurrió tal y como lo cuenta, ¿por qué el resto había de ser falso?

Adrian examinó de nuevo el diario y, a pesar de que su corazón se negaba a creer que fuese auténtico, su mente tuvo que admitir que todo parecía indicarlo.

—¡Pero esto no puede ser verdad! —insistió Adrian, a modo de ruego más que de afirmación— Tenía que estar trastornada.

La puerta de la sala se abrió bruscamente y Eric, descalzo y a medio vestir, asomó su rostro preocupado por ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó, mientras terminaba de abrocharse la camisa con nerviosismo — He oído voces y pensé que sucedía algo.

Adrian y Zulema no se habían percatado de que habían ido elevando el tono de su voz, olvidando que no estaban solos en la casa.

—No pasa nada —respondió Zulema, intentando tranquilizar al muchacho—. Discutíamos un tema familiar, eso es todo.

—Perdonadme... —se disculpó Eric, un tanto violento por la situación— Volveré a mi habitación.

—¡No! ¡Quédate por favor! —exclamó Adrian con vehemencia— Necesito tu opinión.

—Si es un tema personal no creo que deba meterme — repuso Eric, al que no le había pasado desapercibida la mirada de profundo reproche que Zulema había dedicado a su hermano como consecuencia de su inesperada petición.

—Eric tiene razón —intervino Zulema, sorprendida porque su hermano pareciese dispuesto a dejar que Eric conociese las intimidades que su madre había dejado allí expuestas sólo a los ojos de sus hijos—. No creo que ningún extraño deba intervenir en este asunto.

—Pues yo sí lo creo —respondió Adrian con obstinación—. Además, no es ningún extraño. Eric es como un hermano para mí y me ha ayudado más veces de las que puedo recordar.

—Mira —dijo Eric dirigiéndose a Adrian y poniéndole una mano en el hombro—, te agradezco que confíes tanto en mí y sabes que si me necesitas ahí estaré. Pero, aunque no sé qué es lo que ocurre, si supone un problema con tu hermana, creo que es algo que primero deberíais aclarar entre vosotros.

—¡Está bien! —exclamó Zulema cambiando repentinamente de postura—. Es posible que la opinión de alguien objetivo pueda sernos útil. Además, todos necesitamos la ayuda de un hermano de vez en cuando.

Adrian recibió como una bofetada el claro reproche dibujado en las palabras de su hermana. Con cierta reticencia sobre si estaría haciendo lo correcto, entregó el diario de su madre a Eric pidiéndole que lo leyese tal y como él había hecho antes.

Eric, con la sensación de estar cogido en medio de una extraña guerra fría familiar, se sentó en una butaca y leyó el manuscrito bajo la mirada atenta y preocupada de los dos hermanos. Tras un silencioso e incómodo periodo de espera, el muchacho dio por terminada su lectura apartando su mirada de aquel extraño diario.

—No sé qué decir —confesó titubeante, devolviendo el manuscrito a Adrian.

—¿Qué piensas? —le interrogó Zulema, que parecía haber aceptado con resignación que aquel compañero de facultad de su hermano interviniese en sus vidas— ¿Crees que mi madre estaba trastornada o puede haber algo cierto en su historia?

—Bueno... —Eric se sentía como un juez a punto de dictar una sentencia de pena capital — Cuando yo perdí a mis padres, aunque sé que no es lo mismo porque era sólo un niño, hubo un tiempo en el que no fui capaz de asimilar lo ocurrido. Recuerdo que estuve más de un año creando fantasías. Contaba a todo el mundo que mis padres eran espías y que su muerte había sido un montaje. La mente puede jugar malas pasadas cuando no es capaz de asimilar la realidad.

—Entonces, ¿piensas que es posible que mi madre fabulara toda la historia porque no era capaz de aceptar que mi padre había muerto?

—Es posible. Pero si te digo la verdad todo esto me resulta un poco extraño.

—¿Por qué? —preguntó Zulema.

—No soy sicólogo, pero mis tíos me hicieron pasar por algunos divanes para curarme de mis fantasías evasivas y aprendí algunas cosas. La negación no suele manifestarse con la riqueza de detalles que tu madre muestra en su diario. Además, la fantasía tiene como finalidad tranquilizarte, hacerte pasar de forma más sencilla el mal trago que se te viene encima. Sin

embargo, lo que tu madre relata es algo terrible, algo peor que la propia realidad. Si realmente pensaba que todo esto era cierto, su vida tuvo que convertirse en una auténtica pesadilla.

—¡Dios! —exclamó Adrian angustiado— ¿Debo creer entonces que mi padre lleva seis años por ahí convertido en una especie de zombi o algo peor?

Zulema se acercó a su hermano y comenzó a acariciarle el pelo intentando consolarle.

—No sabemos qué pasó realmente. Puede que engañasen a mamá. Quizá alguien quería que tu padre fuese dado por muerto —le explicó Zulema sin demasiada convicción.

—Es posible —intervino Eric, al que las palabras de la muchacha parecieron animar de repente—. A pesar de lo inquietante del relato, puede que no haya nada sobrenatural en todo esto. Tu madre tenía que estar por fuerza alterada cuando viajó a Egipto y, en esas condiciones, pudieron utilizar algún tipo de droga alucinógena con ella. Existen compuestos capaces de hacer que una persona vea cualquier cosa y más si esa persona atraviesa por un momento de especial vulnerabilidad.

Adrian se levantó, abandonando las caricias de su hermana, y comenzó a andar nervioso por la estancia mientras sujetaba el diario en sus manos.

—¡Muy bien! —exclamó, haciendo un esfuerzo por calmarse y poner en orden sus pensamientos— Lo que está claro es que tengo que descubrir que pasó en Egipto. Si hay una sola posibilidad de que mi padre esté aún vivo, tengo que encontrarle.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Eric.

—Intentaré averiguar en qué trabajaba cuando viajó a El Cairo y después iré allí a buscarle.

—Iré contigo —se ofreció Zulema.

—No tienes por qué hacerlo —repuso Adrian sorprendido—. No era tu padre y puede que sea peligroso. Es mejor que te quedes aquí.

—¡No me apartarás de nuevo! —le reprendió la mujer con indignación—. Puede que no fuese mi padre, pero también es mi pasado. No eres el único que perdió a un familiar en ese maldito accidente. Llevo seis años preguntándome quién soy y qué ha sido de mi familia. Es posible que lo que le pasó a tu padre tenga algo que ver con lo que me pasó a mí, así que no pienso quedarme aquí a esperar a perderte a ti también.

Adrian se acercó a su hermana y la abrazó con ternura sintiendo sus lagrimas caer silenciosas por sus mejillas.

—Lo siento —se disculpó, con pesar—. No me perderás. Te prometo que haremos esto juntos.

—¿Y yo qué? —preguntó de pronto Eric, haciendo que los dos hermanos le mirasen sorprendidos.

—Te agradezco lo que pretendes hacer, pero esto es un asunto familiar —repuso Adrian.

—Espera un momento —exclamó Eric esbozando un gesto de exagerada incredulidad en su rostro—. ¿Me estás diciendo que hace un minuto era muy bueno tener a alguien objetivo para opinar y que ahora, cuando llega lo verdaderamente interesante, quieres darme la patada? Ni hablar de eso. El hijo de mi madre no es un cobarde y no se va a ir a casita de sus tíos a aburrirse el resto de las vacaciones.

—Tengo el presentimiento de que esto no va a ser una de nuestras escapadas de fin de semana —objetó Adrian, agradeciendo la propuesta de su amigo, pero presintiendo que podía estar poniendo en peligro a las personas que más le importaban.

—No te confundas —le interrumpió Eric, recuperando la seriedad—. Sé que esto no es una broma, pero los auténticos amigos no están sólo para ayudarse en las fiestas ¿verdad?

Adrian permaneció un instante en silencio contemplando a su amigo mientras su mente intentaba decidir qué hacer. Sabía que Eric no era una persona fácil de convencer cuando tomaba una decisión y su ágil mente de informático podía ser realmente útil.

—Está bien, tú ganas —concedió finalmente, profundamente agradecido.

—En la facultad no sabe ni atarse los cordones de los zapatos sin mí —apostilló Eric, dirigiéndose a Zulema, que no pudo evitar esgrimir una tímida sonrisa.

4

El padre Alviero no podía disimular su inquietud mientras bajaba las escaleras del pequeño hotel de París en que estaba hospedado. Desde que hace dos días entrase en contacto con el Padre Elías, no le había vuelto a ver hasta que recibió su llamada a primera hora de la mañana. El misterioso sacerdote se había limitado a decirle que todo estaba listo para empezar, significase eso lo que significase, y que se reuniese con él por la tarde frente al hotel.

Los nervios que le atenazaban desde que recibiese aquel encargo papal, redoblaron sus energías contrayendo bruscamente su estómago y pintando una mueca de dolor en su rostro. Al llegar al vestíbulo se encontró con el sacerdote que le esperaba con gesto taciturno, vestido de calle y sujetando un pequeño maletín de cuero negro en su mano derecha.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó mientras le estrechaba la mano— No tiene buen aspecto.

—No me ha sentado muy bien el almuerzo.

—No debe descuidar sus comidas. Sé que está nervioso, pero necesitará todas sus fuerzas para lo que nos espera. Espero que esté preparado —le advirtió el padre Elías.

—Lo estoy, no se preocupe —aseguró el padre Alviero, aunque sabía en su interior que no lo estaba y que quizá jamás lo estuviera.

Un taxi esperaba frente al hotel. El conductor se apresuró a abrirles la puerta como si de un chófer particular se tratase.

—Supongo que querrá saber a dónde vamos —le explicó el padre Elías, una que vez estuvieron acomodados en los asientos del vehículo y éste hubo arrancado—. Lo he organizado todo para que podamos estudiar de nuevo su último caso.

—¿Se refiere al resucitado? —preguntó el padre Alviero sorprendido.

—El mismo. Es la manifestación más reciente y puede que examinando de nuevo el cadáver podamos conseguir algún dato valioso sobre la verdadera naturaleza de la Fuente.

—Lo estudiamos con extremo cuidado hace seis meses y no encontramos nada relevante —repuso el padre Alviero, un tanto molesto por lo que aquel nuevo examen suponía de desconfianza hacia su trabajo—. Además, el cuerpo debe estar ya en muy mal estado.

—No se preocupe por eso. Sé que su trabajo fue excelente, pero no es exactamente el cuerpo lo que me interesa.

El padre Alviero comprendió con aprensión que el padre Elías no le revelaría nada más sobre su verdadero objetivo hasta que llegasen a su destino, por lo que decidió no seguir interrogándole.

El coche avanzó por las calles parisinas, esquivando con facilidad el terrible atasco de la capital, hasta llegar a una zona de las afueras de la ciudad que el padre Alviero desconocía. El trayecto fue más largo de lo que esperaba y, cuando por fin el vehículo se detuvo ante lo que parecía una antigua fábrica metalúrgica abandonada, la luz del día comenzaba ya a debilitarse. Los dos sacerdotes salieron del vehículo y el taxi se marchó dejándoles en aquel lugar desolado.

—¿Por qué no le ha pedido al taxista que nos esperase? —preguntó el joven sacerdote, cada vez más inquieto.

—Vamos a tardar más de lo que usted piensa. Le he pedido que vuelva a primera hora de la mañana.

El padre Alviero sintió un escalofrío recorrer su espina dorsal, mientras contemplaba el lugar en que se encontraban. La fábrica era una enorme mole de metal retorcido situada en medio de la nada. A su alrededor se extendía una yerma e interminable llanura, cubierta tan sólo de una hierba triste, baja, reseca y poco abundante, como una barba mal afeitada. Sólo la silueta lejana de

algún árbol solitario rompía la monotonía del horizonte.

Siguiendo al padre Elías, se dirigió al interior del edificio embargado por el temor y desconfianza. Tenía la sensación de estar entrando voluntariamente en las fauces abiertas de una bestia.

El padre Elías extrajo un manojito de llaves de un bolsillo de su chaqueta, abriendo con rapidez una pequeña puerta metálica situada dentro de un portón para vehículos pesados. La fábrica estaba completamente a oscuras. Tan solo unos débiles rayos de luz se filtraban al interior a través de unas pequeñas ventanas, demasiado espaciadas y situadas a excesiva altura como para poder alumbrar con eficacia el edificio. El anciano cerró de nuevo la puerta de entrada con sus llaves, una vez que ambos sacerdotes se internaron en aquella oscuridad, y el padre Alviero no pudo evitar preguntarse si lo haría por temor a que algo entrase o por temor a que algo saliese de aquel lugar.

Tras localizar el interruptor de la luz, consiguieron iluminar la estancia, aunque con una luz mortecina y poco potente. Subiendo por una escalera metálica, situada en un lateral, llegaron a la planta superior donde estaban situadas las oficinas y una serie de almacenes secundarios.

—Este no parece un lugar muy adecuado para examinar un cadáver —comentó el padre Alviero, incapaz de contener por más tiempo la inquietud que sentía.

—He mandado disponer el cuerpo en una sala refrigerada —explicó el padre Elías, indicándole una puerta doble metálica con dos pequeñas ventanas de cristal empañadas de vaho.

Una ráfaga de aire helado hizo acto de presencia en cuanto traspasaron las puertas. La sala estaba completamente vacía con la salvedad de una camilla situada en el centro de la habitación, en la que se adivinaba la silueta de un cadáver cubierto por una sábana blanca.

El padre Elías se adelantó, ante los ojos atentos del padre Alviero, colocando su pequeño maletín en el suelo junto a la camilla.

—Supongo que conoce el «Ritual Romanum» —preguntó el anciano, mientras sacaba de su pequeño maletín un antiguo libro de hojas ribeteadas de oro y pastas de cuero negro, muy gastadas.

—Claro que lo conozco —repuso el padre Alviero examinando el libro que el sacerdote había depositado en sus manos—. ¿No pretenderá hacer un exorcismo al cadáver?

—No es un exorcismo lo que vamos a realizar, sino justamente lo contrario. Este ejemplar del «Ritual Romanum» no es exactamente como el que usted conoce. Contiene un ritual que no se enseña en el seminario; el ritual que vamos a realizar y para el que debe prepararse, y cuya finalidad no es otra que devolver a este cadáver la entidad que lo poseyó y atraparla en él.

—¡Pero eso es una invocación al demonio! —exclamó el padre Alviero escandalizado.

—Exactamente —admitió el padre Elías, mientras extraía de su maletín dos estolas moradas repletas de filigranas doradas que representaban escenas del Nuevo Testamento, quedándose una y entregándole la otra al atemorizado sacerdote—. Más vale que se mantenga firme o no podremos controlarlo. Sujete con fuerza el «Ritual Romanum» y límitese a repetir todo lo que yo diga, pero no suelte el libro bajo ningún concepto. Ese volumen que tiene en sus manos ha sido bendecido por el Santo Padre y ha estado presente en la expulsión de múltiples demonios. Será el ancla que nos permitirá controlar a la entidad que poseyó a este desgraciado, si es que conseguimos que se manifieste.

El padre Elías despojó de la sábana que lo cubría al cadáver yacente en el centro de la habitación, dejando el cuerpo, desnudo y perfectamente conservado, impudicamente expuesto.

—¡Está incorrupto! —exclamó el padre Alviero con perplejidad.

—Todo cuerpo poseso es incorruptible, ya sea poseído por el Espíritu Santo o por un espíritu demoníaco —explicó el padre Elías, mientras cogía una pequeña tiza de su maletín y comenzaba a trazar un dibujo bajo la camilla.

—Eso es satanismo —protestó atemorizado el padre Alviero, al identificar la imagen que estaba pintando el sacerdote como un pentagrama del diablo.

—Es hora de que se dé cuenta de que para combatir aquello a que nos enfrentamos tenemos que estar dispuestos a utilizar sus propias armas. Puede que pongamos nuestras almas en peligro utilizando sus artes maléficas, pero debemos tener Fe en que el Señor nos juzgará con indulgencia por haberlo hecho en defensa del bien.

El padre Elías sacó de su maletín una pequeña botella de cristal repleta de agua bendita y un rosario plateado. Tras indicar al padre Alviero que se colocase a su lado junto al cadáver, se puso su estola alrededor del cuello comenzando el ritual.

—Devuélveme, Señor, la túnica de la inmortalidad, que perdí por el pecado de los primeros padres; y, aunque me acerco a tus sagrados misterios indignamente, haz que merezca, no obstante, el gozo eterno —recitó, besando la estola con los ojos cerrados, antes de adelantarse y depositar una mano sobre el cadáver helado situado frente a él.

A continuación, el sacerdote comenzó a pronunciar una letanía de extraños versos en varias lenguas que incluían el latín, el arameo e incluso el egipcio antiguo. El padre Alviero intentó seguir sus palabras repitiéndolas con cuidado. Aunque comprendía las frases en latín, apenas podía entender las palabras recitadas en los otros lenguajes, que, aún así, se esforzó en repetir imitando con cuidado la pronunciación del sacerdote.

El padre Elías continuó el ritual durante cerca de media hora, hasta que, tras dibujar un círculo con agua bendita alrededor del cuerpo, dejó repentinamente de hablar y, apoyando las manos en el cadáver, cerró los ojos. Tras unos instantes de aparente meditación, el padre volvió en sí y comenzó a recitar de nuevo. El padre Alviero reconoció las frases y comprendió que el ritual había vuelto a empezar.

En total, el proceso se repitió cuatro veces hasta que el padre Elías, tras volver a poner las manos en el cadáver, como en el resto de ocasiones, y cerrar los ojos, levantó la mano derecha indicando al padre Alviero que se acercara. Al llegar junto a él, le pidió el libro del «Ritual Romano», que había estado guardando, y lo colocó con rapidez encima del cuerpo.

—¿Está aquí; —anunció con un susurro el sacerdote.

El padre Alviero, luchando entre la fascinación y el terror más absoluto, observó con atención el cuerpo. Aparentemente, no había sufrido ningún cambio que explicase las palabras del padre Elías. Su piel seguía igual de blanquecina y ligeramente olivácea, sus ojos seguían cerrados y sus labios estaban igual de morados. Entonces lo vio; en el pecho, en un gran corte en forma de «y» realizado durante la autopsia, los bordes salientes y mal cosidos de la piel habían comenzado a rezumar sangre. Bastante asombroso era de por sí el estado de conservación del cadáver, pero, el hecho de que, después de seis meses, las cicatrices comenzasen a sangrar, sólo podía deberse a una intervención sobrenatural.

Poco a poco un brillo verdoso comenzó a envolver el cuerpo hasta cubrirlo por completo. A pesar de estarlo esperando, cuando los ojos del cadáver se abrieron, el padre Alviero no pudo evitar retroceder dando un salto por la sorpresa. La cabeza giró lentamente hasta mirar directamente a los dos sacerdotes.

—¿Quién se atreve a invocarme? —susurró con una voz sorprendentemente clara, aunque imbuida de un tono ostensiblemente amenazador, como el silbido de una serpiente a punto de atacar.

—¿Dime quién eres! —ordenó con seguridad el padre Elías, haciendo caso omiso de la pregunta.

El cadáver, repentinamente animado, comenzó a agitarse. Al principio se movió lentamente, pero fue ganando vigor paulatinamente, hasta que la camilla comenzó a desplazarse de un lado a otro en un movimiento de enfermizo vaivén.

—¿Dime tu nombre! — insistió el padre Elías, que permanecía totalmente inmóvil al lado del cuerpo, aparentemente poco impresionado por la escena.

La camilla dio un fuerte bote, elevándose en el aire unos pocos centímetros para volver a

caer con un estridente sonido metálico, como si sus entrañas de aluminio estuviesen a punto de desencajarse.

—¿Crees que tienes poder sobre mí? —respondió por fin el cadáver reanimado, mostrando una sonrisa llena de maldad en su rostro deformado —Soy más antiguo que tu ridículo Dios. Provengo de cuando los verdaderos dioses caminaban sobre la Tierra y he escapado de los cuarenta y dos demonios. Tú no eres nada para mí.

—¡Dime tu nombre! —ordenó de nuevo el padre Elías, levantando la pequeña botella de cristal y arrojando un chorro de agua bendita sobre el cuerpo que se agitaba frente a él.

—¡Agua!... No sabes a que te enfrentas —se burló con desprecio la entidad que poseía el cadáver—. No vuelvas a turbarme más con tu estúpido ritual o sabrás cuál es el auténtico poder de los dioses.

El cuerpo se agitó una última vez, quedando de nuevo inmóvil sobre la camilla. En su rostro quedó dibujada una grotesca sonrisa que parecía burlarse de los sacerdotes. El brillo que había envuelto al cadáver fue perdiendo intensidad hasta desaparecer por completo.

El padre Alviero había presenciado toda la escena asustado, pero a la vez fascinado por haber visto por primera vez la manifestación de una entidad sobrenatural. Como cualquier sacerdote católico imbuido en la Fe, creía en el mundo espiritual. Pero creer era una cosa, y verlo manifestarse ante sus propios ojos, era otra muy distinta.

Cuando se repuso de su asombro y se convenció de que la entidad había abandonado el cuerpo, el padre Alviero se atrevió a acercarse al padre Elías, que aún permanecía completamente inmóvil junto al cuerpo.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó, apoyando suavemente su mano sobre el hombro del anciano.

El sacerdote se desplomó sobresaltando al padre Alviero que, a pesar de intentar sujetarle, no pudo impedir que terminase tendido en el suelo helado de la sala.

—Estoy bien —consiguió articular el padre Elías, recuperando el sentido que había perdido momentáneamente, para alivio del padre Alviero—. Soy demasiado viejo para esto y esta entidad parece muy poderosa.

El sacerdote, agotado, se incorporó con dificultad hasta conseguir sentarse. Su cara mostraba una profunda preocupación.

—Es mucho peor de lo que pensaba. No sé si podremos hacerle frente.

—No lo entiendo —confesó el padre Alviero, alarmado al ver por primera vez el miedo y la duda, dibujados en el rostro del anciano—. Ese demonio no parecía tan fuerte. A penas ha

poseído el cuerpo durante unos minutos y ha escapado de inmediato.

—Se equivoca padre. No ha escapado, se ha ido cuando ha querido y lo ha hecho porque no le hemos parecido una amenaza sino una simple molestia. Esa cosa no se ha visto afectada por el agua bendita y ha ignorado la ceremonia y el «Ritual Romano», como si careciesen de poder alguno sobre él. No creo que se trate de un demonio.

—Pero, entonces... ¿qué puede ser?

—Algo mucho peor e infinitamente más peligroso; un hombre... Un hombre con un poder increíble.

5

Adrian encargó a Zulema que buscara en la casa cuanta documentación pudiese encontrar sobre el trabajo de su padre, mientras él y Eric viajaban a Londres.

Tras pasar una casi toda la noche en vela, repasando una y otra vez en su mente el extraño relato de su madre, había recordado a la persona que podría ayudarles; un antiguo amigo de su padre, el antropólogo americano Ayrton Wallace.

Wallace era el encargado del Departamento de Etnografía del Museo Británico. Su padre le había conocido por sus frecuentes visitas al Museo Etnográfico, dónde estaba expuesta una excelente colección de objetos de James Cook, cuya custodia pertenecía al departamento dirigido por el antropólogo.

Adrian le recordaba como un hombre afable de avanzada edad, con unos conocimientos asombrosos de las culturas aborígenes de casi todo el mundo. Bastaba nombrarle alguna tribu, por extraña o remota que fuera, para que Wallace respondiese con una sonrisa y una cascada de información sobre costumbres y rituales.

Adrian había decidido visitarle ya que, si alguien sabía en qué estaba trabajando su padre, debía ser él. Sólo esperaba que aún siguiese viviendo en el mismo lugar en que lo había visitado con su padre en varias ocasiones; un piso muy elegante situado en Piccadilly Circus, en la esquina entre las calles Regent y Picadilly.

Aunque no había estado allí desde hacía más de seis años, no tardó en reconocer el lugar. Tras aparcar el vehículo en las inmediaciones, no sin ciertas dificultades para encontrar sitio, se dirigieron a la casa del antropólogo.

—Espero que el profesor pueda ayudarnos —comentó Adrian, mientras subían las escaleras de madera brillante del lujoso edificio.

—¿Por qué no nos iba a ayudar? Según dices, era muy buen amigo de tu padre —observó

Eric con extrañeza.

—No lo digo por eso. Es que cuando le conocí ya era un hombre de bastante edad y con algunos problemas de memoria. No sé cómo estará ahora, después de tanto tiempo.

—Salgamos de dudas —propuso Eric, mientras pulsaba el timbre de la puerta que Adrian le había indicado.

Un hombre joven de gran estatura y fuerte corpulencia apareció ante ellos ofreciéndoles una sonrisa de compromiso en su rostro lampiño.

—Buscamos al profesor Wallace —explicó Adrian, empezando a sospechar que su memoria le había jugado una mala pasada y que aquel no era el piso adecuado después de todo.

—Soy yo, ¿en qué puedo ayudaros?

—¿Ayrton Wallace? —preguntó de nuevo Eric.

—Ahora lo entiendo —repuso el desconocido, comenzando a sonreír ante la mirada de perplejidad de los dos jóvenes—. Supongo que esperabais a alguien bastante mayor. No os preocupéis estáis en el lugar adecuado. Es sólo que yo soy Robert Wallace y vosotros a quién estáis buscando es a mi padre.

—Mi nombre es Adrian Cavendish y él es Eric Sanders — repuso Adrian aliviado, estrechando la mano de Robert Wallace, mientras éste les ofrecía educadamente pasar al interior de la vivienda.

—Cavendish... ¿Eres familia de Sir William Cavendish?

—Era mi padre —admitió Adrian.

—Siento mucho lo que le ocurrió, era uno de los mejores historiadores de este país — comentó con sinceridad su anfitrión—. Pero decidme, ¿por qué queréis ver a mi padre?

—Eric y yo estamos trabajando en un proyecto de investigación que comenzó mi padre y creemos que el profesor Wallace puede ayudarnos a averiguar hasta dónde había llegado en su investigación.

Adrian había decidido no contar a nadie más lo que su madre había dejado escrito, por lo que un trabajo de investigación le pareció una buena excusa para poder hacer preguntas sin levantar sospechas sobre su verdadero objetivo: averiguar si su padre podía seguir vivo.

—Normalmente no dejaría que nadie hablase con él de trabajo pero en vuestro caso haré una excepción, siempre que me prometáis no hacerle demasiadas preguntas. Se agota con mucha facilidad.

—¿No se encuentra bien? —se interesó Eric.

—Físicamente la verdad es que sí, pero, desde que dejó su cargo en el museo, su mente se ha ido deteriorando. Sigue siendo un hombre brillante, aunque, últimamente, su memoria ha empezado a jugarle malas pasadas y tiene continuas pesadillas que no le dejan descansar.

—Intentaremos no entretenerle demasiado —aseguró Adrian, impaciente por hablar con el profesor.

Aunque un tanto reticente, Robert Wallace les llevó a una habitación situada a la derecha del Hall y, tras abrir unas grandes puertas correderas, les pidió que pasasen.

—¡Padre, tienes visita! —anunció, elevando ligeramente la voz.

La sala, una biblioteca perfectamente acondicionada, parecía un auténtico museo de historia en miniatura. Vitrinas con máscaras rituales, espadas, puntas de flechas y restos de todo tipo, ocupaban diversos huecos, estratégicamente colocados entre los cientos de volúmenes, apilados y perfectamente cuidados, de la colección del profesor. Tras una hermosa mesa de madera de nogal Carlos IV, repleta también de pequeños objetos de artesanía, un anciano se levantó intrigado dirigiéndose a su encuentro.

—¡Adrian, muchacho! —exclamó, inclinando la cabeza para mirar por encima de la montura de pasta negra de sus gafas para verle mejor— ¡Cómo has crecido! Ya eres todo un hombre, tu padre estaría muy orgulloso de ti.

Mientras el hombre le estrechaba entre sus brazos con una efusividad inesperada, Adrian pensó que quizá, después de todo, la memoria de aquel hombre no fuese tan mala si había sido capaz de reconocerle tan rápidamente. El aspecto del profesor no había cambiado tanto como esperaba. Su bigote, ahora completamente blanco, seguía manteniendo sus extremos afilados y erguidos desafiando la gravedad y dando al profesor Wallace el aspecto distinguido que recordaba. Tan sólo su pelo parecía haber cambiado; ahora estaba totalmente canoso y lo llevaba peinado a raya intentando ocultar una calvicie incipiente.

Tras una presentación formal, Robert Wallace abandonó educadamente la habitación dejándoles a solas. Adrian ofreció al anciano la misma explicación sobre un supuesto proyecto de investigación que le había dado a su hijo para justificar su visita.

—Por eso, nos gustaría saber qué recuerda sobre el trabajo que estaba haciendo mi padre cuando viajó a Egipto —preguntó Adrian con impaciencia.

—Eso no va ser nada difícil hijo —respondió enigmáticamente el antropólogo—. Tu padre me visitó un mes antes, más o menos, de su viaje y te aseguro que no se me olvidará la conversación que tuve con él.

—¿Por qué?

—Porque fue muy extraña. Sabes perfectamente que la especialidad de tu padre era la historia moderna del Reino Unido. Lo más atrás que se había remontado había sido el siglo XVIII para estudiar a James Cook. Por eso, cuando comenzó a hacerme un auténtico interrogatorio sobre mitos de la más remota antigüedad, me dejó absolutamente perplejo.

—¿En qué mitos estaba interesado?

—Pues especialmente en la leyenda de la Caja de Pandora y su relación con otras mitologías de la creación.

—¿Cómo? —exclamó Adrian, elevando la voz sin poder evitar la sorpresa— ¿Pero en qué estaba trabajando?

—¿No deberíais saberlo? —espetó el anciano, mostrando una sonrisa cargada de ironía en el rostro— ¿No decíais que estabais completando su investigación?

—La verdad es que no es exactamente así... —empezó a disculparse Eric, tomando la palabra mientras Adrian intentaba pensar en cómo salir del apuro.

—No es necesario que me deis ninguna explicación —le interrumpió el profesor—. Si Adrian quiere saber en que trabajaba su padre, está en todo su derecho. Lo que de verdad me sorprende es que haya tardado tanto tiempo en venir.

Adrian comprendió que, si en algún momento había pensado que la edad podía haber hecho mella en la aguda inteligencia del profesor Wallace, debía ir abandonando la idea. Puede que se cansase con facilidad como decía su hijo, pero era obvio que seguía tan lúcido y perspicaz como lo recordaba.

—Llevé bastante mal la muerte de mi padre, no me veía capaz de enfrentarme a lo que le pasó y preferí refugiarme en mis estudios —explicó con sinceridad Adrian, expresando por primera vez en voz alta lo que su subconsciente le decía constantemente—. Pero ahora las cosas han cambiado y necesito saber qué le ocurrió exactamente.

—No te preguntaré por qué han cambiado las cosas ahora precisamente, pero sí te diré que me alegro profundamente de que por fin hayas venido. Llevo mucho tiempo preguntándome qué investigaba tu padre y, si no he intentado seguir sus pasos yo mismo, es porque mi salud me lo ha impedido —el anciano suspiró aliviado, como si estuviese quitándose un peso de encima que le hubiese acompañado demasiado tiempo.

—Entonces, ¿no le dijo en qué trabajaba? —preguntó Eric desanimado.

—No. Fue muy críptico. Me dijo que estaba investigando sobre un enigma histórico relacionado con los mitos de la creación. Pero se negó a decirme de qué se trataba, con la excusa de que su trabajo estaba aún en una etapa demasiado embrionaria.

—Quizá no fuese una excusa, puede que dijese la verdad —comentó Adrian extrañado por la seguridad con la que hablaba el anciano.

—No lo creo —repuso el profesor—. Conocía muy bien a tu padre. Nunca me había ocultado sus proyectos, a veces incluso me enseñaba los borradores de sus libros antes de que los viese el propio editor. Estoy seguro de que, por algún motivo que desconozco, su trabajo le preocupaba y no quería implicarme.

—¿Y qué es lo que quería saber exactamente? —intervino Eric, temeroso de que la conversación se alargase demasiado y el hijo del profesor apareciese antes de haber llegado a algo concreto.

—Estaba muy interesado en la relación del mito de la Caja de Pandora y la historia del Génesis sobre Adán y Eva —contestó el profesor Wallace.

— ¿Y qué relación hay? — insistió Eric.

— Si recordáis un poco la mitología griega, el relato de la Caja de Pandora es en realidad un mito de la creación. Prometeo desafió el poder de Zeus y robó el fuego a los dioses para entregárselo a los hombres. Zeus, colérico, decidió intervenir para castigar al atrevido diosецillo y creo para ello la primera mujer: Pandora. Los dioses colaboraron para dotar a su nueva criatura de los mejores dones y hacerla así irresistible para el hombre. Prometeo, sospechando de las intenciones de Zeus, advirtió a su hermano Epimeteo que no aceptase ningún regalo de los dioses, pero éste no le hizo caso y, cuando los dioses le ofrecieron a Pandora, la aceptó enamorándose de ella. Epimeteo poseía un recipiente que contenía todos los males de la humanidad y que debía permanecer cerrado. Pandora abrió el recipiente, conocido desde entonces como la Caja de Pandora, y todas las desgracias fueron liberadas sobre la humanidad. Aunque intentó volver a cerrarlo cuando vio lo que había hecho, tan sólo fue capaz de mantener en su interior la esperanza.

—No veo mucha relación con la historia de Adán y Eva — confesó Eric.

—Eso es porque no has escuchado el relato con la suficiente atención, si no, te hubieses dado cuenta de las múltiples coincidencias entre ambas historias —continuó el profesor—. En el Génesis, Jehová creó al primer hombre, Adán, con arcilla a su imagen y semejanza para gobernar la Tierra, y de una de sus costillas creo a la primera mujer, Eva. A ambos les dio el mandato de crecer y multiplicarse para llenar la Tierra. Lo único que Dios les prohibió fue comer del fruto de uno de los árboles del Edén; el árbol de la ciencia del bien y del mal. Sin embargo, una serpiente tentó a Eva para que probase el fruto. Al ver que era bueno para comer, la mujer convenció a Adán de que también lo probase. Acababan de cometer lo que para las religiones judeocristianas es el pecado original y que conllevó el castigo de Dios, que expulsó al hombre del Edén, condenándole desde ese momento a conseguir el pan con el sudor de su frente.

—Hay cierto paralelismo en el hecho de que en ambos casos es el pecado de una mujer el que arrastra al hombre a la perdición —apuntilló Adrian, ante la mirada un tanto confundida de Eric—. Sin embargo, no hay nada sorprendente en ello. No es más que el reflejo de las sociedades patriarcales que tienden a culpar a la mujer de todo lo malo, para así justificar la discriminación a que la someten.

—Llevas razón —concedió el anciano excitado—. Pero es que no sólo coinciden en eso. Si te fijas bien en los relatos, en ambos existe un traidor al Dios supremo; para los griegos Prometeo traiciona a Zeus, y para los hebreos la serpiente que se identifica con Lucifer traiciona a Jehová. Existe aquí una coincidencia cuanto menos curiosa. Prometeo, como hemos visto, es el responsable de traer el fuego de los Dioses a los hombres y el nombre de Lucifer proviene del latín de las palabras lux, que significa luz, y fero, que se traduce por llevar. Es decir, Lucifer significa literalmente el portador de la luz.

—Puede que haya cierto parecido en el nombre, pero, si no recuerdo mal, Prometeo era considerado un auténtico benefactor para el ser humano, mientras que Lucifer es un demonio que busca la perdición de la humanidad —repuso Adrian poco convencido.

—Esa contradicción es sólo aparente —le interrumpió el anciano—. En ambos casos cometen el mismo pecado a ojos de Dios; traer el conocimiento al hombre, un conocimiento que le hace libre y a la vez le condena a una existencia de sufrimiento, lejos de la alegre ignorancia de su existencia paradisiaca en el Edén. El «fuego» que trae Prometeo y la «luz» que porta Lucifer, mediante el árbol del conocimiento del bien y del mal, es exactamente lo mismo: la luz de la inteligencia.

—No sé si mis tíos estarían muy de acuerdo. Son católicos convencidos y con esa visión parece que Dios fuese el auténtico malo de la película —comentó Eric con ironía.

—Depende de cómo lo mires. A veces, dar determinados conocimientos a quienes no están preparados no es precisamente hacerles un favor, sino todo lo contrario —comentó el profesor Wallace con una sonrisa.

Adrian se agitó incómodo en su asiento con la sensación de que no estaban llegando a ningún lado con aquellas divagaciones.

—No entiendo por qué le interesaba todo esto a mi padre —dijo reflexionando en voz alta.

—Ya te advertí que fue una conversación muy extraña —dijo el profesor—. Recuerdo que hablamos sobre la aparente paradoja del mito de Pandora.

—¿Paradoja? —preguntó Adrian.

—Según el mito, la Caja de Pandora contenía todos los males, sin embargo, cuando

Epimeteo logra cerrarla, la leyenda dice que la esperanza quedó en su interior. ¿Es acaso la esperanza un mal? Tu padre opinaba que la Caja de Pandora no era en realidad algo malvado en sí mismo, sino que fue el abrirla antes de tiempo lo que produjo un efecto negativo en la humanidad. Con esta visión, el significado de mantener la esperanza significaría que el error cometido no era irreversible; la caja se cerró con la suficiente rapidez para que el hombre mantuviese la esperanza de llegar a controlar lo que había liberado. En el caso del Génesis, el castigo de Dios es severo, pero les deja la esperanza de recuperar su puesto en el Paraíso, pero sólo tras un duro esfuerzo «conseguirás el pan con el sudor de tu frente».

—Parece casi como si mi padre creyese que la Caja de Pandora hubiese sido algo real.

—Creo que sospechaba que, tras unas mitologías tan similares y elaboradas, podía esconderse un acontecimiento protohistórico real. Un acontecimiento que, por su importancia, hubiese quedado en el inconsciente colectivo y se hubiese plasmado después a modo de mito. Pero lo cierto es que no llegó a contarme nada concreto.

—Pero, si lo que estaba investigando eran estos mitos ¿por qué viajó a Egipto? —preguntó Eric, intentando reconducir la conversación.

—Esa es la pregunta que yo mismo me he hecho muchas veces durante estos años —confesó el profesor Wallace, abriendo sus manos en un gesto de interrogación como si clamase al cielo en busca de respuesta—. Cuando hablamos, en ningún momento me comentó nada sobre Egipto. Es más, cuando salió de aquí iba camino de Grecia.

—¿Grecia? —exclamó más que preguntó Adrian, ante la inesperada afirmación que acababa de hacer el anciano.

—Me dijo que estaba buscando un buen conocedor de la historia griega clásica. Le recomendé a un historiador que conocí hace varios años en un simposio que versaba sobre Hermes Trismegisto. A tu padre le encantó mi sugerencia y me pidió su dirección para ir a verle de inmediato.

La puerta de la sala se abrió para revelar el semblante de hijo del profesor Wallace, que mostraba una mueca de cierta incomodidad en su rostro. Aunque se limitó a preguntar con amabilidad «cómo va esa investigación», ambos muchachos se dieron cuenta de que había llegado el momento de terminar la conversación.

—Una última cosa profesor —comentó Adrian, mientras se levantaba de su asiento y ofrecía su mano a los dos hombres despidiéndose—. ¿Conserva aún la dirección de ese historiador?

—¡Claro que sí! He trabajado tantos años en el museo que me he acostumbrado a

guardarlo todo. Nunca se sabe cuando algo puede ser útil.

El profesor Wallace se dirigió a un viejo arcón situado en un rincón de la habitación. Tras unos instantes de búsqueda infructuosa, extrajo de su interior una tarjeta de visita amarillenta con gesto triunfal.

—¡Aquí está! —exclamó dándole la tarjeta a Adrian— El profesor Andreas Kaminis, un hombre realmente brillante. Creí que se convertiría en uno de los grandes pero la verdad es que hace muchos años que no he oído nada de él. Espero que siga viviendo en su casa de Atenas.

6

Normalmente el café aumenta el nerviosismo, pero para el padre Alviero fue precisamente el olor a café, que emanaba de la taza humeante situada frente a él, lo que consiguió empezar a calmar su estado de ánimo aún alterado tras lo ocurrido. Puede que no fuese la bebida más apropiada para el mes de julio, pero le recordaba su hogar en Venezuela y lograba relajarle, cosa que necesitaba desesperadamente.

—¿Qué ocurrirá ahora con el cuerpo? —preguntó, dando un pequeño sorbo a su taza de café mientras observaba detenidamente al padre Elías que, sentado frente a él, se tomaba con lentitud una taza de té.

—He dado órdenes de incinerar el cadáver; ya no podremos sacar nada de él y hay que evitar que la entidad pueda volver a poseerlo —respondió el anciano.

Tras salir del almacén de las afueras de París, el padre Alviero, preocupado por la debilidad que mostraba el padre Elías, había logrado convencerle de que le permitiera acompañarle. Creía que el anciano se hospedaría como él en algún hotel de la ciudad, sin embargo, resultó ser propietario de un pequeño apartamento en el boulevard de Saint-Germain.

—No sabía que viviese en París —comentó el padre Alviero, mientras contemplaba la parca decoración del apartamento. Los escasos muebles y la pared, completamente desnuda, en la que destacaba un pequeño crucifijo situado sobre la puerta de la entrada, le recordaba su época en el seminario.

—Vivo en muchas partes —contestó el sacerdote tan enigmático como siempre—. Pero me gusta pasar algún tiempo aquí de vez en cuando. Pasear por el barrio latino me ayuda a cambiar de perspectiva. ¡Está tan lleno de vida!

—¿Se encuentra ya mejor?

—Sí, no se preocupe. Estoy acostumbrado a estos rituales y siempre tienen el mismo efecto. Es casi como si esos seres aprovecharan nuestra propia fuerza vital para manifestarse.

—¿Qué es lo que ha pasado allí dentro? —preguntó el padre Alviero, al convencerse de que el anciano sacerdote volvía a estar plenamente sereno.

—Básicamente que hemos contactado con la entidad que ha estado produciendo toda la fenomenología que lleva estudiando estos últimos años. Una entidad que ha demostrado no ser lo que esperaba —contestó el padre Elías, apurando su taza de té y apartándola a un lado, dispuesto a contestar las preguntas del joven sacerdote.

—Usted dijo cuando estábamos allí que no era un demonio, ¿Qué quiso decir?

—Exactamente eso. Cuando ese ser poseyó el cadáver, pude asomarme a su mente por un instante. Los demonios son seres elementales, básicamente hechos de odio, furia y desprecio. Su mente es un caos, un lodo de pensamientos sin sentido en que sólo destaca su propia maldad. Sin embargo, la mente que pude percibir era ordenada, metódica, y estaba claramente guiada por un propósito. En ella había odio y maldad, pero lo que más destacaba era una irresistible ansia de poder y venganza. Definitivamente era un hombre.

—¿Cómo es posible? —preguntó el padre Alviero, espantado por la serenidad con la que el sacerdote desgranaba sus palabras.

—¿Reconoció la frase que dijo? «...vengo de cuando los dioses caminaban sobre la Tierra y he escapado de los cuarenta y dos demonios».

—Sí. Es muy parecida a la que dijo el piloto del avión de Pan América antes de estrellarse.

—¡Exacto! Pero lo que no sabe es lo que significa exactamente. En la mitología egipcia, cuando una persona moría, su ka, el equivalente egipcio del alma, era llevado ante el Tribunal de Osiris. Allí, cuarenta y dos dioses o demonios ayudaban a Osiris a determinar si el difunto había cometido alguno de los cuarenta y dos principales pecados.

—Ya sabíamos que de alguna manera todo lo que está pasando se relaciona con el Antiguo Egipto —repuso el padre Alviero, sin saber a dónde quería ir a parar el sacerdote—. El lenguaje egipcio antiguo ha aparecido varias veces y hemos reconocido otras referencias a su mitología.

—Es cierto, pero ahora sabemos algo más, y es que estamos ante una entidad que ha sido capaz de volver del mundo de los muertos y que, con toda probabilidad, fue originalmente alguien vinculado al antiguo Egipto.

—¡No es posible! Sólo Dios tiene potestad sobre la vida y la muerte.

—Eso no es del todo cierto, y usted lo sabe. Acaba de ver a un cadáver volver a la vida ¿no?

—No es lo mismo —insistió el padre Alviero—. Fue una posesión, en realidad nunca estuvo vivo. No era su alma inmortal la que animaba el cadáver, sino otra entidad espiritual. Lo

que usted está sugiriendo es que un alma ha sido capaz de escapar del juicio del Señor.

—Ya ha sucedido antes. ¿Recuerda a Lázaro?

—Claro... Pero fue Jesucristo quien le devolvió la vida imbuido del poder de Dios Padre.

—Naturalmente. Pero en esta Tierra existe otra fuente de poder, un poder capaz de conceder el poder de Dios a los hombres.

—¡La Fuente! —exclamó el padre Alviero, comprendiendo con terror que el anciano estaba en lo cierto.

—Hasta ahora pensábamos que nos enfrentábamos a un estallido de poder, un reflejo residual de la Fuente como los sucedidos en otras épocas, pero estábamos equivocados. Nos encontramos ante la Fuente misma. Alguien con un gran poder ha vuelto de entre los muertos y está intentando utilizar su energía de nuevo.

—¡Dios mío! ¡Si tiene razón y alguien consigue controlar la Fuente estamos perdidos!

—No desespere padre. Su poder aún no es completo. Cuando me asomé a su mente pude sentir una emoción más, una emoción que intentaba disimular pero que brillaba como una pequeña estrella en la oscuridad de la noche; temor.

—¿Temor a qué?

—No lo sé, pero tendremos que averiguarlo lo antes posible porque, posiblemente, en el origen de ese temor esté lo único que pueda pararle.

—¿Y cómo lo haremos? La información que poseemos sobre la Fuente es muy escasa. Sabemos que un tremendo poder ha aparecido en distintas épocas, creando el caos y el terror a su paso. Pero siempre han sido estallidos descontrolados de origen incierto. La Iglesia ha combatido y estudiado durante siglos el origen de estos fenómenos, llegando a la conclusión de que existe una causa común a todos ellos. Una única fuente de poder que fue utilizada en la más remota antigüedad y cuyo efecto fue tan intenso sobre el ser humano que aún se refleja, como las ondas producidas en el agua de un lago al arrojar una piedra, produciendo oleadas de efectos sobrenaturales. Pero lo cierto es que no sabemos qué es exactamente.

—Pues tendremos que averiguarlo. Sólo localizando la Fuente misma podremos saber cómo parar a quien la intenta controlar.

—¿Y si no lo logramos?... ¿qué ocurrirá si no lo logramos?

—Pues que habrá un nuevo Dios en la Tierra y me temo que no será muy benevolente con sus hijos.

El padre Alviero, asustado, contempló la taza de café situada entre sus manos cuyo

contenido, prácticamente intacto, había dejado de humear. El líquido le devolvió su imagen deformada por las ondulaciones y, por un momento, creyó ver una burla demoníaca dibujada en su propio rostro.

7

—¿Dónde está Eric? —preguntó Zulema extrañada al ver llegar a Adrian sólo.

—Me ha dicho que tenía que ir a arreglar unos papeles. Supongo que habrá ido al banco a sacar dinero.

—¿Qué habéis averiguado? —se interesó la mujer con la impaciencia dibujada en su rostro.

Adrian le explicó detalladamente la conversación que habían tenido con el profesor Wallace, consciente de que era muy poco lo que realmente habían descubierto sobre su padre. De hecho, ni siquiera habían averiguado en qué estaba trabajando cuando viajó a Egipto.

Zulema le escuchaba con gran atención. Adrian no pudo evitar fijarse en como brillaban sus hermosos ojos esmeraldas, fijos en él, mientras la muchacha escuchaba con ansiedad su relato. En su interior, sentimientos que había conseguido mantener reprimidos durante mucho tiempo luchaban por salir a la superficie, provocándole una gran incomodidad.

—Y tú, ¿encontraste algo entre las cosas de mi padre? —preguntó Adrian al terminar su explicación, intentando recuperar su autocontrol sin que la muchacha se percatase de su turbación.

—Estuve mirando en su estudio, pero no encontré nada que tuviese que ver con Egipto. Hay algunos libros de historia egipcia, eso sí. Pero no vi ningún papel o notas que indicasen que los estuviese estudiando.

—No lo entiendo. Tenía que haber algo. Siempre que mi padre se sumergía en un nuevo proyecto lo llenaba todo de apuntes, papeles, agendas, libros con anotaciones. Decía que ese aparente caos de su estudio le ayudaba a trabajar y a ser más imaginativo, lo llamaba su «desorden creativo».

—Pues te aseguro que ahora su estudio está completamente ordenado. No hay notas ni papeles, ni siquiera en los cajones, los he comprobado uno a uno.

—¡Tiene que haber sido mamá! —exclamó Adrian comprendiendo de repente lo ocurrido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Zulema.

—Según su diario, no quería que supiese que mi padre podía estar vivo. Es posible que destruyese todos los papeles sobre su investigación para que yo no sintiese la tentación de continuar su trabajo —explicó Adrian—. Ahora que lo pienso, jamás hablamos de en qué

trabajaba papá cuando murió.

—No creo que lo destruyese —repuso Zulema.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Adrian, sorprendido por la seguridad con la que Zulema había hecho su afirmación.

—Te dejó un diario explicándote lo ocurrido ¿no? Creo que eso significa que no es que no quisiese que te enterases, sino que pensaba que no debías saber lo ocurrido demasiado pronto. Si pensaba darte ese diario, es lógico suponer que también pensaba entregarte los papeles de tu padre.

La lógica esgrimida era incontestable. Adrian miró a su hermanastra agradecido de que ella estuviese allí con él. La joven siempre había tenido el talento de ayudarle a vencer su derrotismo habitual gracias al optimismo natural con el que solía mirar el mundo.

—Si llevas razón, el problema es ahora saber dónde puede haber guardado esos papeles.

—Creo que lo sé —afirmó Zulema sorprendiéndole de nuevo—. Cuando descubrí el diario tras la pared, encontré algo junto a él; una llave. No me he dado cuenta de lo que significaba hasta ahora mismo.

Zulema salió de la habitación, dejando a Adrian sumido en la incertidumbre, para volver a los pocos minutos con el diario de su madre entre las manos.

—¿Te fijaste en el interior de la portada? —preguntó la mujer, entregando el diario a Adrian.

—¿Te refieres al número que hay escrito?

—Fíjate en el desgarró en el papel —le indicó—. Ahí debía estar pegada la llave que encontré. Se debió caer, por eso la encontré en el suelo y no me di cuenta de que lo que significaba.

Adrian se fijó con atención en el número escrito y en el papel ligeramente arrancado junto a él y, de pronto, supo a qué se refería su hermana.

—¡Es el código de una caja de seguridad! —exclamó.

—Eso es —confirmó Zulema sonriendo con satisfacción.

—Y, ¿qué has hecho con la llave?

—Bueno... Tuve el presentimiento de que no debía tirarla —respondió, extrayendo del bolsillo de su pantalón la pequeña llave plateada.

Adrian, incapaz de reprimir su alegría, abrazó a su hermana con tanta fuerza que la levantó ligeramente del suelo, besándola a continuación en la mejilla. Cuando la tuvo en sus brazos y notó

la piel aterciopelada de Zulema junto a sus labios, sintió como si su corazón estuviese al borde de un precipicio y se obligó a apartarse de ella.

—Te quiero hermanita —le dijo, procurando disimular su turbación.

—¿Interrumpo algo? —Eric acababa de entrar y les contemplaba sonriente desde la puerta del salón— No deberías haberme dado las llaves de la casa, tengo un talento especial para aparecer en el momento más inoportuno.

—No ha pasado nada —replicó Adrian, dándose cuenta de inmediato de que había sido innecesariamente brusco con su amigo —Creo que por fin tenemos algo importante.

Adrian le explicó a Eric lo que habían descubierto sobre la existencia de una caja de seguridad en la que probablemente estaba la documentación del trabajo de su padre.

—¿No os parece un poco excesivo una caja de seguridad para guardar unos simples papeles? —observó Eric.

—Supongo que sí —admitió Zulema pensativa—. Es posible que mi madre encontrase algo en el estudio demasiado valioso para guardarlo en la casa.

—O demasiado peligroso —apuntó Adrian con desconfianza.

—Sea como sea, hay que dar con esa caja y ver qué contiene —exclamó Eric—. Y hay que hacerlo rápido.

—¿Por qué las prisas? —preguntó Zulema.

—Porque pasado mañana tenemos un vuelo para Atenas y reserva de tres habitaciones en un buen hotel —repuso Eric.

—Por eso te has ido sin decirme nada —exclamó Adrian, comprendiendo qué eran los papeles que tenía que arreglar su amigo en la ciudad—. No puedo permitir que pagues el viaje. Bastante estoy abusando ya de tu amistad, para abusar también de tu dinero.

—En todo caso estarás abusando del dinero de mis tíos —respondió Eric con sorna—. Has confiado en mí como nadie lo había hecho nunca y creo que esto es lo mínimo que puedo hacer. Además, no estés tan contento, el viaje a Egipto lo pagas tú.

Robert Wallace estaba cerrando la puerta de la casa de su padre cuando sintió un profundo escalofrío que le hizo estremecerse. La llave que intentaba meter en la cerradura dorada se le cayó de las manos por la fuerza del inesperado temblor que le sacudió. Pensó que probablemente estaba cogiendo una buena gripe. Desde que estuviesen allí los dos jóvenes que habían venido a

visitar a su padre, se había sentido un poco mareado.

Tras morir su madre, dos años antes, su padre había ido perdiendo la memoria por lo que necesitaba cada vez más su ayuda. Aunque había intentado convencerle innumerables veces de que se fuese a vivir con él, el anciano era demasiado tozudo e independiente para amoldarse con facilidad a un nuevo hogar. Por eso, se había visto obligado a buscarle una asistenta, mientras él iba a verle todos los días, aprovechando que tenía las mañanas libres en el museo.

Pensando con preocupación en la creciente fragilidad de su padre, se agachó para recoger el llavero que se le había caído, pero no llegó a alcanzar su objetivo. El temblor reapareció con mayor violencia. El cuerpo del joven se contrajo como alcanzado por un rayo y sus piernas fallaron, haciéndole caer de rodillas sobre el suelo entarimado del descansillo.

Robert sintió un frío profundo surgir del interior de su cuerpo; un frío paralizante que poco a poco iba adormeciendo sus extremidades. Sus brazos cayeron lacios a los lados del cuerpo, como si de pronto su peso se hubiese incrementado hasta superar la fuerza de su musculatura. Pensó que era presa de algún tipo de ataque y temió estar a punto de morir. Sin embargo, una extraña sensación se unió al terrible frío que sentía, la sensación de que una entidad invisible estaba junto a él. Intentó gritar con todas sus fuerzas, presa de un terror irracional, pero fue incapaz de mover ni siquiera los labios. Una mente extraña estaba tocando la suya propia y se sintió como si la más profunda intimidad de su ser estuviese siendo violada de forma brutal.

Aterrorizado y contraído de dolor más allá de lo tolerable, notó como una voz corrupta e inhumana se introducía directamente en su mente «Tu yo es mi yo, tu ser me pertenece y tu voluntad no existe». Robert gritó, gritó sin voz, con toda la fuerza de su mente, hasta que su angustia fue tal que su cordura huyó cómo una hoja seca ante la furia de un huracán.

Mientras su mente trastornada abandonaba el esfuerzo de la lucidez y se sumergía en un turbulento mar de caos, su cuerpo comenzó a moverse de nuevo. Incorporándose con dificultad, lo que había sido Robert Wallace, levantó su mano derecha y comenzó a abrir la puerta con la llave que había recogido del suelo. Una sonrisa apareció en su rostro y en su mirada se reflejó el brillo de la locura.

CAPITULO 3

EL HERMITAÑO

1

Zulema parecía muy concentrada, mientras conducía su pequeño Renault por las calles de Bath. Ella y Adrian habían decidido acercarse a la ciudad en busca de la caja de seguridad de su madre. Eric, sin embargo, prefirió aprovechar la mañana para llamar a su tío y «recaudar algunos fondos», según comentó con ironía.

—¡Estás muy pensativa! —observó Adrian, un tanto extrañado por el mutismo de Zulema.

—Lo siento —se disculpó, volviendo en sí de su ensimismamiento—. Estaba pensando en mamá. Debió pasarlo muy mal ocultando lo que le había ocurrido. No me explico, cómo fue capaz de mantener todo en secreto durante tanto tiempo.

— La verdad es que no sé qué pensar. Tenía que estar realmente asustada para actuar así —admitió con sinceridad Adrian—. Lo que realmente me inquieta es que ella no era una mujer cobarde. Era la persona más valiente que he conocido jamás. Sea lo que sea lo realmente ocurrido en El Cairo, debió ser terrible para hacerla cambiar tan profundamente.

Zulema asintió con la cabeza con preocupación, mientras enfilaban Milson Street, donde se adivinaba ya la silueta del Highland Bank.

—Esperemos acertar con el banco —comentó Adrian al ver como el edificio se acercaba hacia ellos—. Si a la caja de seguridad no está aquí, va a ser un problema averiguar dónde puede encontrarse.

—No puede ser otro banco —aseguró Zulema con confianza—. Aunque la llave no tiene ninguna identificación, mamá tenía aquí todos sus ahorros y no creo que hubiese ninguna razón para que buscase otro lugar para la caja de seguridad.

El edificio de la entidad bancaria, de finales del siglo XIX, era una mezcla ecléctica de varios estilos. Sus líneas clásicas y de aspecto robusto, transmitían una gran fuerza y solidez. A Adrian siempre le había parecido que aquel edificio había sido diseñado para ofrecer al usuario del banco una sensación de poder y seguridad que le ayudase a confiar en él. Ahora, sin embargo, sus paredes de mármol y sus puertas de metal pulido, se le antojaron oscuras y amenazadoras. Le parecía que aquellos muros escondían en su interior los deseos, esperanzas y frustraciones de muchas personas, que buscaban guardar allí lo poco valioso que quedaba en sus vidas.

Cuando llegaron al banco y enseñaron la llave a uno de los empleados, éste llamó inmediatamente al encargado de las cajas de seguridad, para que fuese él quien les atendiera. Se trataba de un hombre sorprendentemente joven, apenas mayor que Adrian, cuya tez, blanca como la leche, denotaba que pasaba demasiado tiempo en el interior poco soleado de aquel edificio.

—Soy Ben Jarvis —se presentó, estrechándoles la mano con extrema seriedad mientras les examinaba de arriba abajo con mirada escrutadora.

Cuando Adrian y Zulema se identificaron, el encargado abandonó su gesto adusto para volverse amable y solícito. Al parecer, el joven solía tratar personalmente con su madre y mantenía con ella una buena relación profesional.

—Permítame que les acompañe en el sentimiento. Su madre venía a menudo y la tenía en gran estima. Era una persona excelente. Cuando supe lo ocurrido, lo lamenté profundamente.

—Gracias —repuso Adrian, un tanto extrañado de que su madre fuese un cliente tan asiduo del banco.

—Es por eso que hemos venido —intervino Zulema—. Cuando falleció nuestra madre, encontramos esta llave junto a un código y pensamos que puede ser de una caja de seguridad de este banco.

—¡Claro que lo es! —admitió tras coger la llave y echarle un rápido vistazo—. Su madre la alquiló hace ya varios años. Sin embargo, a penas la ha utilizado en todo este tiempo. Aunque, curiosamente, en su última visita al banco sí que solicitó ver la caja de seguridad.

—¿Y sabe qué hizo en la caja? —preguntó Adrian con interés.

—Eso es algo que no puedo saber. El acceso a las cajas y su contenido es manejado con absoluta discreción. Sólo el cliente sabe qué contienen.

Adrian se sintió de inmediato avergonzado por la futilidad de la pregunta, producto de su ansiedad, mientras el rostro del joven encargado empezaba a reflejar cierta reticencia hacia ellos, al comprobar el desconocimiento que los dos hermanos tenían de las actividades de su propia madre.

—¿Podemos ver la caja? —preguntó Zulema, con impaciencia, al comprender que el empleado del banco comenzaba a perder su confianza en ellos.

—No es tan sencillo —repuso el encargado—. A las cajas de seguridad sólo puede acceder el titular y una segunda persona autorizada por él. Si me permiten, comprobaré a quién autorizó su madre.

El empleado del banco desapareció en el interior del edificio con rapidez y eficiencia, en busca de la información requerida.

—¿Qué hacemos si no estamos autorizados ninguno de los dos? —preguntó Zulema inquieta.

—Si es cierto que mamá quería entregarme el diario y la llave después de su muerte, tiene que haberme puesto como usuario autorizado —repuso Adrian, no muy convencido.

El encargado volvió con una rapidez esbozando una sonrisa que les hizo comprender de inmediato que sus temores eran infundados.

—Adrian Cavendish es el segundo titular autorizado — anunció con aire complaciente—. Si me acompañan, les llevaré hasta la caja de seguridad.

El hombre les guió rápidamente hacia las puertas doradas de un lujoso ascensor situado al fondo del edificio. Descendieron con rapidez y suavidad extrema hasta el segundo sótano donde, al abrirse las puertas, la decoración clásica y recargada de las plantas superiores del edificio dio paso a un diseño futurista y ultramoderno. Paredes de acero brillante y cámaras de vigilancia en cada esquina, le dieron la bienvenida a la bóveda de seguridad de la entidad bancaria.

Atravesaron una gruesa puerta blindada, gracias a una tarjeta de seguridad, que el encargado utilizó con la habilidad propia de quién ha realizado la misma operación en innumerables ocasiones, accediendo finalmente a la sala donde se encontraban las cajas de seguridad.

Adrian mostró al encargado el número que encontrase en el diario, tras lo cual, éste escogió una de las múltiples cajas empotradas en las paredes asépticas de la bóveda, depositándola a continuación en una mesa metálica situada en el centro de la habitación.

—Su llave, por favor —pidió el encargado, para a continuación introducirla, junto a la suya propia, en sendas cerraduras de la caja metálica—. Ya está abierta. Cuando terminen, pulsen el timbre situado junto a la puerta y vendré inmediatamente.

Cuando el empleado del banco abandonó por fin la sala, Adrian abrió con gran impaciencia la caja, bajo la mirada expectante de Zulema. En el interior encontraron una maleta de cuero marrón que abrieron con impaciencia. Ante sus ojos aparecieron varias carpetas con múltiples documentos, que Adrian extrajo con rapidez.

—Son los apuntes de mi padre —comentó con satisfacción, mientras los depositaba encima de la mesa.

Debajo de las carpetas, un cuaderno grueso, con pastas marrones y gastadas, llamó de inmediato la atención de Adrian.

—¡Es su libreta! —exclamó con cierta emoción—. Aquí apuntaba todo lo que se le iba ocurriendo cuando comenzaba una investigación. Cada idea, teoría o indicio iba a parar a estas

hojas en su caos creativo particular. Le tenía un gran cariño a esta libreta, cada vez que comenzaba una investigación le cambiaba las páginas para poder seguir usándola.

—¿Pone algo sobre Egipto? —preguntó Zulema, mientras ojeaba las carpetas depositadas en la mesa con curiosidad.

Adrian abrió con impaciencia la agenda y se encontró con el desorden habitual de textos, croquis y apuntes que caracterizaban las investigaciones de su padre, lo que le hizo sonreír.

—¡Sí! —exclamó, leyendo con rapidez algunas de las notas manuscritas con letra menuda en la libreta—. Hay varios apuntes sobre dioses egipcios y sobre mitología.

—Las carpetas están llenas de cartas y mapas de todo tipo y algunos también son egipcios —observó Zulema—. Lo que no entiendo es por qué pediría mamá ver la caja. Todo esto parece estar aquí desde hace años, no veo nada que parezca depositado hace poco.

—Puede que su visita fuese simple nostalgia —observó Adrian, encogiéndose de hombros—. Será mejor que nos lo llevemos todo y lo examinemos con tranquilidad en casa, a ver si aclaramos de una vez en qué estaba trabajando mi padre.

Adrian comenzó a meter de nuevo lo papeles en el maletín de cuero con la intención de llevárselo, sin embargo, Zulema le hizo detenerse.

—¡Espera un momento! Hay algo más en la caja —exclamó, extrayendo con dificultad un cuidadoso envoltorio de tela blanca de un lateral del recipiente—. No lo había visto porque estaba pegado al fondo.

—¿Qué es? —preguntó Adrian intrigado.

—Parece una escultura —especuló Zulema por el tacto, mientras empezaba a desenvolver el objeto.

Cuando la última capa de tela fue levantada, se encontraron con la reproducción de un bajorrelieve realizada en escayola blanca.

—Creí que sería una antigüedad valiosa o algo parecido, pero no es más que una vulgar figura de escayola —exclamó confundida Zulema—. Esto cada vez tiene menos sentido.

—No es una figura cualquiera, es una imitación de un friso del Partenón —explicó Adrian mientras ojeaba la pieza—. Puede que tenga algo que ver con el viaje de mi padre a Grecia. Será mejor que nos lo llevemos.

—No es muy grande y creo que cabe en mi bolso —observó Zulema mientras volvía a envolver el objeto en su tela protectora.

Cuando terminaron de guardar todo, aún un poco perplejos por no haber encontrado nada

de auténtico valor que justificase la existencia de la caja de seguridad, pulsaron el timbre de llamada.

2

La llegada del padre Elías le había pillado aún medio dormido, si podía llamarse dormir a lo que había estado intentando hacer durante la noche en su habitación del hotel. Las pesadillas y la preocupación a penas le habían dejado pegar ojo. No conseguía quitarse de la cabeza el brillo verdoso de los ojos y la grotesca sonrisa, que el cadáver del almacén, reanimado de forma antinatural, les había dedicado justo antes de recuperar su estado inerte.

—No parece que haya descansado demasiado —observó el padre Elías, acomodándose en una de las sillas de la habitación mientras el padre Alviero se aseaba rápidamente en el baño.

—No he hecho otra cosa que dar vueltas en la cama —reconoció el sacerdote, mientras se secaba el rostro con una toalla.

—Tendrá tiempo de dormir en el avión.

—¿Avión?

—Un jet privado del Vaticano nos espera dentro de una hora en el aeropuerto para llevarnos a Egipto. Será un largo viaje, así que será mejor que aproveche el vuelo para descansar.

El padre Alviero salió del baño y se sentó junto al sacerdote con el pelo aún revuelto.

—Sabía que teníamos que ir a Egipto, pero pensaba que aún intentaríamos hacer otras investigaciones antes —comentó con preocupación.

—Sé lo que está pensando. Teme que nos estemos metiendo en la boca del lobo —replicó el padre Elías—. Sabe como yo, que el origen de la fuerza que nos amenaza está en Egipto y teme que allí es donde más fuerte será.

—Es cierto —reconoció con vehemencia el padre Alviero—. Es demasiado pronto para ir, aún no estamos preparados ni tenemos información suficiente sobre a qué nos enfrentamos.

—No se preocupe, estoy totalmente de acuerdo con usted. Sé que aún no estamos en condiciones de enfrentarnos al poder de la Fuente.

—¿Entonces?

—En realidad, vamos a buscar precisamente esa información que necesitamos. Nos dirigimos al monte Sinaí, a uno de los centros religiosos más antiguos del cristianismo; el Monasterio de Santa Catalina.

—¡Siempre he querido consultar su biblioteca! —exclamó el padre Alviero, aliviado por el

nuevo cariz que su futuro viaje acababa de tomar— Después de la del Vaticano es la más importante del mundo.

—Podrá consultarla si lo desea, pero no es su biblioteca lo que vamos a buscar allí, sino a Fray Ezio Cariglia, un fraile franciscano que participó en la última encarnación del Círculo Octogonus.

—¿Qué hace un franciscano en un monasterio ortodoxo? —preguntó el padre Alviero desconcertado.

—Descubrirá, padre, que para el Círculo no existen ortodoxos o católicos, sólo cristianos amenazados por la obra del maligno. Hace ya muchos años que el Papa y el Patriarca ortodoxo acordaron colaborar con nuestra organización. Todos sus recursos están a nuestra disposición y el Monasterio de Santa Catalina es uno de los más importantes.

El padre Elías se recostó en su asiento, disponiéndose a ofrecer una larga explicación al sorprendido padre Alviero

—Hace siete años, en Uganda se produjo un terrible caso de magia negra utilizada para la captación de niños soldados. Un brujo local utilizaba un cóctel de drogas y un ritual muy particular, para convencer a niños secuestrados de sus tribus de que los hacía invulnerables al fuego enemigo. De esta forma, lograba convertirlos en fanáticos guerrilleros de la resistencia local.

—Conozco ese tipo de casos —reconoció el padre Alviero con pesar—. Es algo que, desgraciadamente, se da con mucha frecuencia. La política de la Iglesia suele ser intentar intermediar en los conflictos armados y buscar la reinserción de esos niños mediante misiones y la colaboración con ONG's cristianas. No veo por qué tendría que intervenir el Círculo en algo así.

—Pues porque había circunstancias que convertían el caso ugandés en algo muy distinto —repuso el padre Elías—. La magia tenía un efecto real sobre los infantes que los transformaban en máquinas inhumanas, prácticamente invulnerables al fuego enemigo, y capaces de atrocidades sin nombre.

—¿El ritual mágico era auténtico?

—Exactamente. En cuanto la Santa Sede hubo comprobado que las fuerzas involucradas no eran meramente humanas, fuimos enviados a enfrentarnos al mago ugandés. Espero que comprenda que no puedo contarle los detalles exactos, pero puedo decirle que no fue una tarea nada sencilla. El alma del brujo estaba corrompida en lo más profundo de su ser. Su poder era realmente grande y contaba con un numeroso grupo de acólitos muy peligrosos. Necesitamos de todas nuestras fuerzas, físicas y síquicas, para hacerle frente. Al final conseguimos detenerle, pero pagamos un

precio realmente alto; de los cuatro componentes de aquella encarnación del Círculo Octogonus, sólo Fray Cariglia y yo mismo sobrevivimos, aunque no lo hicimos de igual manera.

—¿Qué quiere decir?

—Yo quedé tan agotado que tuve que estar dos meses en un hospital de Uganda recuperándome. Cariglia soportó mejor lo sucedido y pidió retirarse un tiempo al convento de Santa Catalina. Desgraciadamente, su buen estado era sólo aparente, emocionalmente había quedado profundamente afectado por lo ocurrido.

—¿Tuvo problemas mentales? —preguntó el padre Alviero, empezando a intuir lo sucedido.

—Podría decirse así —admitió el padre Elías—. Tiene que comprender que en las selvas de Uganda habíamos visto niños marcados como bestias con el hierro de sus amos, convertidos en esclavos sexuales y en máquinas de matar sin alma. Niños drogados con marihuana, crack, cocaína o pastillas, que probaban su ciega fidelidad al líder de su grupo asesinando sin remordimiento alguno a su propio padre o madre. Niños mutilados, con las orejas, labios o dedos, amputados en torturas realizadas a veces por otros niños del mismo grupo.

—¡Dios mío! —exclamó el padre Alviero horrorizado.

—Créame..., hace mucho tiempo que Dios abandonó aquellas tierras y a aquellos hombres.

—¡No puede creer eso de verdad!

—Ojalá pudiese no creerlo, pero es la verdad. Usted y yo sabemos que hay muchos lugares en la Tierra en los que el mal ha construido su casa, y nuestro deber es intentar arrebatárselos para devolvérselos al Señor —el padre Elías esbozó una sonrisa de amargura ante la inocencia del joven sacerdote—. Supongo que ahora entenderá porque Cariglia se obsesionó con el mal y la magia. Se convenció a sí mismo de que sólo combatiendo su mismo origen podría acabar para siempre con desastres como los que había vivido. Por eso, se dedicó a estudiar la biblioteca de Santa Catalina en busca de cuanta información pudiese reunir.

—¿Y encontró información sobre la Fuente? —preguntó el padre Alviero con interés.

—¡Ojalá lo supiese! —exclamó el anciano enigmáticamente, antes de continuar su relato—. Tras un año en el monasterio, una mañana lo abandonó sin dar a penas explicaciones. Estuvo desaparecido durante varios meses, sin que sepamos dónde fue exactamente. Lo único que sabemos es que cuando volvió a Santa Catalina su aspecto era terrible. Estaba demacrado, envejecido y hablaba con monosílabos y entre susurros, de forma casi ininteligible. Ante las insistentes preguntas de los monjes y sacerdotes sobre qué le había ocurrido, se negó a responder, argumentando que había encontrado las respuestas que buscaba y que volvía para descansar al fin.

A los dos días de su regreso pidió consultar de nuevo la biblioteca del monasterio y fue cuando se produjo la tragedia.

—¿Tragedia?

—Sólo una hora después de quedarse a solas, un humo negro comenzó a salir de la sala alarmando a los monjes. Cuando llegaron a la biblioteca se encontraron con una escena dantesca: Cariglia había amontonado varios volúmenes de valor incalculable en medio de la sala, después se había subido al montón de libros y, tras prenderles fuego, se había colgado de una viga de madera del techo con el cinturón de su hábito. Los monjes consiguieron salvar su vida pero no pudieron evitar que sufriese terribles quemaduras en todo el cuerpo.

—No parece un simple ataque de locura —observó el padre Alviero, cuya capacidad analítica salía a flote a pesar de su creciente espanto.

—Cuando me informaron de lo sucedido, yo también sospeché que, dado el comportamiento del padre Cariglia anterior y posterior al suceso, podía tratarse de un caso de posesión demoníaca —respondió el padre Elías, bajando el rostro apesadumbrado—. Por eso, durante estos últimos años he intentado en cinco ocasiones exorcizarle, pero no he conseguido reacción alguna por su parte. Mantiene un mutismo absoluto y un comportamiento autodestructivo totalmente inexplicable.

—Puede que, a pesar de todo, se trate de un caso de paranoia provocada por su comportamiento obsesivo y sus experiencias en Uganda.

—Eso creía hasta ayer mismo, pero, a la vista de lo sucedido en ese viejo almacén, ahora estoy seguro de que se trata de algo muy distinto.

—¿Por qué? —preguntó el padre Alviero

—Creo que la misma entidad que ayer nos desafió y se rió de nuestro ritual es la responsable del estado de Fray Cariglia, y que, por eso, los exorcismos habituales no funcionaron con él —sentenció el sacerdote exhalando un suspiro.

El padre Alviero se revolvió inquieto en su asiento, no demasiado convencido.

—Pero, ¿en qué se basa para pensar algo así? —preguntó.

—Durante el ritual de ayer pude percibir la misma huella síquica que cuando realicé los exorcismos a Cariglia. Además, estoy convencido de que, antes de que la entidad le abandonase, hubo un instante en que pude ver reflejada en el rostro del cadáver la misma mirada, desdibujada, desafiante y algo burlona, que llevo años viendo en el rostro de Fray Cariglia.

Adrian estaba esperando a que Zulema sacase las llaves del coche de su bolso, cuando oyó una voz ronca y potente que le hizo girarse.

—¿Adrian Cavendish?

Se trataba de un hombre corpulento y de gran estatura que al principio le resultó desconocido, pero que, al fijarse más detenidamente en su rostro, reconoció, no sin cierta dificultad, pues sus rasgos parecían extrañamente cambiados.

—Soy Robert Wallace, ¿se acuerda? —se presentó— ¡Qué casualidad encontrarle aquí!

—Sí que es una casualidad —exclamó Adrian, estrechándole la mano— ¿Qué tal está su padre? Espero que no le cansásemos demasiado con nuestras preguntas.

—No se preocupe por él, está perfectamente.

Adrian se dio cuenta de que algo no iba bien. Aquel no era el mismo Robert Wallace que recordaba. Estaba sumamente pálido y sudoroso y sus ojos, acuosos y un tanto ojerosos, tenían un brillo peculiar. En su voz se insinuaba, además, un tono más ronco y cínico del que recordaba.

—Y dígame ¿qué ha venido hacer a Bath? —preguntó Adrian con desconfianza.

—He venido a recuperar aquello que debe pertenecer a mi amo.

Adrian ni siquiera tuvo tiempo de pensar en lo extraño de la respuesta. Wallace le cogió del pecho, elevándole en el aire y arrojándole, con fuerza extraordinaria, contra el capó del pequeño Renault.

Zulema contempló toda la escena con incredulidad y asombro. Al ver a Adrian caer aturdido al suelo, reaccionó de forma inconsciente arrojando su bolso contra el corpulento desconocido. El hombre a penas se inmutó, apartando el bolso de la joven de un simple manotazo. Por un momento, la mujer pensó que había cometido un terrible error y que el agresor la atacaría a continuación. Sin embargo, el desconocido se limitó a observarla fijamente durante unos segundos, que se le hicieron eternos, para a continuación volver su atención al cuerpo caído de Adrian.

Zulema pensó, con desesperación e impotencia, que aquel desalmado iba a atacar a su hermano y acabar lo que había empezado mientras permanecía aturdido en el suelo. Sin embargo, Wallace se limitó a acercarse a Adrian, que luchaba por despejar su mente lo suficiente para incorporarse, y recoger la maleta que éste había dejado caer en el suelo adoquinado de la calle. Una vez que la tuvo en su poder, miró de nuevo a Zulema y sonrió con insolencia, para a continuación abandonar el lugar con paso apresurado y firme.

Adrian se incorporó con dificultad, a tiempo de ver desaparecer a su agresor por el final de la calle. Con un gesto de la mano indicó a Zulema que se encontraba bien. Renqueante, pero

con la rabia de quien ve como le arrebatan lo que es suyo, empezó a correr intentando alcanzar a su inesperado asaltante.

Luchando por despejar su mente, corrió con desesperación hasta el extremo de la calle, a tiempo de ver como Wallace se internaba en una pequeña callejuela perpendicular, ensombrecida por su estrechez y la luz anaranjada del mediodía.

Adrian reconoció el callejón de inmediato y pensó, esperanzado, que aún podría alcanzarle, ya que no tenía salida. Andando lentamente, se adentró en las sombras con precaución, preocupado ante la posibilidad de tener que enfrentarse físicamente con Wallace.

Al final de la calle, en la penumbra, adivinó la silueta desafiante de Wallace que parecía estarle esperando.

—No sé qué crees que hay en ese maletín, pero son documentos de mi padre y me pertenecen —gritó Adrian, intentando controlar la rabia que crecía en su pecho—. Devuélvemelo y olvidaremos esto.

—¡Ojalá pudiese olvidarlo! —exclamó Wallace casi en susurro.

Adrian creyó percibir cierto tono de pesadumbre en la voz apagada de su agresor y, por un momento, acarició la idea de que entrase en razón y le devolviese el maletín sin tener que pelear con él.

Sin embargo, Wallace empezó a agitarse como si le hubiese alcanzado una corriente eléctrica. Cuando recuperó la compostura, el rostro que miró a Adrian era completamente diferente. Un extraño fulgor verdoso enmarcaba sus facciones, que parecían terriblemente deformadas en un rictus de profundo desprecio. Adrian retrocedió unos pasos impresionado por la extraña transformación que Wallace acababa de experimentar frente a sus ojos.

—¡Ahora es de mi señor..., y no podrás recuperarlo nunca! —exclamó Wallace, escupiendo las palabras con un odio feroz y brutal.

Sin saber muy bien por qué, Adrian sintió que aquella voz retorcida, no era ya la del Robert Wallace que había conocido el día anterior y que aquellas palabras llenas de desprecio tampoco se referían realmente a su maletín.

Wallace se giró, ignorando a Adrian y encarándose al muro de más de ocho metros de liso hormigón que cerraba la calle. Con un salto, que ninguna musculatura humana hubiese podido realizar, alcanzó su borde con facilidad pasmosa. Encaramado en el extremo de la pared, se volvió para mirar a Adrian por última vez. Sus ojos brillaron con un fuerte fulgor turquesa, justo un instante antes de saltar de nuevo hacia el otro lado del muro, dejando a Adrian presa del horror y la angustia.

Cuando Adrian explicó a Eric lo ocurrido al salir del banco, éste se quedó inusualmente silencioso, como si le costase asimilar lo que acababa de contarle. No recordaba haberle visto tan pensativo en mucho tiempo.

—¿Por qué no llamasteis a la policía? —preguntó tras unos instantes rompiendo su peculiar mutismo.

—¿Qué les hubiésemos dicho? ¿Que el hijo de uno de los historiadores más reputados del país me había robado un cuaderno de apuntes de mi padre, para luego escapar saltando un muro de ocho metros de altura? —exclamó con ironía Adrian.

—Podríamos haberles contado sólo lo del robo —apuntó Zulema.

—Hubiese sido un error y no sólo por lo increíble de lo sucedido —insistió Adrian.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Eric.

— En el caso remoto de que nos hubiesen creído, eso podría haber supuesto que la policía nos hiciese un montón de preguntas. Hubiesen insistido en saber qué había en la libreta y por qué habíamos ido a por ella al banco. Nos habrían interrogado durante horas y dudo que nos hubiesen dejado ir mañana a Atenas.

—¿Aún quieres ir? Supongo que te das cuenta de que lo ocurrido le da una perspectiva muy preocupante a nuestro viaje. —observó Eric, sin disimular la profunda preocupación que sentía.

—Ya sabíamos que iba ser peligroso y, aunque no tenga los apuntes de mi padre, hay otras maneras de averiguar en qué trabajaba.

—¡No me refiero a eso! —exclamó Eric— Has visto a un hombre saltar ocho metros como si nada y eso es algo antinatural ¡Nadie puede saltar ocho metros!

—Puede que no fuese eso lo ocurrido. Acababan de golpearme y aún estaba mareado y confundido...

—¡No fastidies Adrian! —le interrumpió Eric, con rotundidad— ¡No imaginaste nada! ¡Ocurrió de verdad! Si quieres averiguar lo que le pasó a tu padre, no lo conseguirás engañándote a ti mismo.

—Eric tiene razón —intervino Zulema, que contemplaba a su hermanastro con preocupación —No olvides que yo también estaba allí y pude ver sus ojos. No era una persona normal, te elevó en el aire como si fueses una pluma.

—¡Está bien! —gritó Adrian, arrepintiéndose al instante de haber elevado la voz— Vi el rostro de Robert Wallace y vi como algo se apoderaba de él, algo inhumano. Es sólo que... —la voz del muchacho se quebró llena de angustia—, me duele mucho admitir que algo así pueda haberse apoderado de mi padre.

Zulema se acercó a Adrian abrazándole con ternura.

—No te preocupes —le animó Eric, arrepentido por su excesiva dureza con su amigo— Lo cierto es que ahora ya sabemos que tu madre no fantaseaba en su diario. Sea como sea, conseguiremos averiguar la verdad y, si tu padre está vivo, le encontraremos.

—El problema es que estamos casi como al principio, seguimos sin saber qué era exactamente lo que buscaba mi padre y, además, hemos perdido todo el material de la investigación que mi madre había guardado en el banco —confesó Adrian preocupado.

—¡Eso no es del todo cierto! —exclamó Zulema— Con todo lo ocurrido lo había olvidado.

La joven abandonó la habitación con rapidez, para volver a los pocos segundos con el bolso que había llevado en su visita al banco. Tras ponerlo encima de la mesa del salón, lo abrió con cuidado sacando un objeto de su interior.

—¿Qué es eso? —preguntó Eric, al ver el paquete de tela blanca que Zulema comenzaba a desenvolver.

—Es una figura de escayola que encontramos en la caja de seguridad —le explicó Adrian, reconociendo de inmediato el objeto—. Parece una reproducción de un friso del Partenón. Aparentemente no tiene ningún valor, pero, si mi madre lo guardó, es posible que sea importante.

—¡Oh no!... ¡Está roto! —se lamentó Zulema desolada, extrayendo un trozo de escayola de entre los pliegues de tela— Debió romperse cuando golpeé con el bolso a ese loco.

—Saca los trozos con cuidado. Intentaremos reconstruirlo —le pidió Adrian con desesperación.

Zulema empezó a sacar con cuidado los pedazos de la figura, depositándolos encima de la mesa como si se tratase de las piezas de un puzle, hasta que algo le llamó la atención.

—¡Aquí hay algo que no es escayola! —exclamó sorprendida, mientras su mano sacaba a la luz de entre los pliegues de tela blanca un fragmento rectangular, de un material oscuro y pesado totalmente distinto del blanco inmaculado del resto de la figura.

Adrian lo cogió con expectación, atraído por aquella piedra negruzca como una polilla por la luz de una vela.

—¡Dios mío! —exclamó— Son jeroglíficos egipcios.

Líneas diminutas recorrían la parte anterior y posterior de la, oscura y algo verdosa, superficie de la piedra, trazando los contornos de múltiples jeroglíficos que habían sido cincelados con meticulosa precisión.

—Nunca había visto nada igual —reconoció Adrian con un suspiro.

—Es cierto —corroboró Eric—. Los dibujos son realmente minúsculos. Esculpir una piedra tan dura con esa precisión debió ser una tarea muy complicada.

Zulema fue presa de un extraño malestar mientras observaba a su hermano manipular su hallazgo. La fascinación que sintió inicialmente por el objeto, se convirtió en una sensación de alarma que dio paso, paulatinamente, a una certeza inexplicable de que se enfrentaban a un terrible peligro. Forzándose a apartar la mirada de la piedra pulida, que parecía atraerla como un imán, decidió sacar el resto de la escayola partida de su bolso, en un intento de despejar su mente de la extraña angustia que sentía. Sin embargo, aún había otra sorpresa entre los restos destrozados de la escultura.

— ¡Mirad! —exclamó la joven, mientras sacaba un pequeño sobre del interior de su bolso—. ¡Es una carta de mamá! Debía estar pegada a la figura.

Adrian levantó la mirada de los jeroglíficos que tenía frente a él, recogiendo el trozo de papel que su hermana le entregaba.

—Sí, es su letra —confirmó, reconociendo su nombre escrito con la caligrafía inconfundible de su madre en el exterior del pequeño sobre.

Adrian pensó en principio leer la carta en silencio, pero después se dio cuenta de que no había razón alguna para mantener nada en secreto a Eric y menos aún a su hermana, por lo que comenzó a leerla en voz alta.

Adrian, si estás leyendo esta carta supongo que ya te habrán entregado el diario y que ya no estaré con vosotros. Hace ya varias semanas que vengo notando que algo no anda bien. En ocasiones tengo la sensación de que una fuerza extraña intenta meterse en mi interior, es casi como si una mente ajena quisiera apoderarse de mi cuerpo. Estoy convencida de que lo que se apoderó de tu padre me quiere ahora a mí. Por eso, he decidido dejarte el diario y esta carta explicándotelo todo, porque tengo el presentimiento de que no estaré ya mucho con vosotros.

Supongo que estarás intentando averiguar en qué trabajaba tu padre cuando fue a Egipto. No sé exactamente de qué se trataba, pero lo que si te puedo decir es que estaba convencido de que sería el hallazgo más importante en egiptología desde el descubrimiento de la tumba de Tutankamon. Estaba emocionado y a la vez preocupado por la importancia de su

investigación y eso le hizo ser más cauto que de costumbre. En esta ocasión, apenas me contó nada de su trabajo. Lo único que me dijo, cuando se fue de viaje, es que iría primero a consultar e un experto en Grecia y que después viajaría a Egipto donde esperaba confirmar sus teorías.

Una semana después de irse, me envió un extraño paquete por correo certificado, acompañado por una carta en la que me indicaba que guardase su contenido en una caja de seguridad. El objeto que me envió fue una reproducción barata de escayola sin valor aparente, lo que me dejó completamente extrañada. Le he dado muchas vueltas a qué esconde este trozo de escayola, pero no he reunido nunca el valor suficiente para averiguarlo. En el fondo, pienso que lo que hay en su interior es en parte responsable de lo que le ocurrió a tu padre.

No recibí ningún otro mensaje hasta que me dieron la terrible noticia del accidente. Después de lo sucedido en mi viaje a El Cairo para identificar, el que creía el cadáver de tu padre, pensé en destruir todos los papeles de su investigación, estaba aterrorizada y a la vez indignada. Sin embargo, después recordé la caja de seguridad y decidí guardar en ella todo el material, donde no lo pudieras encontrar hasta que fueses lo suficientemente mayor para decidir por ti mismo qué hacer.

Ahora que ya tienes todo en tu poder, sólo puedo pedirte una vez más que no intentes localizar a tu padre. El peligro para ti y para Zulema es muy real y se escapa de todo lo que conocemos. Sólo si os quedáis en Inglaterra estaréis relativamente a salvo. No sé qué es lo que ocurrió en Egipto, pero, lo que sí sé, es que allí correréis un grave peligro. Cuida de tu hermana y no le permitas volver nunca a El Cairo. Tengo el presentimiento de que tu padre no quería que ella estuviese allí.

Al llegar al final de la carta, Adrian levantó la mirada del papel encontrándose inmediatamente con los ojos verdes de Zulema, que brillaban emocionados.

—¡Voy a ir! —afirmó obstinada, adivinando lo que su hermanastro iba a decirle—. Sólo quería protegerme, pero soy más fuerte de lo que ella creía.

—Lo sé —admitió Adrian, consciente de la futilidad de intentar convencer a Zulema de que se quedase en Inglaterra—. Creo que ya sabemos lo que hizo mamá en el banco en su última visita; parece que vino a dejar esta carta para que supiésemos de dónde había salido la famosa figura de escayola cuando la encontrásemos.

—Y también para darte la última oportunidad de que recapacitases sobre la decisión de buscar a tu padre —observó Eric, que había estado escuchando con atención la lectura de la carta, sin poder quitarse del todo de encima la sensación de ser un intruso en medio de un asunto familiar.

—De todas formas, en todo esto del relieve hay algo que no entiendo —reconoció Zulema—. Según mamá, lo envió tu padre desde Grecia. Si aún no había ido a Egipto, ¿de dónde obtuvo una pieza egipcia en Grecia?

—Hay también otra cuestión que puede que no os guste que comente —añadió Eric con cierto reparo, consciente de que pisaba un terreno resbaladizo—, y es el por qué la pieza egipcia estaba escondida en el interior de la reproducción de escayola.

—Sé lo que quieres decir Eric —explicó Adrian, esbozando una tímida sonrisa para tranquilizar a su amigo—. Aunque me cueste admitirlo, la única explicación es que se trata de una pieza de contrabando. Meterla en la escayola es una manera de hacerla pasar por un simple suvenir en la aduana

Adrian se removió inquieto, mientras observaba una vez más la piedra oscura y pulida que sujetaba en su mano.

—Sinceramente, no sé que puede significar esto. Mi padre jamás hubiese traído a Inglaterra una pieza arqueológica de forma ilegal. Odiaba profundamente el expolio a que los contrabandistas someten los sitios arqueológicos —reflexionó en voz alta, sin poder disimular la preocupación en su voz.

—Tendría sus motivos para hacerlo —concluyó Eric.

—Tuvieron que ser muy poderosos —admitió molesto Adrian, empezando a preguntarse qué otras cosas podrían averiguar sobre su padre que quizá no le gustasen.

—Está claro que no se trata de una pieza cualquiera —intervino con decisión Zulema—, debe ser realmente importante. Si no fuese así, tu padre no le hubiese pedido a mamá que la guardase en una caja de seguridad. Sólo hay una manera de averiguar la verdad; hay que traducir esos jeroglíficos y descubrir de dónde sacó la pieza tu padre.

Zulema intentó mostrarse decidida y confiada, pero, en cuanto su mirada se posó de nuevo sobre los apretados dibujos cincelados en la piedra, su estómago se contrajo y la angustia volvió a enturbiar su mente.

El sol empezaba a ponerse por el horizonte proyectando reflejos rojizos, que resaltaban aún más el color dorado del paisaje egipcio, mientras pasaba raudo frente a la ventanilla del vehículo. El padre Alviero se sentía realmente cansado, habían viajado casi sin parar; primero en avión desde París hasta el Cairo; y después en un coche camino del Monasterio de Santa Catalina o de la Transfiguración, como le llamaba el conductor. Aunque el padre Elías dispuso un auténtico

banquete en el avión, apenas había podido probar bocado, su estómago se obstinaba en permanecer cerrado por los nervios.

Casi como si hubiese un acuerdo tácito entre los religiosos, no habían intercambiado palabra alguna sobre su misión en todo el viaje. Sin embargo, cuando el padre Elías levantó la mirada del libro, que le había servido de lectura durante todo el trayecto, el padre Alviero comprendió que la tregua llegaba a su fin.

—Cuando llegemos a Santa Catalina cenaremos y descansaremos hasta mañana —comento el anciano, consciente del aspecto cansado de su compañero de viaje—. Será mejor que intente alimentar bien ese estómago suyo tan frágil, lo que nos espera mañana no será una tarea fácil.

—Lo sé —admitió el padre Alviero, un poco molesto ante la desconfianza que el sacerdote se empeñaba en mostrar hacia él—. Estoy preparado.

—No se engañe, nadie está preparado, sólo creemos estarlo. Será mejor que le comenté algunas cosas que creo que debe saber antes de mañana.

—¿A qué se refiere? —preguntó el sacerdote con extrañeza.

—Si lo que sospecho es cierto, mañana nos enfrentaremos a la misma entidad que se burló de nosotros en París, pero esta vez lo haremos de forma muy distinta.

—¿Distinta?

—En París utilizamos un ritual cristiano que resultó muy poco efectivo, por lo que la entidad se limitó a ignorarnos, pero, ahora que sabemos mejor a qué clase de ser nos enfrentamos, utilizaremos un ritual completamente diferente.

—¿Quiere decir que utilizaremos un ritual no cristiano? —preguntó confundido el joven sacerdote—. Pero, si un ritual católico no ha sido efectivo, ¿cómo podría serlo un ritual pagano?

—Su Fe es conmovedora, pero no deje que le ciegue —contestó el padre Elías— La fuerza de un ritual no reside en la Fe del que lo realiza, sino en la Fe del que lo recibe. Sabemos que esta entidad parece relacionada con la cultura egipcia por lo que tendremos que usar un ritual de exorcismo egipcio.

—¿Cree que así conseguiremos liberar a Fray Cariglia?

—La verdad es que no creo que eso sea ya posible, pero lo intentaremos —reconoció el padre Elías con pesar—. Lo que necesitamos realmente es que esa entidad se traicione y nos de alguna información que nos lleve hasta ella. Debemos lograr destruirla antes de que controle completamente la Fuente.

—No creo que sea tan sencillo como lo pinta —repuso el padre Alviero con ironía—. Ese ser es demasiado inteligente para decirnos simplemente como encontrarle. Es más, aunque lo

hiciera, lo cierto es que no se me ocurre cómo podríamos destruirle, si es tan poderoso como para haber burlado la muerte.

—No desespere padre, Dios nos ayudará a lograrlo, si es que es esa su voluntad —le contestó el padre Elías palmeándole suavemente en el hombro—. Pero no era eso lo que quería comentarle. Lo que necesito que me diga es si tiene alguna herida en el pasado sin curar, algún remordimiento o pesar en su conciencia.

—Cuando me hice sacerdote dejé atrás mi vida anterior —contestó el padre Alviero, sorprendido por la pregunta.

—¿Está seguro de eso? No le estoy preguntando esto para incomodarlo, sino porque cualquier debilidad que tengamos, mañana será utilizada por esa entidad para atacarnos. Esta vez no va a poder ignorarnos como hizo en París y eso le hará más peligroso de lo que pueda imaginar. Intentará jugar con nuestras conciencias, nuestros temores y miedos, con la intención de debilitar nuestra Fe y romper así el poder del ritual.

El padre Alviero miró a través de la ventanilla del coche. El paisaje cambiaba rápidamente a medida que el vehículo avanzaba por el desierto. Alviero pensó que le hubiese gustado que su pasado hubiera quedado atrás con la misma facilidad que lo hacían aquellas tierras frente a sus ojos, pero la realidad era que, por mucho que lo intentase, el pasado siempre se obstinaba en volver una y otra vez atormentándole.

—Lo cierto es que hay algo que no consigo olvidar —reconoció con tristeza.

—Se refiere a María, ¿verdad?

—¿Sabe lo de María? —preguntó el padre Alviero sorprendido.

—Sé lo que es mi trabajo saber, pero será mejor que me lo cuente con sus propias palabras. Le servirá para afrontarlo mejor —repuso el padre Elías condescendiente.

En otras circunstancias, el padre Alviero se hubiese sentido molesto por la intromisión del anciano en su intimidad y la obvia investigación que había realizado sobre él, sin embargo, en esta ocasión, la tristeza que le producía el recuerdo de María le hizo agradecer la oportunidad de hablar con alguien más sobre lo sucedido.

—Ocurrió durante mis prácticas en Nuestra Señora del Rosario en Baruta —comenzó a relatar, intentando obviar el peso que sentía sobre su pecho—. Era muy joven, apenas había comenzado a realizar la labor auténtica de un futuro sacerdote. Todavía albergaba alguna duda y temor en mi interior sobre si había elegido o no el camino correcto, e intentaba demostrarme a mí mismo que podía ser un buen servidor del señor. Allí fue donde conocí a María. En realidad, no se llamaba así, es sólo un nombre que yo mismo le di porque ella nunca quiso decirme su nombre

real. Era una mujer muy joven, apenas mayor de edad, que venía a pedir limosna a las puertas de la Iglesia cada vez que había servicio. Colocaba un pequeño trozo de tela rectangular al final de las escaleras y se sentaba en él con la mirada perdida, a la espera de que, tras la misa diaria, el corazón endurecido de la gente se ablandase lo suficiente para darle algunas monedas.

Cuando la vi, pregunté a los otros sacerdotes quién era y por qué no la ayudábamos. Me dijeron que ya lo habían intentado. Al parecer, era toxicómana y las ayudas que le habían dado terminaban siempre en los bolsillos de los camellos, mientras ella volvía indefectiblemente a su pequeño rincón de las escaleras de la Iglesia. Al final, habían decidido permitirle quedarse allí, como lo más piadoso que podían hacer en vista de que se negaba a acogerse a ningún programa de desintoxicación.

Me tomé aquello como una cuestión personal, pensé que, conseguir sacar a aquella joven del camino de degradación en el que estaba atrapada, era una prueba que el Señor me enviaba para que demostrase la fuerza de mi Fe y mi auténtica capacidad como sacerdote.

Decidí acercarme a ella poco a poco con la esperanza de lograr ganarme su confianza. En mis primeros intentos de hablarle, respondía siempre con monosílabos y una total falta de expresión. Sus ojos sólo parecían brillar cuando le daba algunas monedas o le llevaba algo de comida para pasar el día. Paulatinamente fui venciendo su desconfianza en mí, comenzó a devolverme la sonrisa y a cambiar sus monosílabos habituales por pequeñas frases de agradecimiento. Al cabo de unas semanas, animado por los progresos alcanzados en mi relación con ella, creí que podía avanzar algo más e intentar algo diferente; le pedí que entrase en la Iglesia y presenciase un servicio religioso. Su reacción fue de total rechazo, me insultó con brutalidad y me acusó de ser como el resto de sacerdotes antes de irse enfurecida. Pensé que había cometido un grave error y que acaba de echar por la borda todo el trabajo de las últimas semanas.

Sin embargo, dos días después volvió de nuevo, pero en esta ocasión no se sentó en su sitio habitual, sino que entró directamente en la Iglesia preguntando al asombrado párroco por mí. Cuando la vi, me conmovió profundamente; todo su cuerpo temblaba y parecía al borde de las lágrimas. Me pidió perdón entre sollozos. Intenté consolarla restando importancia a lo ocurrido, pero ella siguió estremeciéndose como si algo en su interior no fuese nada bien. Fue entonces cuando me dijo lo que pasaba realmente: «El otro día no hablaba yo hablaba el caballo», me confesó, «pero nunca volveré a pincharme, no lo tomaré más, juro que no lo tomaré nunca más si usted me ayuda». Había dejado bruscamente de pincharse la heroína que consumía habitualmente. Lo que sacudía su cuerpo era un fuerte síndrome de abstinencia.

La llevé de inmediato al interior de la Iglesia y la acomodé en una pequeña habitación que solía utilizar el párroco muy esporádicamente. Cuando el resto de sacerdotes se enteraron, me

reprendieron avisándome de que lo que estaba haciendo era peligroso. Todos pensaban que era mejor que la llevase a algún hospital donde pudieran medicarla y ayudarla a dejar la droga. Pero no les hice caso y obstinado me negué. Estaba convencido de que si María había dado ese paso era porque confiaba en mí y esperaba que yo la ayudase. Por eso, decidí cuidarla yo mismo el tiempo que fuese necesario hasta que venciese el síndrome de abstinencia.

Al principio fue muy duro. Tenía accesos de fiebre y vómitos, se negaba a comer y cambiaba de humor de forma continua. Igual te daba las gracias con lágrimas en los ojos, que te insultaba e intentaba arrojarte cuanto objeto encontraba en la habitación, pidiendo una dosis de droga de forma desesperada. Sin embargo, al cabo de unos días desapareció la fiebre y empezó a comer con mayor normalidad, a medida que la ansiedad comenzaba a remitir.

Cuando superó la dependencia física, se produjo en ella una transformación increíble. La joven, que hablaba con monosílabos atropellando sus palabras, se reveló como una mujer sorprendentemente vivaz y con una buena base cultural. Aunque se negó a darme sus datos reales, me confesó que provenía de una familia de clase media de Caracas. Sus padres eran de cultura católica tradicionalista y moral conservadora por lo que, cuando con sólo 16 años se quedó embarazada de un compañero de Instituto, la vergüenza y su mal entendida Fe les llevó a echarla de casa, enviándola a un centro de acogida para madres solteras. Allí cayó en una profunda depresión, provocada por su soledad y el rechazo de sus seres queridos. Perdió totalmente el apetito y las ganas de vivir, comenzando un progresivo deterioro físico que dio como resultado un traumático aborto a los cuatro meses de embarazo. Aquello terminó de hundir su ya frágil estado nervioso y, casi como si fuese algo natural, fue viéndose empujada al mundo de las adicciones. Ya en el centro se hizo adicta a los calmantes y el tabaco y, cuando lo abandonó para compartir piso junto algunas otras internas de la institución, no tardó en caer en manos de otras drogas más peligrosas, hasta llegar a la destructiva heroína. Aquello terminó arruinando por completo su vida. Al no ser capaz de mantener de forma mínimamente estable ningún tipo de empleo, se vio irremediabilmente abocada a vivir en la calle. Había llegado a Baruta haciendo autostop por la autopista de Prados del Este dos años antes y, desde entonces, había sobrevivido prostituyéndose de forma esporádica, mendigando, e incluso cometiendo algún que otro pequeño hurto en comercios, según me confesó entre lágrimas.

Al conocer su historia, sentí una mezcla de horror y desesperación, al pensar en cómo una familia podía haber repudiado a su propia hija por el mero hecho de cometer un error, en lugar de haberla ayudado. Una familia que decía tener una moral cristiana. Me sentí culpable y entendí, por fin, el por qué del rechazo de aquella joven hacia los sacerdotes y la Iglesia en general. Aún no soy capaz de entender cómo puede interpretarse el mensaje de Cristo de caridad y amor de forma tan torticera e insensible.

—La naturaleza humana siempre busca una justificación para sus actos de egoísmo y perversión. El mal consigue su mayor victoria cuando pervierte el mensaje de Dios y engaña al fiel, poniendo en boca de Cristo las palabras del diablo —le interrumpió el padre Elías, hablándole con una ternura que sorprendió al sacerdote— Pero, dígame ¿qué es lo que fue mal?

—Eso es algo que me he preguntado muchas veces —repuso el padre Alviero, volviendo a su relato—. Todo parecía ir muy bien. María había superado el síndrome de abstinencia por completo. Se mostraba cada día más animada y alegre y había dejado de tomar calmantes, incluso empezó a ayudar en algunas labores de limpieza.

Una mañana, el párroco me llamó para pedirme que María abandonase la Iglesia. El resto de sacerdotes se sentían incómodos y las gentes empezaban a murmurar sobre qué hacía allí aquella joven entre tantos sacerdotes. Tenía que haber protestado, pero lo cierto es que estuve de acuerdo en que María debía aprender a labrarse un futuro fuera de la Iglesia. Al fin y al cabo, era una muchacha muy joven y tenía toda una vida por delante que no podía pasar allí, encerrada entre aquellas cuatro paredes y rodeada de sotanas.

Aquella tarde me reuní con la joven en su pequeña habitación improvisada y le conté lo que había hablado con el párroco. Le dije que la ayudaría a buscar un trabajo para que pudiese costearse un pequeño apartamento y empezar una nueva vida.

—¿Tú quieres que me vaya? —me preguntó, mirándome a los ojos fijamente.

—No, claro que no —le contesté, un tanto sorprendido por su pregunta—. Pero no puedes estar aquí para siempre, debes vivir tu propia vida.

María se acercó hacia mí y me abrazó, besándome a continuación con desesperación. No me esperaba aquello y no supe cómo reaccionar.

—¡Soy un sacerdote! —exclamé sorprendido y azorado, como si de un mantra salvador se tratase, separando sus brazos de mi cuello con cierta brusquedad.

—Ven conmigo. Sé que lo deseas. Inicia tú también una nueva vida a mi lado —me pidió, sin prestar atención a lo que acababa de decirle.

—¡No lo entiendes! Mi vida es ésta porque yo la he escogido. He consagrado mi vida a Dios y ese es el futuro que deseo —le expliqué, apartándola de mí.

María me miró a los ojos con tristeza y decepción. No profirió ninguna palabra ni sonido, ni siquiera una leve protesta. Se limitó a girar sobre sí misma y abandonar la habitación. Muchas veces he pensado que debí haberla seguido e impedir que abandonase la Iglesia, pero lo cierto es que en aquel momento sentí un profundo alivio al verla alejarse. Pensé que sin ella mi vida volvería a recuperar el equilibrio que no debía haber perdido.

Sin embargo, no tardé en comprender el terrible error que había cometido. Dos días después María no había vuelto. Empecé a preguntar por ella por las calles de Baruta; nadie la conocía y nadie la había visto. Acudí a la policía, pero ni siquiera sabía su nombre real, por lo que la búsqueda se hizo casi imposible. Cada noche rezaba para que Dios la iluminase y guiase en su nuevo camino, protegiéndola para que no cayese de nuevo en el mundo de decadencia del que había logrado salir. Tres meses después, la policía de Baruta me llamó para que identificase el cadáver de una joven. Mi corazón quería salirse del pecho cuando el encargado de la funeraria levantó la tela de la camilla en donde se adivinaba el cuerpo inerte de una joven. Era María. Su rostro mostraba una extraña expresión de placidez, como si con su último suspiro hubiese encontrado por fin la felicidad que tanto ansiaba. Había muerto por sobredosis de heroína.

Aquel fue el peor momento de mi vida y una prueba casi insuperable para mi Fe. Estuve a punto de dejarlo todo. No entendía por qué Dios había permitido aquella tragedia. Por qué me había permitido devolverle la felicidad a aquella chiquilla, para después arrebatarla de nuevo con tanta crueldad. Tras echarle la culpa a Dios, pasé a echarme la culpa a mí mismo, al pensar que había sido mi orgullo, mi soberbia, al querer demostrarle a Dios lo buen sacerdote que era, lo que me había hecho precipitarme a ayudar a la pobre María sin los conocimientos ni la preparación necesaria. Me hundí en la autocompasión. Superar todo esto me costó meses de terapia con psicólogos y de consejos espirituales. Aún así y, aunque recuperé mi Fe y retomé mi servicio al Señor, la verdad es que aún sigo pensando que debía haber actuado de otra manera. Sólo espero que María esté al fin en paz.

El padre Alviero suspiró profundamente como si al exhalar liberase un fuerte peso de su pecho.

—Si le sirve de consuelo, yo, en su lugar, hubiese actuado exactamente igual que usted lo hizo —le tranquilizó el padre Elías.

—¿De veras? —preguntó el padre Alviero sorprendido— ¿No cree que me precipité, que debí buscar la ayuda de profesionales?

—La caridad y el calor humano no requiere de profesionales. Usted actuó como todo buen cristiano lo haría, ayudando a su prójimo con todas sus fuerzas y energías. Nadie podría pedirle más.

La voz del padre Elías mostraba un calor y sencillez que hizo comprender al padre Alviero, que aquel anciano escondía en su interior mucho más de lo que la coraza de dureza y energía de su exterior dejaba entrever.

—¡Ojalá pudiese estar seguro de eso! —repuso el padre Alviero, poco convencido.

Por la ventanilla les llegó el rumor de la gente. Se acercaban a la entrada del Monasterio

de Santa Catalina. Un grupo de turistas bastante ruidosos esperaba con impaciencia a la entrada de la majestuosa y vetusta fortaleza, como si en su interior se encontrase un ansiado tesoro.

6

Robert Wallace contempló una vez más los papeles esparcidos sobre su escritorio. La voz en su interior atormentaba su mente con gritos de furia silenciosos que se clavaban en su cerebro como agujas ardientes. Aquellos manuscritos no tenían valor alguno. Sus manos se vieron impulsadas a destrozarlos, presas de furia ciega. Fue despedazando los papeles hasta dejar la mesa repleta de finas tiras desgarradas e irreconocibles. Entonces fijó su mirada sobre una libreta de pastas marrones y parcialmente descoloridas por el uso. El odio irracional de su interior se calmó por un momento.

En lo más profundo de la mente de Robert, una honda desesperación surgió, al hacerse consciente por un instante de que su ser había sido violado y su voluntad manipulada, haciendo de él una marioneta. Intentó con todas sus fuerzas recuperar el control de sus pensamientos, pero al instante supo que era una batalla perdida. Su espíritu fue presa de una agonía sin límite, mientras una conciencia distinta a la suya se sobreponía a él y le hundía irremisiblemente en un mar de impotencia. Su voluntad fue desapareciendo lentamente, ahogada por el peso de un espíritu más fuerte, que se impuso diluyendo su identidad hasta quedar sólo un murmullo lejano del hombre que un día fue.

Su mente alcanzó una nueva claridad y fue consciente de que había fallado a su maestro. Aún tenían con ellos el objeto preciado que le había mandado recuperar. Debía obtenerlo a cualquier precio, en cualquier lugar y sin importar cómo. Todo lo demás pensamientos, deseos o anhelos eran fútiles. De un fuerte manotazo barrió los papeles de la mesa y se levantó con su mente esclavizada fija en un solo objetivo.

7

Adrian estaba nervioso. Miró con admiración a Eric, que no parecía inmutarse ante el hecho de estar intentando pasar por el aeropuerto una pieza robada de arte egipcio. Zulema le estrechó la mano con suavidad, transmitiéndole la seguridad que le faltaba sin necesidad de palabras.

Habían discutido bastante si debían o no llevar a Atenas la pieza egipcia que habían encontrado en la caja de seguridad. Eric sugirió que hiciesen algunas fotografías de los jeroglíficos y la devolviesen a la seguridad del banco. Sin embargo, Zulema no se mostró nada convencida. No estaba segura de que una simple fotografía fuese suficiente, creía que era

imprescindible autenticar la pieza, ya que de nada serviría descifrar su contenido si al final resultaba ser falsa.

Como empezaba a ser habitual, la decisión final le tocó a Adrian que, después de reflexionar un rato, decidió dar la razón a su hermanastra. Le dijo a Eric que, como Zulema, pensaba que era necesario autenticar la pieza, sin embargo, la realidad es que había decidido llevar consigo el objeto, a pesar del riesgo que conllevaba, por un motivo muy distinto.

Desde que Zulema llegó a su casa, asustada y confusa, Adrian había aprendido que sus hermosos ojos verdes eran un espejo muy preciso de sus emociones más profundas. Por eso, no le pasó desapercibido que, cuando la joven miraba la escritura egipcia esculpida en aquel pequeño trozo de piedra, su mirada brillaba con una emoción difícil de contener, una emoción mezcla de miedo y fascinación, como si algo en aquel objeto tuviese la facultad de tocar una fibra especial en su interior. Al observarla, Adrian comprendió que, si ella quería que aquel objeto viajase con ellos a Grecia primero y a Egipto después, debía hacerle caso.

Ahora, mientras Eric terminaba de facturar el equipaje ante la atenta mirada del personal del aeropuerto de Heathrow, Adrian miró de nuevo a los ojos de Zulema. Su rostro moreno y redondeado le miraba fijamente como si pudiese leer a través de él. Al verla sonreír confiada, Adrian supo que había hecho lo correcto.

El equipaje desapareció finalmente camino de su futuro destino, sin provocar suspicacia alguna en los agentes de seguridad. Eric miró a Adrian con aire de suficiencia profundamente satisfecho, ya que había sido el encargado de realizar una nueva figura de escayola, con la ayuda de un molde que adquirió en la ciudad, para ocultar la pieza egipcia, tal y como el padre de Adrian hiciese antes. En esta ocasión, una reproducción de uno de los megalitos de Stonehenge escondía en su interior el valioso objeto. Adrian conocía las habilidades manuales de su amigo, muy aficionado a las maquetas como demostraban las innumerables figuras de Warhammer que poblaban su habitación en Cambridge, por lo que no se sorprendió cuando vio el perfecto acabado que el muchacho logró dar a la pieza, ni tampoco cuando comprobó que el engaño había dado resultado.

Tras facturar el equipaje, los tres jóvenes, aliviados, se dirigieron a la zona de embarque. A penas habían andado unos metros cuando Eric les llamó la atención.

—¡Mirad eso! —exclamó, señalando con una mano una tienda del aeropuerto en la que se exponía la prensa diaria.

Entre los distintos montones de periódicos destacaba la portada a todo color de uno de los diarios, en la que se anunciaba la muerte de Ayrton Wallace.

Eric entró rápidamente en el local y compró el diario con preocupación. El texto de la

noticia resultó ser perturbador.

Ayrton Wallace aparece muerto en extrañas circunstancias.

La encargada de la limpieza encontró el cadáver a las 9:30 h. Al parecer, el cuerpo del antropólogo de 70 años se encontraba caído en su propio despacho. Aunque no han trascendido demasiados datos sobre la muerte, todo parece indicar que se trata de un homicidio, dado que el cuerpo presentaba claros indicios de violencia. El móvil del crimen permanece en el más absoluto de los misterios ya que no ha desaparecido ninguno de los objetos de gran valor de su colección privada. Aunque la policía no ha querido relacionar aún ambos sucesos, lo cierto es que el hijo del famoso antropólogo, Robert Wallace, no ha podido ser localizado aún por las autoridades.

El Dr. Ayrton Wallace fue profesor en el Brooklyn College y en la Universidad de Washington. Durante dos años dirigió el Departamento de Antropología de la Universidad de Illinois. Se trasladó después a Inglaterra, donde se casó y empezó a trabajar en el British Museum como encargado del Departamento de Etnografía. Fue en este departamento donde alcanzó notoriedad pública por su incansable trabajo de mejora y mantenimiento de la colección de objetos procedentes de pueblos indígenas de todo el mundo, en especial la colección compilada por el capitán James Cook en el siglo XVIII. Estos objetos se hallan expuestos en el Museo Etnográfico, que se encuentra en Burlington Gardens.

El resto del artículo continuaba con una enumeración de los logros profesionales y obras del antropólogo, pero no aportaba ningún dato adicional sobre el crimen.

—¡Ha tenido que ser su hijo! —exclamó Adrian sobrecogido, notando como un nudo se hacía en la boca de su estómago.

—Pero... ¿por qué haría algo así? —preguntó Eric, sin poder apartar la mirada de la fotografía del anciano que aparecía en la portada del diario— Hubiese jurado que adoraba a su padre. Le preocupaba enormemente que agotásemos al anciano.

—No ha sido su hijo —intervino Zulema, extrañamente serena.

—Claro que ha sido él, ¿no recuerdas como nos atacó a la salida del banco? —replicó Adrian confuso.

—El que nos atacó podía tener el cuerpo de Robert Wallace, pero no creo que hubiese nada del hijo del antropólogo en él.

Zulema miró a los ojos de los muchachos con una expresión ausente que inquietó

profundamente a Adrian, pues parecía estar mirando a algo mucho más lejano que las paredes de aquel aeropuerto.

—Él está dentro de su cuerpo y le fuerza a arrebatarse cuanta vida se interponga en su camino —continuó Zulema, imprimiendo a su discurso un tono monocorde e inexpresivo—. Robert Wallace está tan muerto como su padre, pero su alma no tiene descanso, está cautiva.

—¿De qué estás hablando? —exclamó Adrian preocupado, cogiendo de los hombros a la mujer y sacudiéndola con suavidad— ¿Qué te ocurre?

La muchacha parpadeo varias veces intentando enfocar su vista para poder mirar a su hermano. Adrian notó como el cuerpo de ella perdía la fuerza, por lo que tuvo que sujetarla con fuerza para evitar que cayese al suelo. Afortunadamente, Zulema se recuperó de inmediato, para alivio del asustado muchacho.

—No sé que me ha pasado —confesó Zulema con dificultad—. Estoy un poco mareada.

Los jóvenes se dirigieron rápidamente a los bancos de plástico de una de las salas de espera del aeropuerto para que Zulema pudiese descansar y recuperarse. Afortunadamente, Eric llevaba una pequeña botella de agua en su equipaje de mano, que sirvió para que Zulema se refrescase.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Adrian, sin poder disimular el temor de su voz.

—Estoy bien, no te preocupes —repuso Zulema—. Ha sido un pequeño desmayo nada más.

—No fue sólo un desmayo —repuso Eric, mientras recogía la botella de plástico de manos de la muchacha y la devolvía a su mochila—. Tu manera de hablar no era normal, además dijiste que alguien había poseído a Robert Wallace, como si supieses muy bien de quién hablabas.

—A penas lo recuerdo —admitió Zulema—. Fue muy extraño, como si una parte de mi olvidada hubiese regresado por un instante.

—Creo que deberíamos suspender nuestro viaje y todo este asunto —exclamó Adrian con rotundidad—. No estoy dispuesto a poner en riesgo la vida de nadie y menos la vuestra. Si es cierto que algo sobrenatural está implicado en todo esto, no creo que seamos las personas más adecuadas para enfrentarnos a este asunto. Quizá deberíamos buscar ayuda de alguien más indicado.

—No creo que haya nadie adecuado para esto —se lamentó Eric.

—¡No podemos echarnos atrás! —protestó Zulema— Tenemos que encontrar a tu padre. Si está vivo, no podemos abandonarle a su suerte.

—Conozco muy bien a mi padre —intervino Adrian, dispuesto a mantener su decisión con

obstinación—. Sé que él no querría que pusiese vuestras vidas en peligro, ni siquiera por salvar la suya.

—¡No lo entiendes! —insistió Zulema, levantándose y encarando a su hermano con vehemencia—. No me preguntes por qué lo sé, pero lo cierto es que no es sólo la vida de tu padre lo que está en juego. Se trata de algo mucho más importante, algo a lo que sólo nosotros nos podemos enfrentar. Además, presiento que nuestra vida está ya en peligro sigamos adelante o no. Lo que se ha despertado no va a parar hasta acabar con lo que ha empezado y, si decide acabar con nosotros, no le importará que estemos aquí o en Egipto.

Adrian miró a su hermana como si la viese por primera vez. No recordaba haber visto en ella nunca una mirada de tanta seguridad y determinación. Una nueva Zulema estaba emergiendo del interior de su hermana y aquello le asustaba e inquietaba profundamente. Indeciso, miró a Eric que parecía tan perplejo como él mismo.

—A mi no me mires —repuso el muchacho al observar la mirada indecisa de Adrian—. Yo no pienso llevar la contraria a una mujer.

Sin necesidad de más palabras, los tres jóvenes recogieron su pequeño equipaje y reanudaron su camino hacia la zona de embarque, más conscientes que nunca de que el viaje que emprendían no tenía vuelta atrás.

CAPITULO 4

EL COLGADO

1

El padre Alviero sintió cierta incomodidad cuando las puertas del convento se cerraron a sus espaldas. Casi de inmediato se vieron rodeados por algunos monjes ortodoxos que les observaban con curiosidad. Aunque los monjes les recibieron de forma educada y correcta, saludándoles con reverencia, no pudo evitar la impresión de ser, en cierto modo, un intruso entre aquellos religiosos ataviados con sus típicas sotanas y el kamelaukion que, junto al epanukamelaukion, que caía sobre sus espaldas como símbolo de su modestia y renunciación, les conferían un aspecto tan distinto al clero católico al que estaba acostumbrado.

El encargado de recibirles fue un monje de mediana edad de rostro severo. Su barba y bigote canosos y muy poblados, como es la costumbre ortodoxa, y unas gafas oscuras de pasta, le hacían aparentar una edad avanzada, que su energía al recoger parte del equipaje se encargó de desmentir. Se presentó a sí mismo como el padre Neilos. Tras saludarles con corrección, aunque de forma no demasiado efusiva, les condujo con rapidez a lo más profundo del convento.

—El comedor está ya cerrado, pero les traeré algo de cena de la cocina para que repongan fuerzas —les ofreció, indicándoles dos pequeñas habitaciones situadas al final de un corredor de paredes de piedra, con aspecto de no utilizarse demasiado a menudo.

El monje abandonó con rapidez el lugar dejando a los dos sacerdotes frente a sus nuevos aposentos.

—No ha sido un recibimiento demasiado caluroso — comentó el padre Alviero, depositando su pequeña maleta de mano encima de su nueva cama, mientras contemplaba la habitación, pequeña pero perfectamente amueblada, muy distinta de las austeras celdas típicas de un monasterio.

—Nunca lo es —reconoció el padre Elías con una sonrisa maliciosa—. Por mucho que colaboremos y compartamos en gran medida los fundamentos de nuestras ideas religiosas, seguimos siendo para ellos sus peores rivales.

—¿Rivales?

—Para muchos ortodoxos, la Iglesia Católica es una amenaza que busca la globalización de la religión. Cuando realizamos actos conjuntos inter religiosos, nos suelen acusar de realizar

proselitismo y de intentar unificar a todos los cristianos bajo el paraguas del papado —explicó el padre Elías, dejando su propio equipaje en el suelo de la habitación, en un gesto que el padre Alviero interpretó como la clara intención del anciano sacerdote de cenar junto a él antes de ir a sus propios aposentos.

—Si nos consideran una amenaza tan peligrosa para su Iglesia, ¿por qué nos permiten utilizar Santa Catalina? —repuso el padre Alviero —Este es probablemente su enclave religioso más sagrado.

—No le quepa duda de que es su templo más importante. Aunque ya existían anacoretas en estas tierras en el siglo II, este monasterio fue fundado hace dieciséis siglos, se supone que entre los años 527 y 565, por el emperador bizantino Justiniano, en el monte Sinaí, el lugar exacto donde Dios se manifestó a Moisés a través de la zarza ardiente. Pero lo que le hace un enclave tan peculiar es la posición tan especial que ha mantenido a lo largo de la historia. La iglesia ortodoxa se separó de Roma en el gran cisma del año 1054. Sin embargo, Santa Catalina permaneció en el seno de la Iglesia de Roma casi cuatro siglos más, hasta 1439 en que, tras el Concilio de Florencia, se unió al rito ortodoxo. Aún así, mantuvo siempre una gran independencia, que se traduce hoy en día es su estatus como comunidad autónoma reconocida por los patriarcados de Atenas y Constantinopla. Aquí hay unos setenta monjes greco—ortodoxos que, aunque se sienten claramente identificados con el rito ortodoxo, observan una actitud algo más abierta gracias a su particular status quo histórico.

—No es lo que me ha parecido viendo la seriedad del religioso que nos ha recibido —comentó el padre Alviero—. No parecía muy contento de ver a dos sacerdotes católicos en su convento.

—Me temo que no le ha interpretado bien. Conozco al padre Neilos desde hace años y es uno de los hombres más piadosos y tolerantes que he conocido. Lo único que le ocurre es que es muy consciente de lo que hemos venido a hacer. Su seriedad no es otra cosa que una profunda preocupación.

Como si sus palabras fuesen una premonición, el rostro taciturno del monje ortodoxo apareció por la puerta de la habitación, acompañado de un segundo monje más joven. Los dos llevaban sendas bandejas repletas con una abundante cena.

Cuando llegaron a Atenas, tras seis horas de vuelo ininterrumpido, estaban realmente cansados. La mezcla del largo viaje y el nerviosismo por lo que estaba ocurriendo, se tradujo en un agotamiento físico del que sólo parecía haberse librado Eric, que se mantuvo todo el viaje

despierto y activo, como si un interruptor en su interior se hubiese activado aumentando su potencia física natural, ya de por sí bastante imponente.

Al llegar al aeropuerto internacional Elefterios Venizelos en Atenas, tuvieron que pelearse con la salida de equipajes durante más de una hora para conseguir recuperar sus maletas. Por un momento temieron que al final hubiesen detectado su contenido real y fuesen a confiscarlo pero, afortunadamente, todo quedó en una mera confusión de la terminal de equipajes. Según les explicaron, estos problemas eran bastante habituales, ya que el aeropuerto, aunque muy moderno en sus instalaciones, era demasiado pequeño para el volumen de viajeros que lo utilizaban.

Cuando finalmente pudieron salir, aliviados, del aeropuerto, cogieron uno de los taxis de color amarillo, que daban vueltas por los accesos a la zona del turista, y le pidieron que les llevase al hotel más cercano. Para su sorpresa, a pesar de la amplitud del vehículo, el taxista insistió en que uno de ellos se sentase junto a él en la plaza de copiloto mientras el resto ocupaban los asientos traseros. «Aquí es habitual sentarse junto al conductor, y será más cómodo para vosotros», les explicó con una sonrisa. Eric fue el encargado de viajar junto al cordial taxista, que se pasó todo el trayecto alabando las bondades de la ciudad de Atenas como si se tratase de un auténtico guía turístico. En otras condiciones, hubiesen apreciado la afabilidad de aquel hombre, pero lo cierto es que el cansancio y la preocupación les impedían pensar en otra cosa que no fuese su destino.

Tras un corto trayecto, el taxi llegó frente a un hotel no muy grande pero de aspecto lujoso.

—Este es un buen hotel. No es muy caro y en estas fechas suele tener bastantes habitaciones libres —les explicó el conductor, mientras bajaba la bandera y abría las puertas.

Adrian hizo un gesto a Eric con la mano para asegurarse que su generoso amigo no se hiciese también cargo de la cuenta, como había hecho con el resto del viaje.

Cuando estaba pagando al conductor, Adrian recordó el motivo de su visita a Atenas y buscó por su cartera la tarjeta con la dirección que le diese el desafortunado Ayrton Wallace.

—¿Conoce esta dirección? —preguntó al conductor, mostrándole la tarjeta amarillenta.

—¡Claro! —exclamó el taxista, tras examinar con cuidado la dirección—. No está muy lejos del centro, puedo llevarles allí en una hora más o menos.

—No queremos ir ahora —repuso Adrian—. Me preguntaba si podría recogerlos mañana a primera hora para llevarnos a esa dirección.

—No hay problema —repuso el conductor—. Estaré aquí a las diez, si les parece bien.

—Perfecto —respondió Adrian, mirando a Zulema y Eric por si tuviesen algo que objetar.

—Igual me meto en algo que no me incumbe, pero ¿están buscando a Andreas Kaminis? —

les preguntó el conductor mientras devolvía la tarjeta a Adrian.

—Sí —contestó Zulema con interés— ¿le conoce?

—No personalmente..., pero su nombre se hizo muy popular hace unos años. Estuvo envuelto en un escándalo muy extraño.

—¿Qué clase de escándalo? —preguntó Adrian, preocupado por lo que aquello pudiese significar.

—No lo recuerdo muy bien. Creo que se le acusó de traficar con piezas arqueológicas robadas.

—¿Está en la cárcel? —preguntó Zulema asustada.

—No, de hecho, eso fue lo extraño. Al parecer la policía no consiguió dar con él. Desapareció abandonando a su mujer y sus hijos sin dejar rastro —el taxista gesticulaba expresivamente, como si estuviese encantado por el interés que sus palabras habían despertado—. La policía llegó a sospechar que su mujer estaba detrás de su desaparición. Incluso intentaron acusarla de complicidad en los tejemanejes del marido, pero al final resultó ser inocente.

—Si es así, no habrá manera de localizar a Andreas Kaminis —se lamentó Eric, consciente de que aquello podría hacer totalmente inútil el viaje en que se habían embarcado.

—Sé que no es asunto mío, pero... ¿para qué quieren localizarle? —preguntó el taxista, extrañado por la decepción que veía dibujada en el rostro de los muchachos.

—Es por un asunto relacionado con su trabajo. Teníamos la esperanza de que pudiese ayudarnos con un estudio que estamos realizando —repuso Adrian, maldiciendo en su interior mientras intentaba contentar la curiosidad del taxista.

—Pueden probar con su mujer, quizá ella pueda ayudarles.

—¿Su mujer? —exclamó Zulema recuperando el brillo de sus ojos.

—¡Claro! Ella siempre trabajó con su marido. Por eso se la llegó a acusar de complicidad en el tráfico de antigüedades. —respondió con tranquilidad el conductor, devolviéndoles con sus palabras la esperanza tan fácilmente como se la había arrebatado antes.

—¿Sabe si ella sigue viviendo en esta misma dirección?— preguntó Zulema con expectación.

—No sabría decirles —confesó el hombre con sinceridad—. Pero si están tan interesados, no se preocupen, me encargaré de buscar su dirección y mañana por la mañana les llevaré a verla.

El padre Alviero pasó una noche inusitadamente tranquila. Se había preparado para otra dura travesía nocturna de malos sueños y medios despertares, pero, sorprendentemente, durmió de un tirón y se levantó realmente descansado. Probablemente, el cansancio acumulado tras el viaje y el estrés que arrastraba desde hace días, se habían conjurado para hacer que al fin el sueño le venciera.

Nada más levantarse se reunió con el padre Elías y ambos desayunaron junto al resto de monjes. Después, los dos sacerdotes tuvieron el privilegio de poder rezar frente al Pantocrator de Santa Catalina, uno de los iconos más importantes de Iglesia Ortodoxa junto a la Virgen de Vladímir.

Arrodillado junto al padre Elías en silenciosa oración, el padre Alviero se sintió privilegiado por el hecho de que se les permitiese prepararse espiritualmente frente a aquella figura, confeccionada tan sólo unos quinientos años después de la muerte de Cristo. El sacerdote se maravilló de la fuerza expresiva y serenidad de la figura que, como su nombre «Pantocrator» indicaba, representaba a Cristo como el auténtico Rey del Universo, victorioso, poderoso y triunfante.

A medida que observaba la figura y se perdía en la precisión de sus trazos y la fuerza de sus colores, aún vívidos como el día en que la mano del artista mezcló los colorantes con la cera de abeja caliente y la aplicó al tablero de madera, sintió como su espíritu se llenaba de fuerza y confianza. Supo que, si Cristo estaba de su lado, no habría fuerza, por antigua y poderosa que fuese, que pudiera vencerles.

Tras más de una hora orando en completo silencio, el padre Elías dio por terminada sus plegarias.

—Ha llegado el momento —susurró el sacerdote—. ¿Está listo?

—¡Estoy preparado! —aseguró el padre Alviero con sinceridad, incorporándose con una fuerza y entereza que no recordaba desde que el obispo le encargase aquella misión.

El padre Neilos les esperaba en el exterior del recinto, en su mano llevaba una bolsa de tela marrón muy abultada.

—Aquí está todo lo que nos ha pedido. Se ha preparado de acuerdo a sus instrucciones —explicó, señalando la pesada bolsa que acarreaba, no sin dificultad, en su mano derecha— ¿Está seguro de que no quiere que les acompañe? Tengo experiencia en rituales similares y podría serles de ayuda durante la ceremonia.

—Le agradezco mucho su ofrecimiento, pero ya es suficiente con lo que han hecho por nosotros hasta ahora. Es el momento de que el Círculo haga aquello para lo que estamos

preparados —repuso el padre Elías, agradeciendo afectuosamente el ofrecimiento del monje ortodoxo—. Aunque conozco su Fe y conocimientos, sólo el padre Alviero y yo tenemos la preparación necesaria. No puedo consentir que corra un peligro innecesario.

—Les llevaré a las habitaciones de Fray Ezio Cariglia —respondió el monje decepcionado pero consciente de que insistir no serviría de nada.

El padre Alviero contempló al padre Elías con preocupación, pues no era consciente de haber recibido ninguna preparación especial para aquella situación y, en experiencia, lo más probable era que el monje ortodoxo le superase con creces. Lo cierto es que, excepto algún estudio de campo sobre sucesos inexplicables, nunca se había enfrentado a ningún ente del otro lado y el único exorcismo que había presenciado, si podía llamársele así, era la invocación de París.

Mientras seguía a los dos religiosos y, aunque no terminaba de comprender el porqué de la Fe que el anciano parecía depositar en él, el padre Alviero decidió, apartando las dudas de su mente, que no permitiría que aquello resquebrajase su recién recuperada confianza.

Los tres hombres tuvieron que salir a los patios interiores y cambiar de edificio, para descender después por unas escaleras interminables de madera que se perdían en las zonas más profundas del monasterio. A pesar de que era una hora temprana de la mañana, se internaron tanto que la luz del día dio paso al resplandor mortecino de unas pequeñas bombillas eléctricas, colgadas desnudas a intervalos regulares en las paredes de arenisca.

El padre Alviero pensó con aprensión que aquel no dejaba de ser un figurado descenso a los infiernos. El monte Sinaí se le antojó un auténtico paradigma de la creación; igual que Moisés subió a sus cumbres para encontrarse con Dios, ellos bajaban a sus entrañas para enfrentarse al poder del mal.

Tras casi quince minutos de descenso interminable, llegaron a un corredor escavado en la roca en el que se adivinaba una hilera de puertas de madera. El padre Alviero se sorprendió por lo limpio y cuidado de aquellos pasillos; al parecer los monjes bajaban a aquellas profundidades con gran asiduidad.

—¡Aquí es! —anunció el padre Neilos, señalando la primera de las puertas—. Esta es la celda que acondicionamos para Fray Cariglia. Pueden pasar, no les dará ningún problema durante la preparación de la ceremonia. Desde hace meses se mantiene en un estado casi vegetativo, a penas pronuncia palabra alguna y parece ajeno a cuanto pasa a su alrededor.

Con cuidado, extrajo de una bolsa de cuero atada al ceñidor de piel de su sotana una gran llave de hierro, con la que abrió con facilidad la bien engrasada cerradura de la puerta.

—Aquí debo dejarles —explicó el monje—. Permaneceré en el corredor por si me necesitan. Estaré rezando como todos los demás miembros de nuestra comunidad por el éxito de su empresa. ¡Que Dios les proteja!

El padre Elías fue el primero en pasar a la celda, tras recoger la gran bolsa de tela de manos del monje ortodoxo, seguido del padre Alviero, que no pudo evitar estremecerse con temor ante lo que iba a enfrentar entre aquellas paredes.

La celda estaba iluminada suavemente por una luz difusa cuyo origen al principio no supo identificar. Sin embargo, cuando examinó el recinto, todo empezó a cobrar sentido. Los techos, paredes y el suelo eran lisos y estaban cubiertos por un material acolchado, muy similar al de algunas celdas que había visto en hospitales psiquiátricos. Tan sólo asomaban entre la tela del techo dos cuadrados de cristal, tras los que se ocultaban las bombillas responsables de la tenue iluminación.

—La habitación ha sido concebida hasta en su último detalle para evitar que su ocupante pueda hacerse daño a sí mismo —le explicó el padre Elías—. Cariglia parece preso de una manía autodestructiva, ha intentado suicidarse de formas inimaginables. Por eso, los monjes decidieron acondicionar así este lugar.

Junto a una de las paredes, un simple colchón de látex hacía las veces de cama improvisada. En sus bordes aparecían correas dispuestas para sujetar a su ocupante por las muñecas y tobillos. Sobre ella se adivinaba la silueta de un hombre postrado y vuelto de cara a la pared. Estaba vestido por completo de blanco y llevaba una camisa de fuerza que le impedía todo movimiento. Sin duda se trataba de Fray Ezio Cariglia, el hombre al que habían venido a exorcizar.

—Aunque está en un estado prácticamente vegetativo, se le ata por las noches a la cama para evitar que se autolesione cuando no hay sacerdotes para vigilarle —continuó explicando el anciano, respondiendo a las preguntas del padre Alviero, sin necesidad de que éste llegase a formularlas—. Les he pedido que le pusiesen la camisa de fuerza para evitar que pueda intentar cualquier comportamiento agresivo durante la ceremonia.

El padre Elías dejó la pesada bolsa en medio de la habitación y empezó a sacar su contenido depositándolo sobre el suelo acolchado, mientras el fraile franciscano permanecía completamente ajeno a su presencia.

Aunque la religión egipcia no era su fuerte, el padre Alviero pudo reconocer las imágenes de arcilla de varios dioses egipcios, a medida que el padre Elías las disponía de forma precisa, creando un semicírculo alrededor de infortunado fraile.

Reconoció a Isis, la diosa madre, representada con un trono en la cabeza y dando de mamar

a su hijo Horus; al propio Horus, representado como un hombre con cabeza de halcón; identificó claramente la figura de Anubis, el dios de los muertos, con su inconfundible cabeza de chacal; y a Toth, el dios de los escribas con rostro de Ibis.

Finalmente, el padre Elías colocó los dos últimos ídolos; la diosa de rostro leonino Sekhmet, patrona de los sanadores, y Ra, dios del universo, que era el único representado con cabeza humana coronada por un disco solar del que emergía un áspid.

Tras situar cuidadosamente las pequeñas esculturas en un orden preciso, el padre Elías extrajo una última imagen del interior de la bolsa. La figura estaba moldeada en un barro rojizo sin cocer, representando a un hombre al que la mano del escultor parecía haber olvidado moldear los rasgos faciales.

—Es una representación de espíritu que venimos a expulsar —le explicó con voz queda el padre Elías, ante su mirada de perplejidad—. Ha sido confeccionada con arcilla recogida en la rivera del Nilo, al igual que el resto de imágenes. La única diferencia es que ésta no ha sido cocida, simbolizando su mortalidad en contraposición a la eternidad de los dioses.

A continuación, el anciano sacerdote extrajo de la bolsa dos sencillas túnicas de lino blanco junto a dos pequeños ceñidores de cuerda.

—Póngasela —le pidió, entregando una de las túnicas al padre Alviero, que rápidamente se la puso encima de su ropa de calle, mientras el padre Elías hacía lo propio con la túnica restante.

—Póngase también esto —le pidió, alargándole un collar confeccionado con una tira de cuero en la que habían sido engarzados diversos amuletos, entre los que el padre Alviero sólo supo identificar el Ankh y el Ojo de Horus.

—Me siento como si estuviese cometiendo un sacrilegio —confesó, mientras se contemplaba a sí mismo vestido como un antiguo sacerdote egipcio.

—Lo sé, pero, aunque no lo parezca, estamos haciendo la labor del Señor. Los rituales son sólo la vestimenta de la religión, el ropaje con el que se adornan las creencias para hacerlas más asequibles al hombre. Tenga Fe en Dios y todo saldrá bien.

El padre Elías sacó el último objeto de la bolsa de plástico, un libro de pastas negras y arrugadas, antes de desechar ésta arrojándola a un lado de la habitación.

—No existe un manual como el Ritual Romano para realizar el exorcismo egipcio por lo que he confeccionado el mío propio. Se trata básicamente del Libro de los Muertos y de algunas fórmulas mágicas que he ido recopilando. Espero que mi reconstrucción del ritual original egipcio sea lo suficientemente precisa.

— Pero... ¿cuándo ha preparado todo esto? — preguntó el padre Alviero, sin comprender

como podía haberse dispuesto todo aquello con tanta rapidez.

—¿No pensará que es la primera vez que el Círculo se enfrenta a magia egipcia? Ya antes hemos utilizado algunas fórmulas de este libro, aunque, si le digo la verdad, nunca se ha realizado un exorcismo completo —respondió el sacerdote con ironía—. Ahora necesito que se coloque a mi lado y no deje de repetir siempre todo lo que yo diga. Su papel será básicamente el mismo que en París; sumar su energía espiritual a la mía. Tan sólo debe de tener la precaución de guardar esta fórmula mágica —le explicó, extrayendo una página suelta del libro y entregándosela a continuación—. Si observa que mi comportamiento se vuelve extraño, repita esta fórmula en voz alta y crea en ella con toda la fuerza de su Fe.

—¿Teme que ese ser intente poseerle? —preguntó el padre Alviero alarmado al comprender la función de aquella pequeña oración escrita en el papel.

—Es bastante habitual que los espíritus lo intenten. Cuando se ven acosados procuran huir del ritual y cualquier ser humano que esté cerca puede convertirse en su objetivo.

—¿Y qué le impedirá poseerme a mí? —preguntó el padre Alviero mientras el miedo atenazaba su garganta.

—No se preocupe, conozco la fórmula que le he entregado de memoria y no dejaré que eso pase.

El padre Elías se introdujo en el semicírculo creado con las figuras, situándose junto a la cama donde el fraile permanecía inerte ignorando totalmente su presencia.

—Fray Cariglia, ¿no se acuerda de mí? —preguntó, alzando con fuerza la voz intentando captar la atención del hombre tendido frente a él.

No hubo reacción a su pregunta, por lo que el sacerdote se acercó aún más al cuerpo tendido en la cama.

—¡Ezio! —exclamó de nuevo— He venido a liberarte.

El padre Alviero se sorprendió por el tono tan familiar y tierno utilizado por el anciano en esta ocasión. Se fijó en los ojos del padre Elías y comprendió que estaba profundamente conmovido. Se dio cuenta de que la amistad que unía a aquellos hombres era realmente profunda y que la resolución del padre Elías para acabar con la terrible situación en que se encontraba el fraile era absoluta.

El hombre, tendido sobre su peculiar colchón de látex, comenzó a girar lentamente, como si aquellas extrañas frases hubiesen despertado en él, el hálito de vida perdido. El padre Alviero no pudo evitar retroceder un paso al ver el terrible aspecto del religioso. Fray Cariglia se había vuelto hacia ellos y les mostraba su rostro demacrado. El pelo había desaparecido por completo

de su cabeza, sustituido por terribles cicatrices que se extendían por casi todo el rostro. La nariz era apenas un bulto de carne retorcida, situada entre unos ojos blancos de los que había desaparecido la luz de la visión. No tenía cejas y los párpados estaban desfigurados, alcanzando a penas a tapar los globos oculares, que se movían rápidamente como si buscasen con desesperación un punto donde fijar la visión perdida. Los labios tampoco se habían librado del efecto devastador del fuego, que los había reducido a tiras finas de piel que dejaban al descubierto las encías descarnadas de un color rojo sanguinolento.

Forzándose a mirar una vez más al infortunado, el padre Alviero comprobó que, por encima de la camisa de fuerza que impedía todo su movimiento, se podía adivinar una terrible cicatriz con el aspecto de un brutal fruncido que recorría toda la garganta. Sin duda, los efectos de su intento de suicidio en la biblioteca habían sido devastadores sobre el cuerpo del pobre infeliz. Le parecía realmente increíble que el religioso hubiese logrado sobrevivir a heridas tan brutales.

—¡Elías! —susurró el demacrado fraile, arrastrando las palabras como si el mero hecho de pronunciarlas le supusiese un gran esfuerzo— He visto el rostro del mal y sólo hay ya una forma de liberarme... ¡Vete y déjame antes de que sea demasiado tarde para todos!

El fraile se incorporó sobre la cama girando el cuerpo con un movimiento titubeante y nervioso. Por un momento, enfrentó su mirada vacía al rostro apesadumbrado del padre Elías, como si pudiese sentir la presencia de su amigo frente a él. De pronto, comenzó a retorcerse encima de la cama, como si una fuerza interior quemase sus entrañas. Un gemido sordo, que les pareció un terrible lamento de impotencia, surgió de su garganta mientras se enroscaba sobre sí mismo adquiriendo una postura fetal de autoprotección.

Con un gesto de la mano, el padre Elías le indicó al padre Alviero que había llegado el momento de comenzar el ritual, por lo que éste, encomendándose en silencio al Señor, se acercó hasta situarse a su lado.

—¡Enfrenta el poder de los dioses! —gritó el padre Elías con fuerza, recibiendo inmediatamente el eco en la voz del padre Alviero que empezó a repetir su plegaria—. Set te arrojará sobre la piedra. Los Desiertos te beberán. La tierra y la piedra te beberán. ¡Es esto lo que te beberá, oh demonio-samana!

— ¿Tenéis la osadía de volver a turbarme? —preguntó repentinamente el fraile, con una voz potente y teñida de odio, mientras levantaba su rostro con fiereza y se arrodillaba en su camastro hasta situarse cara a cara frente a ellos, como si sus ojos cegados hubiesen recuperado repentinamente la facultad de la visión— ¿Quiénes sois vosotros que os vestís con ropajes sagrados e invocáis las palabras de los antiguos?

—Somos Hem—Netyer. Servidores de los dioses y emisarios del poder de Isis, diosa del

firmamento; de Horus su hijo, rey de los hombres; de Anubis, guardián de la región de los muertos; de Toth, el dios del conocimiento y la sabiduría sagrada; de Sekmet, diosa de la enfermedad; y de Ra, dios supremo del Universo. Y, ¿quién eres tú, que te atreves a violar el templo sagrado del cuerpo de este hombre inocente? —respondió el padre Elías, acompañado siempre en sus palabras por el padre Alviero.

Una risa provocadora e histriónica surgió de la garganta del religioso poseído, mientras su cuerpo se arqueaba hacia delante presa de convulsiones brutales.

—¿Queréis saber quién soy? —preguntó, interrumpiendo con brusquedad su risa —Fui Hem —Netyer Tepey y primer profeta de Amón. Aprendí los secretos de la Casa de la Vida y serví durante años a los dioses guardando el Maat con el mayor de los celos. Pero mi recompensa fue la muerte y el olvido. Ahora he vuelto de la Duat, he burlado el juicio de Osiris y he vencido al propio Apofis. ¡Ya no sirvo a los dioses porque ahora yo soy un dios!

A la vez que el fraile gritaba la última frase con toda la fuerza de sus pulmones, un extraño murmullo comenzaba a surgir de las paredes, como si algo se agitase en su interior. Un resplandor verdoso comenzó a envolver el recinto, a medida que el ruido se transformaba en el claro sonido de arañazos y rasgaduras. Las paredes empezaron a abultarse en la zona donde se unían al suelo, como si extrañas criaturas estuviesen intentando abrirse paso hasta el interior de la habitación.

Ante la mirada asustada de los sacerdotes, las telas acolchadas se rasgaron por fin y una miríada de ratas irrumpió en el recinto. Se movían erráticamente, pero con un objetivo claro; los dos sacerdotes.

—No podrán atravesar el círculo de los dioses —susurró el padre Elías al aterrizado padre Alviero—. Mantenga la calma y no se separe de mí.

—Horus exorciza a nuestro enemigo, aplástale con tu poder —continuó recitando el padre Elías, sumándose a sus palabras de inmediato el padre Alviero, que se esforzó por ignorar los pequeños cuerpos que se agitaban con voracidad insaciable a su alrededor—. Él te ha escupido y tú no te pararás, permanecerás agachado. Serás débil, no serás fuerte. Serás cobarde, no serás valiente. ¡Porque eres ciego y tus ojos no ven! ¡Porque vas cabeza abajo y no levantarás tu rostro! ¡Porque retrocedes y no encuentras tu camino hacia delante! ¡Porque estás afligido y no estás feliz! ¡Porque morirás y no vivirás! ¡Estarás perdido y no serás guiado! ¡A través de estas palabras de Horus, cuya magia es efectiva!

Los roedores se agolparon alrededor del semicírculo de figuras como si una extraña barrera les impidiese avanzar. Eran tantos que sus cuerpos se amontonaban fundiéndose en lo que parecían un solo organismo fluido formado por una miríada de dientes y garras, minúsculas pero mortales.

—¡No tenéis poder sobre mí! —gritó Fray Cariglia, que se había levantado por completo

poniéndose de pie encima de la cama, y les miraba con odio a través de sus ojos ciegos pero animados con un antinatural brillo esmeralda.

—¡Dinos tu nombre o te arrojaremos a la tierra de que provienes! —exigieron con fuerza los sacerdotes, intentando ignorar las pequeñas criaturas que pugnaban por alcanzarles con ferocidad animal.

—¡No tengo nombre! —respondió el fraile—. Ramsés me lo arrebató como yo le arrebaté todo su poder y su tesoro más preciado.

—¡Este encantamiento te sacará fuera! ¡Te echará fuera! ¡Vete a la tierra, vete lejos! ¡Entonces te extinguirás!... ¡Entonces, retrocederás del cuerpo de Fray Ezio Cariglia a la tierra! —prosiguieron los sacerdotes.

El cuerpo del fraile pareció perder su fuerza y cayó de nuevo sobre la cama. Los dos sacerdotes guardaron silencio, expectantes ante lo que estaba ocurriendo. Paulatinamente el fraile volvió a incorporarse.

—Padre Alviero —susurró con un tono siseante y extrañamente calmado— No es mi nombre el que realmente estás buscando ¿verdad?

El padre Alviero miró el deformado cuerpo del fraile, sorprendido porque la entidad que lo poseía hubiese decidido fijar su atención sobre él.

—Lo que de verdad quieres saber es el nombre real de María. Quieres saber quién era su familia. Quieres encontrarles y descargar tu culpa y frustración sobre ellos, pero te estás engañando.

El padre Alviero notaba como cada palabra se clavaba en su corazón como un cuchillo. Ese extraño demonio parecía estar leyendo en su interior como en un libro abierto.

—Te estás engañando Ricardo —continuó el fraile poseído, utilizando con descaro el nombre de pila del sacerdote—. La realidad es que tú tuviste la culpa, pero, no por dejarla irse, sino por tu cobardía al no querer reconocer la verdad. La verdad de lo que sentiste aquel día cuando te pidió que te fueses con ella. La verdad de lo que sentiste por ella desde el primer día que la viste, desamparada y desvalida en la escalera de tu Iglesia. La amabas y la deseabas con todo tu corazón y tu dios te apartó de ella y la condenó. ¿Qué había de malo en amarla? ¿Por qué te lo prohibió tu dios?

—¡No le escuche! —le advirtió el padre Elías— Intenta engañarle para debilitar su Fe y su determinación.

—¿Engañar? —preguntó con cinismo el fraile, dirigiéndose ahora al anciano— El sabe que todo lo que digo es cierto. El único que esconde la verdad eres tú padre Elías ¿Te llamas

así?... ¿Aún no le has dicho quién eres en realidad y lo que de verdad esperas de él? ¡Ni siquiera le has dicho por qué le seleccionaste para tu pequeño comando religioso!

El padre Elías se dio cuenta de que, llegados a aquel punto, ya no podría sacar más información de aquel ser y que, prolongar durante más tiempo aquella situación, sólo podía traducirse en un mayor riesgo para ellos. Estaba sacando demasiada información de su interior. Si averiguaba demasiado sobre el Círculo podría utilizarlo en su contra cuando llegase el momento de su enfrentamiento definitivo. Era imprescindible expulsar a aquel ser de forma inmediata, por lo que, ignorando sus provocaciones, decidió seguir con el ritual.

—¡Conducidlo fuera, a los lejanos e invisibles Desiertos! —continuó recitando, esperando el apoyo del padre Alviero, que al principio pareció dudar, pero inmediatamente comenzó a repetir sus palabras — ¡Te hemos expulsado! ¡Aquel que está sumergido en el ka de Fray Ezio Cariglia, como uno que vuela, se detiene y se posa en lugar lejano, yo te expulso y te envío a la tierra! Te envío a la tierra con tu imagen sin nombre.

El padre Alviero sintió un repentino ahogo, justo en el mismo momento en que el cuerpo de Fray Cariglia caía inerte sobre su cama. Tuvo la sensación de que un fuerte peso oprimía su pecho mientras sus miembros comenzaban a hacerse pesados y difíciles de mover. La visión empezó a nublársele y se encontró a si mismo cayendo de rodillas incapaz de mantenerse de pie.

—¡Intente repetir conmigo la fórmula! —gritó el padre Elías sacudiéndole con fuerza— ¡Atrás, Rostro Negro! ¡Tú no has sido invocado! ¡Cuando tu poder está en mi contra, soy yo quien está en mi cuerpo!... ¡Tú eres impotente para hacerme daño!

El padre Alviero repitió la oración sumido en una bruma de confusión. Cuando hubo pronunciado la última palabra, su vista se aclaró y sintió como sus fuerzas volvían con rapidez. Al recuperar su visión por completo, pudo darse cuenta de que a su alrededor los roedores habían desaparecido sin dejar huella alguna de su existencia, como si jamás hubiesen estado allí.

—¡Gracias a Dios! —exclamó el padre Elías aliviado, mientras le ayudaba a incorporarse — Ha estado realmente cerca, pero lo hemos logrado.

—¡Gracias! —las palabras llegaron hasta ellos con suavidad, haciéndoles girarse de nuevo hacia el Fraile. Por un momento el padre Elías temió que el espíritu hubiese vuelto de nuevo a su infortunado amigo, pero de inmediato se dio cuenta de que quien le hablaba era el auténtico Fray Ezio Cariglia, liberado aparentemente de las influencias que le habían esclavizado — Se ha ido, pero es demasiado poderoso y volverá a mi pronto.

—Eso no tiene por qué ser así. Vamos a buscarle y destruirle de una vez por todas — aseguró el padre Elías, intentando animarle—. Podrás volver a ser el Franciscano malhablado y terco que recuerdo.

—Esos tiempos no volverán —se lamentó el fraile, esbozando una amarga sonrisa en su rostro destrozado—. Perdóname por hacer lo que tengo que hacer. No puedo dejar que él me utilice nunca más.

A penas terminó de pronunciar sus palabras, el fraile giró su cabeza con una violencia inusitada ante la mirada atónita de los dos sacerdotes. El cuello se fracturó de inmediato con un sonido horrible, similar al partir de una rama reseca, y el cuerpo se desplomó sobre el lecho quedando tendido de forma grotesca

El padre Elías se abalanzó sobre el desafortunado religioso, pero no pudo hacer nada; estaba muerto y en su cara se dibujaba una paz infinita. El padre Alviero se apresuró a examinar también el cuerpo, sin terminar de comprender lo que acababa de ocurrir.

—¡Se ha roto el cuello a si mismo! —exclamó incrédulo— ¡Es imposible hacer algo así!

—La desesperación es el arma más poderosa que existe —repuso el padre Elías, mientras colocaba el cuerpo sobre la cama con el cuidado que un padre utilizaría con su propio hijo.

El sacerdote no pudo evitar que lágrimas silenciosas resbalasen por sus mejillas mientras contemplaba al fraile, que en la muerte parecía haber recuperado la visión y contemplar un lugar más allá de la propia realidad; un lugar donde había encontrado por fin la libertad que durante tanto tiempo le había sido cruelmente arrebatada. Con ternura, bajó sus párpados y cruzó sus brazos sobre el pecho mientras rezaba en silencio. El padre Alviero se colocó a su lado, haciendo un esfuerzo por sobreponerse a la profunda impresión que sentía, y comenzó a rezar junto a él, implorando por el alma de aquel hombre desgraciado que yacía inerte frente a ellos.

—Después le administraremos la unción de los enfermos y rezaremos por su alma, ahora hemos de concluir el ritual —exclamó el padre Elías, sorprendiendo al padre Alviero por la repentina dureza de su voz—. ¡Ya no podemos hacer nada por él!

—Pensaba que habíamos concluido. El espíritu se ha marchado y todo parece haber vuelto a la normalidad.

—Sólo lo hemos retrasado por un tiempo. La entidad está momentáneamente atrapada, pero se liberará muy pronto y buscará nuevas víctimas que esclavizar.

—¿Atrapada? —preguntó el padre Alviero sin comprender a que se refería el anciano.

El padre Elías se agachó, con una rapidez que desmentía su aparente edad avanzada, recogiendo del suelo una de las figuras de arcilla que había colocado en forma de semicírculo. Se trataba de la imagen de barro rojo del Nilo que representaba al espíritu maligno al que intentaban exorcizar.

El padre Alviero se dio cuenta con espanto de que había algo distinto en la figura; en el

lugar donde el rostro debía aparecer borrado, tal y como la confeccionase el escultor, aparecían ahora unos rasgos toscamente cincelados. Unos rasgos que, con sólo unas líneas groseras, representaban un ser de ferocidad insultante y repulsiva. Sin embargo, lo que más asustó al religioso fue la sonrisa insolente y cruel con la que la pequeña figura parecía burlarse de ellos.

—El espíritu esta aquí encadenado, en la misma tierra que le vio nacer —explicó el padre Elías, mientras miraba fijamente la imagen de barro, como si quisiese demostrarse a sí mismo que no temía a aquella extraña entidad—. Debemos enterrar la imagen en suelo sagrado. De esa forma le impediremos volver a este lugar durante un tiempo. Esperemos que eso le retrase lo suficiente para permitirnos preparar nuestro enfrentamiento con él.

—Pero, ... ¡Estamos igual que cuando llegamos aquí! — protestó el padre Alviero alarmado por la aparente precipitación del anciano—. Ni siquiera hemos conseguido que nos diga su nombre. No sabemos prácticamente nada de ese demonio.

—Todo lo contrario, padre —le corrigió el sacerdote—. Nos ha dado mucha información y tengo una idea bastante clara de a qué nos enfrentamos. Le prometo que le vamos a encontrar y le haremos sentir el poder del único Dios verdadero.

El padre Alviero tuvo la impresión de que, en realidad, el padre Elías no le estaba haciendo aquella promesa a él, sino al pobre Cariglia cuyo cuerpo exánime yacía a su lado. Al joven sacerdote le hubiese gustado poder compartir la seguridad que el anciano se esforzaba en transmitir, pero la verdad era que algo le decía que aquella entidad, que parecía reírse de ellos desde aquel pervertido icono de barro, no se sentía en absoluto amenazada por ellos y que, si les había dado alguna información, había sido únicamente para servir a sus propios intereses. Todo su ser le gritaba que les estaba preparando una complicada trampa, cuyo sentido y finalidad se le escapaban, y en la que estaban a punto de caer.

4

Cuando Eric les dijo que prefería no acompañarles en su búsqueda de la mujer de Andreas Kaminis, Adrian se quedó muy sorprendido y algo preocupado. No era propio de él dejarles solos en un momento tan delicado. La extraña vaguedad de las excusas que había utilizado, «tengo algo importante que solucionar», le hicieron sospechar que la su amigo estaba empezando a asustarse ante lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, decidió que no era asunto suyo cuestionarle ya que, al fin y al cabo, sólo estaba allí por amistad y no tenía obligación alguna de acompañarles.

—No te parece que Eric está muy extraño —observó Zulema, como si fuese capaz de adivinar lo que Adrian estaba pensando—. En todo lo viaje no ha parado de dar vueltas al periódico en que venía la muerte del Dr. Wallace.

Adrian observó a su hermanastra mientras untaba mermelada sobre una pequeña tostada demasiado hecha. La preocupación había dado a su rostro una seriedad que no le era habitual, pero que contribuía a resaltar la belleza de sus delicados rasgos.

—¿Quién no lo estaría en su lugar? —repuso Adrian, intentando concentrarse en beber el zumo de naranja de su desayuno, a pesar de que su apetito no parecía muy despierto todavía— Es posible que se esté empezando a dar cuenta del tremendo lío en que os he metido a los dos. Deberíais coger las maletas y volveros a casa.

Zulema levantó la vista de su tostada, dando su trabajo de untado de precisión por terminado. La superficie de la mermelada estaba tan absolutamente lisa que parecía casi una capa de gelatina cuajada. Adrian se maravilló de la obsesión perfeccionista que ella siempre había demostrado. Por un instante, recordó a la joven adolescente que se pasaba horas repitiendo una y otra vez su caligrafía hasta conseguir hacerla virtualmente perfecta, cuando aún no conocía ni el idioma en que intentaba escribir.

—Siempre te empeñas en cargarte con los pecados del mundo —le reprochó ella con vehemencia—. No nos has metido en nada. Eric y yo estamos aquí porque así lo hemos elegido, exactamente igual que tú.

La muchacha mordió con delicadeza su tostada, destrozando así el perfecto trabajo realizado, mientras Adrian terminaba de apurar su vaso de zumo, haciendo un esfuerzo por apartar su mirada de los labios de Zulema

—¿Te has parado a pensar que también yo podría decir lo mismo? —continuó ella— Después de todo, si yo no te hubiese enseñado el diario de mamá nunca hubiese pasado nada de todo esto.

—Es posible que lleves razón, pero no puedo dejar de pensar que, si os pasase algo por mi culpa, no podría perdonármelo nunca —insistió Adrian.

—¡Demonios! ¡Entiende de una vez que, si nos pasa algo, no será por tu culpa! —Zulema golpeó la mesa con indignación, lo que provocó que dejase caer lo que quedaba de su tostada sobre la mesa, salpicándose el vestido con la mermelada. Adrian no pudo reprimir una carcajada mientras contemplaba a su hermana luchando desesperadamente con su pegajoso desayuno.

—¡Siempre logras sacarme de quicio! —añadió ella con enfado fingido, sin poder evitar comenzar contagiarse de la risa del muchacho.

Adrian, aún sonriendo, intentó ayudar a Zulema a quitarse los restos de la mermelada del vestido. Cogió una servilleta de papel y comenzó a limpiar el líquido que manchaban el delicado encaje blanco de la tela. No pudo evitar fijarse en como la perfecta piel morena de la muchacha

resaltaba sobre su vestido blanco, dándole el aspecto de una antigua deidad de bronce. Al colocarse a sólo unos centímetros de su rostro, Zulema se le quedó mirando fijamente. El aire pareció suspenderse por un instante y Adrian pensó en dejarse llevar por la marea de aquellos hermosos ojos verdes. Quería con todo su ser verse arrastrado a la calidez de sus labios carmesí y sumergirse en la promesa de un paraíso prohibido.

Con un esfuerzo de voluntad, se obligó a apartar la mirada de la muchacha entregándole la servilleta para que ella misma se limpiase.

—¿Qué te pasa? —preguntó Zulema, confundida por la brusquedad con que Adrian se había apartado y su repentina seriedad.

—Nada, es sólo que estoy impaciente por hablar con a esa mujer —se excusó Adrian con poca convicción—. Se nos está haciendo tarde y no quiero que el taxista vaya a irse sin nosotros pensando que hemos desistido.

—Tienes razón —reconoció Zulema, mirando su reloj—. Ya son casi las diez.

Los dos jóvenes abandonaron la mesa, dirigiéndose hacia la salida del hotel, donde un impaciente taxista les esperaba con una amplia sonrisa dibujada en el rostro.

5

—Sigo sin entender muy bien qué es lo que ha pasado en esa celda —confesó el padre Alviero.

El sacerdote se movía nervioso paseando de un lado a otro de la biblioteca, demasiado inquieto para permanecer junto al padre Elías que, sentado junto a una moderna mesa de cristal, parecía haber recuperado su estoicismo habitual mientras consultaba algunos libros con aspecto de tener siglos de antigüedad.

Tras una noche, en que el insomnio había vuelto a aparecer gracias a las terribles pesadillas que le produjeron lo ocurrido el día anterior en la celda de Fray Cariglia, el padre Elías le había citado en la Biblioteca del monasterio.

En otras circunstancias, el padre Alviero hubiera disfrutado enormemente de aquella visita. En aquel lugar estaba la segunda colección más importante del mundo de códices y manuscritos. A su alrededor se encontraban casi cuatro mil volúmenes de incalculable valor, escritos en griego, copto, árabe, armenio, hebreo, georgiano, siríaco y otro sin fin de lenguas, la mayoría muertas. Los libros se agolpaban, perfectamente conservados, en modernos estantes, completando una colección sólo superada por la Biblioteca Vaticana. Sin embargo, el padre Alviero no se sentía con la energía ni la tranquilidad necesaria para examinar aquel tesoro cultural

con la atención que merecía.

—Un pobre hombre se ha suicidado delante de nosotros sin que pudiésemos hacer nada y lo ha hecho de una forma imposible —exclamó, dirigiéndose al padre Elías y elevando involuntariamente el tono de voz—. ¡Y usted dice que hemos atrapado transitoriamente a ese espíritu en una figura de barro que hemos enterrado bajo una zarza!

—No bajo una zarza cualquiera —le interrumpió el padre Elías, sin levantar su mirada del volumen que examinaba con atención—. Es la zarza ardiente en cuya forma Dios se apareció a Moisés.

—¿De verdad cree eso? —preguntó el padre Alviero escéptico—. Muchos historiadores ponen en duda incluso que éste lugar sea el mismo Monte Sinaí que nombra la Biblia. ¿Cómo podemos estar seguros de que esa zarza es auténtica y de que tendrá, por tanto, poder para retener a ese monstruo?

—Tenga por seguro que tiene ese poder —repuso el anciano, apartándose por fin de su lectura—. Durante más de mil setecientos años, miles de hombres han visitado este lugar y adorado esa zarza depositando en ella su Fe. Eso la convierte en un objeto sagrado cargado con el poder del Espíritu.

—¿Quiere decir que la realidad histórica no importa?

—Debería preguntarse primero a qué llamamos realidad. No es un concepto tan absoluto como usted parece creer. Lo que ayer era fantasía hoy es realidad y lo que hoy es fantasía mañana bien puede ser una realidad innegable.

—No estoy de humor para hacer filosofía —repuso el padre Alviero, contrariado por las continuas ambigüedades del anciano—. Creo que la muerte de Fray Cariglia ha sido algo bastante real y no una fantasía.

—¡Usted piensa que está muerto, pero yo creo que hoy está más vivo de lo que lo estaba ayer! —respondió el padre Elías, mientras se quitaba las pequeñas gafas de montura dorada con las que se ayudaba en la lectura, para mirarle con dureza directamente a los ojos— ¡La diferencia entre su visión y la mía es la Fe!

El padre Alviero recibió las palabras del sacerdote como una bofetada. Se dio cuenta, avergonzado, de que había dejado que el miedo se apoderase de él, hiriendo los sentimientos del sacerdote. Estaba claro que la muerte del franciscano había afectado al anciano mucho más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

—Lo siento — se disculpó con humildad—. Tiene razón, estoy tan asustado que hasta dudo de mi propia Fe. Quizá no sea el hombre adecuado para ayudarle.

—Todo lo contrario —repuso el padre Elías, levantándose y cogiendo al abatido sacerdote por los hombros con suavidad—. Si no tuviese miedo es cuando no sería adecuado. El miedo es una herramienta que debe utilizar porque le mantendrá alerta y desconfiando. Yo también estoy aterrado, pero no dejaré que ese demonio venza mi voluntad ni mi Fe.

—Gracias padre. Intentaré hacerlo lo mejor que pueda —aseguró el padre Alviero, agradeciendo profundamente la confianza que el sacerdote depositaba sobre él.

—¿Sabe por qué Dios escogió la forma de una zarza ardiente para presentarse ante Moisés?

—Lo cierto es que no lo sé —confesó el padre Alviero, sorprendido por el repentino cambio de tema del anciano.

—Se han buscado todo tipo de explicaciones, pero yo prefiero la que ofrecen algunos reputados rabinos. Ellos piensan que la zarza ardiente es un símbolo que hace alusión al tiempo que estaba por llegar, en que los judíos pasarían por terribles dificultades. De esta forma, Dios le mostraba a su pueblo que, por ardientes que iban a ser sus dificultades, nunca les consumirán porque el espíritu del Señor estaría siempre con ellos —explicó el padre Elías—. De igual manera, a nosotros nos tocará pasar por nuestras propias dificultades, pero, por insuperables que nos parezcan, no nos van a consumir porque contamos con nuestra Fe en Dios.

El padre Alviero comenzó a sentirse mejor. La angustia que le acompañaba desde el exorcismo de Fray Cariglia empezó a aliviarse, gracias a la confianza que el padre Elías le transmitía con sus palabras.

—¿Es cierto qué ha conseguido información importante de esa entidad? —preguntó el joven religioso, esforzándose en dejar de lado sus inseguridades, mientras se sentaba en una silla junto al anciano dispuesto a ayudarlo en su investigación.

—Nos ha dado datos muy interesantes, ahora hay que separar el polvo de la paja —repuso el padre Elías, acoplándose de nuevo las pequeñas gafas doradas, satisfecho de que su pupilo hubiese recuperado la calma y se mostrase dispuesto a ayudar—. Puede que consigamos identificar su identidad mortal.

—¿Cómo?... Cuando le preguntamos su nombre no respondió. ¡Llegó a decir que era un Dios! —exclamó el padre Alviero— Una auténtica blasfemia y una demostración increíble de arrogancia y soberbia.

—También fue una terrible advertencia —apuntó el padre Elías—. Me temo que su afirmación tenía cierto fundamento. Pude sentir que creía realmente lo que decía.

—¿Se cree Dios?

—Si, como parece, se trata de un hombre que ha vuelto de la muerte capaz de poseer a voluntad a otros, no es extraño que lo crea —contestó el sacerdote—. Sin embargo, tengo la impresión de que en realidad estaba expresando un deseo. Tengo el convencimiento de que aspira a convertirse en un Dios y para ello está utilizando el poder de la Fuente.

—¿Y de qué nos sirve saber eso? Ya lo sospechábamos desde el principio — repuso el padre Alviero, impaciente al ver que aquello no les llevaba a ningún lado.

—No es lo único que sabemos —le interrumpió el padre Elías—. Cuando poseía a Fray Cariglia dijo algunas cosas más realmente interesantes.

El anciano buscó un papel arrugado, que se encontraba oculto entre los volúmenes manuscritos esparcidos encima de la mesa, y se lo mostró al padre Alviero, que lo recogió de sus manos con expectación.

—Lo escribí nada más terminar la ceremonia. Espero no haberme equivocado, pero cuento con su excelente memoria para decirme si he escrito las palabras adecuadas.

—¿Por qué no grabó lo ocurrido? —preguntó el padre Alviero extrañado, ya que llevar una grabadora durante los exorcismos era una norma de funcionamiento habitual.

—Lo hice —aseguró el sacerdote, sacando del bolsillo de su chaqueta una moderna grabadora digital, tan pequeña que hubiese podido pasar por un simple llavero—. Siempre la llevo encima pero no registró nada más que ruido. Me temo que nuestro amigo no quería ser grabado.

El padre Alviero, resignado, leyó el papel manuscrito con cuidado. Con una caligrafía minuciosa, pero un tanto difícil de leer, el sacerdote había escrito una pequeña lista de expresiones:

Hem—Netyer Tepy.

Primer profeta de Amón.

Casa de la Vida.

Maat.

Duat.

—Recuerdo estas palabras —confirmó el padre Alviero, tras examinar el listado—. Aunque no soy un experto en historia egipcia, reconozco algunos términos y no sé hasta qué punto pueden ayudarnos a averiguar la identidad concreta de la entidad. Durante la ceremonia no me pareció más que vaga terminología egipcia, muy generalista y poco concreta.

—Si se acuerda del ritual, nosotros nos presentamos como Hem—Netyer, que puede

traducirse por «Sirvientes de Dios» y viene a ser el equivalente a sacerdotes —comenzó a explicar el padre Elías—. Sin embargo, la «entidad», llamémosle así de momento, se presentó como Hem—Netyer Tepy. Específicamente, se definió como el Primer Hem—Netyer, es decir, el Sumo Sacerdote o Sacerdotisa. Además, nos dio un dato que concretaba aún más: «Primer Profeta de Amón».

—¿Y a que se refería al nombrar el Maat? —preguntó el padre Alviero vivamente interesado.

—El Maat es el equivalente egipcio al areté griego. Viene a representar el equilibrio universal cuya armonía es preciso conservar. Podría incluso compararse con la virtud cristiana. Los sacerdotes egipcios estaban encargados de mantener el compromiso de la humanidad con lo divino y preservar así al Maat.

—Se estaba refiriendo entonces a sus funciones como sumo sacerdote egipcio —exclamó el padre Alviero, comprendiendo a dónde quería ir a parar el padre Elías.

—Exactamente —confirmó el sacerdote—. Pero lo inquietante es su mención de la Duat. Llegó a decir literalmente que «había vuelto de la Duat». Eso confirma todas nuestras sospechas. La Duat es el inframundo, el lugar donde se realizaba el juicio de Osiris, luego nos estaba diciendo que es un hombre que ha vuelto de la muerte.

—Podría estar mintiendo. Puede tratarse de algún brujo vivo que esté inventando todo esto para engañarnos, mientras aprende a utilizar el poder de la Fuente.

—No lo creo —repuso el padre Elías—. Puedo sentir que se trata de un espíritu descarnado que ha vuelto al mundo de los vivos y no de un auténtico ser viviente.

A pesar de las dudas que expresaba, el padre Alviero sabía que el sacerdote tenía razón. No sólo porque confiaba en las capacidades del anciano, legendarias en el seno de la Iglesia, sino porque en el fondo él también presentía que no se enfrentaban a un simple ser humano.

—Entonces, ... ¡Seguimos como al principio; sin saber de quién se trata! —exclamó el padre Alviero frustrado por la vaguedad de lo averiguado.

—No se impaciente, queda un dato muy importante —le interrumpió el padre Elías, sonriendo y logrando despertar de nuevo la expectación del joven sacerdote—. No he necesitado apuntarlo porque en el momento que lo dijo se quedó grabado en mi memoria. Supe al instante que era lo que estábamos esperando. ¿Se acuerda de lo que contestó cuando insistí en preguntarle su nombre?

El padre Alviero intentó recordar las palabras del pobre Fray Cariglia. A su mente acudió su aspecto demacrado y deforme, mientras respondía sus preguntas de forma orgullosa y llena de

soberbia, como una deteriorada marioneta movida por crueles manos invisibles.

—¡Ahora lo recuerdo! —exclamó al darse cuenta de a qué se estaba refiriendo el padre Elías— Nombró a un Faraón, a Ramsés.

—¡Exacto! —repuso el padre Elías, palmeándole la espalda con satisfacción.

— ¡Lo tenemos! —felicito el padre Alviero exultante, comprendiendo por fin el razonamiento del anciano— Si sabemos el Faraón bajo el que sirvió y que era Sumo Sacerdote de Amón, no será muy difícil identificarle.

—¡Ojalá fuese tan sencillo! —suspiró el padre Elías, lamentando tener que volver a arrebatarse a su pupilo el entusiasmo recién recuperado— Desgraciadamente, Ramsés significa engendrado por Ra y es el nombre genérico de varios faraones.

—¿De cuántos exactamente?

El padre Elías escogió uno de los volúmenes abiertos sobre la mesa y comenzó a leer con resignación.

—Según parece, tenemos a Menpehtyra—Ramsés, Ramsés I, de la dinastía XIX; a Usermaatra—Ramsés, Ramsés II de la dinastía XIX y de Ramsés III a Ramsés XI de la dinastía XX. En total once candidatos.

El padre Alviero paseó sus ojos con nerviosismo por la página abierta del volumen en la que se hacía una revisión completa de los Faraones de Egipto conocidos. Le parecía increíble estar tan cerca y que la solución al dilema se le fuese a escapar entre los dedos. Haciendo un esfuerzo mental, intentó recordar la ceremonia buscando algún dato más que pudiese ser de ayuda. Miró al padre Elías y creyó percibir en su mirada un cierto brillo de expectación, como si supiese algo que esperaba que él fuese capaz de descubrir por sí mismo. Entonces lo que estaba buscando apareció en su memoria con toda claridad, lo que le hizo ser consciente de hasta qué punto, dejarse llevar por la desesperación y el temor, podía ofuscar su mente. En condiciones normales nunca se le hubiese pasado un dato así.

—Recuerdo que la entidad dijo que había arrebatado su poder al Faraón y su tesoro más preciado —apuntó el padre Alviero con seguridad—, Es posible que eso pueda ayudarnos a identificarlo. Hay que buscar a un Faraón llamado Ramsés que se enfrentase con el Sumo Sacerdote de Amón.

—Me alegra que empiece a utilizar su excelente memoria y su mente analítica —le felicitó el padre Elías con satisfacción, al ver como el joven sacerdote empezaba a hojear con interés los libros esparcidos sobre su mesa, que sólo un rato antes mirase con displicencia—. No será fácil, pero tenemos pistas suficientes para empezar a investigar y eso es lo que ahora tenemos que hacer.

—¿Se da cuenta, padre, de que puede que en esa frase haya algo aún más importante que la identidad de nuestro enemigo? —añadió repentinamente el padre Alviero, levantando su mirada de los volúmenes manuscritos, para mirar al padre Elías con los ojos de quién empieza a vislumbrar la verdad oculta tras las sombras.

—¿Qué quiere decir? — preguntó el padre Elías, al que la reflexión del joven sacerdote le sorprendió profundamente, ya que creía haber examinado todos los datos con precisión.

—¿No se ha preguntado a qué se refería la «entidad» cuando dijo que había robado al Faraón su tesoro máspreciado?

—Podría referirse a cualquier cosa, desde su concubina más hermosa a algún tesoro real y concreto —repuso el padre Elías, sin comprender muy bien a dónde quería llegar el sacerdote.

—No puede tratarse de un objeto ordinario. La entidad dijo que el Faraón le había robado su nombre como represalia.

—Lo que significa que el delito cometido debió ser gravísimo —apuntó el padre Elías, reflexionando en voz alta e intentando seguir el razonamiento del padre Alviero—. Para los egipcios el nombre de una persona se recibía al nacer y se iba modificando durante la vida según los méritos y títulos que se fuesen ganando. Lo denominaban Ren y para ellos era algo real y con una gran carga espiritual. Para un egipcio, si su nombre caía en el olvido se moría en el Inframundo. Era la muerte del alma, la condena a no poder volver a vivir en el mundo de los dioses.

— Por eso precisamente es tan importante averiguar el nombre humano del espíritu al que nos enfrentamos, porque eso nos dará poder real sobre él —confirmó el padre Alviero—. Todo esto indica que no se trató de un delito corriente. Que yo recuerde, el castigo de eliminar el nombre sólo se aplicó a Akenatón, después de que intentase cambiar el culto oficial del Imperio Egipcio. Además, la entidad, no sólo dijo que había robado el tesoro del Faraón, sino que presumió de haberle arrebatado su poder. Estamos pues, ante el robo de algo increíblemente valioso capaz de dar al Faraón su poder.

—¡La Fuente! —exclamó padre Elías, asombrado de que se le hubiese podido escapar algo tan importante. Sólo la satisfacción interna que sintió, al comprobar que su elección del padre Alviero para el Círculo había sido completamente acertada, le aliviaba el sentimiento de que sus facultades no estaban tan afinadas como el mismo creía. Por un momento pensó que la edad podía estar haciendo mella en sus habilidades más rápidamente de lo que creía, pero desechó inmediatamente sus pensamientos por ser una fuente inútil de inseguridad que no podía permitirse.

—¡Exactamente!, tiene que tratarse de la Fuente. Aunque no sabemos de qué se trata, sí

conocemos su terrible poder como «fuente del mal», de ahí el nombre que le ha dado la Iglesia — empezó a explicar el padre Alviero exultante, tomando el lugar del maestro y dejando al padre Elías el papel de alumno orgulloso de su antiguo pupilo—. Existen muchos estudios en la Iglesia que relacionan el origen de la Fuente con antiguas leyendas egipcias y que la identifican con alguna clase de objeto sagrado vinculado a las deidades del Antiguo Egipto. Creo que es el momento de que revisemos esas leyendas y busquemos una relación con un Faraón llamado Ramsés. Puede que encontremos, no sólo el nombre del espíritu que intenta controlar su poder, sino que consigamos identificar, de una vez por todas, qué es exactamente la Fuente.

CAPITULO 5

LA JUSTICIA

1

Eric volvió mucho más pronto de lo que esperaba al hotel. En apenas una hora había logrado completar con éxito la operación. Se encontraba satisfecho y aliviado al saber que cuando fuesen a El Cairo todo estaría preparado. Subió relajado por las escaleras del hotel hasta la segunda planta, donde la noche anterior habían reservado tres habitaciones individuales. Él se había quedado la del final del pasillo, mientras que las dos anteriores se las repartieron los hermanos Cavendish. Cuando Eric se acercaba a su habitación, se dio cuenta de que la puerta de la habitación de Zulema estaba ligeramente entreabierta. Al principio pensó que podía tratarse del personal de limpieza, pero algo en su interior le advirtió de que no era así.

Se acercó con desconfianza escuchando con atención. No se percibía sonido alguno, por lo que decidió entrar. La estancia era un caos. La cama estaba completamente desvencijada; las sábanas estaban en el suelo revueltas y el colchón había sido arrojado a un lado, como si alguien hubiese estado buscado algo bajo él. Los cajones de las mesillas habían sido arrancados y tirados, tras vaciar todo su contenido por el suelo. El armario había sido abierto y el equipaje de Zulema desparramado por toda la habitación con auténtica saña.

Eric se sintió impresionado por el nivel de violencia y desprecio que se desprendía del modo en que se había registrado la habitación. Prácticamente no había rincón de la estancia que se hubiese librado de una destrucción indiscriminada. Incluso la lámpara del techo había sido arrancada y se encontraba destrozada en un rincón.

Eric, asustado, decidió llamar a la dirección del hotel para denunciar lo ocurrido. Fue justo al volverse hacia la puerta para abandonar la habitación, cuando percibió que algo se movía tras él. No le dio tiempo a girarse. Unas manos le agarraron por la espalda, elevándole como si se tratase de un muñeco. Sin poderlo evitar, se vio arrojado contra el duro somier de la cama, cuya madera aguantó su peso con dificultad, clavándose en su cuerpo de forma dolorosa.

El desconocido atacante se arrojó sobre él. Notó como se sentaba a horcajadas sobre su espalda, agarrándole del cuello con fuerza suficiente para partirle la columna. En un instante se encontró completamente inmovilizado, boca abajo sobre la cama desnuda, sin ni siquiera haber visto el rostro de su atacante.

—Un solo movimiento y te partiré el cuello como una rama seca.

El desconocido le susurró su amenaza al oído, arrastrando las palabras como si surgiesen de su interior con dificultad. Eric intentó contestarle pero la presión sobre su garganta era excesiva, dejándole apenas respirar.

—No intentes hablar —le advirtió el atacante, percibiendo sus intentos de vocalizar.

A pesar del tono apagado de la voz, Eric reconoció de inmediato a Robert Wallace, el hombre que había atacado a Adrian y Zulema y que con toda probabilidad había asesinado a su propio padre en Londres.

—No debiste entrar en la habitación, no puedo permitir que tus amigos sepan que he estado aquí —continuó—. Estoy tentado de acabar con tu vida, sería tan fácil como arrancar las alas a una mariposa. Sin embargo, voy a ofrecerte una posibilidad de seguir con vida. Quiero que los Cavendish continúen su absurda búsqueda y tú te vas a asegurar de que lo hagan. Sé que Adrian confía en tu juicio más que en el suyo propio, así que te encargarás de que, pase lo que pase, vayan a El Cairo. ¿Me has entendido?

La presa de Wallace disminuyó lo suficiente para dejar contestar a Eric, que consiguió susurrar un «sí» ahogado.

—No me defraudes. Hace mucho tiempo confié en alguien como tú y me costó muy caro —Wallace apretó de nuevo con fuerza la garganta de Eric, haciéndole perder el aliento durante unos interminables segundos, para a continuación relajar la presión permitiéndole respirar nuevamente—. No volveré a cometer el mismo error. Si los Cavendish abandonan su búsqueda, te espera una agonía infinita que no puedes ni concebir.

Eric percibió que la presa de Wallace empezaba a disminuir su presión. Parecía dispuesto a soltarle convencido, probablemente, de que estaba demasiado asustado para intentar nada. Se equivocaba. Eric había sufrido la impotencia de ver morir a sus padres cuando apenas era un niño y eso le había dejado como legado un desprecio total a la muerte. Sabía que ésta se presentaba de forma caprichosa e inevitable y no estaba dispuesto a dejar que nadie la utilizase para reducirle de nuevo a la impotencia.

Reuniendo todo su valor, el muchacho movió violentamente su cabeza hacia atrás, golpeando el rostro de Wallace con toda la fuerza y rabia de que fue capaz. Éste, tomado por sorpresa, soltó a Eric cayendo hacia un lado presa del dolor.

Eric no perdió el tiempo, recordando dónde había visto la lámpara caída de la habitación, se lanzó hacia ella con rapidez y agilidad felina. Wallace reaccionó de inmediato levantándose y arrojándose tras él, gruñendo de rabia como una fiera salvaje, mientras por su rostro fluían regueros de sangre caliente. Sin embargo, aprovechando la excelente forma física que el entrenamiento como remero en las regatas de Cambridge le había dado, Eric logró alcanzar su

objetivo antes de que Wallace pudiese atraparlo de nuevo.

La lámpara era de una aleación de bronce pulido y macizo por lo que, cuando Eric la utilizó para golpear con violencia el rostro de Robert Wallace, su efecto fue dramático. Alcanzado en la sien por el pesado objeto, el hombre se desplomó sobre el suelo como si hubiese sido fulminado por un rayo. De sus oídos empezó a manar la sangre en abundancia, mientras su cuerpo se convulsionaba entre estertores. Wallace se fue quedando inmóvil a medida que un charco de sangre se formaba alrededor de su cabeza.

Eric se agachó sobre el cuerpo, pero sólo pudo confirmar lo que ya sospechaba; estaba muerto. Acaba de matar a un hombre. Su estómago empezó a convulsionarse y pronto se vio vomitando el desayuno sobre el suelo de la habitación. Mareado y completamente confuso por lo ocurrido, no notó como la puerta de la habitación se abría de nuevo.

—¿Qué ha pasado? —exclamó una voz femenina desde el extremo de la habitación.

Eric se giró para ver a una de las mujeres encargadas de la limpieza, de aspecto envejecido y algo encorvada, mirándole fijamente desde el quicio de la puerta.

—He matado a un hombre —respondió de forma automática Eric, conmocionado y sin saber muy bien lo que estaba diciendo.

—Eso no está bien ¿no cree? —respondió la mujer, esbozando una enigmática sonrisa en su rostro redondeado y poblado de arrugas— Fíjese como ha dejado la habitación, ahora tendré que limpiar todo esto.

Eric pensó que estaba perdiendo la cabeza. Estaba agachado al lado de un cadáver empapado de sangre y aquella mujer se comportaba como si acabase de derramar un vaso de leche sobre la alfombra.

—¿Es que no se da cuenta de lo que acabo de decirle? ¡Por el amor de Dios!... ¡He matado a un hombre! —gritó con desesperación, mientras nubes de confusión invadían su consciencia.

—Le das demasiada importancia —respondió la mujer, haciendo que Eric se estremeciese de terror, pues la voz ya no correspondía a la de la mujer de mediana edad que tenía frente a él, sino que había adquirido el mismo tono susurrante con que le amenazase Robert Wallace—. A fin de cuentas, la muerte no es algo tan definitivo.

Eric se sintió paralizado, incapaz de reaccionar mientras la mujer se acercaba hacia él con andar pausado. Sus brazos parecían pesados como el plomo y sus piernas se negaban a responder, a pesar de que todo su ser gritaba por salir corriendo de aquel lugar.

Cuando la mujer llegó a su altura se limitó a acercarse a su rostro hasta casi tocarle con sus labios.

—Recuérdalo bien, nubio. Si no me los entregas en El Cairo, serás el primero en descubrir que hay cosas peores que la muerte —le susurró.

En las pupilas, extremadamente dilatadas de la mujer, Eric percibió un brillo esmeralda antinatural y repulsivo, como si algo salvaje y feroz estuviese agazapado tras ellos, dispuesto a saltar sobre él y devorarlo. Aquellos ojos verdosos fue lo último que Eric pudo percibir antes de que la negrura se apoderase de él, dejando que su desesperada y aterrorizada mente alcanzase la calma y el olvido que ansiaba.

2

El taxista se llamaba Theodoros y resultó ser una fuente de recursos inagotable. Según les contó, la mujer de Andreas Kaminis ya no vivía en la dirección que les diese el profesor Wallace. Hastiada del acoso de los medios de comunicación tras la desaparición de su marido, había decidido mudarse. Los excelentes contactos del taxista le permitieron localizar con rapidez su nueva residencia. Afortunadamente, la mujer no había abandonado la ciudad, sino que se había limitado a trasladarse a una zona residencial situada en los suburbios de Atenas.

Adrian miró a Zulema aliviado, mientras el taxista les daba las buenas noticias. El hombre se pavoneaba satisfecho de sí mismo, mientras les anunciaba que en menos de dos horas les llevaría frente a la casa de la mujer que buscaban.

Tuvieron que cruzar casi toda la ciudad de lado a lado, acompañados del lenguaraz e inagotable conductor, que no paró de relatarles las mil y una anécdotas de su profesión durante todo el trayecto. Soportaron con estoicismo la charla ya que, a fin de cuentas, Theodoros se había ganado de sobra su atención.

Cuando llegaron a su destino, se encontraron ante un pequeño pueblo de aspecto moderno, en el que hileras de casas de un blanco inmaculado parecían proyectarse hasta el infinito.

—Es la última casa de la derecha —les indicó el taxista mientras se bajaban del automóvil—. Tomaré algo en aquella cantina y les esperaré hasta que terminen.

Cuando estuvieron frente a la casa, comprobaron que se trataba de un chalet moderno construido en un blanco inmaculado que se integraba perfectamente en el peculiar estilo arquitectónico de la villa. Un gran jardín enrejado rodeaba el edificio. Se acercaron con expectación a la puerta de hierro forjado y pulsaron el timbre de llamada, mientras una pequeña cámara observaba sus movimientos.

Tras unos segundos de espera, en que ambos temieron que la señora Kaminis no estuviese, una mujer de mediana edad cruzó la puerta madera de la casa dirigiéndose hacia ellos. Era alta y

mostraba un porte elegante y sofisticado. Su pelo era de un rubio muy claro, casi blanco, y sus ojos de un azul cristalino. Adrian no pudo evitar pensar en lo bella que debía haber sido sólo unos años atrás ya que, bien entrada en los cincuenta, seguía siendo realmente atractiva.

Zulema dedicó a Adrian una sonrisa burlona al comprobar el ensimismamiento con el que el joven observaba a la mujer.

—Mi nombre es Zulema Cavendish y él es Adrian, mi hermano. Nos gustaría hablar con la señora Kaminis —se presentó Zulema, cruzando los dedos para que entendiese el inglés ya que, si sólo hablaba griego, aquella conversación se convertiría en algo realmente complicado.

—Cavendish —susurró pensativa la mujer, mientras les observaba de arriba abajo como si les estuviese evaluando—. ¿Tenéis algo que ver con Sir William Cavendish?

— Era nuestro padre —respondió Adrian, aliviado al comprobar que la mujer hablaba perfectamente en inglés, pero un tanto incómodo al ver que no se decidía a abrir la puerta de hierro forjado—. Es de él de quién nos gustaría hablarle a la señora Kaminis.

—No me llaméis así —repuso ella sonriendo por primera vez y confirmando así que era la mujer que buscaban—. Ya nadie me llama por mi nombre de casada. Llamadme simplemente Melina.

La mujer sacó un manojito de llaves de un bolsillo de su falda y les abrió por fin la puerta de entrada al jardín. Siguió un pequeño camino de piedra, flanqueado por un jardín poblado de flores de todas las clases y colores, hasta llegar a la entrada a la casa.

— Si queréis podemos charlar aquí, hace un día espléndido —les ofreció la mujer, indicándoles una mesa de madera rodeada de sillas dispuesta en el hall—. ¿Os apetece un café bien fresquito?

Adrian y Zulema asintieron, un tanto sorprendidos por la repentina y extrema amabilidad de la mujer.

—Parece muy agradable —comentó Adrian, aprovechando que su anfitriona había desaparecido por la puerta de la casa.

—¡Y guapa! —observó Zulema divertida, al ver el ligero enrojecimiento de las mejillas de Adrian, que siempre había sido extremadamente tímido con el sexo opuesto—. No parecía muy sorprendida de vernos.

—Es cierto... Casi parece como si nos hubiese estado esperando.

No pudieron seguir con sus reflexiones, ya que Melina Kaminis apareció por la puerta portando una bandeja con tres vasos alargados de café repletos de espuma hasta el borde.

—Es café frappé, está hecho con café batido con hielo, azúcar y leche concentrada. Espero

que os guste —explicó la mujer, mientras servía las bebidas y se sentaba junto a ellos—. Vosotros diréis.

—Supongo que sabe lo que le ocurrió a mi padre —le preguntó Adrian, algo indeciso sobre cómo abordar a la mujer.

—Claro. Vuestro padre fue uno de los mayores eruditos que ha habido sobre historia moderna inglesa. Era un auténtico referente para muchos de nosotros. Lo que le ocurrió fue una desgracia terrible y una pérdida irremplazable para la comunidad académica —la mujer parecía hablar con gran sinceridad—. Conocerle fue para mí un auténtico honor.

—Sobre eso es lo que queríamos hablarle —continuó Adrian—. Hace sólo unos días que supimos que, antes de ir a Egipto, había estado en Grecia visitando a su marido, el profesor Andreas Kaminis, y nos gustaría que nos dijese todo lo que recuerde sobre su estancia aquí.

—Hace muchos años de la visita de vuestro padre y estuvo casi todo el tiempo con Andreas. Entonces no estaba tan metida en su trabajo como lo estoy ahora y no es mucho lo que podré contaros —se excusó la mujer—. Pero... ¿Por qué os interesa tanto como para venir hasta Atenas?

— Adrian está terminando su carrera en Cambridge y tiene que empezar a preparar la tesis, por lo que ha pensado en continuar el trabajo que su padre estaba haciendo cuando falleció en Egipto —repuso Zulema, adelantándose a su hermano—. Y yo no me he resistido a aprovechar para hacer un poco de turismo con él, siempre quise conocer Grecia.

—No pareces inglesa —observó la mujer mirándola fijamente con curiosidad—. Ni tampoco lo parece tu nombre.

—Soy egipcia de nacimiento —repuso Zulema, fingiendo indiferencia ante la inquisitiva mujer, que parecía no haber decidido si lo que le estaban contando aquellos dos jóvenes era cierto o sólo una mentira bien elaborada de extraña finalidad—. No llegué a conocer a Sir William, me adoptó la madre de Adrian, Sara Cavendish, en El Cairo después del terrible accidente de su marido. Fui uno de los pocos supervivientes de aquella tragedia.

—¡Perdonad mi desconfianza! —se excusó la mujer con un suspiro—. No podéis imaginaros las argucias que ha intentado la prensa para colarse en mi casa y sacarme información sobre Andreas. Por un momento pensé que podíais ser de alguna revista. ¡Me estoy volviendo paranoica!

—Siento lo de su marido. La verdad es que desconocíamos lo ocurrido hasta llegar a Atenas —confesó Adrian con sinceridad, intentando ganarse la confianza de la mujer.

—No os preocupéis, él mismo se lo buscó. Siempre fue demasiado amigo de lo ajeno y, tarde o temprano, tenían que pillarle. Pero, no quiero haceros perder toda la mañana con mi

cháchara inacabable, así que decidme ¿qué queréis saber exactamente?

—Estamos intentando averiguar qué era lo que mi padre buscaba cuando vino a ver a su marido en Grecia. Sabemos que trabajaba sobre una serie de mitos egipcios —le explicó Adrian, preocupado de que la señora Kaminis se diese cuenta de que en realidad lo desconocían todo sobre el trabajo de su padre.

—Eso no es difícil de responder —repuso la mujer con sencillez—. Andreas era experto en Hermes Trismegisto. Vuestro padre quería que mi marido le hablase sobre él. En concreto estaba interesado en los libros que se adjudican a su autoría.

— ¡Hermes Trismegisto! —exclamó Zulema— ¿Qué tiene que ver un autor griego con el Antiguo Egipto?

—En realidad tiene mucho que ver —contestó Adrian, reflexionando en voz alta—. Si no lo recuerdo mal, Hermes Trismegisto es en realidad el mismo personaje que el dios Toth egipcio.

—Efectivamente —añadió la señora Kaminis, tomando la palabra—. Hermes Trismegisto, que puede traducirse por Hermes tres veces grande, es un sincretismo del dios de la sabiduría y patrón de los magos egipcio, Toth y el dios olímpico Hermes, heraldo de los dioses, al que se considera el patrón de los viajeros, de los literatos, de los poetas, de los oradores, de los inventos y del comercio en general.

—Pensaba que había sido alguien real —repuso Zulema un tanto confundida.

—No se puede asegurar con rotundidad que fuese un personaje real ni que no lo fuese —continuó la mujer—. Existen muchos interrogantes sobre él. Una teoría afirma que no se trata de un solo hombre sino de un grupo de autores que, bajo esa denominación, agrupan una serie de enseñanzas provenientes del Antiguo Egipto. Para los alquimistas era un maestro que vivió realmente y cuyas enseñanzas transmiten el saber completo y perfecto del arte alquímico. Incluso hay quienes piensan que era un avatar, un maestro espiritual encarnado en la humanidad para guiarla, semejante a Buda o al mismo Cristo.

—¿Y qué teoría prefería su marido? —preguntó Adrian, intentando comprender qué podía ser lo que su padre pretendía averiguar sobre un personaje tan particular.

—Andreas siempre fue muy imaginativo. Estaba convencido de que Hermes fue un personaje real que vivió hace miles de años en Egipto bajo el nombre de Toth. Era partidario de las teorías que retrasan el inicio de la civilización egipcia y la consideran, no la evolución natural de las tribus de pastores y nómadas de la zona, sino como heredera de una civilización mucho más remota y avanzada. El creía que Toth era un personaje de esa proto civilización egipcia.

—¿Y qué quería saber mi padre exactamente? —insistió Adrian — No creo que fuese muy

partidario de esas ideas.

—Veo que estáis tan perplejos como yo misma cuando vi a un historiador de la categoría de tu padre cruzar la puerta de mi casa, interesándose por Andreas y su heterodoxa forma de ver la historia.

—Es cierto, no entiendo qué podía ser lo que estaba buscando en todo esto —confesó Adrian.

—Sólo puedo decirte que lo que más le interesaba era el Corpus Hermeticum.

—Se refiere a los libros escritos por Hermes Trismegisto ¿no? —intervino Zulema.

—Exactamente —confirmó la señora Kaminis—. El Corpus Hermeticum es el nombre genérico con el que se conoce al conjunto de textos de alquimia, magia, astrología y, en definitiva, de ocultismo que se atribuyen a Hermes. La mayoría proceden de traducciones griegas de tratados egipcios realizados a partir del siglo II a. C.

—¿Recuerda si estaba interesado en alguna obra en particular? —preguntó de nuevo Adrian, preocupado por no estar consiguiendo, en realidad, ningún dato concreto sobre la investigación de su padre.

—Como ya os comenté antes, no conozco en detalle las conversaciones de tu padre con Andreas —repuso con un gesto de impotencia dibujado en su rostro la mujer—. Sir William se reunió con Andreas durante varios días seguidos, pero casi siempre se encerraban en el despacho al poco de llegar y yo me quedaba al margen. Andreas era muy reservado con su trabajo.

—Pero tuvo que haber algo..., algún detalle que pueda ser una pista —observó Adrian.

—Bueno... No sé si debo contaros esto —la señora Kaminis se restregó nerviosa las manos, para apurar a continuación su café frappé, como intentando ganar tiempo para tomar una decisión.

—Le prometo que no vamos a contar a nadie nada de lo que nos diga —le aseguró Zulema, intentando despejar las dudas de la mujer—. Sólo nos interesa el trabajo de Sir William.

—Está bien. A fin de cuentas, todo pertenece ya al pasado —concedió la mujer con un suspiro—. Aunque Andreas intentó siempre mantenerlo en secreto incluso para mí, siempre supe que tenía una caja de seguridad en la que guardaba material de dudosa legalidad recogido en sus expediciones. Una mañana le oí en su despacho mientras buscaba la llave de la caja de seguridad en un cajón de su escritorio donde la tenía bien escondida. Me sorprendió, mucho porque hacía meses que no la utilizaba, sobre todo desde que las autoridades habían empezado a investigar sus expediciones. Además, llevaba más de un año sin realizar trabajo de campo y no me constaba que se hubiese hecho con ningún material nuevo.

—¿Y qué relación tiene todo eso con mi padre? —intervino Adrian impaciente.

—Esa misma mañana, Sir William vino a buscar a Andreas.

—¿Iban a ver la caja de seguridad? —preguntó Zulema.

—Estoy bastante segura de que Andreas fue a buscar un objeto de sus expediciones para entregárselo a tu padre —confirmó la señora Kaminis—. Aunque desconozco qué podía ser exactamente.

—¿Por qué piensa que le entregó algo a mi padre? —preguntó Adrian escéptico— ¿No pudieron ir simplemente a ver alguno de los objetos y dejarlo después allí de nuevo?

—Sé que le entregó algo porque, cuando Andreas volvió por la tarde, estaba exultante y me comentó que el fruto de su trabajo estaba a salvo y en buenas manos. Llegó incluso a asegurarme que, pasase lo que pasase, pronto sus teorías encontrarían el refrendo de las más altas autoridades académicas. Aunque intenté averiguar de qué hablaba exactamente, no quiso aclararme nada. Le encantaba hacerse el enigmático.

Al pronunciar su última frase, la voz de la mujer pareció temblar ligeramente, a la vez que ésta bajaba la mirada. Adrian se dio cuenta de que, a pesar del tono un tanto displicente que utilizaba Melina Kaminis al hablar de su marido, ésta debía haberle querido mucho y aún le echaba intensamente de menos.

—¿Y no tiene ninguna sospecha de a qué se refería su marido, o de qué podía ser lo que le entregó a mi padre? —insistió Adrian.

—No sé de qué se trataba exactamente, pero sólo hay una cosa que a Andreas le obsesionaba tanto como para arriesgarse por su estudio a que la policía encontrase su caja de seguridad; una obra en particular de Hermes Trismegisto, La Tabla esmeralda. Fuese lo que fuese lo que le entregase debía ser algo relacionado con esa obra.

—¿Qué es La Tabla Esmeralda? —preguntó Zulema, adelantándose a Adrian con su pregunta.

—Es quizá el texto más enigmático de todo el corpus hermético —repuso la señora Kaminis—. Ni siquiera está claro su origen. Hay quien la vincula a Alejandro Magno, quien, tras encontrar la tumba de Hermes, copió el texto de una esmeralda que cubría su cuerpo, dejando después la tumba intacta. Los cabalistas prefieren pensar que fue Sara, la mujer de Abraham, la que realmente copió el texto de la esmeralda. Sea como fuere, lo cierto es que los primeros textos donde se recoge el supuesto contenido de la Tabla Esmeralda son medievales, aunque hay algunos precedentes en la literatura árabe.

—¿Y qué es lo que dicen esos textos exactamente? —preguntó de nuevo Zulema, fascinada por la extraña historia.

—El contenido es tan enigmático como su propio origen —repuso la señora Kaminis—. Es un texto corto y críptico compuesto por una serie de sentencias que tienen como fin revelar el secreto de la Alquimia. Se supone que quien comprende las máximas de la Tabla Esmeralda está en condiciones de completar la Gran Obra y conseguir la Piedra Filosofal.

—Se refiere a la transmutación de metales vulgares en oro y otras teorías extravagantes de la alquimia ¿no? —la interrumpió Adrian, que empezaba a pensar que todo aquello no era más que un despropósito, incapaz de imaginar a su padre interesado en aquellos temas.

—Esa es la interpretación superficial de la Alquimia — repuso la señora Kaminis—. Normalmente se considera la piedra filosofal como una sustancia de propiedades increíbles, entre las que se destaca la transmutación del oro. Sin embargo, la realidad es que no se trata de una sustancia real, sino de un conocimiento que, al ser alcanzado, permite la transmutación del propio ser humano, curando todas sus enfermedades y dotándole de la inmortalidad. El que se asimile con el oro proviene de que, dicho metal es el que se oxida más lentamente, es decir, es el más inmortal de los metales.

—¿Y por qué estaba tan interesado su marido en esa obra? —preguntó Adrian.

—Porque creía que el texto que ha llegado hasta la actualidad no es más que un simple extracto de otra obra mucho mayor, que existió realmente y que fue escrita por el dios Toth — contestó Melina Kaminis con seguridad—. Estaba convencido de que esa obra aún existía y se hallaba oculta en algún lugar de Egipto. Por eso viajaba allí continuamente y no dudaba en sacar de forma irregular cualquier objeto que sirviese para apoyar su teoría.

—¿Y cree que Sir William se interesó por esa teoría? — exclamó más que preguntó Zulema, reflexionando en voz alta.

—Creo que ambos eran casi almas gemelas. No sólo se parecían físicamente, sino que coincidieron totalmente en el estudio que estaban realizando. Teníais que haber visto el brillo de los ojos de Andreas después de hablar por primera vez con Sir William Cavendish. Era como si le hubiesen hecho el mejor regalo de su vida, al ver que un historiador de la reputación de vuestro padre apoyaba su visión de la historia remota de Egipto.

—¿Ha dicho que se parecían físicamente? —preguntó Adrian sorprendido por la afirmación que acababa de hacer la mujer.

—¡Olvidaba que vosotros no habéis conocido a mi marido! —repuso ella sonriendo, antes de abandonar el porche para entrar en la casa ante la mirada sorprendida de los dos jóvenes.

A penas transcurrieron unos instantes antes de que la mujer regresase portando en su mano un pequeño marco rectangular con una foto de su marido.

—Os aseguro que, si no fuese porque Andreas era un poco más bajo y fornido, hubiesen podido pasar perfectamente por hermanos —les dijo mostrándoles el retrato.

Cuando Adrian contempló al hombre que les miraba sonriente con el cuerpo ligeramente ladeado, desde aquel pequeño rectángulo plateado, comprendió con un estremecimiento a qué se refería la mujer. Andreas Kaminis tenía los ojos azules y el pelo rizado y rubio como su padre y, aunque su rostro era completamente distinto, su corpulencia y aspecto general, le conferían un parecido indudable con Sir William Cavendish.

—¿Viajó su marido a Egipto con mi padre? —preguntó Adrian sospechando la respuesta.

—Es curioso que me preguntes eso —observó la mujer lanzando una mirada cargada de expectación a Adrian—. Aunque aún no había habido ninguna acusación, Andreas tenía por entonces prohibida ya la salida del país, mientras se completaba la investigación. Por eso no pudo ir con tu padre cuando decidió salir para Egipto. Sin embargo, sólo dos semanas después, cuando la policía confiscó definitivamente todos sus trabajos y localizó la caja de seguridad, Andreas desapareció. Y, a pesar de que la policía concluyó en su investigación que no había salido del país, yo siempre sospeché que había ido a reunirse con Sir William.

—¿Y no ha vuelto a tener ninguna noticia de él? —preguntó Zulema

—No y eso es lo más extraño —repuso la señora Kaminis—Tuvo que pasarle algo muy grave. El nunca hubiese dejado que yo pasase por lo que pasé por huir de la policía. Estoy segura de que, si hubiese podido, al enterarse de intentaban acusarme de complicidad, habría vuelto de inmediato. Incluso pensé, al enterarme del accidente de tu padre, que él podía haber ido también en aquel autobús y haber muerto o estar herido, pero pregunté a las autoridades y me aseguraron que todos los pasajeros habían sido identificados y mi marido no estaba entre ellos.

Adrian y Zulema se miraron compartiendo un momento de angustia al comprender que, el cadáver que su madre identificó como Sir William Cavendish, podía no ser otro que el desaparecido Andreas Kaminis. Aquella mujer podía estar sufriendo la angustia de no saber qué había sido de su marido, cuando éste podía llevar muerto más de seis años.

—¿Sabéis algo verdad? —preguntó la señora Kaminis, mientras contemplaba a los dos jóvenes, que se habían quedado repentinamente silenciosos—. Sé que no estáis aquí ni preparando una tesis ni de vacaciones.

Adrian pensó en intentar zafarse de la pregunta con alguna excusa, pero luego miró a Zulema y, en sus ojos claros y brillantes, entendió que no debía seguir ocultando la verdad a aquella mujer, que les había hablado con sinceridad y había confiado en ellos.

—No sabemos nada con seguridad —repuso Adrian, dispuesto a ser lo más sincero

posible—. Pero, lo cierto es que tenemos motivos para sospechar que la versión oficial sobre el accidente de Egipto no es del todo cierta. Por eso hemos venido hasta aquí, intentamos comprender en qué estaba trabajando exactamente mi padre cuando viajó a El Cairo, con la esperanza de averiguar qué ocurrió realmente.

—Imaginaba algo parecido —confesó la mujer con un claro tono de resignación y tristeza dibujado en su voz—. Sólo os pido que, si averiguáis qué le ocurrió a Andreas, me lo hagáis saber. Son muchos años sin saber qué ha sido de él.

3

El padre Elías despertó con dificultad, encontrándose con el rostro expectante del padre Alviero, que le contemplaba con ansiedad mientras intentaba despertarle pronunciando su nombre suavemente.

—¿Qué ocurre? —preguntó confuso, intentando despejar su mente de las brumas del sueño que aún la envolvían.

—No se alarme —se disculpó el padre Alviero—. Sé que aún es muy temprano pero hemos de salir a primera hora para El Cairo y no podemos hacerlo sin consultar algo antes.

El padre Elías se incorporó en la cama sentándose sobre el colchón, sorprendido por el repentino despertar y la inesperada transformación de su pupilo, al que se había habituado a ver inseguro y temeroso y que ahora parecía fulminado por un rayo de entusiasta vitalidad.

—¿A qué se refiere? —atinó a preguntar el anciano, comenzando a vestirse con rapidez, resignado a dar por terminado su descanso nocturno.

—Creo que la respuesta a la naturaleza de la Fuente puede estar aquí mismo... De hecho, puede que haya estado aquí desde el principio.

—Le aseguro que todos los monjes de este convento conocen la historia de la Fuente y han estudiado concienzudamente la biblioteca en busca de pistas durante siglos sin encontrar nada —repuso el padre Elías sin disimular su escepticismo.

—Lo sé, pero el problema es que no sabían lo que estaban buscando y nosotros tenemos una pista fundamental.

—Si se refiere a la relación con Ramsés y un sumo sacerdote, el padre Neilos ya lo ha investigado y me ha asegurado que en toda la biblioteca no hay nada significativo que pueda ayudarnos.

—No me refiero a eso —repuso el padre Alviero terminando de confundir por completo al anciano—. Hay algo que habíamos pasado por alto. La verdad es que, después de todo lo

ocurrido, no podía dormir y he estado repasando todo lo sucedido y los datos que tenemos hasta ahora y ha sido entonces cuando me he dado cuenta. ¿Recuerda que me contó que Fray Cariglia se había intentado suicidar en la biblioteca, provocando un incendio tras subirse a un montón de libros a los que prendió fuego?

—Claro, pero no entiendo a dónde quiere ir a parar.

—¿Sabe qué libros fueron los que utilizó para hacer su pira? ¿Qué volúmenes quemó exactamente?

—Espere un momento. ¿Cree que en esos libros está la respuesta?

—Tiene que estarlo. Piénselo por un instante. Fray Cariglia se obsesiona con el mal y la magia y busca sus fuentes en la Biblioteca, después desaparece por un tiempo para volver poseído por una entidad que le obliga a suicidarse y en el proceso quema una serie de libros.

—¡La entidad no buscaba sólo la muerte de Cariglia sino la destrucción de los libros! — exclamó el padre Elías, comprendiendo por fin el razonamiento de su pupilo.

—¡Exacto! Cariglia tuvo que encontrar información muy importante sobre la Fuente, tanto que creyó poder localizarla él mismo. Por eso se fue del convento.

—¡Si sólo me hubiese llamado! —se lamentó el padre Elías.

—El no sabía que la Fuente ya había caído en poder de la maldita entidad a la que intentamos enfrentarnos. Probablemente pensó que no existía peligro.

—Pero se equivocó —añadió el padre Elías con tristeza—. Cuando se trata con la Fuente, un mero error puede costarte el alma. Debió toparse con esa cosa, sea lo que sea, y ésta le poseyó, haciéndole volver al convento para destruir toda la información que pudiese permitir a otros seguir los pasos de Fray Cariglia.

—Por eso es fundamental averiguar si alguno de esos libros sobrevivió al fuego. En ellos puede estar la respuesta que buscamos —concluyó el padre Alviero, sentándose en la cama junto al padre Elías, como si soltar toda aquella información hubiese supuesto una suerte de catarsis para él, que ahora le cobrase su precio en forma de repentino cansancio.

Los dos sacerdotes permanecieron en silencio durante unos segundos.

—¡Todo su comportamiento suicida era una simple pose! —exclamó el padre Elías, volviendo de su mutismo y reflexionando en voz alta—. Había algo en la forma en que Fray Cariglia se quitó la vida que me obsesionaba y acabo de comprender qué era.

El padre Alviero miró al anciano preocupado al ver que, lejos de haberse alegrado por su revelación, que les acercaba un poco más a la resolución del rompecabezas en que se encontraban metidos, parecía más alarmado y preocupado que nunca.

—No le comprendo —confesó el padre Alviero.

—Si Cariglia podía suicidarse con la facilidad que demostró en su celda, entonces, ¿por qué, si la entidad que le poseía buscaba su muerte, no le obligó a hacerlo antes? No hubiese habido camisa de fuerza o correas que hubiesen podido evitarlo.

—Probablemente su muerte no era una prioridad para él. Quizá sacaba alguna satisfacción torturando su espíritu. Sea lo que sea esa entidad, está claro que está poseída por el mal y se regodea en él —argumentó el padre Alviero.

— Me temo que no es tan sencillo —repuso el padre Elías endureciendo aún más su mirada—. Creo que le mantuvo vivo a propósito para utilizarle como un señuelo.

—¿Está diciendo que toda la ceremonia del exorcismo no fue más que una trampa muy elaborada? —repuso el padre Alviero, notando la angustia apoderarse de su garganta— Pero... ¿con qué propósito?

—Empiezo a pensar que todo era una representación. Nos ha vuelto a hacer lo que ya hizo en París. Es muy probable que en ningún momento le controlásemos. Creo que nos dijo sólo lo que quiso y cuando quiso. Nos dio la información justa para darnos esperanzas y hacernos ir a El Cairo.

El padre Alviero recordó los temores que se habían apoderado de él tras la ceremonia. En su interior sabía que lo que el padre Elías estaba diciéndole era lo mismo que él había presentado el día anterior.

—Entonces su poder es mayor de lo que pensábamos — observó el padre Alviero—. Quizá deberíamos replantearnos nuestro viaje a El Cairo y pedir ayuda al Vaticano.

—¡No hay tiempo! —exclamó con rotundidad el anciano— Está claro que su ascendencia sobre la Fuente es cada vez mayor. Si no actuamos con rapidez puede ser demasiado tarde. Esta lucha no es una cuestión de fuerza o de número, sino de unas cualidades especiales que sólo usted y yo tenemos. No podemos permitirnos el lujo de gastar el tiempo que tardaríamos en localizar otras personas adecuadas a esta tarea. Me temo que, con trampa o sin ella, tendremos que arriesgarnos a enfrentarnos a lo que esa entidad nos tenga preparado.

—No sé muy bien a qué cualidades se refiere —le interrumpió obstinado y algo molesto el padre Alviero—. Es posible que usted tenga unas capacidades especiales, pero yo soy un simple sacerdote con buena capacidad para el análisis. ¡Nada más!

—Eso no es cierto, usted es alguien muy especial ¿No se ha dado cuenta todavía de que es muy probable que la entidad le buscase a usted?

El padre Alviero se levantó, saltando como un resorte, alarmado ante las palabras del

sacerdote, mientras el miedo atenazaba su cuerpo con la fuerza del rayo.

—¿De dónde saca algo así? —preguntó, intentando controlar el miedo que pugnaba por apoderarse de nuevo de su espíritu.

—Es una deducción lógica padre. ¿No se ha preguntado, por qué esa entidad ha elegido este momento para tender sus redes, en vez de hacerlo en cualquiera de las otras ocasiones en que yo intenté un exorcismo a Fray Cariglia? — preguntó retóricamente el anciano— Está claro que yo solo no le servía, ha esperado a que usted viniese conmigo.

—Pero... no puede ser. Puede que a usted le conociese, pero ¿a mí? Ni yo mismo sabía hace unos días que me encontraría aquí hoy.

—No estoy diciendo que le buscase a usted exactamente, puede que buscase simplemente a alguien con sus capacidades. Probablemente fue en París dónde se fijó en sus habilidades.

El padre Alviero se puso de pie, incapaz de soportar por más tiempo las palabras del sacerdote.

— ¿Mis habilidades? ¡Le repito que no tengo ninguna capacidad especial! —gritó con desesperación sin poder evitar subir la voz.

— Creo, padre, que ha llegado el momento que le explique por qué fue elegido exactamente para el Círculo Octogonus, tal y cómo yo mismo lo fui hace años.

4

Cuando Adrian y Zulema volvieron de su entrevista con Malena Kaminis, fueron de inmediato a buscar a Eric a su habitación. El muchacho estaba tendido sobre la cama, completamente vestido y aparentemente dormido.

Adrian se apresuró a despertarlo, zarandeándolo con suavidad. Eric reaccionó con lentitud, abriendo los ojos y desperezándose con dificultad, como si volviese de un sueño muy profundo. En su mirada turbia se dibujaba una gran confusión.

—¡Pensábamos que te pasaba algo! —exclamó Adrian, aliviado al ver que el muchacho se incorporaba con normalidad.

—¿Has pasado a tu habitación? —preguntó Eric, dirigiéndose a Zulema de forma un tanto incoherente, como si le costase centrar sus pensamientos.

—Sí —respondió ella—. Me acabo de cambiar.

—¿Y está todo bien?

—Pues claro...

—¿Te pasa algo? —se interesó Eric, preocupado ante las extrañas preguntas de su amigo.

—No me hagáis caso, estoy medio dormido todavía —se disculpó Eric, sonriendo con poca convicción— Me he echado un poco para relajarme y supongo que el sueño me ha gastado una mala pasada.

—Pues quítate las legañas que es muy tarde y todavía no hemos almorzado —le animo Zulema—. Además, tenemos mucho que contarte.

Durante el almuerzo en el hotel, los Cavendish le contaron a Eric con pelos y señales la conversación que habían tenido con la señora Kaminis. El joven intentó escucharles con atención, pero su mente divagaba una y otra vez hacia lo ocurrido en la habitación de Zulema, intentando decidir si sólo había sido un sueño o si, por el contrario, había ocurrido realmente. Con un esfuerzo de su voluntad se obligó a centrarse en lo que Adrian y Zulema le estaban contando.

—Así que pensáis que el hombre que está enterrado en la tumba de tu padre puede ser Andreas Kaminis —preguntó.

—¡Si hubieses visto la foto! —suspiró Adrian sin poder contener su emoción— El parecido físico general era muy notable. Si el rostro estaba completamente deformado cuando lo sacaron del río, hasta yo hubiese podido confundirme.

—Pero según la policía llevaba la documentación de tu padre.

—Está claro que todavía nos queda mucho que averiguar —intervino Zulema—, pero lo importante es que ahora sabemos que lo que mamá escribió puede ser verdad y que Sir William Cavendish pudo sobrevivir al accidente.

—¡Exacto! —exclamó Adrian sonriendo, al comprender por primera vez que su padre podía realmente estar vivo. Ni siquiera dejó que su temor ante el estado en que pudiera encontrarse le privará de aquel momento de profunda satisfacción.

—Además, parece bastante claro que la piedra que encontramos puede ser lo que Kaminis le entregó a Sir William —añadió Zulema, contagiada del entusiasmo de su hermanastro.

—Kaminis debía considerarla muy importante en sus investigaciones. Creo que se la entregó a mi padre para que la pusiera a salvo de las autoridades, que ya estaban detrás de sus irregulares métodos arqueológicos —continuó Adrian—. Supongo que mi padre pensó que era demasiado valiosa para arriesgarse a perderla o dañarla en su viaje a Egipto, por lo que la envió a Inglaterra para que mi madre la pusiese a salvo en una nueva caja de seguridad. Estoy seguro que, de haber tenido éxito en sus pesquisas, hubiese puesto la piedra a disposición de las autoridades para su devolución a Egipto.

—¡Y nosotros la hemos traído de nuevo a Grecia! —se lamentó con ironía Zulema— Quizá

debimos haberla dejado en casa.

—Ya es tarde para eso —repuso Adrian—. Para bien o para mal, la tenemos aquí y ahora no tenemos más remedio que llevarla a Egipto.

—Puede que, en cierto modo, sea una ventaja —intervino Eric—. Seguramente, Sir William trabajó con una copia o transcripción de los textos, pero nosotros podremos utilizar el original. Quizá, así sea más fácil traducirla y averiguar por qué era tan importante ¿no?

—Es posible —admitió Adrian—. Lo que me preocupa es que aún no hemos aclarado demasiado qué era lo que mi padre buscaba exactamente. Sabemos que tiene que ver con Hermes Trismegisto, o mejor dicho con el dios Toth, y probablemente con una obra suya llamada La Tabla Esmeralda, pero no sabemos mucho más.

—Eso es bastante más de lo que sabíamos antes —observó Eric—. De todas formas, puede que buscara simplemente lo que todos los arqueólogos buscan en Egipto ¿no?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Adrian.

—Yo de arqueología sé más bien poco, pero ¿no buscan siempre tumbas en Egipto? Ya sabes, no hay mayor éxito para un egiptólogo que dar con la tumba de un Faraón intacta y repleta de tesoros.

—¿Es posible? —preguntó Zulema, un tanto sorprendida de que la respuesta que estaban buscando pudiese ser algo tan obvio.

Adrian permaneció un instante en silencio mientras sopesaba cuidadosamente toda la información que habían ido recopilando hasta ese momento, tal y como su padre le enseñó a hacer siempre que intentaban analizar algún hecho histórico. Poco a poco, el cuadro completo se pintó ante él, hasta que no tuvo más remedio que rendirse ante la evidencia.

—¡Estaba delante de mis narices y no lo veía! —exclamó Adrian, elevando tanto su tono de voz que algunas cabezas de otros comensales se giraron sorprendidas, por lo que se vio obligado a frenar su entusiasmo— ¡Eres un genio Eric! Estoy seguro de que mi padre estaba buscando la tumba de Hermes.

—¿Y La Tabla Esmeralda? —apuntó Zulema— ¿Por qué estaba tan interesado en esa obra?

—Si recuerdas las leyendas sobre su origen que nos contó Malena Kaminis, coinciden en que el texto fue hallado en la tumba y copiado desde una piedra esmeralda en que estaba tallada. Buscar la tumba de Hermes es también encontrar la piedra esmeralda original y, por tanto, el texto completo de la obra. Ahora entiendo por qué los jeroglíficos de la piedra que hayamos en la caja de seguridad son tan valiosos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó en esta ocasión Eric, contento de ver como Adrian había

recuperado una energía y entusiasmo que no recordaba desde que se conocieron en Cambridge.

—Creo que es muy probable que en esa piedra esté la localización de la tumba. Por eso Andreas Kaminis se la dio a mi padre, sabía que sólo él con sus contactos y conocimientos podría interpretarla y encontrar así la tumba, con lo que corroboraría su teoría de que Hermes había existido realmente.

—¿Y crees que tú también podrás conseguirlo? —intervino Zulema.

—No lo sé —confesó con sinceridad Adrian—. No tengo los conocimientos de mi padre, pero sí que conozco cómo pensaba y los contactos que tenía en Egipto. Tendrá que bastarnos con eso. A fin de cuentas, encontrar la tumba no es importante, lo principal es averiguar qué le pasó a mi padre y, para eso, seguir su pista en El Cairo es fundamental.

—Entonces será mejor que vayamos preparando las maletas —exclamó Zulema dando por terminado el almuerzo—. Siento que no podamos quedarnos a hacer turismo en Atenas, pero El Cairo nos espera.

Eric miró a los jóvenes, mientras su mente volvía de nuevo a la pesadilla de la mañana. Por un momento pensó en contarles lo que creía haber vivido, pero algo en su interior se revolvía con obscena satisfacción, algo ajeno a él que le impedía confesar la verdad.

5

El padre Elías llegó al patio con paso apresurado ante la mirada impaciente y escrutadora del padre Alviero, que le esperaba ansioso sentado en un banco situado junto a una de las pocas plantas que parecían florecer vigorosas en aquel lugar.

—Siento haber tardado tanto —se excusó el anciano, sentándose junto a él—, pero no ha sido fácil dar con alguien que supiese lo ocurrido con los libros. Afortunadamente, el archivero jefe tenía guardada una relación de las obras perdidas en el incendio.

El anciano le entregó al padre Alviero una cuartilla, caligrafiada apresuradamente, en la que figuraba un listado de títulos de manuscritos antiguos.

—¿Esto es todo? —preguntó decepcionado, al examinar la lista encabezada con el revelador título de «Libros Destruídos»— ¿No se salvó ningún volumen?

—Me temo que no. Al parecer, Fray Cariglia agrupó los libros en una pira y los roció con algún tipo de líquido inflamable, probablemente aceite de las lámparas del refectorio. Después, se subió encima y se colgó de la viga maestra del techo de la biblioteca. Cuando los monjes llegaron, no quedaban más que rescoldos bajo los pies del fraile, que pendía del techo con el cuerpo envuelto en llamas.

—Fue un milagro que sobreviviese a algo así —exclamó el padre Alviero, sin poder evitar un estremecimiento al evocar en su imaginación la dantesca escena.

—Sí, pero, con lo que ahora sabemos, es muy posible que no fuese precisamente un milagro de Dios —se lamentó el padre Elías con un suspiro.

El padre Alviero examinó con cuidado el listado de obras perdidas en el terrible incidente. Aunque reconoció de inmediato algunos de los títulos, la mayoría le eran totalmente desconocidos. Allí debía haber una docena de volúmenes sobre toda clase de temáticas y de variados autores, la mayoría de gran antigüedad y valor incalculable.

—Esto no tiene sentido. Estos libros son de autores y temas muy diversos, no veo ninguna relación entre ellos —exclamó decepcionado el joven sacerdote—. Quizá Cariglia los escogió al azar después de todo.

—Muy al contrario, precisamente por su gran diversidad es obvio que los escogió cuidadosamente —repuso el padre Elías.

—¿Por qué?

—Si Fray Cariglia hubiese elegido esos volúmenes al azar, todos pertenecerían a los mismos autores o tendrían contenido similares, porque los habría cogido de la misma zona de la biblioteca. Esos libros, por su diversidad, estaban clasificados en las cuatro puntas del recinto, en estantes y secciones completamente distintas, ¿por qué ir recorriendo toda la biblioteca en busca de libros para hacer una pila, si podía cogerlos todos de un solo lugar? Está claro que obedecen a algún tipo de criterio y su trabajo será averiguar cuál exactamente.

—Es posible —reconoció el padre Alviero, examinando de nuevo el listado, pero ahora con una mirada esperanzada aunque no exenta de preocupación—, pero no va a ser fácil. Tendré que conseguir información detallada de cada uno de estos volúmenes e intentar localizar otros ejemplares, si existen.

—Tendrá que buscar esa información mientras viajamos a El Cairo. Ya me he encargado de que disponga de los medios necesarios, pero ahora me gustaría hablarle del otro tema que tenemos pendiente.

El padre Elías palmeó suavemente la espalda del sacerdote, animándole a acompañarle, mientras se levantaba y comenzaba a andar lentamente.

—Sé que está inquieto por lo que le dije esta mañana en las habitaciones —continuó el padre Elías—. Le prometí que le contaría por qué fue reclutado para unirse al Círculo Octogonus y voy a hacerlo ahora. Por eso le he traído a este patio interior, es un jardín prácticamente abandonado del monasterio dónde nadie nos molestará.

— Lo que más inquieto me tiene son sus continuas alusiones a mis «habilidades» —confesó el padre Alviero, que temía y a la vez ansiaba aquella conversación—. Le aseguro que soy un simple sacerdote y no tengo ninguna de sus capacidades. Si piensa lo contrario, está muy equivocado y eso me preocupa, porque significaría que yo no tendría que estar aquí.

—No se precipite padre, le aseguré que su elección ha sido totalmente acertada —repuso el padre Elías—. La verdad es que no esperaba tener esta conversación con usted tan pronto. Lo usual es dar tiempo al novicio para que él mismo descubra su potencial paulatinamente, pero nuestra situación es tan desesperada que no tenemos tiempo para esperar a que eso ocurra.

—¿Qué es exactamente lo que espera de mí?

—No se trata de lo que yo espero, sino de lo que hay en su interior esperando a que su Fe y su fuerza de espíritu lo deje salir a la superficie. Supongo que ya habrá adivinado que el Círculo Octogonus no está formado por meros sacerdotes, sino que se requiere unas características espirituales y mentales, muy especiales y difíciles de encontrar. De ahí que siempre tenga un número tan reducido de miembros. A lo largo de la historia, nunca ha habido más de cuatro religiosos activos simultáneamente.

—¿Y cuáles son esas características?

—Lógicamente, la principal es que el sacerdote tenga una Fe en Cristo inquebrantable. Una Fe que no se derrumbe bajo la presión como un castillo de naipes.

—Usted ya ha puesto en duda mi Fe en estos días —repuso el padre Alviero poco convencido—. Y ya sabe que estuve a punto de dejarlo todo cuando ocurrió lo de María.

—Lo sé, y eso es precisamente uno de los puntos que me llevó a fijarme en usted. No hay Fe más fuerte que aquella que ha sido puesta a prueba duramente y ha sobrevivido a pesar de todo. Le aseguro que la mayoría de sacerdotes no hubiesen superado un trance como el que usted tuvo que pasar.

—Pero yo he dudado muchas veces desde entonces y aún lo hago.

— No hay Fe verdadera basada en la ausencia de duda, sino que su verdadera fortaleza nace de la asunción de esas dudas y la búsqueda de respuestas en el seno del espíritu de Dios.

El padre Alviero tuvo que reconocer que nunca se había sentido tan seguro de su vocación sacerdotal, como cuando superó su angustia y volvió al seno de la Iglesia tras la muerte de María. Siempre le acompañaba el temor a haber actuado incorrectamente, y seguía preguntándose cada noche por qué había ocurrido, pero tenía el convencimiento de que su servicio al Señor le traería la respuesta.

—¿Y las otras cualidades? —preguntó, saliendo de sus reflexiones.

—Existen algunas personas a las que Dios les ha concedido el don de superar las barreras entre los mundos material y espiritual. Son personas capaces de asomarse al mundo inmaterial y, en algunas ocasiones, incluso manipularlo. Y usted, padre, al igual que yo, es una de ellas.

—Ya le he dicho que no tengo ningún don especial.

—Claro que lo tiene — insistió el padre Elías, dejando de pasear y mirando al padre Alviero fijamente a los ojos—. Existe un grupo de analistas en el Vaticano dedicados a estudiar el perfil de cada uno de los sacerdotes que se ordenan, para intentar luego orientar sus vocaciones hacia aquellos destinos donde sean más adecuados. A veces surge uno especial, un sacerdote que llama la atención de los analistas. En ese caso, otro grupo toma el relevo y analiza al candidato de cerca. Se estudia su infancia, se entrevista a sus familiares, amigos y conocidos y, finalmente, se le asigna algún investigador que analiza en detalle su comportamiento. La mayoría de candidatos al Círculo son desechados por uno u otro motivo. En los últimos diez años sólo un sacerdote pasó estos filtros y fue asignado al Círculo; usted.

—Pero..., ¿por qué yo?

—Los analistas se fijaron en usted inicialmente por sus excepcionales resultados académicos, pero fue lo sucedido con María lo que hizo que pasase a ser considerado un posible candidato al Círculo.

—¿Pero si aquello fue el peor error de mi carrera!

—Le aseguro que no fue así —continuó el padre Elías—. Usted demostró con María comprender la verdadera esencia de la caridad cristiana, pero, por encima de eso, demostró unas capacidades de percepción extrasensorial extraordinarias.

—¿Percepción extrasensorial?

—Cuando me informaron de lo ocurrido, yo mismo solicité iniciar la investigación de su caso. Mandé algunos hombres a estudiar en profundidad sus antecedentes, después viaje a Baruta y me entrevisté con sus compañeros en Nuestra Señora del Rosario. El respeto y admiración que había conseguido despertar en todos ellos me convenció de su valía como sacerdote. Pero fue al examinar el cuerpo de María cuando supe que estaba ante un candidato serio al Círculo Octogonus.

—¿Examinó su cuerpo? —exclamó escandalizado el padre Alviero, sorprendido de hasta qué punto aquel anciano había penetrado en las intimidades de su vida.

—Era necesario para cerciorarme de que mis sospechas eran ciertas —se disculpó el padre Elías, al comprender que bordeaba la ofensa al contarle lo ocurrido—. Le aseguro que traté el cadáver con absoluto respeto, tan sólo necesitaba tener contacto físico con María para intentar

percibir alguna huella de su esencia espiritual.

—Pero, ¿qué era lo que buscaba?

—Cuando tuve noticias sobre su caso, percibí de inmediato que sus actos habían estado motivados por algo más que la caridad y el amor al prójimo. Aunque no fue consciente de ello en aquel momento, su necesidad casi obsesiva de ayudar a María provenía de que era capaz de percibir que ella iba a morir por culpa de las drogas. A nivel subconsciente, reconoció el peligro de muerte inminente de la joven e intentó evitar su destino, aunque lamentablemente no lo consiguió.

El padre Alviero recordó el momento en que se encontró por primera vez con María en las escaleras de la Iglesia, sentada sobre un pobre pañuelo y pidiendo la voluntad a los parroquianos que acudían a la misa del domingo. Recordó la angustia que sintió al verla, con su mirada ida y su piel amarillenta por la química que invadía su cuerpo. Una angustia profunda que entonces confundió con la piedad y la pena que sentía por la joven, pero que ahora comprendió que era algo más. Era una angustia nacida de la sensación de peligro que aquella mujer corría, un peligro atroz para su vida y su alma.

—Pero no sólo demostró sus capacidades en ese punto —continuó el padre Elías—. También las demostró cuando la mujer fue capaz de abandonar el consumo de drogas, algo que nunca hubiera logrado sin el apoyo espiritual de alguien como usted, ya que la fortaleza de su alma había sido debilitada por completo por su terrible pasado. Fueron esas habilidades, que usted dice no tener, las que hicieron posible su recuperación.

—Sí eso es cierto, ¿por qué no pude salvarla? ¿Por qué no me di cuenta de lo que iba a suceder cuando la eché de la Iglesia?

—Podemos tener habilidades, pero sólo Dios puede decidir nuestro destino.

—¿Y el de María era morir sola y abandonada por todos en medio de la calle?

—Aún no se da cuenta de lo que hizo por ella ¿verdad?... María murió, sí, pero lo hizo habiendo conocido el amor verdadero y con el alma limpia y purificada. María no volvió a recaer en el consumo de drogas. La sobredosis que le arrebató la vida fue el resultado de la venganza de un traficante al que se negó a servir de camello cuando dejó la calle.

—¡La asesinaron! —exclamó el padre Alviero, conmovido— Siempre creí que había vuelto a las drogas por mi culpa. ¿Por qué no me lo contó antes?

—Esperaba tener más tiempo para prepararle adecuadamente —se excusó el anciano.

—¡Si no le hubiese pedido que se fuera...!

—Le repito que usted no tuvo la culpa de su muerte, era algo inevitable. Debe estar

orgulloso de haberle dado la oportunidad de enfrentarse al juicio de Dios con el espíritu purificado. Cuando estuve con ella, percibí claramente que su alma estaba en paz en la gloria del Señor. Usted la salvó.

El padre Alviero no puedo evitar que las lágrimas acudiesen a sus ojos, mientras una profunda tristeza y a la vez satisfacción, ahogaban su garganta con la emoción.

El padre Elías esperó con paciencia a que el joven sacerdote se desahogase antes de continuar con sus explicaciones.

—Después, los informes de los investigadores confirmaron lo que yo ya sabía, que usted también tiene el don.

—Pero yo nunca he notado nada especial —protestó el padre Alviero, aún algo conmovido.

—Eso no es cierto —repuso el padre Elías—. Me informé muy bien sobre su infancia. ¿No recuerda como cuando sólo era un niño solía tener sueños especiales?, ¿sueños lúcidos y premoniciones que luego se hacían realidad?

—Sólo eran sueños, nada más.

—Eran mucho más que eso. Eran sus primeros contactos con el otro lado. Incluso llegó a hablar con una prima después de que falleciera en un accidente ¿no?

—Apenas lo recuerdo. Sé que mis padres decían que había sido como una hermana para mí y que, cuando murió de polio, yo estuve una temporada asegurando que hablaba con ella en sueños —confesó el padre Alviero—. ¡No puede pensar en serio que aquello fue real! Sólo eran cosas de niños. Le aseguro que en mi adolescencia todos esos sueños desaparecieron.

—No desaparecieron padre, sólo los olvidó y me temo que ahora va a tener que hacer un esfuerzo para recordarlos.

—No sé cómo espera que haga algo así.

—Se suponía que lo haría usted mismo con el tiempo. Le hemos mandado a misiones donde ha estado en contacto con lo extraordinario, para ir despertando sus sentidos paulatinamente. Pensaba completar su formación durante esta misión del Círculo, pero ya no hay tiempo. No nos queda más remedio que despertar sus capacidades cuanto antes, si no queremos que nuestro oponente se haga definitivamente con el poder de la Fuente.

—¿Y cómo se supone que vamos a hacer eso?

—Sinceramente no lo sé. Sólo espero que hoy, con esta conversación, hayamos dado un primer paso adelante y que, cuando sea necesario, lo consigamos con la ayuda de Dios.

CAPITULO 6

LA FUERZA

1

Durante todo el viaje, Adrian no dejó de observar a Eric, le extrañaba su comportamiento demasiado taciturno y silencioso. En Cambridge había llegado conocerle muy bien y aquella actitud no era propia de él. En situaciones en que la mayoría de las personas se refugian en la depresión y la tristeza, él siempre hacía gala de una gran fortaleza interior para sobreponerse, que le asombraba y que muchas veces había envidiado en silencio. Ahora, sin embargo, parecía que se sintiese abrumado por la situación e incluso derrotado.

Cuando llegaron al aeropuerto internacional de El Cairo y tras facturar su equipaje sin incidentes, decidieron buscar directamente alojamiento y descansar el resto de la tarde. Estaban demasiado cansados para plantearse aún qué harían a continuación y necesitaban descansar, aunque sólo fuesen unas pocas horas. Por eso, cogieron un autobús que salía de la misma terminal del aeropuerto y se dirigieron a la ciudad.

No tardaron en localizar un hotel. Sin embargo, cuando se disponían a reservar habitaciones, Adrian y Zulema se vieron completamente sorprendidos por un cambio repentino de comportamiento de Eric, que hasta entonces había permanecido silencioso y conforme con todo lo planeado por ellos. El muchacho se dirigió a Adrian como si acabase de recordar algo importante que le preocupase sobremanera.

—No reserves tres habitaciones, coge una triple —exclamó.

—¿Por qué? —preguntó Adrian nada convencido—. Puede que nosotros estemos acostumbrados a compartir habitación, pero mi hermana no lo está tanto.

—No es buena idea coger habitaciones separadas —insistió Eric— Es peligroso.

— No os preocupéis por mí —intervino Zulema, que no estaba dispuesta a convertirse en un motivo de discordia entre los dos amigos—. Podemos compartir la habitación si queréis.

—¿Qué te pasa? Has estado muy raro todo el viaje — preguntó Adrian preocupado.

—Tendéis que confiar en mí... Por favor, coged una habitación y quedaos en ella hasta que vuelva.

—¿Te vas? —exclamó Zulema sorprendida— Pero ¿a dónde? Acabamos de llegar y no creo que conozcas a nadie aquí.

—Tengo que hacer algo muy importante, pero prometo que cuando vuelva os lo explicaré

todo.

Eric no dio tiempo a que pudiesen replicarle. Dejando sus maletas en el suelo, se dirigió a la salida del hotel, lanzando antes una última mirada suplicante a los dos hermanos que le miraban estupefactos.

2

Como el padre Elías le había prometido, en cuanto llegó el coche que les iba a llevar a El Cairo y se acomodó en sus elegantes asientos de cuero, se encontró con un completo equipo informático, perfectamente preparado para que empezase si demora su análisis del listado de libros destruidos en Santa Catalina.

En cuanto abrió el flamante portátil, comprobó que contaba con una conexión a Internet increíblemente rápida. Un primer examen del software le confirmó que el equipo había sido configurado con el máximo nivel de acceso, para permitirle acceder a todas las intranets al alcance del Vaticano. Estaba claro que la Iglesia comprendía la importancia de lo que estaba en juego.

Con cierto temor e impaciencia, extrajo el listado de libros y empezó a examinarlo. El padre Elías, sentado junto a él, le observaba atentamente.

Escogiendo el primer título de la lista inició una búsqueda de información por el sistema. El ordenador zumbó y en unos instantes tuvo frente a él un informe completo.

—¡Es increíble! —exclamó, sin poder evitar su sorpresa por la amplitud y profundidad de los datos mostrados en el monitor.

—Le dije que podría realizar su investigación durante nuestro viaje —replicó el padre Elías con una sonrisa, ante la previsible reacción del sacerdote.

—No tenía ni idea de que el proceso de digitalización estuviese tan adelantado —confesó el padre Alviero—. Este software, no sólo muestra la información técnica e histórica de cada volumen, sino que contiene una base de datos con todas las obras del archivo vaticano digitalizadas.

—No sólo del Vaticano —añadió el padre Elías—. Tiene usted entre sus manos, literalmente, todas las bibliotecas a las que tienen acceso las iglesias cristianas de todo el globo.

—¿Todas las iglesias cristianas?

—¡Todas! —repitió con rotundidad el anciano—. En lo que al Círculo Octogonus respecta, no existe diferencia entre la Iglesia católica, la ortodoxa, protestantes, adventistas o cualquier otra Fe de origen cristiano.

El padre Alviero suspiró abrumado ante la responsabilidad que la Iglesia estaba depositando sobre sus hombros, volviendo su atención hacia el pequeño monitor dispuesto a continuar con su tarea. Armándose de paciencia, sacó una pequeña libreta de su bolsillo y empezó a anotar cuidadosamente algunos de los datos mostrados frente a él.

Fue repitiendo la operación con cada uno de los títulos de la lista, consiguiendo reunir poco a poco un completo informe con detalles del contenido y datos fundamentales de cada obra. El trabajo le llevó algo más de una hora, en la que apenas separó sus ojos de la pantalla del ordenador. El padre Elías se mantuvo en silencio respetando la concentración del joven sacerdote.

Cuando el padre Alviero levantó sus ojos y miró por la ventanilla del automóvil, en busca de algo de aire fresco que desembotase sus sentidos y despejase su cabeza algo cargada, los paisajes dorados del campo egipcio habían dado paso a las calles populosas de El Cairo. La residencia eclesial en donde iban a alojarse no podía encontrarse a más de media hora de viaje.

—Sigo sin ver una relación clara —confesó el sacerdote—. Son libros de épocas muy diversas; desde manuscritos del siglo IV hasta obras del siglo XVI y, en cuanto a la temática, es completamente multifacética; algunos son manuscritos paleocristianos y bizantinos de contenido religioso; otras obras versan sobre mitología griega y egipcia e incluso hay un manuscrito de una logia masónica y una historia del tarot de autor desconocido.

El padre Elías examinó la libreta con las anotaciones del sacerdote. De forma minuciosa, el padre Alviero había anotado, junto al título de cada obra, datos sobre sus autores y una completa genealogía bibliográfica, además de un somero resumen de las temáticas tratadas en cada uno de ellos. Incluso había apuntado con pulcritud detalles técnicos del tipo de encuadernación y acabado.

—¿Existen copias digitalizadas de todos los volúmenes? —se interesó el anciano.

—Desgraciadamente no. La mayoría eran obras únicas y se destruyeron antes de que los libros de Santa Catalina fuesen incorporados a la base de datos de la Iglesia. He podido localizar cinco de los más modernos, gracias a que existen otras copias, del resto sólo tengo datos someros del contenido. Quizá podamos intentar localizar otros ejemplares en bibliotecas privadas solicitando ayuda al Vaticano.

—Me temo que no hay tiempo para eso —se lamentó el padre Elías—. Tendrá que valernos con lo que tenemos. ¿Hay algún tema que se repita de una obra a otra?

—Debería leer todos los libros para poder contestarle con propiedad, pero, en un primer examen, sólo he visto repetidos algunas temáticas en los volúmenes de mitología. Lógicamente he examinado con más detalle los que versan sobre el Antiguo Egipto. Uno de ellos es una reproducción del Libro de los Muertos; otro un manual moderno con transcripciones de algunas de

las estelas egipcias más importantes halladas hasta ahora. Existe, además, un tercer volumen egipcio que parece ser un tratado de magia, con invocaciones y hechizos.

—¡Las invocaciones de Arab Kaleb! —exclamó el padre Elías buscando la información en la libreta para examinar los datos del volumen.

—¿Lo conoce?

—Sí y usted también —repuso el anciano—. Es el libro del que se han extraído la mayoría de las fórmulas del exorcismo egipcio que utilizamos en el monasterio.

—¡Eso no puede ser casualidad!

—Claro que no —sonrió el padre Elías—. Es la prueba de que usted llevaba razón. Es obvio que los libros no fueron escogidos al azar; el manual de Kaleb era peligroso para la entidad que controla la Fuente y por eso era conveniente destruirlo. ¿Ha dicho que había libros de mitología griega?

—Sí, en concreto dos de los volúmenes tratan específicamente de todos los mitos griegos, sus dioses y leyendas. Hay también un tratado sobre el hermetismo y una de las traducciones más conocidas de La Tabla Esmeralda de Hermes Trismegisto.

—Los dioses griegos son una evolución de los egipcios ¿no?

—Sé dónde quiere ir a parar y ya lo he estado comprobando, pero no he visto ninguna relación significativa. La única coincidencia que he encontrado ha sido el propio Hermes, que aparece nombrado en los libros griegos y es el autor de La Tabla Esmeralda. En la mitología egipcia se le identifica con el dios Toth, en egipcio antiguo conocido como Dyehuty, y, cómo tal, aparece en los volúmenes egipcios. Pero no se me ocurre qué pudo tener que ver este Dios con la Fuente, ni qué relación podría tener con el resto de volúmenes, especialmente el de la masonería o el tarot.

—Se equivoca padre, creo que acaba de encontrar lo que estábamos buscando —le felicitó el padre Elías—. La filosofía masónica bebe en sus orígenes de fuentes herméticas. Además, si hubiese estudiado en más profundidad las artes arcanas, sabría que algunas teorías esotéricas vinculan el origen del Tarot con un libro mítico y maldito; El Libro de Toth.

—¡No sé cómo he podido pasarlo por alto! ¡El Libro de Toth es una de los objetos mágicos que la Iglesia estudió en su búsqueda de la Fuente! —exclamó exultante el padre Alviero — Pero se descartó por considerarlo puramente mitológico y sin ninguna base histórica real.

—Habrà que revisar esas conclusiones —ironizó el padre Elías—. Los indicios parecen apuntar hacia él con claridad, creo que acabamos de dar con la Fuente.

—Tendré que localizar una copia de los libros y estudiar en profundidad toda la

documentación que pueda encontrar sobre Hermes y Toth —observó el padre Alviero excitado.

—No será necesario —le interrumpió el anciano—. Conozco a alguien que puede facilitarnos esa información mucho más rápidamente. Un auténtico experto en mitología egipcia y en espiritualidad.

3

Zulema y Adrian reservaron una habitación triple, tal y como les había perdido Eric. Escogieron una habitación amplia con dos dormitorios; uno con una cama de matrimonio, que se quedó Zulema; y otro doble, que compartirían Eric y Adrian.

Cuando terminaron de colocar su equipaje lo mejor que pudieron estaban cansados y hambrientos. Zulema, agotada, se recostó en su cama sin ni siquiera apartar la colcha, dispuesta a relajarse, aunque sólo fueran unos minutos, mientras aguardaban a que Eric regresase.

Adrian la observó tendida en el lecho, con los ojos entrecerrados y respirando lentamente, mientras su pelo se extendía como una corona de fuego alrededor de su rostro.

—Yo también me echaré un rato en mi habitación —exclamó Adrian con un suspiro.

— ¡No te vayas, no quiero estar sola! Aquí hay sitio de sobra para los dos —repuso la muchacha, golpeando con la mano el colchón de la cama justo a su lado.

El muchacho la miró indeciso y, con la sensación de estar haciendo algo prohibido, se tendió a su lado. Zulema se giró hacia él mirándole a los ojos. Adrian contempló el fulgor verdoso de sus pupilas, fascinado, agitándose inquieto.

—Pareces incómodo... ¿Te molesta estar conmigo? —preguntó la mujer, consciente de los intentos mal disimulados de Adrian por apartar la mirada de su rostro.

—No es eso. Es que me preocupa Eric —intentó excusarse Adrian.

—Desde que tu madre me trajo a casa, nunca me has aceptado del todo. Siempre me has rehuido como si hubiese algo en mí que te molestase profundamente.

—Estaba triste por la muerte de mi padre, nada más.

—No era sólo tristeza, Adrian. No parabas ni un instante, salías constantemente a hacer deporte o a estudiar. Cualquier excusa era buena para no estar en casa y, cuando tuviste la edad suficiente, te fuiste a la Universidad sin mirar atrás, como si lo llevases deseando mucho tiempo. He llegado a pensar que mi presencia te recordaba a tu padre, que quizás no podías perdonarme por haber sobrevivido al accidente mientras él perdía la vida.

—¡Eso no es cierto! —repuso Adrian alarmado por la inesperada franqueza de Zulema—.

Yo te quiero.

—Supongo que es lo que te dices a ti mismo, pero creo que en el fondo sigues sin poder perdonarme.

—No me has entendido —la interrumpió Adrian, obligándose a aguantar la mirada angustiada de Zulema—. Me sentí atraído por ti desde el mismo día en que llegaste a casa junto a mi madre, con tus ojos verdes brillando de curiosidad y expectación, mientras lo observabas todo como si fuese un mundo nuevo recién descubierto. No podía apartar los ojos de tus cabellos de fuego y de tu rostro dorado por el sol. Ese mismo día supe que te quería y me odié por sentir algo así. Mi padre acababa de morir y yo me estaba enamorando de la que iba ser mi futura hermana.

Zulema se incorporó sobresaltada y confundida, sin saber muy bien cómo reaccionar o qué decir ante lo que Adrian acababa de confesarle.

—Lo siento —se disculpó Adrian, avergonzado y pesaroso, aunque aliviado por haber podido expresar con palabras los sentimientos que llevaba años reprimiendo—. Esperaba no tener que decírtelo nunca, pero no puedo soportar que pienses que te he estado apartando de mi vida por algún tipo de reproche, aunque eso suponga que ahora seas tú la que me odies a mí.

Zulema estaba a punto de replicar a Adrian cuando el sonido de unos nudillos golpeando la puerta se lo impidió, obligándola a aparcarse la conversación para un momento mejor.

Eric entró en la habitación sin disimular su cansancio y preocupación, a la vez que lanzaba un suspiro de alivio. En su mano derecha llevaba una bolsa de deportes negra que llamó de inmediato la atención de los Cavendish.

—¿Dónde demonios has estado? —preguntó Adrian, aliviado de ver aparecer por fin a su amigo, pero impaciente por averiguar qué le ocurría.

—Antes de nada, debo explicaros lo que ocurrió en Atenas mientras os esperaba en el hotel —contestó, sentándose frente a ellos.

—¿En Atenas? —repuso Adrian— Pero, ¿por qué has esperado a contarlo hasta ahora?

—Ni yo mismo sé la respuesta a eso —reconoció Eric con pesar—. Al principio, era como si hubiese sido un sueño o algún tipo de alucinación que era incapaz de expresar con palabras. No ha sido hasta que llegamos frente las puertas de este hotel que he podido recordar lo sucedido con claridad. Es por eso que he decidido actuar como lo he hecho, porque he comprendido el terrible peligro al que nos enfrentamos.

—Será mejor que nos lo cuentes todo desde el principio —le aconsejó Zulema, consciente del mar de nerviosismo que confundía al joven.

Eric se acomodó en su silla, dispuesto a contarles todo con pelos y señales. Les relato su

mortal encuentro con Robert Wallace en la habitación de Zulema, sus amenazas y su pelea a muerte con él, hasta el momento en que quedó inconsciente bajo el antinatural influjo de la asistenta del hotel, para despertarse después en su propia habitación como si nada hubiese ocurrido.

A medida que Eric les relataba lo sucedido, los Cavendish pasaron de la sorpresa inicial al asombro y la preocupación más absoluta.

—Tuvo que manipular tu mente de alguna manera —explicó Zulema, sintiendo como la boca de su estómago se contraía—. No es posible que lo que dices haya ocurrido tal cual. Mi habitación estaba intacta, no había nada roto ni siquiera fuera de su sitio.

—Yo tampoco lo entiendo —admitió el muchacho abrumado—. Pero lo que sí sé es que, si me quedaba alguna duda de que en todo esto estaban implicadas fuerzas sobrenaturales, ya se han disipado. Os aseguró que el golpe que le di a Wallace era mortal de necesidad y que algo estuvo ofuscando mi mente hasta que pisamos el suelo de El Cairo.

—¿Y todo para que viniésemos aquí? ¡No tiene sentido! —se lamentó Adrian, intentando encontrar alguna lógica a lo que Eric les acababa de contar— ¿Por qué nos atacó entonces en Bath?

—Creo que buscaba algo —repuso Zulema—. Algo que no encontró y que intentaba localizar en mi habitación en Atenas.

—¡La tablilla con los jeroglíficos egipcios! —exclamó Adrian, siguiendo el razonamiento de la muchacha— ¡Lo que quería era hacerse con ella, no impedirnos buscar a mi padre! Mi madre nos ha pedido una y otra vez, en su diario y en la carta que encontramos en la caja de seguridad, que no viniésemos a El Cairo, ahora me pregunto si no llevaba razón.

—Sea como sea, estamos aquí —le interrumpió Zulema—. Ahora ya no sirve de nada preocuparnos por eso. Lo que tenemos que hacer es decidir qué hacemos a continuación.

—Volver a Inglaterra —añadió Adrian con rotundidad—. Algo nos está esperando aquí y, aunque desee más que nada en el mundo averiguar qué le ocurrió a mi padre, no puedo arriesgarme a que os ocurra algo por mi culpa.

—Creo que ya hemos tenido esta conversación —le reprochó Zulema—, y no estoy dispuesta a abandonar. Además, ¿no te has parado a pensar que si nos volvemos podemos estar poniendo en riesgo a Eric? Esa cosa le amenazó si nosotros no veníamos a Egipto. Aunque ahora parece volver a controlar su mente, no sabemos qué puede pasarle si abandonamos.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo de seguir adelante —aseguró Eric—. Yo quise venir y asumo la responsabilidad de lo que me pase.

Adrian bajó la cabeza y cerró los ojos, frotando sus pupilas con las yemas de los dedos como si intentase estrujar su cerebro en busca de una salida para la encrucijada en que se encontraban. La responsabilidad sobre lo que pudiese ocurrir recaía sobre sus hombros como una losa demasiado pesada para sobrellevarla en soledad. Tras unos minutos, en que los tres muchachos estuvieron perdidos en sus pensamientos en completo silencio, Adrian tomó una decisión.

—¡Está bien! —exclamó con resignación, asumiendo finalmente que no había vuelta atrás para el camino que habían emprendido— Aunque ahora nos volviésemos a Inglaterra, esa cosa, sea lo que sea, que ha poseído al hijo del profesor Wallace, quiere algo de nosotros y no nos va a dejar en paz. Si queremos terminar de una vez con esta amenaza tendremos que hacerlo aquí y ahora.

—Sabía que al final tomarías esa decisión —intervino Eric complacido—. Por eso, espero que comprendas por qué he ido a buscar esto.

El muchacho colocó la bolsa de deportes sobre la cama y comenzó a abrir la cremallera lentamente, mientras sopesaba la reacción que sus amigos iban a tener. Con lentitud extrajo tres pistolas semiautomáticas de pequeño calibre, junto a varias cajas de munición, que depositó sobre la colcha.

—¿Qué es esto? —preguntó Adrian sin poder evitar su sorpresa.

—He estado intentando obtener un arma desde que salimos de Londres. Pensaba conseguirla sin que os enteraseis, por eso, en Antenas, salí a concertar una operación para cuando llegásemos a El Cairo — confesó Eric —. Pero, después de lo sucedido cuando volví al hotel, comprendí que todos estamos en grave peligro y que debemos intentar protegernos con todo lo que esté a nuestro alcance. En principio mi contacto me iba a proporcionar una sola arma pero, tras negociar un buen rato y pagar bastante más de lo que cuestan, he logrado una pistola para cada uno de nosotros con su munición correspondiente.

Adrian se acercó a las pistolas, indeciso y un poco asustado, ya que siempre había sentido un gran rechazo a las armas.

—No creo que sea buena idea —repuso poco convencido—. No podemos ir por ahí llevando unas pistolas que no sabemos de dónde pueden haber salido. Podemos terminar en prisión acusados de posesión ilegal de armas o algo peor. Además, no parece nada claro que sirvan de mucho si aquello a lo que nos enfrentamos es de naturaleza sobrenatural.

—Ese es un riesgo que tendréis que valorar vosotros mismos —contestó Eric completamente decidido—. Yo te puedo asegurar que prefiero ir a la cárcel antes que volver a enfrentarme con esa cosa sin tener con qué defenderme.

Zulema dio un paso al frente acercándose a la cama y recogiendo una de las pistolas con firmeza, ante la mirada perpleja de Adrian.

—Eric tiene razón —reconoció con rotundidad—. Debemos tomar todas las precauciones que estén a nuestro alcance. Algo nos está esperando en esta tierra y no debe volver a pillarnos desprevenidos.

Adrian se sorprendió por el tono de dureza con el que había hablado Zulema. Por primera vez vio de forma diferente a la mujer joven y frágil que estaba acostumbrado a contemplar con admiración. En su interior parecía agazaparse algo verdaderamente feroz. Con resignación, escogió al azar una de las restantes armas. El metal de la pistola le pareció tan frío como la misma muerte.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Eric, satisfecho de que los Cavendish hubiesen comprendido la gravedad de la situación.

—Buscaremos ayuda —repuso Adrian—. Me he estado negando a aceptar que en todo esto había algo antinatural, pero es hora de que lo afrontemos con todas las consecuencias. Necesitamos a alguien que pueda ayudarnos a comprender mejor a qué nos enfrentamos y creo que conozco a la persona ideal.

—¿Quién? —preguntó Zulema intrigada.

—Un viejo egiptólogo al que mi padre solía considerar un iluminado medio loco por sus teorías extravagantes sobre el origen de Egipto y su obsesión con la magia y el exoterismo. Sé que colaboraba con el museo del Cairo y Espero que pueda arrojar algo de luz sobre lo que está pasando. Además, posiblemente sea de los pocos arqueólogos capaces de traducir los jeroglíficos de la tablilla de mi padre.

4

Empezó a quitarse con lentitud el vendaje que ocultaba la mitad de su rostro, mientras contemplaba su aspecto demacrado en el espejo del baño. A medida que desprendía la venda, que se había adherido con fuerza a sus heridas coaguladas, trozos de carne y sangre caían en la pila tiñéndola de un color parduzco y sanguinolento.

Cuando terminó de retirar completamente la tela, el golpe mortal que había recibido quedó al descubierto con toda su crudeza. Medio cráneo estaba hundido y parte de la masa encefálica blanquecina asomaba entre las astillas del hueso desnudo. Por un momento sintió una punzada de angustia, al contemplar la imagen de su rostro muerto en el cristal, pero su pesar fue olvidado inmediatamente por la fuerza de su misión, grabada a fuego en lo más profundo de su ser.

Contempló de nuevo su reflejo, mientras comenzaba a diluirse, dando paso a otro rostro completamente distinto al suyo. Aunque cualquier sentimiento humano había sido sepultado en su interior, ahogado por la presencia que dominaba su voluntad, aún hubo un resquicio de horror que destelló en su consciencia, al contemplar la mirada oscura y feroz que le observaba desde el otro lado del espejo.

La figura, embozada en una túnica amarillenta y gastada, le miraba, a través de sus ojos verdosos y malignos, con cierta burla y satisfacción, cómo si su aspecto demacrado y muerto fuera para él un objeto de retorcida complacencia.

No hubo palabras pronunciadas, sólo pensamientos que invadieron su mente en una nueva violación de su ser. «Ya están aquí, pero aún no me has traído lo que te pedí». Un dolor lacerante atravesó todo su cuerpo haciéndole retorcerse como si mil fuegos quemasen su piel. «Termina tu trabajo y te dejaré descansar, pero, si vuelves a fallar, tus tormentos no tendrán fin».

El dolor cesó tan repentinamente como había comenzado, a la vez que el espejo recuperaba la imagen de su propio rostro destrozado, quedando en su interior el eco de un grito lejano de desesperación y horror, que pronto se disipó en su mente vacía.

5

El doctor Haitham Asfur llevaba inquieto e impaciente desde que recibiese aquella llamada a primera hora de la mañana. En cuanto le informaron de que debía suspender todas sus actividades para atender con urgencia a dos sacerdotes enviados por el Vaticano, tuvo el presentimiento de que se trataba del Círculo. Sólo ellos podían conseguir mover sus influencias con tanta rapidez y sólo ellos podrían interesarse en sus teorías. Nunca había conocido a ningún miembro de aquella organización eclesial, cuya existencia negaba El Vaticano con insistencia, pero siempre había sospechado que, tarde o temprano, se presentarían ante él debido a la naturaleza de sus investigaciones.

El teléfono del despacho empezó a sonar con su timbre monofónico habitual. Lo descolgó de inmediato y la voz lacónica de su secretario le informó de que sus visitantes habían llegado.

Dos hombres entraron saludándole educadamente. Iban vestidos de paisano y sólo un anillo, en el que se fijó de inmediato, delataba su verdadera condición. Por un momento pensó en preguntarles directamente si pertenecían al Círculo Octogonus, pero luego decidió que sería una torpeza y que, además, probablemente lo negarían.

Cuando el sacerdote de más edad se presentó como el padre Elías, Asfur sintió como se le hacía un nudo en la garganta. Si tenía alguna duda sobre quiénes eran aquellos religiosos, el

nombre del sacerdote las disipó de inmediato. Conocía la fama de aquel hombre y se sintió realmente impresionado ante la oportunidad de conocerle en persona.

El sacerdote más joven, que se presentó como el padre Alviero, parecía nervioso e inquieto mientras depositaba en su escritorio una gruesa carpeta repleta de documentación.

—Siento la precipitación con que le hemos pedido que nos recibiera, pero necesitamos su ayuda con urgencia —se excusó el padre Elías, acomodándose junto a la mesa y mostrándole un pequeño documento en el que se le pedía su completa colaboración.

Asfur examinó el certificado, comprobando con asombro que estaba rubricado por la firma del Ministro de Interior, lo que despejó cualquier duda que pudiese quedarle sobre la importancia del asunto.

—Normalmente no trataríamos estos hechos con un laico —confesó el padre Elías—. Pero la gravedad de los sucesos que nos traen aquí lo hace necesario. Necesitamos que nos ayude a localizar un personaje concreto de la historia egipcia, del que tenemos algunas referencias, pero cuya identidad no conocemos con exactitud.

—Llevo más de cuarenta años estudiando egiptología, pero hay expertos mucho más cualificados que yo en historia antigua —repuso Asfur—. Ellos podrían informarles con más precisión que yo.

—Sabemos que existen arqueólogos con un conocimiento de la historia egipcia mayor que el suyo, pero hay muy pocos que conozcan en mayor profundidad los aspectos que a nosotros nos interesan.

—¿Qué quiere decir?

—Conocemos sus estudios e ideas sobre las concepciones sobrenaturales y la magia del Antiguo Egipto y creemos que el personaje que buscamos estaba muy implicado en esos aspectos de la cultura.

Asfur tragó saliva al comprender que aquellos hombres conocían su trabajo en profundidad. Casi nadie en la comunidad científica se había interesado en sus estudios sobre los rituales mágicos egipcios, sobre todo a raíz de declarar públicamente que creía en su realidad sobrenatural. Fue ridiculizado por ello y sólo, gracias a renunciar a aquellas ideas públicamente y volver a la ortodoxia, había podido alcanzar un puesto relevante en el Museo del Cairo. Muy poca gente sabía que, en privado, había continuado sus investigaciones y mantenía sus convicciones intactas.

—¿Qué buscan exactamente?

—Necesitamos identificar a un sumo sacerdote egipcio que pudo ser condenado al

«damnatio memoriae» por algún crimen terrible contra el Faraón —intervino el padre Alviero.

—Eso no va a ser nada fácil —aseguró Asfur—. No hay constancia de que ningún sumo sacerdote fuese sometido a ese castigo.

—Cuesta creer que, a lo largo de los miles de años de historia egipcia, ningún sacerdote sufriese el borrado de su nombre —insistió el padre Alviero.

—No he dicho que no sea posible, simplemente que no tenemos constancia. Existen muy pocos datos sobre personas sometidas a la eliminación de su identidad, tenga en cuenta que era la condena más grave que se podía imponer a un egipcio. Era considerado peor que la propia muerte, ya que suponía la completa eliminación del nombre del ajusticiado de cualquier lugar en que hubiese sido reflejado y, para los egipcios, un hombre sin nombre era un hombre que no existía, un hombre condenado al olvido eterno —explicó Asfur—. Si el sacerdote que buscan fue eliminado por completo de la historia, es muy probable que no nos haya llegado ningún documento sobre él. La única posibilidad es que podamos encontrar alguna referencia indirecta a su persona o al delito que cometió. ¿Tienen otros datos que puedan ayudar?

El padre Alviero le entregó unos folios mecanografiados en los que relataba, a grandes rasgos, y sin precisar el escenario terrorífico en que se había producido, frases y datos recopilados en sus investigaciones.

Asfur los examinó con cuidado durante unos segundos para luego levantar la vista y mirar a los dos sacerdotes fijamente.

—¿De qué trata todo esto? —preguntó confuso—. No puedo hacer correctamente lo que me piden si no me dan toda la información. Esto son sólo retazos de conversaciones, palabras y expresiones sueltas. Necesito el contexto en que se produjeron.

—Créame —contestó el padre Elías, con la esperanza de apaciguar al arqueólogo—. Es mejor que no conozca todos los detalles.

Asfur intuía que allí podía estar la confirmación a sus investigaciones y teorías. El referendo de que los rituales mágicos egipcios fueron reales y que las entidades sobrenaturales pasaron una vez sobre la faz de la Tierra. Estaba seguro que en toda una vida no volvería a presentársele una oportunidad de penetrar en los misterios del Más Allá, como la que suponían aquellos dos sacerdotes del Círculo Octogonus solicitando su ayuda.

—Entonces me temo que no podré ayudarles —repuso con obstinación el doctor Asfur, consciente de estar lanzando un órdago peligroso—. Será mejor que busquen a otro egiptólogo que pueda trabajar en estas condiciones.

Los dos sacerdotes se cruzaron una mirada de complicidad, antes de tomar una decisión.

—Está bien —concedió al fin el padre Elías, para alivio de Asfur que por un momento había temido que se levantasen y abandonases la sala— ¿Supongo que comprenderá que lo que aquí le revelemos aquí se quedará?

—Naturalmente.

—Desde hace algunos años se han sucedido fenómenos de carácter sobrenatural en distintas partes del planeta. Tras numerosas investigaciones, hemos llegado a la conclusión de que una entidad proveniente del Antiguo Egipto ha sido capaz de reencarnarse y está intentando controlar un objeto de poder inimaginable al que llamamos la Fuente. Las frases principales de esas hojas provienen de un ritual de exorcismo egipcio realizado a un fraile poseído por la entidad. Necesitamos saber la identidad original del ente para poder combatirlo, ya que creemos que supone una amenaza muy grave para el orden espiritual del mundo.

El doctor Haithan Asfur suspiró con fuerza intentando asimilar aquellas frases que, con escalofriante precisión, había ido desgranando el sacerdote de más edad. En cualquier otra circunstancia y, a pesar de su convencimiento personal de que el mundo sobrenatural era una realidad, hubiese pensado que aquellos dos hombres estaban trastornados y que su historia era una mera locura. Pero, la carta con la firma del Ministro de Interior y sus anillos dorados del Círculo Octogonus, le convencieron de que todo lo que había sospechado durante años se acababa de hacer realidad frente a él. Procurando calmar su excitación, Asfur volvió a examinar el documento que le diese el padre Alviero con mayor cuidado.

—¿Funcionó el exorcismo? —preguntó, mientras examinaba las frases escritas con precisión en el papel— ¿Lograron salvar al religioso?

—Sólo a medias —confesó el padre Elías—. Fray Cariglia se liberó de la entidad, pero murió al finalizar el exorcismo.

—¿Ha dicho Cariglia? —exclamó Asfur, dejando caer los papeles sobre la mesa.

—¿Lo conocía? —repuso el padre Elías confundido por la reacción del egiptólogo.

—Conocí a un fraile llamado así hace varios años —contestó Asfur, notando que la garganta empezaba a secársele, como solía ocurrirle cuando era presa de la ansiedad—. Le recuerdo porque vino con un historiador inglés muy conocido, Sir William Cavendish. Estaban buscando información sobre una tumba.

—¿Tenía que haberlo imaginado! —exclamó el padre Elías sonriendo— Igual que yo conozco sus estudios y sus teorías, Cariglia tenía que conocerlas también. Es lógico que, al igual que nosotros, viniese a consultarle.

—¿Ha dicho que buscaba una tumba? —preguntó el padre Alviero, intuyendo la importancia

de aquel dato.

— Sí, buscaban la tumba de un dios egipcio, Toth. Al principio me pareció una locura, pero tenían pruebas muy convincentes que avalaban la posible existencia de un enterramiento real.

El padre Alviero sintió el corazón latir con fuerza en su pecho cuando oyó el nombre del dios Toth, aquello era la confirmación de que sus conclusiones, tras estudiar los libros destruidos en Santa Catalina, eran correctas y de que aquel nombre contenía la clave que les llevaría a localizar la Fuente y la entidad que la estaba controlando.

—Necesitamos toda la información que pueda recordar y sería muy importante localizar al historiador inglés que acompañaba a Cariglia —explicó Alviero con excitación.

—Eso no va a ser posible —repuso Asfur—. Cavendish murió poco después de aquella entrevista en un terrible accidente. Fue realmente trágico, era uno de los historiadores británicos más reputados y de mayor proyección internacional.

La mirada que, una vez más se cruzaron los dos sacerdotes, fue suficiente para que el historiador sospechase que aquel accidente no había sido casual. Un escalofrío recorrió su columna vertebral, al comprender que se estaba viendo envuelto en algo que iba mucho más allá de una oportunidad para avalar sus ideas, algo que podía ser realmente peligroso. Asfur no era un hombre valiente y, por un momento, se arrepintió de haber forzado a los sacerdotes a contarle lo sucedido. El sonido del teléfono le sacó de sus cavilaciones. Al otro lado de la línea surgió la voz de su secretario un tanto alterada.

—Hay aquí unos jóvenes que insisten en verle.

—Ahora es imposible —se excusó Asfur, molesto por la interrupción—. Diles que te dejen un teléfono de contacto y les llamaré en cuanto me sea posible.

—Ya se lo he dicho, pero insisten. Uno de ellos dice ser el hijo de Sir William Cavendish y asegura que necesita tratar con usted un tema de vida o muerte.

Asfur estuvo a punto de soltar el teléfono por la sorpresa, pero consiguió sobreponerse lo suficiente para decirle a su secretario que los dejase pasar.

Adrian suspiró con alivio, ante la mirada sonriente de Zulema, cuando el obstinado ayudante del egiptólogo les permitió pasar al despacho. Decirle que era un asunto de vida o muerte quizá no hubiese la mejor idea, ya que le obligaría a confesar la gravedad real de lo que ocurría al egiptólogo y, hasta ese momento, había esperado no tener que ser demasiado explícito con él, pero, la obstinada negativa del secretario a dejarles entrar, no le había dejado otra opción.

Localizar al doctor Haitham Asfur había sido más fácil de lo esperado. Adrian sabía que trabajaba para el museo, pero lo que no sospechaba era que, aquel hombre al que su padre calificaba de genio excéntrico y marginal, se había convertido en uno de los directores de la Institución. Encontrarle había sido tan sencillo como llamar por teléfono al museo. El problema era que conseguir una cita con él tardaría semanas, y eso era algo que no podían permitirse. Por eso, los tres muchachos habían decidido presentarse en su despacho e intentar verle de inmediato.

Cuando las puertas de la oficina se abrieron, se encontraron con que, junto a Asfur, que estaba sentado frente a su escritorio, se encontraban dos hombres que se levantaron a saludarles de inmediato. Ante la sorpresa de los jóvenes, resultó que se trataba de dos sacerdotes.

—Sé que no es algo demasiado educado —intentó excusarse Adrian mientras saludaba al doctor Asfur, que parecía extrañamente silencioso—, pero lo que tenemos que contarle es muy importante y necesitamos hacerlo en privado.

—Creo que no será necesario —contestó el arqueólogo, ante la mirada confundida del muchacho—. Si de verdad eres Adrian Cavendish, estos dos hombres también necesitan hablar contigo. Ahora mismo estábamos hablando de tu padre.

El padre Elías decidió intervenir al ver la mirada de desconcierto de los jóvenes.

—Probablemente os sea difícil de creer, pero creemos que lo que habéis venido a tratar con el doctor Asfur puede tener una relación directa con lo que a nosotros nos ha traído hasta aquí.

—¡Eso no es posible! —protestó Zulema, preocupada por la intrusión de aquellos desconocidos— Se trata de un tema muy personal. Creo que será mejor que volvamos en otro momento.

—Me doy cuenta de que estáis asustados —replicó el sacerdote —. Puedo notar que habéis tenido contacto con entidades del otro lado.

Eric, que había permanecido callado observando la escena, empezó a acercarse con discreción su mano a la cintura donde, a pesar de la desaprobación de los Cavendish, llevaba su pistola, dispuesto a defenderse si aquellos hombres resultaban ser algo más que dos simples religiosos. No iba a permitir que nadie volviese a sorprenderle.

—No tenéis de qué preocuparos —continuó el padre Elías, mirando fijamente a Eric como si adivinase sus intenciones—. Estamos aquí para ayudaros. ¿No es eso lo que habéis venido a buscar?

Adrian se sentía como si los ojos acerados del anciano religioso pudiesen asomarse a su interior. Algo en su mente le decía que debía confiar en aquellos hombres. Miró a Zulema y vio que la joven estaba asustada, su piel se perlaba de sudor y sus pupilas parecían brillar con más

fuerza que nunca.

—¿Qué saben exactamente de nosotros? —preguntó Adrian, esperando en lo más íntimo de su ser que aquellos hombres fuesen realmente la respuesta que buscaban.

—En realidad sabemos muy poco —reconoció el padre Elías, aliviado al ver que las defensas de los jóvenes empezaban a ceder—. Sabemos que tu padre vino aquí hace unos años en busca de ayuda para localizar la tumba del dios Toth y sabemos que vino con un hombre al que yo apreciaba como un hermano, Fray Cariglia. Poco después de aquella visita, tu padre murió en un accidente y mi amigo perdió la cordura para siempre.

—Supongo que todo eso puede ser cierto, aunque desconozco qué es exactamente lo que mi padre hizo cuando vino a esta ciudad —repuso Adrian—. Pero, aunque lo fuese, eso no explica qué hacen ustedes aquí, ahora y qué tiene que ver con nosotros.

—Estamos aquí porque la entidad que mató a tu padre e hizo perder la razón a Cariglia, sigue ahí fuera y se está volviendo cada vez más peligrosa. Su poder crece de día en día y hemos venido a acabar con ella.

Los tres jóvenes se miraron entre sí, aturridos e impresionados ante las palabras, cargadas de seguridad, del anciano. Aquello parecía descabellado, pero confirmaba sus temores de encontrarse ante entidades sobrenaturales de gran poder.

—Hay algo que no entiendo —intervino Zulema—. No le hemos contado a nadie que veníamos al museo, ni siquiera lo sabíamos nosotros mismos cuando nos hemos levantado esta mañana. ¿Cómo podían ustedes estar aquí esperándonos?

—No lo sabíamos —repuso en esta ocasión el padre Alviero—. Ha sido una increíble casualidad. Tenéis que creernos.

—Eso no es del todo cierto —le contradijo el padre Elías—. La verdad es que el padre Alviero y yo pertenecemos a una organización especial de la Iglesia, que se encarga de tratar temas sobrenaturales que se salen de la ortodoxia religiosa. Aunque a él aún le cuesta admitirlo, lo cierto es que los dos poseemos ciertas capacidades «especiales» que nos hacen proclives a estas «casualidades».

Si les hubiesen contado algo así hace sólo unos días, ninguno de los tres jóvenes le hubiese dado ningún crédito, pero sus experiencias recientes les habían hecho variar considerablemente su valoración de lo que era o no posible, así que no les costó admitir que lo que les contaban los sacerdotes podía ser cierto.

Adrian miró a Eric y comprobó que empezaba a relajar su postura y que Zulema ya no parecía tan atemorizada. Tras mirar una vez más a los dos religiosos, intentando encontrar en su

aspecto algo que denunciase alguna intención oculta, decidió jugárselo todo a una carta. Sin omitir una sola coma, Adrian empezó a desgranar con total sinceridad todo lo ocurrido, desde que su madre muriese y hallasen su diario, hasta el mismo momento en que llegaron a la puerta de aquel despacho en el Museo del Cairo. Para él fue una auténtica catarsis. Sintió como la presión en el pecho, que le había acompañado los últimos días, aligeraba su carga sustituida por la esperanza de encontrar por fin ayuda y algo de orientación en aquel laberinto irracional.

Haitham Asfur, que asistía a su relato en mudo silencio, pasó del temor y la confusión inicial a una absoluta fascinación, a medida que Adrian relataba los extraños sucesos que les habían perseguido los últimos días. Cuando el muchacho terminó su relato, no pudo evitar lanzar un fuerte suspiro.

—¿Y por qué pensasteis en venir a verme a mí precisamente? Estoy seguro que Sir William conocía egiptólogos de más prestigio que yo —preguntó Asfur.

—Mi padre hablaba muy bien de usted —contestó Adrian con sinceridad—. Aunque la verdad es que decidí consultarle porque pensé que sería el único que nos creería.

—Y no te falta razón —reconoció el egiptólogo—. Si no fuese por el prestigio de tu padre y la presencia de estos hombres y lo que ya me han contado ellos, no sé si os hubiese podido creer.

—No hay razón para poner en duda nada de lo que nos han contado —intervino el padre Elías—. Parece muy probable que la misma fuerza sobrenatural que nosotros intentamos rastrear sea la responsable de lo que os ha pasado.

—Entonces, ¿lo que cuenta mi madre en su diario es cierto? —preguntó con ansiedad Adrian— ¿Está vivo mi padre?

—Eso es algo que no me atrevería a asegurar. Es muy difícil saber qué pretende una fuerza diabólica como aquella a la que enfrentamos. Puede que tu madre dijese la verdad, pero no podemos descartar que fuese víctima de algún tipo de engaño retorcido.

—¿Y qué debemos hacer? —exclamó Eric, acercándose a los sacerdotes— He probado en primera persona lo que esa cosa es capaz de hacer. ¿Pueden ustedes ayudarnos o protegernos de alguna manera?

—No creo que estéis en un peligro inmediato —repuso el padre Elías—. En mi primer encuentro con ese ser tuve la sensación de que tenía su atención centrada en algo que percibía como un riesgo y, ahora sé que ese algo eráis vosotros. Por lo que nos habéis contado y lo que nosotros ya sabíamos, estoy convencido de que hay algo que vosotros tenéis que él quiere con desesperación, pero a lo que tiene el suficiente respeto para no atreverse a haceros daño. Tenemos

que averiguar de qué se trata.

Zulema puso su bolso sobre el escritorio del arqueólogo, extrayendo de su interior la pequeña figura de un menhir. Ante la mirada estupefacta de Asfur, cogió un pequeño abrecartas y rasgó los bordes de la base, desprendiéndola con cuidado.

—Eric la escondió aquí —explicó, extrayendo la tablilla que encontrasen en la caja de seguridad de Londres—. ¿Podría ser esto lo que busca?

—¿Habéis traído la tablilla? —exclamó Asfur, cogiéndola de inmediato y comenzando a examinarla con fascinación— Podríais haberos metido en serios problemas, esto es tráfico de antigüedades.

—¿Puede traducirla? —preguntó Adrian.

—Creo que sí, aunque está escrita en un tipo de jeroglíficos muy arcaico. Sin lugar a dudas, no se trata de un documento ordinario. Fue cincelado sobre basalto verde, un material durísimo que va siempre ligado al Mas Allá. Siempre lo había visto utilizado en sarcófagos, vasos, amuletos e incluso suelos de templos funerarios y algunas estatuas, pero nunca como base para una escritura tan diminuta y detallada.

El arqueólogo apartó la vista de la pieza como si hubiese recordado algo, levantándose de la mesa con rapidez. Se acercó a la pared y movió uno de los cuadros, que representaba una escena cotidiana de la vida en el Bajo Nilo, descubriendo una pequeña caja fuerte que abrió con impaciencia. De su interior extrajo una carpeta que puso sobre la mesa ante la mirada expectante de los presentes.

—¡Sabía que había visto estos jeroglíficos! —exclamó con tono triunfal, mientras comparaba las anotaciones de las hojas, que acababa de esparcir sobre la mesa, con la tablilla que le habían entregado— ¡No me explico cómo he podido olvidarlo! Afortunadamente, he reconocido el texto nada más ver la primera secuencia de ideogramas. Tu padre me trajo estos mismos jeroglíficos para que los tradujese cuando vino a verme con Cariglia.

Adrian observó la hoja de papel en la que estaban dibujados minuciosamente los jeroglíficos, reconociendo de inmediato la forma detallista y precisa de escribir de su padre.

—Sir William no se arriesgó a traer la tablilla, se limitó a transcribir la escritura a papel para que pudiese traducirla. Vosotros deberíais haber hecho lo mismo —les reprochó Asfur.

—No estábamos seguros de si era auténtica —se excusó Zulema— Pensábamos que era importante tener la pieza original para que algún experto pudiera autentificarla.

—¡Está claro que Sir William no albergaba esas dudas! —exclamó el arqueólogo.

El padre Elías se acercó a la mesa para observar por sí mismo los jeroglíficos. En su

interior sentía que aquel trozo de basalto era sumamente importante.

—Entonces, ¿tiene ya una traducción? —preguntó el sacerdote, mientras examinaba la piedra con detenimiento, como si pasar su mano por su superficie pulida pudiese ayudarle a comprender mejor su significado— Lo que aquí ponga puede ser la clave que andamos buscando.

—¡Claro! —respondió con una sonrisa Asfur— El texto es fascinante y lo tengo grabado en la memoria.

—Supongo que habla del dios Toth —observó el padre Alviero.

— Para ser exactos, se trata de un relato sobre la destrucción del Libro de Toth.

—¿Por qué no nos explica primero qué es El Libro de Toth? —sugirió el sacerdote, ansioso por confirmar definitivamente sus sospechas de que aquel objeto no era otra cosa que lo que la Iglesia llamaba la Fuente— Así podremos entender mejor qué es lo que pone en la tablilla.

—Está bien —repuso el historiador, acomodándose en su silla y preparándose para una larga exposición—. Para comprender qué es exactamente El Libro de Toth, hay que saber primero quién era Toth. Toth es el nombre griego con el que se conoce al dios egipcio Dyehuty. Se le representa normalmente con cabeza de Ibis, una pluma y una tablilla celestial. En algunas iconografías se le representa también con cabeza de babuino. La tradición egipcia le identifica como dios de la sabiduría. Es el gran calculador del Cosmos, el que divide el tiempo y construye los calendarios. Es el mensajero que recibió el lenguaje de los dioses, convirtiéndose así en el introductor de la escritura en el pueblo egipcio.

—¿Y por qué se le identifica con Hermes Trimegisto? —preguntó Adrian— Mi padre consiguió la tablilla de Andreas Kaminis, que era un experto en Hermes.

—Los griegos incorporaron gran parte de la mitología egipcia a la suya propia, por lo que algunos de los atributos de Toth fueron a pasar al dios heleno Hermes. Después, hacia el primer o segundo siglo de la era cristiana, se le comenzaría a llamar Hermes Trimegisto, asimilándole a un personaje histórico y atribuyéndole la autoría de todo un grupo de obras filosóficas, que compondrían después la llamada «literatura hermética».

—Pero, entonces... —insistió Adrian— ¿Toth es un personaje real o una mera figura mitológica?

—Hasta que tu padre vino a verme, hubiese jurado que era pura mitología basada en leyendas, pero, después de ver la seguridad con la que él defendía que había sido un personaje completamente real, he de decir que cambié de idea —reconoció Asfur—. Ahora creo que debió vivir realmente en tiempos predinásticos.

—¿Y el Libro de Toth? —preguntó el padre Alviero, impaciente por conseguir

información sobre la reliquia.

—La primera alusión al Libro de Toth aparece en el papiro de Turis, que fue publicado en Paris en 1868 —continuó el historiador—. En él se habla de una extraña conspiración mágica para acabar con la vida del Faraón junto con sus principales consejeros. Para llevar a cabo el magnicidio se realizó un ritual mágico con ayuda del Libro de Toth. La conspiración fue detenida y todos los que colaboraron, más de cuarenta funcionarios y seis damas de la Corte, fueron ejecutados. Entonces se produjo la primera destrucción del Libro que, al parecer, fue quemado.

—¿La primera destrucción? —exclamó Adrian.

—Efectivamente —insistió Asfur—. No parece que el intento de destruirlo tuviese demasiado éxito. El Libro de Toth reapareció de nuevo en época del Faraón Kaunas, hijo de Ramsés II, que decía poseer el original escrito por el propio Toth y que, asustado por su poder, decidió mandarlo quemar una vez más. Pero, parece que esta vez tampoco el Faraón lo consiguió; en 1828 se descubrió la «Estela Metterich», que data del año 360 antes de Cristo. En ella se nombra de nuevo al Libro y se dice que el propio Toth destruyó su obra expulsando a Set y a los siete señores del mal. Después de esta fecha, el Libro de Toth vuelve a ser nombrado y cobra nuevo auge con el hermetismo en plena Edad Media. Muchos magos y charlatanes de aquel periodo aseguraron poseerlo, pero nunca fue visto realmente un ejemplar impreso de la obra.

—Según los archivos de la Iglesia —intervino el padre Alviero vivamente interesado—, el libro fue quemado al menos treinta veces por la Inquisición, pero en todos los casos no eran más que obras falsas que pretendían atribuirse sus míticos poderes.

—En Grecia mi padre se interesó especialmente en una obra de Hermes; La Tabla Esmeralda —intervino Adrian esforzándose por comprender mejor lo que buscaba su padre—. Si Hermes y Toth son el mismo personaje ¿es posible que la Tabla Esmeralda sea en realidad el Libro de Toth?

—Es muy probable —reconoció Asfur—. A ambas obras se las confieren unas cualidades y poderes similares y tampoco existe una copia realmente fiable de La Tabla Esmeralda como ocurre con El Libro de Toth.

—¡Poderes! —exclamó Adrian abrumado— ¿Cómo puede un simple libro tener ningún tipo de poder?

—Todos los libros tienen un gran poder —le corrigió el padre Alviero con rotundidad—. La palabra es el origen de todo saber y de la existencia misma. Al propio Dios se le denomina el Verbo. No hay nada más poderoso que el conocimiento almacenado en las palabras escritas en las hojas de un libro.

—¿Y qué es exactamente lo que había escrito en el Libro de Toth? —insistió Adrian.

—Nadie lo sabe a ciencia cierta —admitió Asfur, retomando de nuevo el hilo de su explicación—. Lo único que sabemos es que Toth tenía un vastísimo conocimiento que superaba en mucho a sus posibles coetáneos egipcios. Según Jámblico realizó más de 20.000 escritos y para Clemente de Alejandría, sería autor de más de 42 volúmenes. El Libro de Toth era su obra más importante y en ella se encontraba la esencia de la propia creación. De él se decía que quién lo poseyese podría mirar a la cara al sol, tendría poder sobre las cosas de la tierra, del cielo y del mar, podría entender el idioma de los animales y hasta sería capaz de resucitar a los muertos o controlar a distancia a cualquier persona.

—¡Dios mío! —exclamó Adrian, mirando a Zulema y Eric que parecían tan impresionados como él mismo.

—Supongo que os dais cuenta que eso es exactamente lo que ha estado pasando —explicó el padre Elías, poniendo su mano sobre el hombro de Adrian en un intento de reconfortarlo—. Creemos que ese libro es la clave. Alguien lo está utilizando para lograr un poder que sólo le corresponde a Dios.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Eric, acercándose al sacerdote con una mezcla de indignación y desesperación dibujados en su rostro— Yo he sentido ese poder. He visto a alguien que debería estar muerto levantarse de nuevo y he notado como algo se introducía en mi mente impidiéndome pensar.

—Ante todo, no debéis dejar que el temor os paralice —les aconsejó el padre Elías, en un tono de voz premeditadamente pausado—. El miedo, la ansiedad, la desesperación y, en definitiva, cualquier debilidad síquica, son las puertas por las que su poder puede alcanzarnos y someternos. Además, si esa entidad tuviera un control completo sobre el Libro de Toth, no habríamos podido llegar hasta aquí ninguno de nosotros. Por eso, aún tenemos una buena oportunidad de encontrarle y acabar con él. Lo mejor que podemos hacer es mantenernos tranquilos y pensar con frialdad en lo que sabemos hasta ahora. De entrada, lo que hay en esa tablilla pueda sernos de gran ayuda.

Asfur comprendió la velada indicación del sacerdote, y retomó sus explicaciones.

—Por lo que pude traducir, lo que hay en la tablilla es básicamente una nueva versión de la destrucción del Libro de Toth, en esta ocasión bajo el reinado de Ramsés II. Al parecer, el Sumo Sacerdote de Amón, encargado de la custodia del Libro, se entregó a su estudio en secreto, obsesionado con su poder. Cuando fue descubierto por los hombres del Faraón, huyó de la corte, no sin antes desatar el terror y el horror sobre el pueblo de Egipto. El Faraón logró encontrarlo, escondido en la misma tumba de Toth, en donde pretendía completar un ritual que le daría poder

sobre el Libro y lograr así el dominio absoluto sobre todo Egipto. El Faraón se hizo acompañar de su guardia de élite y de su mejor general; un guerrero kushita llamado Nagada. Sería este guerrero el que, tras derrotar a los guardianes mágicos de la tumba de Toth, conseguiría acabar con la vida del Sumo Sacerdote rebelde. El relato termina con la muerte de Nagada al dar su vida, quedándose en el interior de la tumba para quemarlo todo y destruir así el peligroso Libro. El Faraón, junto a los pocos supervivientes de la batalla, logra destruir la entrada de la tumba sepultándola en las profundidades de las montañas y ocultándola para siempre.

—¿Y cuál era el nombre del Sumo Sacerdote que traicionó al Faraón? —preguntó con ansiedad el padre Alviero.

— En ningún lugar del texto se dice su nombre real —respondió Asfur, comprendiendo entonces las preguntas que los sacerdotes le hicieran antes de aparecer aquellos muchachos— ¡Es a él, al que se referían! ¿Creen que de alguna manera ese sumo sacerdote ha vuelto de entre los muertos e intenta terminar lo que empezó hace miles de años?

—Aunque no conocíamos la historia que narra la tablilla, lo que nos ha contado encaja perfectamente con lo que nosotros habíamos deducido de nuestros encuentros con la entidad — admitió el padre Alviero—. Creemos que ese Sumo Sacerdote es la entidad a la que debemos detener, pero para conseguirlo es imprescindible averiguar cuál era su nombre cuando estaba vivo.

—También es importante que localicemos esa tumba —le interrumpió el padre Elías—. Es muy probable que el Libro de Toth siga estando allí.

—¿Por qué? —preguntó Adrian incrédulo— Si es cierto que ese sacerdote egipcio ha vuelto a la vida, puede haberlo llevado a cualquier lugar.

—No lo creo —repuso el anciano—. Aunque de alguna manera haya conseguido burlar a la muerte, su espíritu se encontrará ligado al lugar donde murió y es allí donde más fuerte será. Puede controlar a otras personas y utilizarlas en su lugar, pero él no se alejará demasiado de la tumba, por lo menos hasta que consiga controlar completamente el poder del Libro.

—De todas formas —intervino Asfur—. En el relato no se dice nada concreto sobre su localización, como ocurre con el nombre del sacerdote, algunos datos parecen haber sido ocultados a propósito. Probablemente para evitar cualquier tentación a los ladrones de tumbas.

—Entonces, ¿no hay forma de saber dónde se encuentra? —preguntó Adrian, decepcionado ante la complicada situación.

—Sólo puedo decirte lo que le dije a tu padre cuando le entregué la traducción y me hizo esa misma pregunta —repuso Asfur—. Puede que no tenga que ver con todo esto, pero existe una

leyenda muy extendida en Egipto sobre un misterioso pueblo, «los Guardianes», que podría tener cierta relación.

—No recuerdo haber leído nada sobre ese pueblo —observó el padre Alviero, sorprendido, pues en las últimas horas había consultado numerosa documentación sobre los mitos y leyendas del dios Toth y no había encontrado ninguna referencia a ese pueblo.

—No es algo que encontrará en los libros. Son sólo historias que pasan de padres a hijos y se cuentan al lado de las hogueras, en las noches en que el frío del desierto arrecia —contestó Asfur—. La leyenda cuenta que, hace miles de años, el poder de las tinieblas invadió Egipto sumiendo a la población en una época de terror y desesperación. El Faraón tuvo que recurrir al mejor guerrero del reino para que se enfrentase al demonio que había invadido las tierras y envenenado las almas de las gentes. Tras una lucha encarnizada, el guerrero consiguió derrotarlo utilizando los Ojos de Toth. Pero, el poder del demonio era demasiado grande y el guerrero tuvo que ofrecer su propia vida, para que el mal se mantuviese cautivo bajo la protección de su ankh. Después de eso, el Faraón como agradecimiento nombró a sus descendientes «Guardianes del Poder», entregándoles los Ojos de Toth para que, al igual que su predecesor, pudieran acabar con el demonio si alguna vez su poder escapaba de la prisión en que lo mantenía el ankh del guerrero. La leyenda asegura que «los Guardianes», descendientes de aquel guerrero legendario, aún hoy se mantienen fieles al juramento que hicieron al Faraón.

—Hay algunos puntos en común con el relato de la tablilla —observó el padre Alviero—, aunque también podría referirse a un suceso completamente distinto. En todo caso, suponiendo que los Guardianes existan, ¿Cómo podemos localizarles?

—No lo sé —reconoció Asfur con impotencia— Como les he dicho, es una mera leyenda sin base en ningún tipo de documento escrito.

Eric, que había permanecido atento pero desconfiado a la conversación, intuyó inmediatamente que en aquella leyenda podía haber, por fin, algo concreto que les sirviese de ayuda.

—¿Qué son los «Ojos de Toth»? —preguntó vivamente interesado —Parece que se refieren a ellos como una especie de arma.

—Es difícil de decir —respondió Asfur—. Puede que se trate de algún tipo de amuleto o quizá sea algo metafórico que hace referencia a algún conocimiento oculto sobre el poder de Toth.

El padre Elías tuvo un fuerte presentimiento de peligro, pero, antes de que pudiese advertir a los demás de que algo andaba mal, la puerta del despacho se abrió violentamente y el rostro horriblemente deformado de Robert Wallace apareció frente a ellos.

Eric intentó sacar su pistola al reconocer al intruso pero sus brazos se negaron a responder. Un fuerte zumbido empezó a inundar la habitación a la vez que una extraña parálisis envolvía a todos los presentes, convirtiéndoles en meros espectadores impotentes del andar pausado y dificultoso del intruso, que se acercaba lentamente al escritorio de Asfur.

—Intentar resistir el poder del amo sólo os causará dolor y desesperación —susurró Wallace, arrastrando las palabras como le costase despegar los labios—. Vuestro destino como el mío ha sido ya escrito. Dadme lo que es de mi amo y os prometo una muerte rápida y digna.

Zulema, que de alguna forma no parecía verse afectada por aquel poder paralizante, reaccionó con rapidez levantándose y corriendo hacia Eric, al que arrebató su pistola de la cintura. Wallace observó su maniobra sorprendido. Zulema le apuntó con el arma, mientras él se dirigía hacia ella con lentitud y cierta burla en la mirada. Por un momento creyó percibir en los ojos del hombre un brillo anhelante, justo antes de disparar. El primer impacto golpeó en el pecho de Robert Wallace, arrojándole contra el suelo. El segundo le dio de lleno en el rostro. Antes de verse arrastrado a la oscuridad final, el hombre pronunció un inaudible «gracias» a la vez que exhalaba su último aliento en un suspiro que a Zulema le pareció eterno

—Está muerto —le susurró Adrian, impactado por lo que acababa de ocurrir, mientras intentaba consolar a su hermana—. Ya ha pasado todo.

Eric se acercó a los Cavendish para recuperar el arma que la mujer, trastornada, aún aferraba con fuerza.

—Será mejor que la tenga yo —le pidió con suavidad.

El padre Elías, algo indignado consigo mismo por no haber sido capaz de prever aquel repentino ataque, se agachó junto al hombre caído para examinar el cadáver.

—¡Le he matado! —se lamentó Zulema, sollozando amargamente como si le costase comprender lo que acababa de hacer, mientras hundía su rostro en el pecho de Adrian.

—Creo que eso no es cierto. Aunque le hayas disparado, no eres en absoluto responsable de la muerte de este hombre —la consoló el sacerdote tras examinar el cuerpo—. Aunque anduviese y hablase, ya estaba muerto cuando entró en la habitación. Aún no hay rastro de descomposición, pero su piel está fría como el hielo y sus venas están rígidas por la coagulación de la sangre. Su corazón debió de dejar de latir hace bastantes horas.

Asfur, sin poder disimular el miedo que sentía en su interior, salió de detrás de su escritorio temblando.

—¡Venía hacia mí! —exclamó asustado, recogiendo la piedra de la mesa y observándola con atención—. Creo que intentaba llevarse la tablilla con las inscripciones. Debe haber algo aquí

más importante que la simple inscripción.

—¿Está seguro que la inscripción es la misma que le mostró Sir William Cavendish? —preguntó el padre Elías.

—Claro que sí —repuso Asfur—. No cabe duda que el texto era un calco de estos mismos jeroglíficos.

El egiptólogo abrió uno de los cajones de su escritorio extrayendo una lupa con la que comenzó a estudiar la pieza con detenimientos.

—¡Un momento! —exclamó, tras unos instantes de observación detallada— En el mismo borde hay una línea de jeroglíficos realmente diminutos, que no aparecían en el calco de Sir William ¡Nunca había visto nada igual!

El disparo sonó como un cañonazo. El basalto saltó hecho añicos de la mano del egiptólogo que, al levantar su mirada asustado, se encontró con el rostro de Eric, que le miraba con intensidad mientras sostenía el arma aún humeante en su mano.

—¿Ha podido leer la inscripción? —preguntó Eric.

—Creo que sí —respondió Asfur, sin comprender qué pasaba.

—Es una pena —sentenció Eric, levantando de nuevo el arma y disparando al sorprendido arqueólogo en pleno rostro. El cuerpo del hombre se vio proyectado por la fuerza del impacto sobre la mesa del despacho, donde se desplomó sin vida.

7

Adrian observó la escena como si de una película se tratase. Era como si su mente, al ver como su mejor amigo, con el que había compartido pesares y alegrías desde hacía años, y al que consideraba casi un hermano, levantaba su arma y disparaba sin inmutarse al hombre que tenía frente a él, fuese incapaz de asimilarlo como algo real. Sólo, cuando el extraño ruido que inundase la habitación al llegar Wallace retornó con más fuerza que antes, empezó a aceptar que aquello estaba sucediendo realmente.

Adrian pensó entonces en enfrentarse a Eric e intentar hacerle recuperar el control, pero el padre Alviero le sujetó con fuerza advirtiéndole su intención.

—¡Ese ya no es tu amigo! —gritó el sacerdote—. Ocuúpate de tu hermana, está en estado de shock, y déjanos a nosotros a Eric.

Adrian se volvió hacia Zulema, que permanecía en silencio y con los ojos abiertos, totalmente paralizada con un gesto de horror e incomprensión dibujado en su rostro. La agarró con

fuerza para sacarla de la habitación, pero cuando llegó a la puerta, ésta estaba cerrada como si se hubiese fundido con el propio marco. Lo único que pudo hacer fue abrazar con fuerza a Zulema y volverse para ver como los dos sacerdotes se enfrentaban a Eric, que permanecía silencioso y desafiante en medio de la habitación.

La intensidad del ruido empezó a hacerse ensordecedora, como si proviniese de todas partes a la vez, mientras los sacerdotes empezaban a recitar una retahíla de frases que a Adrian le parecieron incomprensibles.

Eric se volvió hacia ellos aparentemente indiferente a sus plegarias.

—Es el momento de poner fin a esto —afirmó con seguridad, avanzando con lentitud hacia los sacerdotes.

Cuando Eric llegó a la altura del padre Alviero, se acercó a su rostro susurrándole algo al oído que hizo que éste, sorprendido, interrumpiese su plegaria por un instante. Fue lo suficiente para que Eric le golpease con fuerza con la culata de su pistola, haciéndole caer en el suelo inconsciente. Aunque el padre Elías intentó continuar su plegaria en solitario, su fuerza no fue suficiente para evitar que Eric le alcanzase, aferrándole por la garganta impidiéndole respirar.

Fue entonces cuando los ojos de Eric quedaron en blanco, mientras una invocación en un idioma imposible de entender surgía de sus labios, haciendo que el ruido aumentase hasta hacer que los oídos de Adrian y Zulema sangrasen y las paredes estallasen en miles de formas diminutas y voraces.

Zulema se desmayó de inmediato, pero Adrian aún mantuvo la consciencia el suficiente tiempo para ver cómo millones de insectos, de un sinfín de especies distintas, surgían a su alrededor, como si las paredes mismas hubiesen cobrado vida. Pronto se vio cubierto por aquellos pequeños cuerpos sumiéndose en el horror absoluto, al sentir como sus pequeñas articulaciones violaban todo su cuerpo hasta sofocarle por completo. Antes de sucumbir ante aquel abrazo mortal, aún tuvo tiempo de ver sobre él la figura de Eric, observándole sumido en una pena infinita.

CAPITULO 7

LA PAPISA

1

Al despertar, Adrian se encontró en una pequeña habitación. En un primer momento pensó que podía tratarse de un hospital, pero, cuando observó con más detenimiento la estancia, se dio cuenta de que estaba equivocado. Frente a su pequeña pero confortable cama, un cuadro representaba la escena bíblica de la entrega de los diez mandamientos a Moisés y, encima de la cabecera, un hermoso crucifijo de bronce presidía la estancia.

Si le quedaba alguna duda sobre la naturaleza de aquel lugar, se despejó inmediatamente cuando un hombre entró en la habitación. Era alto y fuerte y, aunque era completamente calvo, no parecía demasiado mayor, a pesar de que la barba abundante y los hábitos propios de un monje ortodoxo que lucía, lo hacían difícil de dilucidar con claridad.

—¿Dónde estoy? —preguntó Adrian desorientado.

—¡Me alegro de que esté despierto! —le respondió el monje con amabilidad—. Esto es el Monasterio de San Gabriel. Le hemos traído aquí para que se recupere después del atentado del Museo.

—¡Atentado! —exclamó Adrian confundido.

—¡Oh! Perdona..., supongo que aún estará un poco confuso —se disculpó contrariado el religioso—. Aun no entiendo por qué les han traído aquí en lugar de llevarles a un hospital.

—¿Y los demás que estaban conmigo? —preguntó Adrian con ansiedad— ¿Están bien?

— No se preocupe, el padre Alviero le informará de todo mucho mejor que yo. Me pidió que le avisase en cuanto despertara.

Sin dejarle replicar, el monje abandonó la habitación dejando a Adrian sumido en un mar de confusión. Aunque recordaba lo ocurrido en el Museo, algo en su interior se negaba a admitir que hubiese sido real. Examinó su cuerpo con detenimiento en busca de señales de las picaduras y marcas que debían haberle dejado la miríada de insectos que le atacaron, pero no encontró huella alguna. A pesar de los escalofríos que sentía con sólo recordar cómo sus menudas extremidades recorrían su piel, era como si nada hubiese sucedido.

En cuanto el padre Alviero llegó, sus dudas sobre la realidad de lo sucedido se disiparon. El joven sacerdote lucía un aparatoso vendaje sobre la cabeza, fruto del terrible golpe que le propinara Eric.

—¿Estás bien? — se interesó el sacerdote, sentándose a los pies de la cama de Adrian.

—Todavía estoy un poco mareado —reconoció Adrian, incorporándose hasta sentarse en el lecho—. Pero, ¿dónde está Zulema?

—Está muy bien, no te preocupes —le tranquilizó el padre Alviero—. Quería venir a verte, pero le he pedido que me dejase hablar contigo a solas un rato.

—¿Y los demás?

El padre Alviero bajó la cabeza y su voz perdió por un instante la fortaleza que intentaba aparentar.

—No pudimos hacer nada por el profesor Asfur y me temo que Eric desapareció con el padre Elías.

Adrian dejó escapar un suspiro de consternación.

—Usted es sacerdote, dígame ¿cómo puede Dios permitir que ocurra todo esto?

—No lo sé —confesó el sacerdote apesadumbrado— Lo único que realmente sé es que confío en el Señor y que sus caminos, aunque a veces puedan parecer oscuros y retorcidos, al llegar a la meta resultan claros y brillantes.

—¡Ojalá sea así, padre! —exclamó Adrian con resignación—, pero la verdad es que ahora mismo no puedo ni imaginar cómo vamos a salir de esta.

—De eso quería hablarte. En el tiempo que has estado inconsciente he estado haciendo algunas averiguaciones y me gustaría comentarte algunas cosas.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —preguntó Adrian sorprendido.

—Casi cuarenta y ocho horas.

—¡Dos días! — exclamó Adrian incrédulo.

—Fuiste el más afectado por lo ocurrido —le explicó el sacerdote—. Tu hermana y yo despertamos a las pocas horas, pero tú quedaste fuertemente conmocionado y te resistías a despertar. Pensábamos llevarte a un hospital si no recuperabas la consciencia entre hoy y mañana.

—Pero, ¿qué es este lugar y por qué no nos llevaron a algún centro médico? Cuando desperté, un monje me habló de un atentado.

—Ya te comentamos que el padre Elías y yo pertenecemos a una organización secreta de la Iglesia Católica; el Círculo Octogonus. Afortunadamente, tenemos una gran influencia en muchos gobiernos, incluido el egipcio, por lo que no ha sido demasiado difícil convencerles de montar la tapadera del atentado para justificar lo ocurrido en el Museo. En cuanto a traeros aquí en lugar de ir a un hospital, debes comprender que, dada la naturaleza de la entidad a la que nos enfrentamos,

era prioritario resguardarnos en un edificio sagrado y este monasterio ortodoxo era la mejor elección. Además, puedo asegurarte que aquí contamos con los mejores médicos de El Cairo a nuestra disposición.

—¿Y qué piensa su organización hacer ahora? ¿Nos ayudará a localizar a Eric y a mi padre?

—Y al padre Elías —añadió el sacerdote—. No te quepa duda de que vamos a hacer todo lo posible.

—¿Cree que aún está vivo? Es bastante mayor —observó Adrian.

—Confío en que sí. Ese anciano es el sacerdote mejor preparado que existe para enfrentarse a esa entidad.

—Pues no pudo hacer gran cosa en el museo.

—¿Tu amigo Eric nos pilló por sorpresa! —le reprendió el sacerdote, elevando la voz, molesto por el reproche de Adrian—. Puedo asegurarte que si hay alguien que pueda luchar contra el poder al que nos enfrentamos es él y que sin su ayuda no tendremos esperanza alguna. Es un hombre que ha arriesgado su vida y su alma luchado con el mal en situaciones que no puedes ni imaginar. Su nombre es una leyenda en el seno de la Iglesia Católica.

—Lo siento —se excusó Adrian, arrepentido de haber ofendido al sacerdote sin motivo—. Todo esto es demasiado para mí. No puedo dejar de pensar en Eric. Por querer ayudarme a buscar a mi padre puede que ahora esté muerto o algo peor.

—No está muerto y aún estamos a tiempo de salvarle —aseguró el sacerdote.

—¿Cómo puede estar tan seguro? Vi sus ojos antes de quedarme inconsciente y estaba aterrizado. Esa cosa se había metido en su interior como lo hizo con Robert Wallace y ahora está muerto.

—Pero no lo está por la posesión sino por el terrible castigo que sufrió su cuerpo —le contradijo el padre Alviero—. Ese ser puede someter a otras personas a su voluntad, pero eso no las condena a muerte. Eric aún está vivo y, mientras le sea de utilidad a la entidad, lo seguirá estando. Lo que nos da la oportunidad de salvarle.

—¿Y cómo vamos a hacer eso? Si alguien podía habernos ayudado era Asfur y ahora está muerto. Además, lo único a lo que ese ser parecía tener miedo era la estela con la inscripción, y también está destruida.

—No creo que sea lo único a lo que tenía miedo —repuso el sacerdote.

—¿Qué quiere decir?

—Zulema me ha entregado las notas que tu madre escribió. He estado estudiándolo todo y comparándolo con mis propias averiguaciones y he llegado a algunas conclusiones que prefiero comentarte sin que tu hermana esté presente.

—No tengo secretos con ella —replicó Adrian con suspicacia—. Nuestra relación es muy buena.

—Lo he notado —observó el padre Alviero.

Adrian creyó percibir cierta ironía en las palabras del sacerdote. Por un momento temió que, de alguna forma, aquel hombre estuviese al tanto de sus verdaderos sentimientos hacia Zulema, pero desechó sus temores, consciente de que apenas se conocían desde hacía unas horas.

—Creo que tu hermana tiene algún tipo de relación con lo que está sucediendo. De alguna forma, ella puede ser la clave de todo esto.

—¡Eso no es posible! —exclamó Adrian sorprendido, mientras un nudo amenazaba con retorcer la boca de su estómago— Zulema es la persona más buena y sincera que conozco, si tuviese algo que ver con todo esto me lo hubiese dicho.

—A menos que ni ella misma lo sepa —añadió el sacerdote—. Tiene amnesia y ha olvidado su pasado en Egipto ¿no?

—Es cierto —reconoció Adrian molesto—. Pero, aún así, no entiendo cómo ha llegado a esa conclusión.

—Desde que vi en el museo con que cuidado manipulaba la estela egipcia y su mirada de fascinación, empecé a sospechar. Después, cuando Wallace entró en la habitación y todos quedamos paralizados menos ella, pensé que mis sospechas tenían un fundamento real. Sin embargo, ha sido al consultar las notas de tu madre cuando me he convencido de que estaba en lo cierto.

—¿Por qué?

—En su relato, tu madre deja bien claro que tu padre, o quién ella creía que era tu padre, le pidió expresamente que se llevase a Zulema, como si tuviese una importancia especial.

—Quizá mi padre se sentía en deuda con ella por ser la única superviviente del accidente.

—Es posible, pero no deja de ser bastante extraño que tu madre se encontrase con la niña justo al salir del depósito.

—Una simple coincidencia —insistió Adrian.

—O quizá fue puesta en su camino a propósito para terminar de convencerla de sacarla del país.

—Pero ¿por qué alguien querría sacar a Zulema de Egipto?

—No lo sé pero, si estoy en lo cierto, la mujer que estaba con ella en el depósito puede tener la respuesta.

—No será difícil localizarla —repuso Adrian que, aunque disgustado, empezaba a admitir que podía haber algo de verdad en las suposiciones del sacerdote.

—Más de lo que parece. Tu madre dijo que se llamaba Alexia y era socióloga del departamento de policía, pero he estado investigándolo y nunca ha habido nadie con ese nombre en el departamento, ni tampoco ninguna mujer remotamente parecida a la descripción que de ella hace tu madre.

—¡Entonces esto no nos lleva a ninguna parte! —exclamó Adrian con desesperación— No es más que otra vía muerta.

—Muy al contrario —le contradijo el sacerdote—. El que no exista esa mujer sólo puede significar que realmente Zulema fue puesta a propósito en el camino de tu madre, probablemente intentando protegerla.

—Pero ¿qué puede tener de especial Zulema?

—¿Aún no lo entiendes? Cuando fuisteis atacados por primera vez por Wallace y éste te robó las notas de tu padre, ¿no se paró frente a ella y huyó al verla? Parece claro que Zulema tiene una especie de inmunidad natural a los poderes del Libro de Toth.

—¿Cómo es eso posible? — preguntó Adrian, intentando asimilar aquella información que, por un lado, le tranquilizaba pues parecía poner a Zulema a salvo de la terrible entidad a la que se enfrentaban, pero que, por otro, le asustaba porque la convertía también en alguien relacionado de alguna forma con aquel terrible poder.

—No lo sé, pero estoy convencido de que, liberar a Eric y al padre Elías y descubrir qué le ocurrió realmente a tu padre, depende de que lo averigüemos.

2

Cuando el padre Elías abrió los ojos, dudó por un momento si realmente estaba despierto o sólo lo imaginaba. La oscuridad a su alrededor era tan absoluta que ni siquiera era capaz de distinguir la forma de sus propias manos.

Estaba tendido sobre una superficie dura y lisa. Palpó el suelo a su alrededor y comprendió que se trataba de un suelo de piedra perfectamente pulida. Se incorporó lentamente, pues temía golpearse en cualquier momento con algún obstáculo que sus ojos no alcanzasen a ver a tiempo. Cuando estuvo de pie, avanzó lentamente hasta alcanzar lo que parecía la pared. Al

examinarla con las yemas de los dedos, descubrió que estaba formada por enormes bloques de piedra, engastados con increíble precisión. Ya había visto y examinado aquella misteriosa técnica de construcción en otras ocasiones, por lo que intuyó con aprensión dónde se encontraba; aquel lugar era, sin duda, una estancia de alguna antigua edificación egipcia. Podía tratarse, desde el interior de una pirámide, hasta una estancia de algún templo, o incluso alguna tumba excavada a varios metros bajo el suelo del desierto.

Con desesperación, comprendió que de nada serviría gritar para pedir ayuda. Aquellos muros podían ser de más de un metro de grosor y ninguna voz humana sería capaz de atravesarlos. Además, si la estancia había sido herméticamente cerrada, el aire no era un bien que pudiera desperdiciar si quería tener alguna esperanza de salir de allí con vida. Resignado, pensó en sentarse para ahorrar fuerzas y rezar en silencio pidiendo al Señor la ayuda que necesitaba. Estaba a punto de hacerlo, cuando un gemido llegó hasta sus oídos. Al principio creyó que lo había imaginado, pero el sonido se repitió. Escuchando con atención se dio cuenta de que provenía de alguien oculto en la oscuridad.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó el sacerdote elevando la voz para captar la atención de su desconocido compañero.

El llanto se detuvo, por lo que el sacerdote supuso que el desconocido le había escuchado.

—¿Quién es? —preguntó una voz débil y temblorosa desde un lugar de la estancia difícil de ubicar.

—Soy el padre Elías —repuso el sacerdote, intentando aparentar una seguridad que no sentía.

—¿El sacerdote que estaba con el profesor Asfur?

—Sí, y tú eres Eric, el amigo de los Cavendish ¿no? —preguntó el anciano, reconociendo con temor la voz del joven de color que había disparado al historiador egipcio, para después golpear al padre Alviero y secuestrarle a él mismo—. ¿Recuerdas lo sucedido?

El padre Elías intentó orientarse por la voz del muchacho para ir acercándose a él.

—No estoy seguro... —dudó Eric— Recuerdo que Zulema disparó con mi pistola a Wallace, después todo está muy confuso.

—¿No recuerdas nada más?

—No, ... y no sé cómo he llegado aquí, ni qué es este lugar. ¡Oh Dios, esa cosa ha vuelto a meterse dentro de mí!

El sacerdote percibió en el tono de voz la desesperación que embargaba al muchacho, hasta el punto de dificultarle el habla. Parecía que empezaba a ser consciente de lo que de verdad

había pasado en el museo.

—No te preocupes, en un instante estaré ahí contigo —intentó reconfortarle.

— ¡No! ¡No se acerque a mí! — gritó Eric, con tal brusquedad y determinación, que al sacerdote dudó por un instante si era prudente aproximarse en medio de aquella oscuridad a alguien en un estado tan alterado e inestable.

—No te preocupes —intentó tranquilizarle el padre Elías—. No te haré ningún daño.

Elías dio varios pasos hacia el lugar del que provenía la voz, dispuesto a ayudar a su compañero de cautiverio, hasta que pudo percibir frente a él su respiración agitada

—No temo que usted me haga daño sacerdote.

La voz de Eric se volvió dura y seca como el acero y el padre Elías supo que acababa de cometer un terrible error. Intentó retroceder, pero era demasiado tarde. Las manos de hierro del joven le atraparon, cogiéndole por la espalda e inmovilizándolo. Sus huesos crujieron como si estuvieran a punto de partirse y el sacerdote maldijo en su interior, que la edad y la vida el hubiesen llevado a convertirse en un anciano físicamente indefenso.

Frente a él, un sonido siseante fue cobrando fuerza a medida que una pesada puerta de piedra se abría. Un resplandor esmeralda inundó con potencia la oscuridad, cegándole momentáneamente e impidiéndole ver con claridad la figura que se acercaba.

Cuando sus ojos se habituaron a la nueva luz, pudo ver frente a él una figura encorvada y completamente embozada de negro. Mantenía el rostro oculto entre las sombras, ayudado por un turbante que ocultaba sus facciones. Tan sólo sus ojos, verdes y brillantes como el fuego, se distinguían en medio de la negritud de la figura.

—Al fin nos conocemos —susurró el embozado, arrastrando las palabras como si se recrease en su pronunciación.

—¿Quién eres? —preguntó el padre Elías, temiendo la respuesta.

—No intentes engañarme —repuso el desconocido—. Sabes perfectamente quién soy, ya hemos enfrentado antes nuestros espíritus, aunque no nuestros cuerpos.

El padre Elías comprendió que se encontraba ante el maligno ser que había sido capaz de volver de la muerte y controlar el poder de la Fuente.

—Tú no puedes ser mi enemigo —respondió con insolencia el padre Elías, intentando que su voz sonase segura y firme— Él es poderoso y fuerte, pero tú no eres más que un viejo encorvado que necesita que los brazos de un chiquillo inocente me sujeten. Mi enemigo no necesita esbirros para enfrentarse a un simple anciano.

La figura frente a él pareció dudar por un instante, para a continuación acercarse al sacerdote, hasta que sus rostros estuvieron uno junto al otro. El padre Elías pudo ver la piel arrugada, casi apergaminada de su rostro. Sus ojos, acuosos e inyectados de sangre, le observaban con una mezcla de odio y diversión. Atrapado como estaba por los brazos de Eric, no pudo evitar que el emponzoñado aliento de la figura penetrara en sus pulmones lentamente. Sus entrañas empezaron a palpar y notó como un terrible calor ahogaba su garganta, penetrando en el interior de su cuerpo como una ola de ardor imparable.

—Intentas provocarme, pero no te servirá de nada. Sé que no eres un simple anciano, pero puedo acabar contigo con la misma facilidad con la que puedo aplastar un insecto con mi pie.

—¡Pues hazlo! —le desafió el sacerdote a pesar de sentirse al borde de la asfixia.

—No es tu cuerpo lo que quiero quebrar sino tu espíritu.

El embozado se apartó del padre Elías y éste sintió como el oxígeno volvía a circular por sus pulmones. Suspiró, aliviado y consciente de lo cerca que había estado del final.

—Si de verdad eres mi enemigo, dime al menos cuál tu nombre —exclamó el padre Elías a pesar de su preocupante falta de aliento.

—Admiro tu persistencia sacerdote. Tu alma es la de un auténtico guerrero. Aún piensas en conseguir alguna ventaja para combatirme. Crees que conocer mi nombre te acercará a mi derrota. Siento defraudarte, pero esas debilidades ya no me afectan.

—Si no te afecta, entonces no tienes por qué ocultármelo —insistió el sacerdote.

El desconocido se alejó pausadamente hacia la misma puerta por la que había entrado. Cuando su figura estaba a punto de desaparecer, se giró mirando con altivez al sacerdote.

—En un tiempo fui conocido como Ahhotep, Sumo Sacerdote de Amón.

La puerta de piedra se cerró y, casi como si de un resorte automático se tratara, Eric soltó al anciano para, a continuación, comenzar a llorar preso de fuertes convulsiones, fruto de la terrible impotencia y angustia que sentía. El padre Elías consiguió acercarse a él a pesar de la oscuridad y le abrazó con fuerza.

—Dios no nos va a abandonar —le consoló.

El padre Alviero le pidió a Adrian que no le contase nada de sus sospechas a Zulema para no preocuparla por algo que todavía no era nada más que una mera especulación. El sacerdote le sugirió que recuperasen fuerzas durante unos días, mientras él ultimaba con las autoridades

eclesiásticas el mejor modo de afrontar la situación. Aquello le tranquilizó, ya que le daba la confianza de estar siendo ayudado por personas mucho mejor preparadas que él, pero, a la vez, le sumió en la impotencia de tener que esperar a que otros decidiesen qué hacer, mientras personas que quería podían estar en un terrible peligro.

Zulema aceptó al principio de buen grado su estancia en el Monasterio, pero, a los pocos días, la impaciencia empezó a hacer su aparición, volviéndola más irascible y desconfiada.

—¡No podemos quedarnos aquí indefinidamente! —exclamó una mañana entrando en la habitación de Adrian, al que sorprendió cuando terminaba de vestirse—. Tenemos que hacer algo.

La mujer se sentó a su lado en la cama, mientras él terminaba de ajustarse unas zapatillas de deportes, poco apropiadas para la vida monacal pero increíblemente cómodas en aquellos suelos de piedra.

—Ayer hablé con el padre Alviero —le explicó Adrian intentando calmarla—. Me dijo que pronto tendrá noticias del Vaticano y podremos decidir qué hacer.

—¿Quieres decir que ellos lo decidirán!

—Me gusta tan poco como a ti depender de una Iglesia en la que no creo, pero no tenemos alternativa. Además, el padre Alviero se ha portado bien con nosotros. Creo que nos está intentando ayudar sinceramente. No olvides que el sacerdote desaparecido, el padre Elías, era su mentor.

—Siempre has sido demasiado conformista —le reprochó la Zulema con amargura—. Desde que te conozco has dejado que otros tomasen las decisiones difíciles por ti o te has limitado a huir cuando las cosas no te gustaban.

Adrian la miró extrañada por el tono de irritación con el que le hablaba. Sus ojos, entrecerrados hasta dejar ver una simple línea de sus pupilas verdes, y su nariz, arrugada mientras hablaba, le indicaron que su enfado era genuino.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Adrian, empezando a imaginar lo que realmente inquietaba a la mujer— Esto no es por estar aquí encerrados, es por lo que te dije en el hotel ¿no?

Desde que Adrian le confesase a lo que sentía por ella, no lo habían vuelto a comentar, como si entre ellos se hubiese establecido un pacto tácito de silencio. Aunque había creído percibir a veces una extraña mirada en Zulema, lo cierto es que estaba convencido de que ella prefería no volver a tratar el tema relegándolo al olvido. Sin embargo, ahora, viendo como la mujer apartaba la mirada y suspiraba, se dio cuenta de que se había equivocado una vez más.

—Sí —admitió Zulema—. Aún no puedo creerme que no hayas sido capaz de decirme lo que sentías en todo este tiempo.

—Estaba avergonzado —se excusó Adrian con sinceridad—. Además, no quería ponerte en la situación incómoda en que te he puesto ahora. No debí habértelo contado.

—¿Hubieses sido capaz de seguir mintiéndome durante toda la vida?

—Si con eso hubiese evitado que te sintieses mal y que me despreciases, como ahora lo haces, creo que sí lo hubiese hecho.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar en lo que yo podía estar sintiendo al ver cómo te apartabas de mí sin motivo? ¡Creía que me odiabas por haber sobrevivido al accidente!

—Nunca imaginé que pudieses pensar algo así... Lo siento de veras.

Zulema se acercó a Adrian hasta que sus labios se rozaron. Él se apartó, sorprendido durante un instante, antes de abandonarse en sus labios y besarla con pasión.

—Tampoco se te ocurrió nunca pensar que yo podía sentir lo mismo que tú —le susurró Zulema al oído, antes de besarle de nuevo.

4

El padre Alviero apresuró su paso, sin poder evitar admirar la antigüedad de aquellas callejuelas adoquinadas. Aunque andar en solitario por las calles más antiguas de El Cairo, suponía encontrarse con obstinados comerciantes, ávidos de vender su mercancía, e incluso con rateros y delincuentes a la caza de una presa fácil, había acudido allí sin compañía. Lo había decidido, sobre todo, al descubrir que su destino se encontraba en el barrio Copto, el reducto en el que se refugió el cristianísimo tras la imparable expansión del Islam a partir del siglo VII. Aunque las calles eran muy estrechas y en más de una ocasión se topó con rostros que le miraban con desconfianza, el encontrar una cruz casi en cada esquina y la profusión de Iglesias, le daban confianza en estar haciendo lo correcto.

Si sólo unos días antes le hubiesen dicho que tendría que ser él quien dirigiese la búsqueda de la Fuente y que, además, tendría que hacerlo en solitario, hubiese pensado que aquello era imposible. Pero, desde el secuestro del padre Elías, había comprendido que si estaba allí era porque el Señor le había escogido. Paradójicamente, ahora se sentía más seguro que nunca de su misión. En los últimos días había descubierto varios datos de gran importancia, basándose en una intuición que parecía estar despertando en su interior, y empezaba a creer que el padre Elías no se equivocaba cuando le habló de sus especiales capacidades.

Pasó por delante de un bazar, donde se amontonaban un sinfín de productos que le llamaron la atención por su increíble variedad, destinada a atraer a los turistas que se aventuraban por el barrio. El dueño de la tienda se le quedó mirando con su rostro enjuto y quemado por el sol

e hizo el amago de dirigirse hacia él, confundiendo su curiosidad por un interés genuino en sus productos. El padre Alviero se volvió con brusquedad, intentando evitar una charla interminable con el comerciante. No se dio cuenta de que un chiquillo se encontraba junto a él, por lo que le empujó, estando a punto de hacerle caer al suelo.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupado.

El muchacho le miró con expresión de no entender lo que le decía, pero mostrando una amplia sonrisa. El padre Alviero buscó en el bolsillo de su chaqueta para ofrecerle algunas monedas, pero el chico se giró y salió corriendo sin prestarle atención. Al sacerdote le pareció extraño su comportamiento, ya que los niños que andaban solos por aquellas calles solían vivir de la limosna de los turistas o de lo que pudiesen sacarles de sus bolsas y carteras en un momento de descuido. No era desde luego habitual que despreciasen de aquella forma el dinero de un extranjero.

Inquieto, empezó a preguntarse si, después de todo, habría hecho bien en rechazar la ayuda que le había ofrecido la policía egipcia. Si lo hubiese permitido, un agente le habría escoltado, pero, después de haber visto lo ocurrido con Eric en el museo, lo último que el sacerdote necesitaba era un hombre armado junto a él. Pensó que era preferible ir en solitario e intentar pasar lo más desapercibido posible.

Al doblar un recodo de la calle, apareció frente a él la tienda que buscaba. Se trataba de un local dedicado a la venta de antigüedades, cuyo aspecto envejecido y deteriorado lo convertía en una auténtica antigüedad en sí mismo. Alviero ojeó el escaparate por unos instantes antes de decidirse a entrar en su interior. Amontonados por los estantes del expositor, se encontraban jarrones, cuadros, esculturas y diversas piezas de supuesta antigüedad, pero a las que bastaba echar un simple vistazo para darse cuenta de que eran, en su mayoría, simples imitaciones destinadas a contentar al turista poco exigente. Pero no eran suvenires lo que Alviero buscaba, sino información. A pesar de presionar a las autoridades cuanto había sido posible en nombre del Círculo Octogonus, no había conseguido localizar a Alexia, la mujer que había presentado a Zulema a la señora Cavendish. Sin embargo, a quien sí había logrado localizar era a la persona que, junto a Zulema, había sobrevivido al accidente; un conocido vendedor de antigüedades del barrio copto llamado Soneb Nedyem, cuya tienda no fue difícil de encontrar. Alviero esperaba que tuviese información útil sobre lo sucedido a Sir William Cavendish.

Cuando el sacerdote entró en la tienda, el tintinear de un sinfín de campanillas le dio la bienvenida. Inmediatamente percibió el olor inimitable de la antigüedad y la vejez. Al principio no vio a nadie, pero, a los pocos segundos, un hombre apareció por detrás de unos anaqueles repletos de objetos de bronce. No tendría más de cuarenta años, a pesar de que su poblada barba y

su piel morena y arrugada por el sol le daban un aspecto mucho más envejecido. Llevaba unas gafas doradas que se quitó a la vez que se acercaba hacia el padre Alviero.

—¿Ha visto algo que le guste? —preguntó en un perfecto inglés.

—No he venido a comprar —repuso el padre Alviero—. Busco a Soneb Nedyem.

—Soy yo —contestó el anticuario—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me llamo Ricardo Alviero —se presentó el sacerdote, ofreciendo su mano a Soneb, que se la estrechó sin demasiado entusiasmo—. Me han informado que usted sobrevivió hace unos años a un accidente que estoy investigando.

—¿Por qué le interesa algo que ocurrió hace tanto tiempo? Es agua pasada. En su momento ya le conté todo a la policía, si les pide mi declaración, seguro que se la facilitará.

—Tengo su declaración de entonces, pero hay algunas cosas que me gustaría comentarle.

—Mire..., no sé quién es usted —le interrumpió Soneb—, pero no quiero recordar aquello, fue muy desagradable y murió mucha gente.

El anticuario se dirigió a la salida de la tienda. El sacerdote vio con impotencia como le abría la puerta y le pedía que se fuera. Sin saber muy bien qué hacer, decidió disparar a ciegas.

—Antes de irme, me gustaría preguntarle, ya que como anticuario estará usted familiarizado con la historia del Antiguo Egipto, si conoce la leyenda de los Guardianes.

Soneb miró fijamente al padre Alviero para, a continuación, cerrar de nuevo la puerta de la tienda y pedirle que le acompañase. Se internaron entre los anaqueles y estantes hasta llegar a la parte trasera del establecimiento, donde se encontraba una pequeña oficina. Soneb se sentó tras un escritorio repleto de papeles y pidió al padre Alviero que se acomodase en una pequeña silla de piel gastada.

—¿Quién es usted? —le preguntó el anticuario.

El padre Alviero comprendió, por la forma en que le miraba, que Soneb no iba a admitir nada que no fuese la verdad.

—Está bien —confesó el sacerdote con resignación—. Soy sacerdote católico y me ha enviado la familia de un hombre que falleció en el accidente al que usted sobrevivió, para que averigüe lo ocurrido realmente.

—¿Por qué se interesan ahora, después de tanto tiempo?

—Sólo puedo decirle que algunos datos que han llegado a su poder les han hecho suponer que pudo suceder algo extraño. Algo que la policía no les ha contado.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con los Guardianes?

—Esa es precisamente una de las interrogantes que intento despejar.

Soneb se recostó en su asiento como si estuviese evaluando al sacerdote. Después de unos instantes de indecisión, depositó la moldura dorada de sus gafas sobre el escritorio y se dispuso a contar lo ocurrido.

—Tiene que comprender que han pasado varios años y, a pesar de que para mí fue algo traumático y difícil de olvidar, ya no lo recuerdo con la misma claridad que entonces —advirtió con sinceridad.

—No se preocupe —repuso el padre Alviero, aliviado al comprobar que Soneb estaba dispuesto a ayudarlo.

—Aquella mañana venía de intentar comprar algunos artículos a un vendedor de Minia que resultó ser un simple falsificador. Intentó hacer pasar por auténticos unos papiros que había confeccionado él mismo o alguno de sus hijos. El cansancio se había sumado a la indignación que sentía para sumirme en un total agotamiento, por lo que me acomodé al final del autobús con la intención de pasar el viaje durmiendo. Me desperté, cuando no llevábamos ni media hora de viaje, a tiempo de ver como el autobús se precipitaba al Canal de Ibrahimiyah. No sé cómo lo hice, pero conseguí saltar por una de las ventanillas antes de que el vehículo cayese a las aguas. Me rompí varios huesos, pero, afortunadamente, nada demasiado grave.

—Todo eso es lo que explicó en su declaración —le interrumpió el padre Alviero decepcionado al ver que aquello no aportaba nada nuevo a lo que había leído en los expedientes policiales— ¿Recuerda haber visto a este hombre en el autobús?

El sacerdote le enseñó una pequeña fotografía que le había entregado Adrian de Sir William Cavendish.

—Ha pasado mucho tiempo —se excusó Soneb inseguro—. Aunque podría ser uno de los extranjeros que se sentaron detrás de mí. Recuerdo que no paraban de discutir.

—¿Y sabe de qué discutían?

—No suelo meterme en conversaciones ajenas. Además, entonces no dominaba el inglés tanto como ahora. Sólo sé que parecían muy preocupados.

—¿Y no recuerda nada más sobre el accidente? —insistió el padre Alviero— ¿Algo que le pareciese extraño o fuera de lo normal?

Soneb Nadyam bajó la mirada y comenzó a jugar de forma nerviosa con una pequeña pluma estilográfica de mango plateado que tenía sobre la mesa.

—Lo cierto es que hay algo que no aparece en mi declaración —confesó dubitativo.

—¿De qué se trata? —le animó el sacerdote.

—Ya le he dicho que iba medio dormido y no estoy seguro de si lo que vi era real o si sólo lo imaginé. La policía me aconsejó retirarlo de la declaración oficial porque introducía dudas sobre mi fiabilidad como testigo.

El padre Alviero ya había visto antes el mismo comportamiento en las autoridades cuando había estado investigando sucesos extraños en otros lugares del mundo. Preferían obviar declaraciones incómodas, haciendo que los testigos las retirasen, para poder así cerrar los expedientes. Siempre era preferible una mentira plausible a una verdad increíble.

—¿Qué es lo que vio exactamente?

—Cuando desperté, tenía la mente confusa y el autobús era un caos. La gente gritaba y yo no comprendía que ocurría. Entonces miré por la ventana y juraría que vi como el agua del canal subía hasta la carretera y arrastraba al autobús.

—¿Cómo que subía? —preguntó Alviero sin terminar de entender lo que Soneb quería decir.

—Podría jurar que estábamos completamente parados en medio de la carretera y que fue el agua el que subió, como si hubiese cobrado vida, salvando las hierbas y tierras, hasta alcanzarnos. Fue entonces cuando salté por una ventanilla presa del pánico. Desde el arcén pude ver el agua envolver el autobús por completo y arrastrarle después a las profundidades del canal —Soneb levantó los brazos en un gesto de impotencia—. ¡Ya le dije que era una locura!

—¿Quizá no del todo! —repuso Alviero.

—Estoy seguro de que lo imaginé —insistió Soneb—. Si por algún fenómeno extraño el agua hubiese subido hasta la carretera, tendría que haber dejado la hierba arrasada y la calzada llena de lodo pero, cuando llegó la policía, no había rastro alguno. El pánico debió jugarme una mala pasada.

—Es posible, pero tampoco había huellas de frenada ni ningún indicio que explicase cómo fue a parar el autobús al canal.

—¿Está insinuando que lo que vi pudo ser real? —preguntó incrédulo el anticuario.

—Quizá no tal cual lo recuerda, pero es posible que ocurriese algo extraño en el accidente. ¿Vio si algún pasajero conseguía salir como usted?

—No —contestó Soneb con rotundidad—. Al poco de caer del autobús quede inconsciente y no sé qué ocurrió con los demás. Me dijeron que una niña también lo había logrado, pero la verdad es que yo no pude ver a nadie más salir de aquel infierno, así que poco más puedo contarle.

—Hay aún algo más que me gustaría preguntarle —insistió el padre Alviero, al que su

intuición le decía que aquel hombre le ocultaba algo importante—. ¿Por qué ha decidido contarme todo esto cuando le he preguntado por la leyenda de los Guardianes?

—Para contestarle a eso, primero debe usted decirme qué tienen que ver ellos con el accidente.

Al padre Alviero no le gustaba mentir, pero en aquella situación no podía permitirse el lujo de contarle a aquel hombre la realidad que se escondía tras sus preguntas, por lo que, una vez más, optó por no decir toda la verdad.

—Lo único que sabemos es que en un documento anónimo que llegó a nuestro poder se insinuaba que un pueblo llamado «los Guardianes» había tenido algo que ver en el accidente. Desde que lo recibimos hemos intentado descubrir quiénes son, pero no hemos averiguado gran cosa. Sólo sabemos que tienen su origen en una antigua leyenda egipcia. Ni siquiera estamos seguros de que existan en realidad.

Soneb sonrió tímidamente, en un gesto que el padre Alviero interpretó como de condescendencia. Aquel hombre no era, ni mucho menos, una persona ingenua y fácilmente manipulable. Estaba seguro de que no había creído ni una palabra de lo que acababa de contarle.

—Los Guardianes son los encargados de preservar el poder de los Ojos de Toth. Un poder que, según la leyenda, es el único capaz de combatir la fuente de todos los males.

Alviero sintió un escalofrío, no esperaba que aquel hombre conociese y mucho menos mencionase como acaba de hacerlo a La Fuente.

—¿La fuente de todos los males? —preguntó Alviero, fingiendo ignorar de qué hablaba Soneb.

—Nadie sabe lo que es realmente, como tampoco nadie sabe qué son los Ojos de Toth. Las leyendas suelen ser así, esconden más de lo que enseñan.

—Pero entonces, ¿Los Guardianes son reales o pura leyenda? —insistió Alviero.

—Si me lo hubiese preguntado antes del accidente, le hubiese dicho que no eran más que uno de esos cuentos inventados para atemorizar a los niños y a los ignorantes, pero ahora estoy seguro de que son muy reales.

—¿Por qué?

—Porque uno de ellos vino a visitarme al poco de salir del hospital después del accidente. Era una mujer joven, se llamaba Alexia.

El padre Alviero no pudo evitar erguirse en su silla, sorprendido, al oír, de forma tan inesperada, el nombre de la mujer que llevaba días intentando localizar. Aquella podía ser la primera pista fiable sobre su existencia.

—¿Cómo sabe que era uno de los Guardianes? —preguntó Alviero intentando disimular su emoción.

— Porque ella misma me lo dijo y le aseguro que, con sólo mirar a sus ojos, se hubiese dado cuenta de que no mentía.

—¿Qué quería de usted?

—Me explicó que en el accidente habían muerto algunos de los suyos y que su misión estaba en peligro. Me advirtió de que sus enemigos podían intentar acabar conmigo y me aconsejó que trasladase mi tienda al barrio copto, donde podían protegerme mejor. Me aseguró que aquí no correría peligro. Lo único que me pidió fue que no hablase con nadie del accidente.

—Pero ha hablado conmigo —repuso el sacerdote confuso.

—Lo sé —admitió Soneb—, pero mi padre siempre me decía que confiase en mi intuición e, igual que aquella mujer me pareció completamente sincera, usted también me parece alguien en quien se puede confiar.

—Un buen amigo me recomendó exactamente lo mismo —añadió el padre Alviero agradecido— ¿Y no le dijo como ponerse en contacto con ella?

—No, pero no dude de que, si es importante, ella encontrará la manera de ponerse en contacto con usted.

5

Nada más volver al Monasterio de San Gabriel, el padre Alviero se reunió con Adrian y Zulema y les contó la conversación que acababa de tener con el anticuario Soneb Nadyam.

—Si lo que ese hombre le ha contado es cierto, está claro que el accidente fue provocado —observó Adrian esperanzado.

—Aunque Soneb no parecía muy seguro, creo que lo que vio fue totalmente real. El poder de la Fuente permite la manipulación de la realidad y está claro que es lo que sucedió entonces, igual que nos sucedió a nosotros en el Museo de El Cairo. Pero hay otra cosa de la que ya podemos estar seguros —afirmó el sacerdote—. Ahora sabemos que tu madre no mentía cuando nombró a la mujer llamada Alexia.

—La que mentía era esa mujer —añadió Zulema con un suspiro—. Está claro que no pertenecía a los Servicios Sociales, sino que, según ese anticuario, era un miembro del pueblo de los Guardianes. Pero, si es así, ¿por qué estaba conmigo y engañó a la Señora Cavendish animándola a que me adoptase?

El padre Alviero se dio cuenta de que Adrian, tal y como él le había pedido, no le había contado aún a Zulema sus conjeturas sobre su adopción y su posible relación con el poder de la Fuente. Aún sabiendo que le causaría una gran preocupación y confusión, decidió que lo mejor era contarle sus sospechas. Ante la inquisitiva mirada de Adrian, le explicó por qué creía que su pasado guardaba algún tipo de relación con lo que estaba pasando y que su salida de Egipto podría haber sido algo completamente premeditado. Sin embargo, prefirió no comentarle nada sobre su posible inmunidad a los poderes del Libro de Toth.

Zulema se lo tomó mejor de lo esperado y, salvo algún momento en que suspiró en un claro signo de agobio, pareció asumir las sospechas del padre Alviero sobre su pasado con sorprendente tranquilidad.

—No parece que todo esto te sorprenda demasiado —observó Adrian, extrañado por la aparente naturalidad con las que parecía encajar las palabras del sacerdote.

—Y no lo hace —confesó la mujer, mostrando una sonrisa forzada de resignación—. Llevo intuyendo algo así desde que toqué por primera vez la tablilla de Sir William con las inscripciones. Te aseguré que cuando la tuve en mis manos, fue como si algo en mi interior la reconociese como propio. Fue algo visceral que entonces no entendí, pero que me hizo sospechar que allí también podía estar escondido parte de mi pasado.

—En todo caso no debes preocuparte por eso, tendremos que ir deshaciendo esta madeja paso a paso —le aseguró el padre Alviero.

—¿Y cómo se supone que lo vamos a hacer? —preguntó Adrian impaciente— ¿Ha hablado ya con sus superiores?

— Sí, pero no me han dado una respuesta firme. Me han pedido que aguardemos aquí hasta que puedan enviarnos personal adecuado para ayudarnos.

—¿Personal adecuado?

—Tenéis que entender que, a pesar de que el ser al que nos enfrentamos todavía no controla el poder completo de la Fuente, con la fracción que ahora domina es capaz de manipular la materia y controlar a cualquier persona normal con bastante facilidad. Intentar enfrentarnos a él con personas sin la preparación apropiada sería suicida. Ya habéis visto lo que ocurrió con Eric.

—Precisamente por lo que ha pasado con Eric y el padre Elías, no podemos esperar indefinidamente —protestó Adrian— Además, tampoco nosotros tenemos ninguna preparación especial.

—Ni siquiera yo mismo estoy seguro de tenerla —reconoció el padre Alviero, sin disimular la inseguridad que aún sentía sobre sus supuestas capacidades—. Pero tengo la impresión de que,

aunque intente convencerlos de que no vayáis, no me haríais ningún caso. Por eso, el que nosotros vamos a intentarlo está fuera de toda duda, pero mis superiores no están de acuerdo en arriesgar a más personas inocentes sin asegurarse de que tienen las capacidades adecuadas.

—¿Y de cuánto tiempo estamos hablando? —quiso saber Zulema.

—La verdad es que no lo sé —admitió el sacerdote.

El padre Alviero se daba cuenta de que aquella situación era insostenible. El padre Elías ya le había advertido que no podían esperar a que la Iglesia les mandase más ayuda, ya que el poder de su enemigo se acrecentaba día a día y, si llegaba a controlar la Fuente por completo, todo estaría perdido. Se preguntó si no estaría cometiendo un grave error al seguir las órdenes del Vaticano en vez los impulsos de aquellos muchachos.

Resignado, se dispuso a salir de la habitación dejando a los dos hermanos sumidos en la preocupación, cuando se dio cuenta de que algo sobresalía ligeramente del bolsillo de su pantalón. Sorprendido, descubrió un papel cuidadosamente doblado. Al desplegarlo se encontró con un sorprendente mensaje. Los Cavendish le miraron de inmediato extrañados por su comportamiento.

—¡Es un mensaje de Alexia! —exclamó el sacerdote perplejo.

— ¿Cómo es posible? —preguntó Zulema, acudiendo a su lado para examinar el papel.

El mensaje había sido escrito con plumilla y mostraba una caligrafía cuidada al extremo con una letra pequeña y menuda. El texto era corto y conciso:

«Si quiere saber la verdad de lo ocurrido a Sir William Cavendish, acuda al café de Fishawi en Jan el—Jalili mañana a las 9 horas. Venga acompañado sólo del hijo de Sir William y Zulema».

El mensaje terminaba con una rúbrica en la que podía leerse con claridad «Alexia»

—¿Quién se lo ha dado? —preguntó Adrian tras examinarlo.

—No lo sé —repuso con sinceridad el padre Alviero—. Lo acabo de encontrar en mi bolsillo.

—Ha podido metérselo el bolsillo el anticuario mientras hablaba con él —propuso Zulema.

—No lo creo. Aunque insinuó que Alexia se pondría en contacto conmigo, si hubiese sabido cómo o cuándo, creo que me lo hubiese dicho.

—¿Y no ha hablado con nadie más hoy? —preguntó Adrian.

—¡Claro! —exclamó el sacerdote, comprendiendo de repente lo ocurrido— Me paré un momento a ver un escaparate y al volverme tropecé con un niño. Debió aprovechar para meter el papel en mi bolsillo. ¡Ahora entiendo por qué se fue tan rápidamente sin esperar si quiera a que le diese unas monedas!

—Eso significa que le han debido vigilar todo el tiempo. Parece que saben muy bien quiénes somos y qué hacemos aquí —observó Adrian—. Creo que deberíamos acudir a esa cita.

—Estoy de acuerdo —añadió Zulema con excitación—. Puede ser nuestra única oportunidad de localizar a los Guardianes. Además, estoy segura de que esa mujer es la única que puede decirme quién soy en realidad.

El padre Alviero contempló a los Cavendish, sopesando si debía o no informar a sus superiores. Viendo sus rostros llenos de una determinación y esperanza, de la que habían carecido desde lo ocurrido en el museo, recordó la fuerza de voluntad del padre Elías y cómo le había animado a confiar en sus intuiciones.

—¡Está bien! —exclamó tomando una decisión—. Mañana iremos a ese zoco y averiguaremos de una vez por todas qué está pasando.

6

El padre Elías había perdido la noción del tiempo. Sabía que llevaban allí encerrados varios días, pero era incapaz de decir cuántos eran realmente. Durante todo aquel tiempo Ahhotep no había vuelto a aparecer. En su lugar, un hombrecillo de ojos vidriosos y andar renqueante, les traía comida y agua cada poco tiempo. Aunque había intentado hablar con él, pronto se había dado cuenta de que no era más que un sirviente sin mente que realizaba sus acciones de forma mecánica.

Eric, muy nervioso aunque sereno desde la última visita de Ahhotep, le propuso atacar al hombrecillo e intentar escapar aprovechando alguna de las ocasiones en las que venía a reponer la comida. Sin embargo, el padre Elías le había hecho recapacitar, asegurándole que sería inútil ya que, probablemente, estaban encerrados en algún laberíntico edificio egipcio y no podrían alcanzar la salida por sí mismos, sin que otros guardianes o el propio Ahhotep les alcanzasen antes. El sacerdote estaba convencido de que la fuerza bruta no bastaría, por sí sola, para sacarles de aquel aprieto.

—No podré aguantar mucho más —confesó Eric—. Esta oscuridad terminará por volverme loco.

—Debes intentar mantener el control. Lo que busca Ahhotep con este encierro es precisamente debilitarnos —le tranquilizó el padre Elías, sujetándole de la mano para que sintiese su cercanía—. Intenta que el aislamiento y la soledad vayan minando nuestra voluntad para hacernos más maleables a su influencia.

—Pero, ¿por qué no se limita a acabar con nosotros de una vez por todas?

El padre Elías era consciente de que Eric estaba a punto de encaminarse por una senda

autodestructiva de consecuencias imprevisibles.

—Sólo puede haber una explicación para eso y es que probablemente nos necesita para completar el ritual que le dé el control total sobre el Libro de Toth.

—Quizá a usted, pero ¿para qué va a querer a un chico negro de Nueva York? No soy nadie para él. Además, ya ha demostrado que puede manejar mi mente a su antojo.

Las palabras de Eric sonaron con tanta amargura y un derrotismo tan absoluto que hicieron que el sacerdote se sintiese profundamente conmovido.

—No creo que tenga tanto control sobre ti como crees. Si lo tuviese, serías un servidor sin mente como el pobre desgraciado que nos trae las viandas. Hay algo en ti que se le resiste y que necesita doblegar.

—¿Está seguro de eso?

No, no lo estaba en absoluto, pero eso era algo que no iba a dejar que el muchacho supiese si no quería verle derrumbarse del todo.

—Sí y tendremos que hacer que tu resistencia aumente si queremos hacerle frente cuando llegue el momento.

—¿Y cómo puedo hacer eso? —el interés era ahora algo patente en la voz de Eric, que parecía percibir en las palabras del sacerdote una tabla de salvación a la que agarrarse.

—Tienes que desterrar las dudas que te embargan, tus temores y miedos. Ahhotep se apodera de la mente agarrándose a sus debilidades como una sanguijuela lo hace a la parte más fina de la piel. Por eso, debes endurecer tu piel confiando más en ti y desterrando los recuerdos del pasado que te debilitan. Aférrate a tus fortalezas y destierra tus inseguridades. Si te dices a ti mismo que eres fuerte hasta convencerte de ello, lo serás. Somos lo que creemos que somos.

—No sé si seré capaz —confesó Eric abrumado.

—No te preocupes, voy a estar aquí a tu lado y te voy a ayudar en cada paso del camino.

7

Salieron a primera hora de la mañana, cuando el alba empezaba a herir la oscuridad con su luz incipiente. El padre Alviero pensó que sería mejor abandonar el Monasterio lo antes posible, para evitar que alguno de los sacerdotes de mayor rango pudiese poner alguna pega a su inesperada salida.

Cogieron un taxi que les llevó al zoco de Jan el—Jalili en poco más de una hora. Aún era temprano para la cita, por lo que hicieron tiempo paseando entre las callejuelas atestadas de

comerciantes que colocaban con cuidado sus tenderetes y expositores llenándolos de productos de todo tipo y procedencia. En poco tiempo el lugar se convirtió en una cacofonía de sonidos y colores que asaltaba los sentidos con insolencia.

Cuando la hora se acercaba, acudieron al café de Fishawi, el lugar en que les citase la misteriosa mujer. Se trataba de un famoso local, situado en un estrecho y colorido callejón, que presumía de no haber cerrado nunca sus puertas en los últimos doscientos años. Cuando llegaron, se acomodaron en una pequeña mesa de madera en el exterior del establecimiento. En su interior, se agolpaban los turistas, bebiendo te y fumando pipas de agua, rodeados de múltiples espejos decorativos.

—¿Por qué habrá escogido Alexia un lugar como éste para reunirse con nosotros? —preguntó Zulema, que había permanecido taciturna y extrañamente silenciosa, mientras daba un tímido sorbo al té a la menta que habían pedido— No parece precisamente discreto.

—Depende del tipo de discreción que se esté buscando —respondió Adrian—. Con todo este bullicio, es posible que piense que en un lugar público es más fácil pasar desapercibidos.

—No creo que sea sólo por eso —intervino el padre Alviero, que jugaba con su taza de té incapaz de apurar su contenido debido a los nervios que le atenazaban—. Probablemente, los Guardianes quieran asegurarse de que venimos solos y hayan colocado a varios de los suyos entre toda esta multitud. Tengo la sensación de que nos han estado observando desde hace rato.

Las palabras del sacerdote resultaron ser un extraño y certero presagio. Un hombre de rostro enjuto y moreno, que hasta entonces había permanecido en una mesa cercana desayunando con fruición mientras leía la prensa, se dirigió repentinamente hacia ellos.

—¡Acompañenme! —les pidió con naturalidad.

Sin esperar su contestación, el hombre empezó a andar, internándose con rapidez por las callejuelas, atestadas ya de público, del mercado. Le siguieron con dificultad entre el laberinto de tiendas y comerciantes, hasta llegar a una zona más apartada en la que los comercios dieron lugar a un grupo de viviendas de aspecto humilde. Al llegar a una calle, especialmente estrecha y aún sumida en las sombras de la mañana, se pararon frente a un edificio de piedra, que ya hacía mucho tiempo que había pasado por su mejor época. El inesperado guía les indicó una enorme puerta de madera, que parecía más un antiguo paso de carruajes que la entrada de una casa particular.

El padre Alviero se adelantó, empujando la puerta con precaución. Los Cavendish le siguieron, mientras el hombre que les había guiado hasta allí desaparecía de nuevo entre las calles. Nada más franquear la entrada, se encontraron en una gran estancia que, aunque había sido limpiada cuidadosamente, se encontraba en un estado de conservación bastante precario. Parecía claro que aquel lugar era un edificio abandonado que había sido acondicionado para su

improvisada reunión. En el centro de la habitación se encontraba una mesa rodeada de cuatro sillas.

De una puerta lateral, que hasta ese momento les había pasado desapercibida en medio de las paredes desconchadas y estropeadas por la humedad, apareció una figura que les contempló indecisa durante unos instantes.

No la había visto desde hacía seis años, pero, cuando la figura abandonó las sombras y Zulema pudo ver su rostro redondeado y sus ojos marrones y expresivos, escoltados por dos curiosos lunares, la reconoció de inmediato; era Alexia la mujer que estuvo a su lado tras el accidente.

La mujer fue directamente a donde estaba Zulema y la abrazó con fuerza.

—¡Dios mío! —exclamó sin disimular la emoción— Te has convertido en una mujer bellísima.

Zulema apenas respondió al abrazo, sorprendida por tan inesperada efusividad.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Alexia, al ver su fría reacción— ¿No te acuerdas de mí?

—Claro que me acuerdo, eres la mujer que estuvo conmigo tras el accidente en que perdí a mi familia.

—¿Eso es lo único que recuerdas? —en el rostro de Alexia se dibujó una profunda decepción, a la vez que sus ojos comenzaban a brillar con lágrimas incipientes— ¿No has recuperado nada de tu memoria? —preguntó temiendo la respuesta.

—No —reconoció Zulema con pesar—. Sigo sin recordar nada anterior al accidente.

—¡Eso lo complica todo! —se lamentó Alexia, sin poder disimular su decepción.

—Soy el padre Alviero —se presentó el sacerdote, ofreciendo su mano a la mujer— ¿Qué es exactamente lo que quiere decir?

—Perdónenme —se excusó la mujer recuperando la compostura—. Soy Alexia Azim, la tía de Zulema y no he podido evitar emocionarme al verla de nuevo después de tanto tiempo.

—¿Mi tía? —preguntó Zulema sorprendida.

—Tu padre, Karim Azim, era mi hermano —Alexia acarició el pelo de Zulema con la yema de los dedos, como si necesitase su contacto para cerciorarse de que estaba realmente allí—. Pero no te preocupes, prometo explicártelo todo y ayudarte a recuperar la herencia que te pertenece por derecho.

La mujer se dirigió a Adrian, que había observado toda la escena con preocupación y sorpresa, para estrecharle la mano.

—No hace falta que te presentes, Adrian, eres igual que tu padre —le dijo adelantándose a sus palabras.

—¿Le conocía? —preguntó envarado.

—¡Claro! —respondió Alexia con naturalidad—. Sir William no paraba de hablar de ti. Su frase favorita, cada vez que descubría algo nuevo, era: «Esto lo tiene que ver Adrian». Te adoraba y tenía muchas ilusiones depositadas en tu futuro.

Adrian sintió un nudo en la garganta, mientras recordaba el rostro de su padre y el amor incondicional que le profesaba.

—Será mejor que nos sentemos porque son muchas las cosas que debo contaros —les pidió Alexia, mientras se acomodaban junto a la mesa dispuesta en el centro de la habitación—. Lamentablemente, mi gente no confía aún en vosotros y no hemos podido encontrar, en tan poco tiempo, un lugar más discreto y mejor acondicionado que estas caballerizas abandonadas. Pero servirá. Aquí estaremos seguros.

El padre Alviero miró a su alrededor preguntándose por qué aquella mujer consideraba a aquel caserón abandonado un lugar seguro, a pesar de sentir en su interior que era cierto. De alguna manera, desde que entrase por las enormes puertas de madera había notado una calma y tranquilidad inusitadas.

—Lo mejor será empezar por el principio —empezó a relatar Alexia en lo que parecía iba a ser una larga explicación—. Tenéis que entender primero quién es mi pueblo, para que comprendáis exactamente lo que está pasando.

—El profesor Asfur nos habló de los Guardianes —intervino el padre Alviero—, aunque decía desconocer si eran reales o una simple leyenda.

—Asfur era un gran estudioso de la historia antigua, pero apenas llegó a arañar la superficie de las verdaderas creencias y mitos de nuestros antepasados. Creo que, aunque quería creer en los antiguos ritos, en su interior temía llegar a donde esa creencia podía llevarle —repuso Alexia en tono pesaroso—. Lo que sabía de los Guardianes iba poco más allá de los mitos populares, pero desconocía la historia real escondida tras ellos.

—¿Y cuál es esa historia? —preguntó Zulema impaciente.

— Nuestros orígenes se remontan a más de tres mil años en el pasado, la época en que Ramsés II reinó sobre Egipto. Tenéis que comprender que Ramsés fue un rey guerrero que pasó casi toda su vida enzarzado en guerras y batallas, primero para mantener la paz en el reino y después en guerras de expansión. Gracias a sus conquistas, Egipto se benefició durante su mandato de una de sus épocas de mayor esplendor y prosperidad. Sin embargo, también era un hombre

ambicioso que no dudó en embarcarse en toda clase de rituales religiosos y mágicos para aumentar su poder. Fue de los primeros faraones en hacerse adorar como un Dios, construyendo incansablemente monumentos en su propio honor.

Os cuento todo esto para que comprendáis que era un personaje capaz de levantar grandes adhesiones, pero también profundos odios y rencores, sobre todo entre los seguidores de Amón a los que consideraba peligrosos rivales. Llegó incluso a favorecer a los sacerdotes de Ra, Ptah o Seth, en un intento de disminuir el poder de los sacerdotes de Amón, único poder capaz de rivalizar con el suyo propio. Fue entre estos sacerdotes de Amón donde surgió el hombre responsable de lo ocurrido; Ahhotep. Al principio era un simple sacerdote, pero su inagotable ambición y unos profundos conocimientos en los saberes antiguos, le permitieron ascender con rapidez hasta alcanzar el puesto de Sumo Sacerdote. Pero sus aspiraciones no acababan ahí, por lo que decidió realizar una oferta al Faraón que éste no pudo rechazar.

En su búsqueda de poder, Ramsés se había interesado en el estudio de las artes arcanas, no dudando en embarcarse en lo que otros faraones ya habían intentado antes con resultados fatales; descifrar los misterios del objeto más valioso y también más peligroso del tesoro real, el Libro de Toth. Trajo a los mayores sabios y los mejores magos desde los confines de Egipto, pero todos los eruditos que intentaron traducir las fórmulas mágicas del libro fracasaron con consecuencias terribles, acabando la mayoría, completamente locos y desquiciados. Por eso, cuando Ahhotep le ofreció descifrar los secretos del Libro de Toth, a cambio de devolver el favor real al culto de Amón, Ramsés no pudo resistirse y aceptó la oferta, cometiendo el peor error de su vida y, probablemente, de la historia de Egipto.

Ahhotep se encerró día y noche durante semanas en la cámara de palacio donde se guardaba la preciada reliquia. Sólo salía para comer y atender las obligaciones más perentorias de su cargo de Sumo Sacerdote, volviendo después de inmediato a su encierro. Cuando las semanas se convirtieron en meses, el Faraón estuvo a punto de cancelar sus estudios, pero, el hecho de que después de tanto tiempo Ahhotep mantuviese su cordura intacta y sus aseveraciones de que se encontraba cerca de traducir las principales invocaciones, hicieron que Ramsés le permitiese continuar. A los tres meses de iniciado el encierro con la reliquia, empezaron a ocurrir fenómenos inexplicables en Egipto. Al principio se sucedieron los nacimientos de ganado con malformaciones aterradoras; terneros con dos cabezas, cabras con tres pezuñas y hasta un carnero con alas incipientes. Después, los fenómenos se hicieron más graves; hubo lluvias de sangre y estatuas de dioses que cobraron vida ante la mirada aterrorizada de los creyentes. El miedo se apropió de las gentes, que clamaron al Faraón en busca de ayuda ante lo que estaba sucediendo. Cuando los relatos de lo que estaba ocurriendo llegaron a oídos de Ramsés, éste comprendió que sólo el poder del Libro de Toth podía ser responsable de los extraños fenómenos. Llamó de

inmediato a Ahhotep, pero éste le convenció una vez más de que lo sucedido sólo era un efecto inesperado de sus primeros intentos por controlar el Libro, que no tendría mayores consecuencias cuando hubiese controlado el objeto mágico por completo. El Faraón permitió una vez más a Ahhotep continuar su estudio, cegado por su ambición por controlar un poder de aquella magnitud.

Sin embargo, un mes después se desató el caos absoluto. Una noche, varias docenas de cadáveres de obreros salieron de sus sarcófagos, donde habían sido embalsamados y enterrados según los ritos. El terror cundió por las calles mientras los muertos caminaban por ellas. La guardia real se enfrentó a los resucitados resultando en una carnicería donde más de cincuenta soldados murieron antes de poder detener la horda de no muertos. Ante aquel caos de muerte y destrucción, el Faraón mandó a Ahhotep detener sus estudios en el Libro de Toth y buscar la manera de destruirlo. Pero el Sumo Sacerdote tenía otras intenciones completamente distintas. Esa misma noche huyó de palacio consiguiendo controlar la voluntad de guardias y soldados, que le franquearon la huida. Con él se llevó el Libro de Toth y algunos sacerdotes menores del culto de Amón que se encontraban bajo su influencia.

Al conocer la traición de Ahhotep, el Faraón formó un grupo de élite con sus mejores soldados y él mismo, para perseguir y dar caza al rebelde sacerdote y recuperar el Libro de Toth. Al frente del grupo de soldados puso a Nagada, un guerrero kushita jefe de la guardia real, que había probado su valor y fidelidad al Faraón en cientos de campañas. A pesar de que Ahhotep supo borrar sus huellas y desaparecer en las arenas de desierto, Ramsés era inteligente y astuto e imaginó de inmediato dónde podía haberse refugiado y cuáles eran sus intenciones. Su destino debía ser el único lugar en el que podría completar su intento de dominar el poder del Libro de Toth, el lugar donde el propio Dios descansaba; la tumba de Toth.

—Entonces, ¿existe realmente la tumba? —preguntó el padre Alviero sin poder evitar interrumpir el relato de la mujer.

—¡Por supuesto! —contestó Alexia con una sonrisa de complicidad— Y el Faraón conocía su ubicación al igual que el Sumo Sacerdote, por lo que pudo seguirle hasta ella. Cuando encontraron la tumba, Nagada se enfrentó a los terribles guardianes que vigilaban la entrada gracias al poder de los Ojos de Toth, consiguiendo interrumpir la ceremonia en la que Ahhotep pretendía controlar por completo el poder del Libro.

—Asfur nos habló de los Ojos de Toth, pero no supo decirnos qué eran exactamente —observó Adrian— Nos dijo que podía tratarse de algún tipo de amuleto o arma.

—¡Ojalá yo supiera qué son! —confesó Alexia con pesar— Pero nuestras leyendas no lo cuentan. Lo único que sabemos es que Nagada se sirvió de su poder y de su astucia para engañar a Ahhotep. Al parecer, le hizo creer que traicionaría al Faraón y se uniría a él, consiguiendo así

cogerle desprevenido y arrebatarle la vida acabando con su amenaza. Nagada resultó mortalmente herido en el enfrentamiento con el sacerdote rebelde y ofreció sus últimas fuerzas para intentar destruir la tumba y el Libro, inmolándose en su interior, mientras el Faraón y los pocos hombres que pudieron sobrevivir sellaban la entrada al lugar para siempre.

El Faraón temía que, aún así, el Libro no hubiera sido destruido y que su poder pudiese volver a causar el terror en el reino si alguien descubría la tumba. Por eso, decidió nombrar a los descendientes sanguíneos de Nagada, al que estaba profundamente agradecido por su sacrificio, los Guardianes de la tumba y del secreto de los Ojos de Toth.

—Entonces... ¡Los Guardianes son los descendientes de Nagada, como nos contó Asfur! — exclamó Adrian—. Pero, has dicho que Ramsés les dejó el secreto de los Ojos de Toth, ¿no deberías entonces saber qué son al ser tú uno de ellos?

— El Faraón encomendó los Ojos de Toth al descendiente directo de Nagada, su hijo. Sólo él sabía qué eran exactamente. Después, el secreto fue pasando de padres a hijos cayendo siempre sobre el primogénito.

—¿Y quién es el descendiente actual? —preguntó Adrian siguiendo el razonamiento de la mujer— Necesitamos su ayuda para enfrentarnos a Ahhotep.

—Lamentablemente eso no va a ser demasiado sencillo —repuso la mujer con un suspiro—. Me temo que el último descendiente vivo de Nagada que conoce el secreto es Zulema y, al parecer, no recuerda nada de su pasado.

Zulema, que había permanecido completamente en silencio durante el largo relato de Alexia, no pareció demasiado sorprendida, a diferencia de los demás, ante las palabras de ésta, aunque sí se sintió sobrecogida por las implicaciones que parecían desprenderse de ellas.

—¿Y mis padres? —preguntó Zulema, haciendo un esfuerzo por apartar de su mente la extraña bruma que parecía embotar sus sentidos— Ellos deberían saberlo también ¿no?

—Me temo que la única familia que te queda soy yo —repuso Alexia emocionada, agarrando la mano de Zulema con ternura—. Tu madre era una mujer de una increíble belleza pero débil y enfermiza; no pudo aguantar los rigores del parto. Tu padre quedó destrozado por su muerte y yo tuve que ayudarlo a hacerse cargo de tu educación. Afortunadamente, siempre fue un hombre fuerte y valiente y consiguió reponerse, formándote en las creencias de los Guardianes. Cuando cumpliste los doce años, como marca la tradición, te inició en el secreto de Los Ojos de Toth. Lamentablemente, no pudo ver la mujer fuerte y hermosa en la que te has convertido. Hubiese estado muy orgulloso.

—¿Qué fue de él? —preguntó Zulema conmovida, adivinando la respuesta.

—Murió el mismo día que Sir William Cavendish.

—¿Iba en el autobús?

—No exactamente —repuso Alexia—. Lo que ocurrió aquel día le costó la vida a muchos de los nuestros y estuvo a punto de acabar con los Guardianes para siempre.

CAPITULO 8

LA EMPERATRIZ

1

El padre Elías estaba profundamente dormido, cuando una sensación indefinida le hizo despertarse repentinamente. Escuchó con atención, pero lo único que llegaba hasta él desde la oscuridad era el respirar agitado de Eric. El muchacho lo estaba pasando realmente mal y el sacerdote se alegró de que estuviese descansando ajeno a la inquietud que le embargaba.

Ahhotep no había vuelto a aparecer desde la visita que les hiciese el primer día de encierro. Aunque había sentido su presencia constante vigilándoles, sólo sus esclavos sin mente entraban en la estancia periódicamente. Algunas veces llevando alimentos y otras con la única misión de turbar su sueño e incomodarles con su presencia silenciosa.

A pesar de que el padre Elías sabía que lo que Ahhotep intentaba era minar su fuerza de espíritu, sometiéndoles a la tensión constante de la oscuridad, la falta de sueño y a las finas torturas síquicas de sus esclavos, no podía evitar que aquel cruel proceso empezase a dar sus frutos. Ya no era un hombre joven y comenzaba a sentirse agotado. Cada vez le era más difícil aparentar frente a Eric, fortaleza y seguridad y sabía que, si aquello continuaba durante mucho más tiempo, terminaría por derrumbarse física y mentalmente a pesar de todo su entrenamiento y sus capacidades.

EL sonido amenazante de algo arrastrándose a su alrededor le hizo salir de sus reflexiones con brusquedad. Algún tipo de criatura estaba junto a él acercándose sibilinamente en la oscuridad. Paulatinamente, el sonido empezó a multiplicarse como si proviniese de varios puntos de la estancia simultáneamente. Temiendo un ataque frontal de Ahhotep, el padre Elías se vio obligado a despertar a su acompañante de cautiverio zarandeándole con fuerza.

—¡Despierta Eric! —gritó.

El joven se incorporó con dificultad, claramente desorientado. Aún medio dormido, sintió como una forma fría y húmeda se enroscaba alrededor de su mano, lo que le hizo gritar angustiada, mientras se agitaba compulsivamente intentando liberarse de sus invisibles atacantes. El padre Elías le aferró con fuerza intentando tranquilizarle.

—Sé que es difícil, pero debes ignorar esas cosas y no moverte —le pidió el sacerdote con gran seguridad.

Eric dejó de agitarse y gritar, a pesar del asco y terror que le atenazaba al sentir como seres

repugnantes trepaban por su cuerpo. En aquellos días de encierro había aprendido a confiar en el sacerdote y se había convencido que, sólo con su fuerza y capacidades, podrían salir con vida de aquel lugar.

El padre Elías comenzó a rezar en voz alta una plegaria que Eric no reconoció a pesar de su educación católica. El sacerdote utilizaba un idioma y entonación que le eran completamente desconocidos, repitiendo una y otra vez la misma frase. Las formas que intentaban envolverles se quedaron paralizadas, como si aquella extraña letanía supusiese para ellas una barrera infranqueable. Lentamente, fueron retrocediendo, hasta que sus miembros volvieron a estar libres y el silencio reinó de nuevo en la estancia. La oración continuó aún durante unos minutos antes de que el padre Elías diese por terminado el ritual.

—¿Qué demonios eran esas cosas? —preguntó Eric aún aterrado, luchando por recuperar el control de su propia respiración.

—No creo que fuesen reales, por lo menos no del todo —le tranquilizó el padre Elías—. Estoy seguro de que no eran más que creaciones mágicas convocadas por Ahhotep. Parece que se impacienta y ha decidido enviarnos esas criaturas para que nos atormenten y debiliten con más rapidez.

—¿Se impacienta? ¿Por qué? Tiene todo el tiempo del mundo para mantenernos aquí encerrados y hacer lo que quiera con nosotros.

—No estés tan seguro de eso. Parece que se acerca el momento en que nos necesitará y empieza a preocuparle que, llegado el momento, no consiga que colaboremos como él necesita.

—¿De verdad cree eso? —preguntó de nuevo Eric, con un hilo de esperanza dibujado en su voz.

—Sí —afirmó el sacerdote con rotundidad, satisfecho de ver por primera vez alejarse el tono derrotista habitual de las palabras del muchacho—. Es muy probable que ésta haya sido la primera muestra de debilidad de Ahhotep desde que todo esto empezó.

2

Cuando Adrian escuchó a Alexia hablar de la muerte de su padre, sintió como el corazón le daba un vuelco en el pecho. Si algo le había mantenido con la fuerza suficiente para afrontar la terrible situación en que se encontraba, era la esperanza de que su padre continuase con vida, sin embargo, la rotundidad con que la mujer había hablado del día en que su padre murió, le hizo temer lo peor.

—¿Está segura de que mi padre murió en ese accidente? —preguntó Adrian, incapaz de

soportar durante más tiempo la incertidumbre.

—Aunque os parezca extraño, esa pregunta no es nada sencilla de responder —repuso Alexia—. Lo mejor será que os cuente todo lo que recuerdo y que lo decidáis por vosotros mismos.

—¡No lo entiendo! —protestó Adrian elevando la voz con nerviosismo— ¡O está vivo o está muerto!

—Déjala explicarse —le pidió el padre Alviero, intentando calmarle—. En los últimos días todos hemos aprendido que las barreras entre la vida y la muerte no parecen estar demasiado claras frente al poder del Libro de Toth.

—El padre Alviero lleva razón —le explicó Alexia—. A pesar de que me he criado oyendo las leyendas de mis antepasados y estudiando sus creencias, creo que, hasta que conocí a tu padre, en el fondo pensaba que todos esos mitos no eran más que supersticiones con poca base. Quizá por eso no estábamos preparados para evitar lo que ocurrió.

Tu padre llegó una mañana a nuestro asentamiento en las montañas del sur. Vino en un jeep polvoriento, acompañado de un religioso de cara triste y melancólica, Fray Cariglia. Al principio pensamos que se trataba de unos simples turistas interesados en hacerse unas fotos junto a nuestras tiendas y en comparar algunos suvenires de artesanía pero, al poco de llegar, comenzaron a hacer preguntas sobre la leyenda de los Guardianes, levantando nuestras sospechas. Naturalmente, negamos cualquier conocimiento esperando que eso les hiciese desistir de sus investigaciones, como ya había ocurrido antes con otros arqueólogos e historiadores que nos habían visitado guiados por rumores y medias verdades. Pero eran hombres tozudos y, no sólo no se dejaron desanimar, sino que, para nuestra sorpresa, pidieron permiso para quedarse un tiempo en nuestra comunidad. Nuestras costumbres obligan a la hospitalidad por lo que tuvimos que acceder.

Durante varios días permanecieron conviviendo con nosotros. Comieron nuestro pan, bebieron nuestros vinos y durmieron en nuestras tiendas. Cariglia era un hombre taciturno, que pasaba los días sumido en rezos y meditaciones. Sin embargo, Sir William era todo lo contrario, demostraba una erudición incomparable y una energía desbordante que le hacía querer verlo todo y participar en cada actividad de nuestro pueblo, lo que hizo que se ganase rápidamente nuestro respeto y admiración. El padre de Zulema, mi hermano Karim, estableció una excelente relación con él. En cierto modo, eran hombres muy parecidos. Karim, como Sir William, era respetado y querido en nuestra comunidad, no sólo por ser el heredero directo de Nagada y depositario del secreto de los Ojos de Toth, sino también por su conocimiento exhaustivo de la historia y su amor por nuestro pasado. Creo que por eso trabaron una gran amistad en sólo unos pocos días. Incluso Zulema, que siempre había sido extremadamente retraída con los desconocidos, terminó por

acoger a Sir William como si fuese un miembro más de la familia. Recuerdo como, por las noches, solía mirarle embobada mientras él le relataba algún hecho histórico a la luz de las antorchas, convirtiéndolo en una aventura fascinante.

—Para mi padre no existía aventura mayor o más apasionante que la propia historia del hombre —reconoció Adrian con orgullo—. Además, tenía el don de transmitir a los demás con sus palabras la misma emoción que él sentía. Por eso, cuando era niño mis historias favoritas no eran los cuentos infantiles habituales, sino las aventuras del Capitán Cook o las desventuras de Cristóbal Colón en su último viaje, narradas de labios de mi padre.

Alexia contempló por unos instantes al emocionado muchacho, esbozando una sonrisa cómplice antes de continuar su relato.

—Una noche, unas dos semanas después de la llegada de tu padre, Karim reunió a los líderes de la comunidad. Sir William le había confiado la naturaleza de su investigación. Le había hablado de cómo había empezado a indagar la posibilidad de que existiese un acontecimiento protohistórico real que fuese la base de los mitos del origen del bien y del mal. Había explorado en las mitologías de todas las culturas y religiones, llegando a la conclusión de que dicho suceso se correspondía con un hecho acontecido en la historia más remota de Egipto. Pensaba que aquel hecho no era otra cosa que la entrega a los hombres del Libro de Toth. Sospechaba que Toth había sido un personaje real y que en su tumba se encontraba el original de su puño y letra de aquella misteriosa obra. Lógicamente, los ancianos se escandalizaron y pidieron la expulsión de los dos extranjeros de inmediato, ya que aquello suponía un peligro evidente para la comunidad. Pero mi hermano se opuso rotundamente. Al parecer, Sir William le había confesado que tenía en su poder la Tablilla de los Antepasados, inconsciente de la importancia de la pieza para nuestro pueblo. Karim le había contado como aquella pieza nos había sido robada dos años antes y tu padre le había prometido que, si el consejo le autorizaba a visitar la tumba de Toth, devolvería la tablilla a la comunidad.

—¿La Tablilla de los Antepasados? —preguntó Zulema imaginando la respuesta.

— La misma cuyas inscripciones intentabais traducir en el museo con la ayuda del profesor Asfur y que ahora está destruida —respondió Alexia confirmando sus sospechas—. Vosotros no podíais saberlo, pero, codificado en los jeroglíficos del borde de la pieza, se encontraban las claves con la localización exacta de la tumba de Toth. Por eso era tan importante para nosotros y por eso, a pesar de la desconfianza del consejo, accedimos a permitir que Sir William y Fray Cariglia visitasen la tumba. Los ancianos confiaban en que ambos cumpliesen la palabra dada a Karim de no revelar después su emplazamiento. Con la autorización del consejo, elegimos a un grupo de hombres especialmente preparados de nuestra comunidad para guiarles a la tumba. Mi

hermano y yo misma estábamos entre ellos.

—¿Tan complicado es el acceso a la tumba que se necesita personas con una preparación especial? —preguntó con interés el padre Alviero.

—No es el tipo de preparación que usted supone, padre —repuso la mujer—. Según nuestras tradiciones, sólo hombres puros de espíritu pueden acceder a la tumba, para evitar así que sus almas puedan ser corrompidas por el poder del Libro.

—¿Y aun así dejaron que dos extranjeros accediesen a ella? —insistió el sacerdote.

—Fray Cariglia era un hombre de Fe y como tal un hombre puro por definición, en cuanto a Sir William, le sometimos durante dos días a una serie de rituales de purificación para prepararle adecuadamente. Cuando consideramos que ambos hombres estaban listos les llevamos a la tumba de Toth, con lo que cometimos el peor error de la historia de nuestro pueblo.

—¿Qué ocurrió en la tumba? —preguntó impaciente Adrian— ¿Incumplió mi padre sus condiciones?

—No, en realidad tu padre y su acompañante se comportaron de acuerdo a lo pactado. Entraron en el recinto y estudiaron su interior tomando notas y apuntes, pero no tocaron ni alteraron ninguno de los objetos de la tumba como les habíamos pedido. Ni siquiera, cuando les enseñamos el lugar en que reposaba el Libro de Toth, y en sus ojos se dibujó la emoción de quien contempla las maravillas de la creación, cedieron al impulso de intentar abrirlo o tocarlo. Su comportamiento fue totalmente respetuoso en todo momento.

—¿Entonces? —insistió Adrian, restregando nerviosamente sus manos.

—El problema vino después, cuando volvimos al campamento. Sir William y Fray Cariglia decidieron quedarse algunos días más estudiando los apuntes que habían tomado en la tumba de inscripciones y objetos. Fue durante esos días cuando llegó un nuevo visitante, Andreas Kaminis.

—¡Kaminis! —exclamó Adrian— Sospechábamos que se había reunido con mi padre aquí en Egipto.

—Y estabais en lo cierto —continuó Alexia—. Cuando llegó a la comunidad, Sir William nos lo presentó como el arqueólogo que había localizado la Tablilla de los Antepasados, lo que levantó de inmediato nuestras sospechas. Al contarle el acuerdo al que habíamos llegado para la devolución del objeto, se mostró conforme, pero insistió en tener él también la oportunidad de visitar la tumba. El consejo se opuso rotundamente y, aunque protestó enérgicamente, al final tu padre logró convencerle de que habían tomado notas suficientes para probar por vías indirectas sus teorías.

—¿De forma que desistió de visitar la tumba? —preguntó Zulema.

—Eso pensábamos, pero nos equivocamos. Andreas se había quedado con una profunda decepción por no haber logrado ver por sí mismo la tumba de Toth y Fray Cariglia, al que todos considerábamos el más inofensivo de los visitantes, lo aprovechó para llevarnos a todos a la locura.

—¡Fray Cariglia! —se lamentó el padre Alviero, afectado porque hubiese sido un hombre de Fe como él la persona que cayó bajo el influjo perverso del Libro— No puedo creer que un fraile con sus preparación y antecedentes colaborase con las fuerzas del mal.

—Y no lo hacía o por lo menos no sabía que lo hacía — puntualizó Alexia continuando su relato —. Creo que actuaba movido por la convicción de que podía destruir el Libro y con ello librar al mundo de sus malvados influjos. Convenció a Andreas Kaminis de que podía conducirle a la tumba para que la viese con sus propios ojos. En realidad, necesitaba su ayuda para alcanzar el lugar, ya que para una persona sola el acceso es prácticamente imposible.

Dos días después de la llegada de Kaminis, ambos hombres abandonaron en plena noche el campamento y se dirigieron a la tumba. No nos dimos cuenta de su desaparición hasta la mañana siguiente. El consejo se reunió de inmediato, pero, cuando estaban a punto de organizar la búsqueda de los dos hombres desaparecido, una inexplicable tormenta de arena, dotada de una violencia y ferocidad que no habíamos visto nunca, se desató sobre nuestro poblado.

La fuerza de los vientos y la arena fue brutal. A pesar de que apenas duró unos minutos, la destrucción que dejó su paso fue absoluta. No respetó a nada ni a nadie. Se derrumbaron muros y paredes, sepultando a personas y animales en un caos de gritos y desesperación espantosos. Aquel fue, sin duda, el peor día de la historia de nuestro pueblo.

Cuando el aire cesó y el polvo se depositó, nuestra comunidad era poco más que un montón de escombros enterrados bajo la arena. Algunas personas, las más afortunadas, empezaron a salir de debajo de la tierra y de las piedras, mientras los lamentos de los heridos clamaban al cielo su impotencia. La casa en la que vivíamos Zulema y yo fue de las pocas que permaneció en pie. También la tienda de Sir William, situada en las afueras del pueblo, fue milagrosamente respetada por la tormenta. Sin embargo, Karim y la mayoría del consejo, perecieron bajo las paredes de piedra de la sala de reuniones donde se habían congregado.

—¡Dios mío! —exclamó Zulema impresionada, reprimiendo las lágrimas que pugnaban por surgir de su interior, ante la mezcla de horror e indignación que le provocaba descubrir el trágico final de su familia y no ser capaz de recordar nada de todo ello.

Alexia, visiblemente emocionada al recordar la tragedia, se acercó a su sobrina y la abrazó con fuerza, intentando consolarla.

—¿Lo que nos está diciendo es que esa tormenta la provocaron de alguna manera Fray

Cariglia y Kaminis al ir a la tumba sin su consentimiento? —preguntó el padre Alviero intuyendo la respuesta.

—Lo ocurrido exactamente lo supimos cuando Andreas Kaminis regresó. Volvió varias horas después, cuando los heridos ya habían sido evacuados y los cadáveres empezaban a ser retirados por los servicios de emergencia. Algunos hombres le encontraron deambulando en estado de shock entre las calles llenas de escombros. A penas podía respirar, presa de la ansiedad, y tenía rasguños por todo el cuerpo.

Tras la muerte de todo el consejo y del propio Karim, me vi obligada a asumir la tarea de dirigir lo que quedaba de la comunidad, por lo que le trajeron hasta nuestra casa, donde se habían reunido algunos de los supervivientes incluyendo a Sir William. Cuando el arqueólogo griego consiguió calmarse lo suficiente para hablar con coherencia, nos contó lo sucedido en la tumba.

Fray Cariglia había memorizado los detalles del camino a la tumba por lo que llegaron con rapidez. Cuando entraron en el interior del recinto mortuario, el fraile le confesó sus verdaderas intenciones; quería destruir el Libro con un complicado ritual de exorcismo, ya que le consideraba la fuente del poder que alimentaba las artes arcanas y malignas que acechaban a la humanidad. Kaminis se opuso rotundamente ya que para él, un hombre racional y alejado de toda creencia sobrenatural, aquel objeto no era maligno sino que lo consideraba, por el contrario, un tesoro histórico de valor incalculable. Intentó convencer a Cariglia de que abandonase su idea. Ambos hombres discutieron hasta que Kaminis decidió que, ante la irracional obsesión del fraile, no le quedaba más remedio que obligarle a salir de allí por la fuerza. Sin embargo, no tuvo ocasión de intentarlo. Cariglia se las apañó para golpearle con un objeto del ajuar de la tumba, pillándole completamente desprevenido y dejándole inconsciente.

Cuando el arqueólogo griego recuperó la consciencia, estaba atado a una columna y Cariglia se encontraba en pleno ritual. Asombrado, contempló como el religioso recitaba en perfecto egipcio fórmulas mágicas con miles de años de antigüedad junto a oraciones cristianas de oscuro significado, en una extraña combinación para él incomprensible. En sus ojos se veía reflejado el fulgor de la locura mientras esparcía agua bendita encima del Libro de Toth. Kaminis comprendió que el fraile debía haber preparado aquel ritual durante mucho tiempo, ya que estaba haciendo gala de unos conocimientos en lingüística y rituales arcaicos muy superiores a los que se le podían suponer a un religioso ordinario, por culto que éste fuese.

En un momento dado, Cariglia se dispuso a abrir el Libro ante la mirada fascinada de Kaminis. Con habilidad hizo girar los sellos de la portada y el volumen se abrió mostrando su interior. El fraile hundió con ansiedad su mirada entre las hojas doradas como si en ellas fuese a encontrar respuestas largamente ansiadas. Por un momento fue como si olvidase el propósito

destructor de su misión imbuido del conocimiento que emanaba del Libro. Durante sólo unos segundos, el fraile dejó de recitar quedando en completo silencio, impresionado por lo que contemplaba frente a él. Fue sólo un instante pero, cuando volvió en sí y quiso retomar el ritual, ya era demasiado tarde; todo estalló a su alrededor. Un destello verdoso proveniente del volumen iluminó la estancia a la vez que Cariglia, espantado, comenzaba a elevarse como si una mano invisible lo levantase en el aire. Empezó a gritar horrorizado al comprender que había fallado y que su error acababa de liberar una fuerza diabólica. Su cuerpo se elevó unos centímetros más para ser lanzado a continuación con fuerza descomunal contra una de las paredes de la estancia, quedando en el suelo caído como una marioneta con los hilos sesgados.

Kaminis seguía maniatado pero el miedo ante lo que estaba pasando le obligó reaccionar, comenzando a forcejear frenéticamente con la cuerda que aprisionaba sus manos y le ligaba a una columna de piedra. Luchó con desesperación sintiendo como, objetos que habían permanecido inmóviles durante años cobraban vida a su alrededor, mientras la luz verde que emanaba del Libro de Toth iba ganando intensidad hasta inundarlo todo con una luminosidad cegadora. Desesperado, Kaminis notó como unas manos le aferraban de los hombros tirando de él. Sintió un fuerte dolor en todo su cuerpo cuando las cuerdas que le aprisionaban se desgarraron dejándole libre de sus ataduras, para verse arrastrado por el suelo por una fuerza irresistible que le arrojó, literalmente, fuera de la tumba. Dolorido y completamente aturcido, contempló la entrada de la estancia de la que acababa de ser expulsado, encontrándose con el rostro descompuesto y extrañamente deformado de Fray Cariglia. El religioso le miraba con los ojos inyectados de sangre, gritándole desquiciado que se fuese de allí. Antes de huir aterrorizado, Kaminis pudo ver como tentáculos de luz verde se formaban alrededor de la figura del desgraciado fraile, rodeándole hasta atraparlo por completo, para después arrastrarlo de vuelta al interior del recinto, mientras gritaba sin parar completamente enloquecido.

Después de su huida, Kaminis ni siquiera sabía cómo había conseguido volver al pueblo, lo único que recordaba era cuando algunos hombres le encontraron deambulando en las calles llenas de polvo y escombros.

Cuando oímos su historia, comprendimos que Fray Cariglia había liberado el espíritu de Ahhotep al abrir el Libro de Toth y que, en su despertar rabioso y confuso después de miles de años de cautiverio, había atacado con aquella terrible tormenta de arena nuestra comunidad. Había intentado destruir, y prácticamente lo había conseguido, a los descendientes del hombre responsable de su cautiverio.

—¿Volvieron a ver a Cariglia? —preguntó el padre Alviero, empezando a encajar las piezas de lo ocurrido.

—No, nunca regresó, supusimos que se había convertido en uno de los esclavos sin mente de Ahhotep.

—Y llevaban razón —corroboró el padre Alviero—. Cariglia volvió al convento en el que residía con la mente destrozada y sólo unos días después intentó quitarse la vida, quemando a su paso los libros que le habían servido para localizar el Libro de Toth.

—No me sorprende demasiado —reconoció Alexia sin poder evitar que su voz se tiñese de desprecio—. Supongo que el suicidio era la única vía de escape que le quedaba después de lo que había hecho.

—Puede que lo que hiciese fuera terrible, pero no me cabe ninguna duda de que actuó movido por su desesperación por acabar con el mal con el que había luchado toda su vida —repuso el padre Alviero visiblemente molesto—. En todo caso, pago con creces su pecado. Sobrevivió a su intento de suicidio terriblemente mutilado, quedando recluido en el convento durante años con la mente poseída por el demonio que él mismo había liberado. Murió hace unos días cuando el padre Elías y yo mismo intentamos exorcizarle por última vez.

—Lo siento padre, no quise molestarle, pero... ¡Fue tanto lo que perdimos todos ese día y decisiones tan duras las que tuvimos que tomar! —se disculpó Alexia—. Cuando comprendí que Ahhotep estaba libre y que no iba a parar hasta destruirnos a todos, entendí también que Zulema sería su objetivo. Ella era la heredera del secreto de los Ojos de Toth y, por tanto, la única capaz de devolverle a la tumba de la que nunca debía haber salido.

—Pero supongo que ya había perdido la memoria y fui incapaz de ayudaros — se lamentó Zulema bajando la mirada avergonzada.

—No debes ser tan dura contigo misma —la reprendió Alexia—. Eras sólo una niña que acababa de saber que su padre había muerto y había contemplado como el pueblo en que se había criado se había visto reducido a un montón de escombros. Es cierto que estabas sumida en estado de shock y apenas eras capaz de hablar, pero eso era algo natural después de lo ocurrido. Estoy segura de que te hubieses recuperado rápidamente si hubiésemos podido darte los cuidados que necesitabas, siempre fuiste una niña muy fuerte.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Zulema.

—Cuando comprendí el peligro que corrías, tomé la decisión más difícil que he tomado en mi vida; le pedía a Sir William Cavendish que te sacase de Egipto y te llevase con él a Inglaterra. Pensé que alejándote de nosotros un tiempo podrías recuperarte mejor, lejos del peligro de Ahhotep, para luego volver y ayudarnos a enfrentarnos a él. Ahora no estoy tan segura de que aquel día tomase la decisión correcta.

El padre Elías sabía que su cuerpo se debilitaba de día en día, pero era consciente de que, a pesar de su juventud, era Eric quien se encontraba en peor estado. Las pocas viandas que les traían los esclavos sin mente de Ahhotep a penas servían para mantenerles con vida pero, mientras él estaba acostumbrado a comidas frugales, su joven compañero de cautiverio, con un físico mucho más poderoso proveniente de una buena preparación física, necesitaba, paradójicamente, un aporte mucho mayor de alimentos para mantener sus fuerzas. Por otro lado, su continuado aislamiento, unido a las periódicas incursiones de repugnantes criaturas que les atormentaban con su presencia en plena oscuridad, estaba deteriorando cada vez más sus mentes y espíritus, a pesar del esfuerzo del sacerdote por mantener contacto físico y conversaciones continuas con Eric, que mitigasen la tortura que suponía su situación.

El sacerdote intuía que no podrían aguantar durante mucho más tiempo aquella situación. Se acercaba el momento de afrontar la peor prueba de su sacerdocio, arriesgando en ella, no sólo su vida sino también su propia alma.

Como un eco a sus pensamientos, el sonido sordo del desplazamiento de la mole pétrea que hacía las veces de puerta de la estancia irrumpió en la oscuridad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eric— Es demasiado pronto para otra comida.

—Prepárate Eric —le susurró el sacerdote—. Creo que se acerca el momento para el que te he estado preparando. Pase lo que pase, confía en ti mismo.

Un familiar resplandor esmeralda iluminó la estancia y los dos hombres se levantaron con dificultad. Aunque apenas podían mantener los ojos abiertos, debido a su prolongada estancia en la oscuridad, pudieron distinguir como la figura embozada de Ahhotep se acercaba a ellos caminando lentamente.

—Esperaba encontrarle en peor estado sacerdote —reconoció Ahhotep arrastrando las palabras.

—No creería que un poco de oscuridad y esas estúpidas criaturas que ha estado enviando fuesen a debilitarme —repuso el padre Elías con insolencia—. Cualquier hombre de Fe podría resistirse a su pobre poder.

Ahhotep se acercó, hasta que su rostro apergaminado y arrugado se enfrentó al del padre Elías.

—¡Un hombre de Fe! —exclamó el brujo sonriendo con una mueca deforme y repulsiva— ¿De qué Fe habla sacerdote? ¿De una Fe basada en la debilidad de un hombre auto inmolado para

defender a los débiles? ¿Es esa su nueva religión?... ¡La Fe verdadera nace de la fuerza de dioses que no temen mostrar su poder ante el hombre, y de hombres que no temen asumir ese poder!

—El verdadero poder lo muestra Dios al concederle al hombre la capacidad de elegir su destino en libertad —repuso el padre Elías, sosteniendo la mirada penetrante del brujo y elevando su tono de voz de forma desafiante— ¡Qué mayor demostración de auténtica divinidad puede existir que ser capaz de sufrir una muerte ignominiosa por amor al hombre, teniendo el poder de evitarla en tus manos!

Durante unos instantes Ahhotep se mantuvo en silencio examinando fijamente al sacerdote, como si reflexionase sobre el desafío dibujado en sus palabras.

—Intentas aparentar una fuerza que no tienes sacerdote —Ahhotep comenzó a caminar lentamente alrededor del padre Elías sin dejar de observarle—. Crees poder engañarme y retrasar tu destino. No te servirá de nada, puedo notar la debilidad de tu cuerpo y de tu espíritu. El momento ha llegado.

El padre Elías dirigió una última mirada a Eric, que contemplaba la escena aterrorizado, antes de que su visión se nublase y sus ojos quedarán en blanco. En su interior notó como su intimidad era violada a medida que una fuerza repulsiva y llena de odio se arrastraba y conquistaba cada rincón de su mente. Su último pensamiento consciente fue de temor y de pesar; temor por no poder regresar nunca más y perderse en el olvido de su propia mente; y pesar por dejar que otros cargasen con un peso que sólo sus hombros deberían haber soportado.

Al contemplar la mirada lechosa del anciano, Eric comprendió horrorizado que la misma abominación que le había poseído a él en dos ocasiones había ahora hecho lo mismo con el padre Elías. Intentando apartar de su mente las sombras de horror que se cernían sobre él, empezó a rezar con desesperación, mientras observaba como el sacerdote abandonaba la habitación acompañando, como un mero comparsa sin mente, a Ahhotep. Poco a poco, la oscuridad volvió a adueñarse de la estancia y Eric comprendió por fin qué era la verdadera soledad.

4

—¿Le pediste a Sir Cavendish que me llevase a Inglaterra? —preguntó Zulema sorprendida.

—Decidimos entre todos que era lo mejor. Sir William aceptó hacerse cargo de ti, a pesar de las protestas de Kaminis, que parecía asustado por el riesgo que suponía sacar a un menor del país de forma irregular.

—Pero no lo conseguí —añadió Adrian—. Fue mi madre quien trajo a Zulema a Inglaterra no mi padre ¿no?

—Nada salió como esperábamos —reconoció Alexia con un suspiro de resignación—. Mandé a Zulema con Sir William y Kaminis, junto a Abdulá, un anciano superviviente de la comunidad, que se ocuparía de cuidarla y enseñarle nuestra historia una vez estuviese a salvo fuera del país. Aún recuerdo como se encogió mi corazón cuando vi alejarse su pequeño rostro lloroso en el jeep de Sir William.

—Debió ser un momento muy duro —exclamó el padre Alviero, comprensivo ante la visible emoción que embargaba a la mujer, impidiéndola continuar durante unos segundos su narración— ¿Sabe qué ocurrió exactamente después para que todos acabasen en ese terrible accidente de autobús?

—El coche de Sir William —continuó Alexia recuperando la compostura—, un viejo jeep alquilado, no estaba tan bien como aparentaba. La tormenta de arena debió dejar el motor en mal estado y el vehículo se averió poco tiempo después de abandonar el poblado, por lo que tuvieron que coger un autobús que les llevaría de Mínya a Beni Suef, donde pensaban alquilar un nuevo vehículo para llegar a El Cairo.

A penas llevaban unos minutos de trayecto cuando Kaminis, que no había parado de discutir con Sir William por su oposición a salir de Egipto con Zulema, dejó repentinamente de hablar y comenzó a convulsionarse en su asiento. Al principio pensaron que se trataba de algún tipo de ataque epiléptico, pero pronto se dieron cuenta de que era algo muy distinto. Los ojos del arqueólogo griego se quedaron en blanco y su cuerpo empezó a brillar envuelto por una bruma verdosa. La gente comenzó a gritar asustada, mientras el conductor paraba el vehículo intentando acercarse al arcén para averiguar qué estaba pasando.

Kaminis, dotado repentinamente de una fuerza sobrehumana, golpeó a Sir William arrojándole a un lado mientras intentaba coger a Zulema. El viejo Abdulá comprendió de inmediato lo que ocurría, el griego estaba siendo poseído por el espíritu liberado de Ahhotep e intentaba acabar con la vida de Zulema. Con valentía intentó enfrentarse a él, pero no pudo evitar que éste le golpease con tal fuerza que su cuello se partió muriendo en el acto. Kaminis intentó entonces atacar a Zulema, que había quedado indefensa frente a él, pero, cuando se disponía a cogerla, se quedó repentinamente paralizado como si una fuerza invisible le impidiese acercarse a ella. Sir William, que había conseguido incorporarse con dificultad, aprovechó aquel momento de duda para atacar a Kaminis por la espalda, golpeándole con todas sus fuerzas contra una de las ventanillas. El arqueólogo griego cayó inconsciente a sus pies con el rostro ensangrentado.

Toda la reyerta había durado apenas unos segundos. Sir William buscó a Zulema en medio de los gritos y del caos formado en el autobús. Se encontraba escondida, encogida en posición fetal entre los asientos. La cogió en brazos dispuesto a sacarla de aquel infierno, pero aún no

había acabado todo. A su alrededor la gente intentaba salir del vehículo, pero las puertas y ventanas se negaban a abrirse, sólidas como muros de piedra, mientras el autobús comenzaba a sacudirse movido por una extraña fuerza. Al mirar al exterior, Sir William comprendió lo que ocurría; junto a ellos discurría un canal cuyas aguas parecían haber cobrado vida envolviendo el vehículo y comenzando a arrastrarlo hacia la fuerte corriente. Sin pensarlo, arrojó a Zulema por la ventanilla, que había roto al golpear a Kaminis, mientras a su alrededor se desataba el caos, al ser el autobús arrojado al canal como un simple juguete en manos de un niño.

Sir William recuperó la consciencia algunos minutos después, aún estaba en el interior del vehículo sumergido y rodeado de cuerpos sin vida. Se abrió camino como pudo entre los cadáveres y hierros retorcidos hasta salir al exterior. Cuando consiguió llegar a la orilla y pudo observar su aspecto reflejado en las aguas de las que acababa de salir, comprendió que su estado no era natural. No sólo debería haber perecido ahogado, sino que su cuerpo presentaba heridas y deformaciones horribles que tendrían que haberle producido la muerte. En su lugar, estaba allí de pie y sin sentir dolor alguno.

Pero no estaba sólo, en el interior de su mente notó una presencia agazapada, como el sordo rumor de aguas lejanas. Una consciencia ajena que pronto despertaría y sumergiría la suya propia en el olvido. Sabía que aquello no podía ser otra cosa que el espíritu de Ahhotep, debilitado de alguna forma, pero dispuesto a apoderarse de su mente como lo había hecho antes con Kaminis.

— ¿Está diciendo que mi padre sobrevivió al accidente, pero que fue poseído por Ahhotep?
—la interrumpió Adrian, conmocionado y a la vez aliviado al empezar a entender por primera vez lo realmente ocurrido.

—Creo que Ahhotep mantuvo vivo de alguna manera a tu padre —respondió Alexia con pesar—. Sir William era consciente de la precariedad de su situación. Mantenía el dominio de sí mismo, pero sus fuerzas estaban agotadas y desconocía cuanto tiempo podría aguantar antes de que Ahhotep le controlase por completo. En tan terrible estado, recordó a Zulema y el peligro en que se encontraba. Consciente de que salvar a la niña de Ahhotep era de suma importancia, decidió intentar cumplir la palabra que diese a los Guardianes y sacar a Zulema de Egipto.

—Lo que no entiendo es cómo sabes todo esto —confesó Zulema, confundida por lo detallado del relato de Alexia— Tú no estabas allí para haberlo visto.

—Porque el propio Sir William me contó lo ocurrido. Se presentó en mi habitación el día del accidente en plena noche. Aún desconocía lo ocurrido y la preocupación y la angustia que sentía no me dejaban conciliar el sueño, por eso, aún estaba despierta cuando su figura apareció frente a mí cruzando el umbral de la puerta de mi habitación. La impresión al ver su estado fue tan grande que hubiese gritado de horror si él no me hubiera tapado la boca rogándome que guardara

silencio. Su rostro parecía una máscara de cera, fría y falta de vida, y de sus ojos surgía un resplandor verdoso mortecino y acuoso que me hacía casi imposible soportar su mirada. Su cuerpo no estaba mucho mejor; andaba con dificultad, algo encorvado y con movimientos espasmódicos, como si tuviese que obligar conscientemente a sus miembros a desplazarse.

Me contó lo sucedido en el accidente y cómo el espíritu de Ahhotep se había introducido en su interior. Aunque aún mantenía el control de su voluntad temía que, en cualquier momento, Ahhotep terminase de apoderarse de él consumiendo su espíritu.

—¿Y no pudisteis hacer algo para ayudarlo? —preguntó Adrian angustiado, intentando sobreponerse al nudo que atenazaba su garganta— ¿No había manera de liberarlo de ese horror?

—Tienes que entender que acabábamos de perder a los miembros más antiguos y sabios de la comunidad en el derrumbamiento de la sala del consejo, y que tampoco teníamos manera de localizar los Ojos de Toth —se lamentó Alexia—. Estábamos desorganizados y completamente desmoralizados. No había nada que pudiésemos hacer en aquel momento por tu padre. Además, el tiempo jugaba en nuestra contra, por lo que decidimos poner en marcha un plan arriesgado que es el que os ha traído hasta aquí y que ahora me temo que no fue demasiado acertado.

—¿Qué hicisteis exactamente? —preguntó Zulema impaciente.

— Todo fue idea de Sir William. Era un hombre muy inteligente y comprendió de inmediato que en su estado no podría regresar nunca con su familia sin ponerles en peligro. También sabía que Adrian era tan tozudo y obstinado como él y que, si no se convencía de que estaba muerto, intentaría encontrarle poniendo en peligro su vida y su alma. Por eso, antes de venir a verme, volvió al autobús sumergido e intercambió su documentación con el cadáver de Kaminis, asegurándose de que su rostro quedase lo suficientemente desfigurado para que pudiesen confundirle con él. A mí me pareció algo demasiado arriesgado en aquel momento. Pensaba que, aunque probablemente aquella treta podría superar los métodos pocos rigurosos de identificación de cadáveres de la policía egipcia, nunca lograría engañar a su propia esposa. Sin embargo, para mi sorpresa, todo salió tal y como Sir William lo había planeado.

—¡No engañó a mi madre! Mi padre se presentó ante ella cuando fue a El Cairo a identificar su cadáver y la convenció de que corroborase su muerte —le explicó Adrian, relatando a continuación a la mujer con detalle todo lo que su madre había dejado reflejado en su diario.

Alexia pareció sopesar por unos instantes lo que el muchacho le estaba contando y, aunque en un principio pareció que el relato de Adrian le ayudaba a comprender mejor lo sucedido, pasó del interés inicial a una clara confusión cuando este terminó su relato.

—¿Qué ocurre? preguntó Zulema al ver como Alexia permanecía silenciosa y parecía dudar por primera vez desde que empezase su relato.

—Nada... Es sólo que hay cosas que no termino de entender, como el hecho de que Sir William controlase el cuerpo de Kaminis en el depósito, o que la adopción de Zulema se concediese con tanta facilidad y rapidez —confesó Alexia reflexionando en voz alta—. La única explicación que se me ocurre es que Sir William lograra acceder de alguna forma a los poderes de Ahhotep y los utilizase para manipular la mente de las autoridades y el cadáver del historiador griego.

—¿Es eso posible? —preguntó el padre Alviero poco convencido—. ¿Cómo puede ser que un poder como el de Ahhotep, capaz de hacerle volver de la muerte, quedase a merced de Sir William, aunque sólo fuese durante un corto período tiempo?

—Realmente no lo sé —reconoció Alexia, cuyo rostro seguía ensombrecido por la duda—. Supongo que Ahhotep pudo acusar el esfuerzo del ataque a que nos había sometido nada más despertar de su encierro. Sir William era un hombre fuerte y probablemente no le fue nada fácil a Ahhotep doblegarle.

—Supongo que es posible —admitió el sacerdote poco convencido—. Pero, ¿cómo acabó usted haciéndose pasar por una asistente social de la policía?

—Sir William me lo pidió aquella noche. Me convenció de que la mejor oportunidad de sacar a Zulema de Egipto y ponerla a salvo era que la policía pensase que era huérfana y la diese en adopción. De esa forma, su mujer podría adoptarla y llevarla a Londres con su familia. Zulema había sido recogida por las autoridades, que buscaban algún familiar vivo que se hiciese cargo de ella. Me presenté en la central de policía y aseguré que la conocía. Les convencí de que el pobre Abdulá, que había muerto en el accidente, era su abuelo y su único familiar, y me ofrecí a cuidar de ella mientras localizaban una familia de acogida o formalizaban su ingreso en algún orfanato del estado. Accedieron con gran facilidad, ahora supongo que bajo la influencia de Sir William, y me confiaron su custodia temporal. Estuve acudiendo varios días con ella al depósito de la policía hasta que una mañana coincidí por fin con la mujer de Sir William. El resto ya lo conocéis.

—¿Y qué fue de mi padre después? —preguntó Adrian con ansiedad.

—Durante varios meses no supimos nada de tu padre ni de Ahhotep. Llegamos a creer que todo había acabado y que no volveríamos a tener noticias del sacerdote. Pero, casi un año después de que la tumba fuese violada, empezamos a oír rumores de extraños sucesos; alteraciones de los cultivos, aparición de ganado con malformaciones inexplicables y extraños fenómenos meteorológicos que fueron extendiéndose como la pólvora por toda la región. Las autoridades lo achacaron todo a meras coincidencias y a las supersticiones del populacho, pero nosotros sabíamos que Ahhotep había vuelto a sus dominios y había retomado el estudio del Libro de Toth. Lo que ocurrió en Egipto hace miles de años se estaba repitiendo.

Por eso, aunque no habíamos vuelto a la tumba desde lo ocurrido, decidimos mandar a un grupo de nuestros mejores hombres para comprobar qué estaba ocurriendo. Mandamos diez guardianes perfectamente entrenados, pero sólo volvió uno de ellos. Su mente estaba trastornada y su cuerpo destrozado. Antes de morir relató haber visto al mismísimo Ahhotep destrozado, a sus compañeros y a él mismo, con sus oscuros poderes. Al parecer, el sacerdote había logrado recrear su cuerpo y contaba ya con varios servidores sin mente.

—Pero... ¿Qué ocurrió con mi padre? — insistió Adrian angustiado.

— Nadie ha vuelto a verle, Adrian —se lamentó Alexia, consciente del daño que sus palabras hacían al muchacho—. Lo más probable es que muriese. Los que caen bajo la influencia de Ahhotep no suelen seguir con vida demasiado tiempo. Recuerda lo que le ocurrió al hombre que os perseguía desde Londres. Además, tu padre había sufrido terribles heridas.

—¿Y eso es todo? —exclamó Adrian elevando la voz con indignación— ¿No intentaron buscarle ni ayudarlo después de lo que había hecho por ustedes y su maldito Libro de Toth? ¿Se limitaron a olvidarse de él como si hubiese sido un mal sueño?

—¿Adrian! —le reprendió el padre Alviero intentando calmarle— Alexia no tiene la culpa de lo ocurrido, ninguno de los que estamos aquí la tenemos.

—Mi padre puede estar vivo en algún lugar, atormentado desde hace años por ese maldito demonio —imploró el muchacho con lágrimas de impotencia pugnando por derramarse en sus mejillas— ¡Tiene que haber algo que podamos hacer!

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos por él y por el padre Elías y Eric, que llevan días bajo el poder de ese demonio —aseguró el padre Alviero con rotundidad—. Por lo menos ahora sabemos que vuelve a ser un hombre sujeto a un cuerpo físico no un mero espíritu.

—Eso es cierto —corroboró Alexia—. Pero no piense que eso lo hace más débil, sino todo lo contrario. Con su nuevo cuerpo puede volver a realizar los ritos primordiales y volver a intentar la apertura del Libro.

—¿La apertura del Libro? —preguntó el padre Alviero, casi con miedo de conocer la respuesta.

—El Libro de Toth no es un libro, tal y como ahora entendemos el concepto. Es un libro en el sentido de que almacena una serie de conceptos y conocimientos, pero no lo hace de una forma lineal sino que tiene varios niveles de lectura. Ahhotep ha accedido al nivel más superficial y con él ha desarrollado los poderes que ahora tiene. El ritual de la apertura le permitirá acceder al resto de niveles de conocimiento.

—Y con ellos a un poder que no podemos ni imaginar —terminó la frase el sacerdote,

notando como un nudo se le hacía en la garganta al recordar las palabras del padre Elías asegurándole que se convertiría en un nuevo Dios sobre la Tierra— ¿Cuándo cree que realizará el ritual?

—No estamos seguros del todo, pero nuestros astrólogos han aplicado los conocimientos antiguos y piensan que será dentro de dos días coincidiendo con la luna llena. Además, creemos que lo llevará a cabo en la tumba de Toth, el mismo lugar donde lo intentó la primera vez y fue detenido por Nagada —explicó Alexia—. Tenemos que ir hasta allí y detenerle cueste lo que cueste.

—Pero ¿cómo lo haremos sin los Ojos de Toth? —preguntó Zulema, consciente de su responsabilidad y angustiada por no saber cómo actuar.

—Aún hay dos días para conseguir que recuerdes —repuso el padre Alviero mirándola fijamente.

5

Ahhotep observó con detenimiento a sus esclavos, mientras estos preparaban el altar. Por un momento cerró los ojos y creyó estar de nuevo en los tiempos en que los verdaderos dioses caminaban sobre la tierra y los hombres se inclinaban ante su poder. Una profunda satisfacción inundó su mente al comprender que muy pronto él mismo sería uno de esos dioses y el mundo volvería a ser como siempre debió haber sido.

Las piezas, que tan cuidadosamente había ido colocando en el tablero, comenzaban a acercarse a sus posiciones finales, arrastradas por fuerzas que no comprendían. Se concentró un instante y pudo sentir como, a pesar de sus esfuerzos por ocultarse, sus últimos peones se acercaban ya, inconscientes de su papel en la jugada final.

Abrió los ojos y observó el libro abierto frente a él. Sus familiares texturas y su poder palpitante asaltó sus sentidos con la misma fuerza que lo hizo el primer día que lo contempló. Aspiró con fuerza y su cuerpo se llenó de nuevas energías, mientras su mente era golpeada con la fuerza de conocimientos y poderes más allá de cualquier mortal.

A su lado, la compañía silenciosa del otrora altivo y anciano sacerdote Elías, le hizo llenarse de satisfacción. Doblegar mentes tan poderosas como la suya era un reto casi tan reconfortante como acabar luego con sus insulsas vidas.

—No te preocupes anciano —exclamó Ahhotep dirigiéndose al padre Elías, mientras acariciaba su cabeza como si de una mascota se tratase sin que el anciano notase siquiera su contacto—. Tus amigos están en camino y pronto se unirán a ti a mi servicio.

El padre Elías se giró por un momento hacia Ahhotep, como si fuese a replicar a las palabras del brujo, pero, casi inmediatamente, bajó de nuevo su rostro quedando su mirada perdida en el vacío.

CAPITULO 9

LA TORRE

1

La solitaria carretera dio paso a un camino polvoriento e irregular, que hizo que el vehículo en que viajaban traquetease con fuerza ante el cambio de pavimento. El padre Alviero, al ver como dejaban atrás los edificios de la ciudad para adentrarse en la profundidad del desierto, no pudo evitar preguntarse si aceptar tan rápidamente la propuesta de Alexia había sido lo correcto o les acercaba aún más al borde del abismo. La mujer les había pedido que la acompañaran de inmediato, junto a un grupo de guardianes que habían sido entrenados y preparados especialmente, a la tumba de Toth con la intención de enfrentarse a Ahhotep.

Al principio, la propuesta de Alexia le pareció una completa locura. No estaban preparados para enfrentarse con el poder del Libro de Toth. Parecía más razonable informar a las autoridades eclesiásticas para que enviaran toda la ayuda posible, e intentar, mientras tanto, que Zulema recordase qué eran y dónde se encontraban los Ojos de Toth.

Sin embargo, cuando Alexia le recordó con vehemencia que Ahhotep realizaría su ritual con toda probabilidad en los próximos dos días y que entonces no habría poder eclesial o amuleto egipcio capaz de detenerle, comprendió que no había otra salida que hacer caso a la mujer. Además, Adrian y Zulema se mostraron de acuerdo en intentarlo; uno esperando encontrar y liberar a su padre; y la otra, consciente por primera vez de su verdadera responsabilidad en lo que estaba ocurriendo.

En cuanto accedieron a la propuesta de Alexia, salieron del edificio y se encontraron con un grupo de hombres de piel oscura y rostro ensombrecido esperándoles junto a dos amplios y modernos todoterrenos. Aunque aquellos hombres vestían ropa de calle normal, no era difícil adivinar que bajo sus chaquetas abultadas iban fuertemente armados. Sin saber muy bien por qué, el padre Alviero recordó a los alabarderos del Vaticano. Parecía bastante obvio que Alexia había planeado toda aquella operación con sumo cuidado

El padre Alviero reconoció entre los Guardianes al egipcio que les guiase hasta allí desde el zoco de Jan el—Jalili. El hombre le dirigió una mirada cómplice al verse reconocido y se dirigió hacia él.

—Mi nombre es Abdel Hâfêz y estoy su servicio —se presentó en perfecto inglés, haciendo una ligera inclinación de cabeza y dirigiéndose al asiento del conductor de uno de los vehículos, mientras Alexia les indicaba que se acomodaran en la parte trasera.

—Estos hombres se han preparado desde hace años para enfrentarse a Ahhotep —explicó Alexia, consciente de las reticencias del padre Alviero—. Le aseguro, padre, que ni siquiera su Iglesia podría encontrar nadie más adecuado que ellos para ayudarnos.

El padre Alviero no replicó. Deseaba de todo corazón que aquella extraña y valiente mujer tuviera razón, pero en su fuero interno algo le decía que en realidad no había nadie preparado para enfrentarse a un poder como el del Libro de Toth.

—Tengo curiosidad por preguntarle una cosa —exclamó Adrian captando la atención de Alexia, mientras se acomodaban en el vehículo y éste comenzaba su marcha—. Cuando nos reunimos en ese antiguo edificio que usted llamó caballerizas, nos dijo que era un lugar «seguro» ¿A qué se refería exactamente?

Alexia esbozó una ligera sonrisa al comprobar que Adrian había intuido que aquella afirmación suya podía esconder alguna información valiosa. Por un momento vio en sus ojos la misma mirada escrutadora y llena de curiosidad de su propio padre.

—Ese edificio fue utilizado durante años por los cristianos que viajaban a Egipto. Muchos de ellos venían a visitar la «Cueva del niño Jesús», que no encuentra muy lejana del edificio, y dejaban allí sus caballos para pasar la noche. Aquellos primeros cristianos rezaban y expresaban su Fe con liturgias improvisadas en aquel lugar, convirtiéndolo con el paso de los años en un recinto sagrado.

—¿Y eso lo hace un lugar seguro frente al poder de Ahhotep? —preguntó Zulema interesada— ¿Quieres decir que la Fe cristiana sirve de protección contra la magia del Libro de Toth?

—Yo diría simplemente la Fe —añadió el padre Alviero, comprendiendo al escuchar a Alexia por qué se había sentido a salvo y reconfortado en aquel lugar—. El padre Elías me enseñó que los lugares donde la gente deposita una Fe verdadera se convierten en lugares cargados de espiritualidad y por ende sagrados. Ahhotep intenta convertirse a sí mismo en un Dios y es por tanto un enemigo de todo lo sagrado, por lo que es lógico pensar que ningún lugar cargado de espiritualidad verdadera, pertenezca a la religión que pertenezca, le será demasiado grato.

—El padre Elías debe ser alguien muy notable. No creo que haya muchos sacerdotes que admitan algo así —reconoció Alexia con admiración—. Lo cierto es que Ahhotep y sus esclavos sin mente se han mantenido alejados de los lugares de Fe durante estos años, especialmente de los recintos cristianos.

—¿Por eso le pidieron a Soneb que se mudase al barrio copto? —preguntó el padre Alviero recordando su entrevista con el anticuario, el único superviviente del accidente junto a Zulema.

—Pensamos que era lo mejor —admitió Alexia—. Sólo él había sobrevivido al ataque de Ahhotep además de Zulema, por lo que pensamos que podría estar en peligro. Lo más prudente era tenerlo cerca de nosotros en el barrio cristiano de El Cairo.

—¡De vosotros! —exclamó Zulema sorprendida— ¿Los Guardianes sois cristianos?

—¡Coptos! —precisó el padre Alviero sin dejar contestar a Alexia, contento de confirmar lo que llevaba tiempo intuyendo y reconfortado al encontrarse entre gentes que compartían en gran medida su misma Fe.

—¿Cómo es posible? —preguntó Adrian— Pensaba que los Guardianes seguían los rituales y creencias del Antiguo Egipto.

—¡Y lo hacemos! —aseguró Alexia con rotundidad—. Nosotros pensamos que el cristianismo no es otra cosa que la evolución natural de la religión de nuestros antepasados. Los coptos somos considerados los seguidores más fieles de la cultura milenaria egipcia. Además, parece bastante lógico que nuestra comunidad se sintiese especialmente identificada con la historia de Cristo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el padre Alviero vivamente interesado.

— Supongo que sabrá que el cristianismo llegó a Egipto en el siglo I, en la época del reinado del emperador Nerón. Se cuenta que fue el propio San Marcos, autor del Segundo Evangelio, el que trajo en sus prédicas la historia de Jesucristo a nuestras gentes. Es fácil comprender por qué nuestros antepasados se sintieron inmediatamente identificados con la historia de aquel hombre que se sacrificó a sí mismo en la cruz para salvar a la humanidad, a fin de cuentas, somos descendientes de Nagada, un hombre que hizo exactamente lo mismo por Egipto, para frenar a Ahhotep y el poder del Libro de Toth.

—Pero el cristianismo es muy distinto a la religión practicada por sus antepasados — argumentó Adrian poco convencido—. Los antiguos egipcios creían en múltiples dioses y el cristianismo traía el culto a un solo Dios. La propia idea de la existencia de Toth, fundamental en su tradición, no parece encajar muy bien con el concepto monoteísta cristiano ¿no?

—Esas diferencias son sólo aparentes —le corrigió Alexia—. La idea de que el cristianismo hunde sus raíces en la religión egipcia está presente en la tradición cristiana casi desde el principio. La resurrección de los muertos, el juicio final, la existencia del alma y su supervivencia tras la muerte o la vida eterna, son conceptos heredados de la religión egipcia. Por eso les sonaron tan familiares a nuestros antepasados. Además, el cristianismo ofrecía una respuesta más moderna y coherente a las inquietudes de nuestro pueblo que el caos cosmológico en que se había convertido la religión tradicional. En cuanto al problema que crees que podría haber supuesto aceptar el monoteísmo en lugar del politeísmo, creo que el padre Alviero podrá

explicarte mejor que yo que en realidad no existe tal diferencia.

—Bueno... —dudó el sacerdote, cogido por sorpresa por las afirmaciones un tanto radicales de la mujer— Yo no lo afirmaré tan rotundamente, pero es cierto que la diferencia no es tan clara como pueda parecer. La mayoría de las cosmogonías politeístas en realidad no consideran a todos los dioses por igual, sino que siempre hay uno por encima de los demás; un dios de dioses. Para los griegos era Zeus, para los romanos Júpiter, para los etruscos Tinia y los hindúes tenían a Indra. El panteón egipcio es más complejo, pero Ra podría considerarse el auténtico demiurgo. El resto de dioses eran siempre considerados deidades menores, por lo que, en cierta forma, estas religiones también admitían la idea de un Dios creador único. Por otro lado, el dogma católico afirma que Dios es único pero existe encarnado simultáneamente en tres personalidades espirituales distintas; el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Además, existen otras figuras espirituales como los ángeles, que actúan de mensajeros de los dioses, o los arcángeles aún más cercanos a Dios.

—Y en todo ese complejo mundo de figuras espirituales cristianas —insistió Adrian— ¿Qué o quién se supone que es Toth?

—No soy quien para afirmarlo con rotundidad, pero tu padre nos dejó una buena pista con sus investigaciones.

—¿Se refiere a su estudio de los mitos de los orígenes del bien y del mal de los que nos habló el profesor Wallace?

—¡Precisamente! —continuó el sacerdote— En todos esos mitos existe una figura común, un emisario que trae el fuego de los dioses al hombre. Es el caso del Prometeo griego o la tentación en forma de árbol del bien y del mal del Lucifer cristiano.

—¿Está insinuando que Toth es Lucifer? —exclamó horrorizada Zulema.

—No en el sentido que le estás dando Zulema —intentó calmarla el padre Alviero—. No creo que Toth fuese el diablo si es lo que quieres decir. Lo que pienso es que Toth era un emisario de Dios, un ángel si prefieres verlo así, que puso al alcance del hombre un conocimiento que no debía poseer todavía; el Libro de Toth, y que, al hacerlo, trajo inadvertidamente el mal a la Tierra y dio paso a las artes oscuras. Sin embargo, no creo que el Libro sea en sí mismo algo maligno, sino que simplemente no sabemos ni estamos preparados para utilizarlo.

—¿Y por qué Dios ha permitido que suceda algo así? —preguntó Adrian, incapaz de explicarse cómo un Dios bondadoso podía haber permitido que un poder tan terrible se desatase entre los hombres.

—Los motivos de Dios nadie los puede conocer, Adrian —intervino Alexia que había

asistido a las explicaciones del sacerdote en silencio—. Piensa que puede que el Señor haya puesto el poder del Libro de Toth en la Tierra, pero que, quizás, también nos ha puesto a nosotros en su camino para detenerlo.

2

Una nube de polvo se levantaba a medida que los vehículos se adentraban cada vez más en el desierto. Ahhotep pudo contemplar con su mente como el primer vehículo desprendía un brillo verdoso, imperceptible para los humanos, pero brillante como un faro de luz en la oscuridad para él. Allí viajaba ella y pronto estaría a su alcance. Los planes, cuidadosamente trazados desde que abandonase su prisión en el limbo de los dioses, se acercaban a su conclusión. Faltaba muy poco para que el poder que llevaba tanto tiempo anhelando estuviese a su alcance de nuevo y pudiese hacer realidad su destino. Pronto podría por fin mirar al sol a la cara.

Levantó sus manos y las sombras se movieron a su alrededor. Varias figuras embozadas acudieron a su llamada silenciosa situándose a su alrededor. Ahhotep les fue mirando uno a uno a los ojos, imprimiéndoles en lo más profundo del alma instrucciones detalladas de lo que tenían que hacer. Cuando hubo terminado, los sirvientes se alejaron en completo silencio dispuestos a ejecutar sus órdenes.

Ahhotep cerró sus ojos y su mirada interior volvió al desierto, donde sus víctimas estaban preparando un improvisado campamento, llenos de esperanza e inconscientes de que esa misma noche caería la muerte sobre ellos sin que pudiesen hacer nada para evitarlo. Ahhotep sonrió, dispuesto a contemplar una vez más cómo daba comienzo la matanza y se derramaba la sangre de sus enemigos.

3

Adrian observó como la oscuridad invadía paulatinamente las tierras desoladas que les rodeaban. Aunque podía ver los edificios del pueblo en la lejanía, los Guardianes habían acampado en pleno desierto, levantando con asombrosa rapidez y eficacia unas pequeñas y modernas tiendas de campaña. Alexia les había explicado que su poblado había sido completamente abandonado después de la tormenta que Ahhotep arrojó sobre ellos. Los supervivientes se habían trasladado en su mayoría al barrio copto del Cairo y consideraban los restos de su anterior asentamiento malditos. Pasar allí la noche hubiese sido demasiado arriesgado.

En aquel improvisado campamento comieron y repusieron fuerzas, mientras los Guardianes

se entregaban a una frenética actividad. Rodearon el recinto de escrituras jeroglíficas y cruces cristianas y entonaron oraciones en un lenguaje que Alexia les explicó que era el idioma copto, una lengua heredera del Antiguo Egipto que había perdurado sólo como lengua litúrgica de la Iglesia Ortodoxa Copta, pero que ellos seguían utilizando. Cuando terminó el ritual, se repartieron por el campamento colocándose en posiciones estratégicas desde las que poder vigilar todo el recinto.

Al llegar la noche, Alexia, que había permanecido todo el día sin separarse de ellos, especialmente de Zulema, a la que había explicado detalladamente todo los preparativos para la protección del campamento que llevaron a cabo los Guardianes intentado que la muchacha comenzase a recordar su pasado, les dejó por fin solos en su tienda de campaña.

El padre Alviero observó a los Cavendish por un instante antes de levantarse.

—Creo que voy a salir fuera —exclamó—. El día ha sido agotador y necesito respirar un poco de aire fresco. Además, creo que los dos debéis hablar a solas.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Adrian sorprendido.

—No tenemos nada que ocultarle, padre —aclaró Zulema, tan perpleja como Adrian por la inesperada insinuación del sacerdote.

—Los dos sabéis que eso no es del todo cierto —repuso el padre Alviero sonriendo con ironía—, pero he visto como os miráis y creo que necesitáis estar un rato a solas. El padre Elías me aconsejó, antes de enfrentarnos a Ahhotep la primera vez, que no guardase secretos ni frustraciones en mi alma porque él los usaría contra mí. Creo que vosotros debéis hacer lo mismo, así que saldré y no volveré en un par de horas y prometo asegurarme de que nadie os moleste.

El padre Alviero salió de la tienda sin dar tiempo a que los jóvenes replicasen sus argumentos.

Adrian observó a Zulema, en cuyos ojos se reflejaban las llamas de la pequeña lámpara de gas que alumbraba la tienda, arrancando destellos rojizos y dorados a su mirada turquesa.

—¡No sabía que fuésemos tan transparentes! —exclamó Adrian, acercándose a la mujer y sentándose a su lado en uno de los cojines mullidos dispersos por el suelo— ¿Crees que el sacerdote tiene razón?

—¿En qué? —preguntó Zulema girando su rostro hacia él.

—En que guardamos frustraciones en nuestra alma.

Zulema pareció dudar por unos instantes mientras contemplaba a Adrian.

—Ya no —repuso ella besando a continuación al muchacho, que la abrazó con ternura.

El cuerpo de Zulema se estremeció bajo el abrazo del muchacho, como si su contacto activase en ella sentidos largamente aletargados. Sin embargo, haciendo un esfuerzo, la mujer obligó a Adrian a separarse de ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó él confundido.

—No sé si esto es correcto.

—Ya lo hemos hablado —repuso Adrian—. No somos hermanos ni hemos convivido nunca como tal. No hay nada malo en que nos queramos.

—No me refiero a eso..., están ocurriendo demasiadas cosas. Debería estar ahí fuera intentando recordar quién soy y dónde están esos malditos Ojos de Toth —se lamentó la mujer, mientras lágrimas de rabia surcaban sus mejillas—. Mañana podríamos estar muertos.

—No sé lo que ocurrirá mañana —Adrian agarró a Zulema por los hombros con ternura obligándola a levantar el rostro y mirarles directamente a los ojos—. Lo que sí sé es que hoy lo único que me importa eres tú.

Adrian acercó sus labios al rostro de Zulema y la besó en los párpados, luego en la mejilla y finalmente en los labios de nuevo. Las manos de él descendieron poco a poco acariciando con ansiedad el cuerpo palpitante de la mujer. Ya no existía el futuro ni el pasado, sólo ellos y el amor que sentían el uno por el otro.

4

El padre Alviero observó el cielo nocturno, maravillado ante la inmensidad estrellada que se extendía sobre su cabeza. Respiró el aire con intensidad, llenando sus pulmones con el aire frío pero increíblemente puro del desierto, y comenzó a caminar lentamente alejándose del campamento, como si al hacerlo pudiese alejarse también de la terrible situación en que se encontraba.

Uno de los Guardianes le salió al paso, llevaba una pistola en la mano y con un gesto de cabeza le pidió que no se alejara más y volviera al campamento. El sacerdote se sintió como un prisionero atrapado, no por aquel hombre armado que sólo intentaba protegerle, sino por un destino caprichoso que le había llevado de su Venezuela natal a aquel lugar desolado en el otro extremo del mundo para enfrentarse a un poder que llevaba aterrando al mundo miles de años.

El padre Elías le había elegido y había confiado en él, sobre todo porque le suponía a unas capacidades especiales que él no terminaba de descubrir. El anciano le había dicho que sus cualidades se irían despertando y serían fundamentales para acabar con el poder de la Fuente y eso le asustaba. Era cierto que había empezado a sentir una intuición especial que le había

permitido percibir algunas emociones, como los verdaderos sentimientos existentes entre los Cavendish o la santidad oculta de las caballerizas. Pero no creía que aquello fuese, en modo alguno, a lo que el padre Elías se refería.

De pronto, una sombra se movió delante de él. Dos grandes rocas flanqueaban su camino de vuelta a las tiendas y, tras una de ellas, un trozo de noche parecía haberse desprendido creando una forma oscura e irregular. La sombra volvió a moverse avanzando lentamente hasta que estuvo tan cerca que pudo distinguir la silueta de una mujer. Por un momento, el sacerdote pensó que podía tratarse de Alexia, pero, cuando el rostro de la desconocida salió de las sombras, su corazón dio un salto en su pecho al comprender que era alguien muy distinto.

Reconoció de inmediato su pelo castaño claro y rizado, que caía laxo en pequeños bucles sobre sus hombros redondeados, dibujando el contorno de un rostro afilado de ojos azules pequeños y vivaces. Aunque su mente se negaba a creer lo que estaba viendo, aquella mujer era sin duda María, la toxicómana a la que fue incapaz de ayudar en Baruta.

—¿Eres tú? —preguntó el padre Alviero, intentando calmarse lo suficiente para hablar coherentemente, pero sin poder evitar un ostensible temblor en su voz.

—Soy yo, Ricardo, he vuelto —susurró la mujer acercándose hasta situarse frente al sacerdote—. Ha pasado mucho tiempo, pero sé que no me has olvidado.

—¡Estás muerta! —protestó el sacerdote, retrocediendo asustado— ¡Vi tu cadáver con mis propios ojos!

—Lo estaba, pero ya deberías saber que hay poderes capaces de traerme de vuelta.

—¿Te refieres a la Fuente?

—Puedes darle el nombre que prefieras, pero lo cierto es que estoy aquí. Tenemos una nueva oportunidad. Deja esta pesadilla atrás y ven conmigo, como debiste hacer aquel día en Nuestra Señora del Rosario, y estaremos juntos para siempre.

La mujer se acercó al sacerdote y comenzó a besarle con intensidad. Sus labios eran cálidos y su piel suave como el terciopelo. El padre Alviero quiso creer que aquello era cierto; si el propio Ahhotep había vuelto de la muerte, ¿por qué no podía haber ocurrido lo mismo con María? Sin embargo, la ilusión duró sólo un instante. En el interior de su mente y en su propia alma algo se despertó con ferocidad y supo de inmediato que estaba siendo presa de una farsa.

—¡No sé quién eres, pero no eres María! —gritó el padre Alviero, separándose bruscamente del abrazo de la mujer empujándola con fuerza— Manchas su recuerdo con esta burla.

La mujer no replicó como si supiese que cualquier intento de insistir en su engaño sería

fútil. Poco a poco, comenzó a retroceder volviendo a las sombras de las que había surgido y desapareciendo después, como si nunca hubiese estado allí.

El padre Alviero suspiró aliviado al ver como aquella extraña aparición se desvanecía, convencido de que todo había terminado, pero se equivocaba. Del cielo comenzó a caer una extraña lluvia de gotas finas y cálidas que empezaron a empapar su rostro. Al principio, incapaz de apreciar la verdadera naturaleza del fenómeno, debido a la oscuridad reinante, pensó que se trataba de una simple llovizna. Sin embargo, la peculiar calidez y densidad del líquido, junto a su color oscuro como si estuviese mezclado con algún tipo de barro, le hizo recordar lo ocurrido en México. Recogió unas gotas con la mano y las probó. Su gusto, ligeramente salado, confirmó sus sospechas obligándole a escupir con repugnancia; se trataba de una lluvia de sangre humana, similar a la que había estudiado en la comunidad mexicana.

Uno de los Guardianes, el mismo que le hiciese volver hacia el poblado, llegó corriendo hasta donde se encontraba el sacerdote. El hombre empezó a gritar «Ahhotep» repetidamente, haciendo grandes aspavientos con las manos, en un intento desesperado de hacer comprender al padre Alviero que debía huir hacia el campamento. Algo venía tras él dispuesto a atacarles en la oscuridad.

Corrió tras el guardián, presa de la angustia, hasta llegar al círculo protector de las tiendas. Al acercarse vio a Adrian y Zulema, que habían sido conducidos al centro del campamento, donde se encontraban esperándole junto a Alexia.

—¡Venga aquí! —le gritaron— ¡Corra!

El sacerdote se unió al grupo, mientras los Guardianes acudían desde todo el perímetro del campamento para formar un perfecto círculo a su alrededor. En las manos empuñaban modernas pistolas junto a enormes alfanjes, que al sacerdote se le antojaron un extraño anacronismo. Durante unos minutos todos permanecieron en silencio, observando asustados como la tierra se empapaba con el rojo de la sangre que se derramaba sobre ellos desde un cielo antinatural, y escuchando con espanto el rumor sordo de múltiples seres arrastrándose a su alrededor, que se acercaban cada vez más.

Tras unos segundos, que a todos les parecieron eternos, desde varios lugares surgieron numerosas figuras envueltas en un extraño resplandor verdoso, que se movían de forma renqueante pero con rapidez inusitada hacia ellos. Los guardianes comenzaron a disparar, pero los atacantes siguieron avanzando, como si los impactos de balas que recibían en sus cuerpos no fuesen más que una molestia menor. Andaban de forma torpe e insegura, pero siguieron avanzando inexorablemente hacia ellos, ignorando completamente las terribles heridas que les inferían las armas de los Guardianes.

Finalmente, llegaron lo suficientemente cerca para que pudieran distinguir mejor su verdadera naturaleza y el pánico se apoderó de ellos. No se trataba de simples esclavos sin mente, sino que de sus rostros, descompuestos y putrefactos, hacía ya mucho tiempo que había desaparecido la vida. Eran cadáveres animados de forma antinatural por el poder del Libro de Toth. Alexia gritó al reconocer entre ellos los rasgos contorsionados de antiguos amigos y familiares, convertido ahora en muertos vivientes a las órdenes de Ahhotep.

Los Guardianes no parecieron sorprenderse demasiado al ver la naturaleza de sus atacantes. Agotada la munición, arrojaron sus pistolas y empuñaron sus alfanjes con ferocidad, lanzándose a un brutal enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Algunos hombres consiguieron alcanzar a las monstruosas figuras atacantes causándoles importantes daños, pero otros fueron alcanzados por éstos, que les atraparon demostrando una fuerza descomunal capaz de desmembrar a un hombre en apenas unos segundos. Aunque algunos de los Guardianes consiguieron decapitar a varios de los muertos vivientes, no pudieron evitar que éstos les fuesen alcanzando uno a uno, muriendo en sus manos de forma espantosa. La noche se llenó de los gritos de angustia de los moribundos, mientras eran destrozados, literalmente, frente a los ojos asustados del grupo refugiado en el centro del campamento.

Finalmente, sólo quedaron en pie el padre Alviero, los Cavendish y Alexia, junto a Abdel, que se había mantenido en retaguardia como su última protección. El guardián empuñó su alfanje con determinación, dispuesto a luchar, aunque sabía que le serviría de poco frente a aquellas monstruosas figuras. Los muertos vivientes, sin embargo, no les atacaron, sino que les fueron rodeando lentamente. Les miraban fijamente desde las cuencas vacías o putrefactas de sus ojos sin vida, pero algo parecía impedirles acercarse a ellos, como si una barrera invisible se hubiese formado a su alrededor.

Bruscamente, la lluvia de sangre cesó y todo quedó en silencio. Frente a ellos, los silenciosos atacantes comenzaron a caer al suelo, como si la fuerza que les animaba les hubiese abandonado junto con la lluvia y, la muerte a la que pertenecían hubiese decidido reclamar sus cuerpos. En sólo unos minutos, todo había acabado y estaban rodeados por una masa inerte de cadáveres en descomposición.

No sabía el tiempo transcurrido desde que el padre Elías se fuese con Ahhotep, pero a Eric la espera le parecía eterna, como si el tiempo hubiese decidido detenerse en aquel preciso momento. La lógica le decía que no podían haber pasado más que unas horas, ya que no había recibido desde entonces ninguna visita, ni siquiera la del esclavo que solía traer la frugal comida

que Ahhotep les suministraba para mantenerles con vida.

Como un eco a sus pensamientos, el ruido de la puerta de piedra al desplazarse rompió el silencio reinante, a la vez que el leve destello de una vela se abría paso hacia él. Un esclavo llegaba al fin para traerle su escasa ración diaria de agua, junto a un maloliente trozo de pan empapado en alguna especie de aceite de sabor amargo.

Como el resto de ocasiones, el esclavo se acercó hacia él y depositó su carga sobre las frías losas marmóreas que cubrían el suelo, sin prestarle atención alguna, para a continuación darse la vuelta, dispuesto a abandonar la estancia.

Reuniendo las exiguas fuerzas que aún le quedaban, Eric aprovechó el momento en que el esclavo le dio la espalda para levantarse y arrojarlo sobre él. Los dos hombres rodaron por el suelo mientras la vela que portaba el esclavo caía al suelo y alumbraba mortecinamente la escena, creando sombras grotescas sobre los muros.

Eric esperaba un duro enfrentamiento, pero el esclavo no se resistió a su envite, quedando en el suelo tendido bocarriba mientras le sujetaba. El hombre miraba a Eric con ojos apagados carentes de entendimiento y Eric acarició la idea de levantarse y huir, limitándose a dejar atrás a su oponente, que parecía incapaz de reaccionar a su ataque. Pero no tuvo suerte; el esclavo empezó a agitarse repentinamente con fuerza inusitada, como si un rayo revitalizador le hubiese alcanzado de improviso. Eric se vio impotente para sujetarle e impedir que se levantara, arrojándole a un lado como si se tratara de un simple muñeco. El silencioso esclavo parecía dotado de una fuerza extraordinaria.

Eric se dio cuenta de que había cometido un terrible error y de que, si el esclavo decidía arrojarlo ahora sobre él, no podría defenderse. Aterrorizado, se dispuso a afrontar el ataque inminente, esperando que al menos su muerte fuese rápida. Afortunadamente, el esclavo se giró e, ignorándole de nuevo, reanudo su camino hacia la salida como si nada hubiese ocurrido. Eric suspiró aliviado al comprender que aquel ser se comportaba como un mero robot, incapaz de sentir emociones o tomar decisión alguna y obligado a reanudar su programación interrumpida.

Estaba a punto de resignarse a su derrota, cuando recordó lo que el padre Elías había planeado y cómo era fundamental que él consiguiese salir de aquella celda pétrea cuanto antes. Si no lo lograba, el sacrificio del sacerdote habría sido en vano. Eric no estaba dispuesto a defraudar la Fe que el anciano había depositado en él durante aquellos días de encierro y decidió actuar a la desesperada.

Con toda la fuerza que fue capaz de reunir, atacó de nuevo al esclavo por la espalda antes de que éste abandonase la estancia. Consiguió aferrarle por el cuello y empezó a apretar su garganta. El esclavo se revolvió de nuevo e intentó soltarse, pero Eric consiguió resistir sus

frenéticos espasmos en busca de libertad, manteniendo su presión sobre el infeliz haciendo acopio de toda la energía que quedaba en su exhausto cuerpo.

Esperaba poder asfixiarle antes de que lograra soltarse, pero pronto se dio cuenta de que su esfuerzo era inútil. Aquella sombra de lo que una vez fue un hombre no parecía necesitar respirar. Los minutos pasaban y la fuerza con la que se resistía aquel sirviente sin mente de Ahhotep era cada vez mayor. Con impotencia comprendió que pronto lograría soltarse. Entonces, movido por una angustia y ferocidad que nunca hubiese creído poseer, Eric aferró la mandíbula del infortunado esclavo y la giró con brusquedad, volcando en aquel pobre desgraciado toda la rabia reprimida que guardaba en su interior. Un terrible chasquido surgió de las vértebras fracturadas del esclavo, mientras éste caía al suelo inerte.

Eric retrocedió asustado ante lo que acababa de hacer, incapaz de mirar al hombre al que había arrebatado el remedo de vida que le animaba. Sin poderlo evitar, empezó a vomitar violentamente mientras lágrimas de angustia surcaban su rostro. Rezando para que aquel pobre infeliz encontrase ahora la paz que Ahhotep le había arrebatado, Eric consiguió reunir la entereza suficiente para rodear el cadáver yacente y abandonar la estancia.

6

Adrian examinó el último de los cuerpos caídos de los Guardianes que habían intentado protegerles, para a continuación hacer un gesto a los demás indicando que estaba muerto. No había habido ningún superviviente entre los hombres de Alexia exceptuando a Abdel, que recorría con la mirada llena de odio los cadáveres de los que habían sido sus amigos y compañeros.

—¡Vayamos a una de las tiendas! —les llamó el padre Alviero, haciéndoles un gesto con la mano para que le acompañasen.

—Yo haré guardia en el exterior —repuso Abdel sin apartar la mirada de los cuerpos desmembrados.

—Será mejor que se reúna con nosotros —insistió el sacerdote—. ¡Las armas no pueden protegernos y le aseguro que en la tienda estaremos a salvo!

Adrian observó al religioso, sorprendido por la confianza y seguridad con las que hablaba. Con cierta admiración, comprobó que Abdel obedecía y se dirigía a la tienda en silencio acompañado por el sacerdote. Adrian les acompañó, agradecido de poder dejar tras de sí el macabro espectáculo de muerte que yacía a sus pies.

En cuanto entró, se apresuró a reunirse con Zulema. Aunque ella aparentaba una gran serenidad, cuando Adrian agarró con fuerza su mano, la encontró fría como el hielo y temblorosa

como una hoja en otoño. Ella le miró con ojos sollozantes y esbozó una ligera sonrisa, que murió de inmediato en sus labios sustituida por lágrimas incipientes. Alexia, ausente, parecía absorta en contemplar un lugar indefinido de la estancia, como si le hubiese abandonado toda la fuerza de voluntad e ímpetu que había demostrado al conocerles. Incluso el habitualmente impasible Abdel, incapaz de sustraerse a sus obligaciones como guardián, permanecía tenso junto a la entrada de la tienda, como un depredador a punto de saltar sobre su presa. Paradójicamente, el que menos afectado por lo ocurrido parecía era el padre Alviero, que les miraba a todos con expectación.

—Sé que lo que ha ocurrido es horrible y nos ha dejado a todos destrozados —comenzó a explicar el sacerdote—, pero, aunque pueda sonar extraño, creo que también ha abierto algunas opciones nuevas que pueden ayudarnos a enfrentarnos con más posibilidades a Ahhotep.

—¿Cómo? —preguntó Alexia, saliendo bruscamente de su ensimismamiento, como si acabase de recibir una bofetada— ¿Acaba de ver cómo eran asesinados sin piedad los hombres mejor preparados de mi pueblo y aún piensa en enfrentarse a Ahhotep? ¿No comprende que la única explicación para lo ocurrido ahí fuera es que hemos llegado demasiado tarde? ¿Ahhotep ya controla completamente el poder del Libro!

—¡Eso no es cierto! —repuso el padre Alviero con seguridad, sin inmutarse ante la vehemencia con que se expresaba la mujer.

—¡Por el amor de Dios! —se lamentó Alexia entre sollozos— ¡Ha atravesado todas las barreras de protección que habíamos preparado y se ha saltado nuestros rituales como si nunca hubiesen existido! ¡Incluso ha sido capaz de levantar a los muertos de sus tumbas!

—Es cierto que ha mostrado un poder aterrador, pero eso no significa que haya logrado el control completo del Libro de Toth —insistió el sacerdote con obstinación—. El hecho de revivir a los muertos no lo demuestra en absoluto. De hecho, el padre Elías y yo mismo también devolvimos la vida a un hombre fallecido, que había sido poseído por Ahhotep, para conseguir información.

Al oír la naturalidad con la que el religioso confesaba lo que a Adrian le pareció una terrible aberración antinatural, el muchacho temió por un momento haberse equivocado completamente y que aquel sacerdote, al que había confiado sus vidas, no fuese más que un loco iluminado tan peligroso como el propio Ahhotep.

—¿Se da cuenta de lo que acaba de decir? —le interrumpió Adrian asustado y profundamente indignado— ¿Cómo puede un sacerdote hacer algo así? ¡Es una monstruosidad!

—Ya lo sabes todo sobre mí y el padre Elías, Adrian —repuso con calma el padre Alviero—. Sabes que no somos sacerdotes ordinarios y que nuestras funciones son muy distintas a officiar misa los domingos. Hemos de enfrentarnos a poderes más allá del entendimiento humano y no

podemos hacerlo armados sólo con crucifijos y agua bendita. Te aseguro que ese hombre fue tratado en todo momento con sumo respeto y dignidad, y que lo que hicimos consiguió devolver su espíritu a la paz de Dios, que es la labor más importante a la que puede un hombre de Dios consagrar su vocación.

Adrian comprendió que había juzgado al sacerdote con ligereza. Aquella situación era extraordinaria y no la solucionarían sin aplicar medidas también extraordinarias. Además, enfrentarse con el hombre que tenía más posibilidades de hacerlo, no parecía una medida demasiado inteligente.

—Supongo que no tuvieron más remedio que actuar como lo hicieron —admitió Adrian disculpándose—. Es sólo que parece como si ese monstruo lo único que hiciese, una y otra vez, es jugar con nosotros. Si hoy no nos ha matado a todos es porque simplemente no ha querido.

—No estés tan seguro de eso —le tranquilizó el sacerdote—. El padre Elías ya me comentó que intuía que Ahhotep tenía miedo a algo y hoy yo también lo he percibido con claridad. Creo que, al no matarnos, Ahhotep nos ha dejado ver su mayor y quizá su única debilidad.

Todos miraron al sacerdote con sorpresa. Incluso Abdel, que seguía la conversación en silencio, se giró para acercarse a donde estaban sentados abandonando su posición de vigilancia, ante la inesperada declaración del religioso.

—Cuando fuimos cercados por esos cadáveres sin mente parecía claro que íbamos a morir, pero algo frenó su ataque final haciendo que fuesen incapaces de acercarse a nosotros —continuó el padre Alviero—. Estoy convencido de que el motivo por el que no nos atacaron es el mismo por el que estamos totalmente seguros en esta tienda; porque nos encontramos junto a Zulema y, de alguna forma, ella es inmune al poder de Ahhotep.

—Ya hemos hablado de eso padre —intervino Adrian decepcionado al ver que el sacerdote insistía en algo que ya habían comentado y que en el fondo no era más que una mera conjetura—. No podemos saber si eso es cierto, puede que, simplemente, Ahhotep haya decidido dejarnos con vida para seguir jugando con nuestros sentimientos y esperanzas.

Zulema se apartó bruscamente de Adrian molesta. Tenía la sensación de haberse convertido en un objeto protegido y codiciado por todos, pero al que parecían ignorar actuando siempre a sus espaldas.

—¿Sabía algo de todo esto y no me lo había dicho? —preguntó a Adrian enfadada— Creo que tenía derecho a saberlo ¿no?

—El padre Alviero me comentó sus sospechas en el Monasterio de San Gabriel, pero me pidió que no te contase nada sobre tu posible inmunidad a los poderes del Libro —se disculpó

Adrian, regalando una mirada cargada de reproche al sacerdote, por haber sacado aquel tema de nuevo y preocupando innecesariamente a Zulema, que ya tenía demasiadas cargas sobre sus hombros para tener que aguantar ahora una más.

—Lo que dice Adrian es cierto —corroboró el sacerdote intentando calmar a la muchacha—. Yo le pedí que no te lo contara y, si lo he hecho ahora, es porque estoy convencido de que ya no es una mera especulación, sino que, por el contrario, se trata de algo muy real que puede ser importante para acabar con ese monstruo e impedir que el poder del Libro de Toth se desate.

—Lo que no entiendo es por qué está tan seguro —intervino Alexia—. Zulema lleva en su sangre la herencia de Nagada, el hombre que consiguió derrotar a Ahhotep, y eso la convierte en un peligro para él. Puede que por eso no se atreva a atacarla directamente, sobre todo si teme que ella pueda utilizar los Ojos de Toth. Pero eso no la convierte en inmune a sus poderes.

—Si estoy tan seguro es porque hoy me ha sucedido algo que lo ha cambiado todo para mí —confesó el sacerdote, consciente de que lo que iba a contar sería difícil de creer, sobre todo porque aún le costaba admitirlo a él mismo—. Una mujer, que marcó mi vida y mi vocación hace muchos años, se presentó ante mí esta noche y me tentó con abandonarlo todo. No era más que una artimaña de Ahhotep, que buscaba doblegar mi espíritu aprovechando mis sentimientos encontrados hacia ella, pero en aquel momento, impulsado quizá por la indignación que me produjo ver el recuerdo de un alma pura violado de aquella manera, algo se liberó en mi interior, despertando capacidades que tenía olvidadas. El padre Elías me advirtió que necesitaría estas capacidades para enfrentarme a Ahhotep. Ahora ha ocurrido y soy capaz de ver con claridad muchas cosas que antes me estaban vedadas.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó Adrian, intentando decidir si lo que decía el padre Alviero tenía sentido o si estaba siendo presa de algún tipo de alucinación causada por la ansiedad.

—Esta noche pude percibir, con la misma claridad que una bofetada en el rostro, la rabia y frustración de Ahhotep cuando sus esclavos comenzaron a liberarse de su poder para volver a su mundo de silencio, a medida que se acercaban a donde estaba Zulema. Además, ahora también soy consciente de algunas circunstancias, que antes me habían pasado totalmente desapercibidas, como que Alexia nos ha estado ocultando información importante sobre los Ojos de Toth.

—¿Es eso cierto? —preguntó Zulema dirigiéndose con asombro a su tía con mirada acusadora.

—Debéis comprender que mi primera responsabilidad es ante todo ante mi pueblo —reconoció Alexia—. Nuestro consejo me pidió que no os ofreciese información sobre la naturaleza de los Ojos de Toth, hasta que no pudiésemos estar convencidos de que no estabais

bajo la influencia de Ahhotep y de que vuestras intenciones eran puras. Tenéis que entender que el confiar en extranjeros ha provocado ya la muerte de muchos Guardianes llevándonos a esta situación desesperada.

—¿Entonces sabes lo que son los Ojos de Toth y no nos lo has dicho? —preguntó Zulema con perplejidad, empezando a preguntarse si había creído con demasiada facilidad lo que aquella mujer, a la que en el fondo no conocía, le había contado.

—No del todo. Aunque existe una historia, que los descendientes de Nagada nunca han negado ni confirmado, que ofrece una explicación a su posible naturaleza —confesó la mujer, consciente de que ya no tenía sentido negarles la información—. Se trata de una tradición oral transmitida de padres a hijos, que explica cómo consiguió Nagada derrotar a Ahhotep. Al parecer, Nagada se enfrentó en la entrada de la tumba con dos poderosas encarnaciones de Toth; dos enormes babuinos pétreos que guardaban la puerta de acceso al sepulcro. Varios hombres murieron luchando con ellos hasta que el propio Nagada se vio obligado a enfrentarse a aquellos monstruos de piedra. Al hacerlo, descubrió una inscripción en la losa de la puerta que advertía que sólo los Ojos de Toth podían franquear la entrada. Nagada, que era un hombre inteligente y versado en las artes mágicas, no tardó en imaginar que aquella inscripción se refería a las esmeraldas brillantes que ocupaban las cuencas oculares de los monstruos de piedra a los que se enfrentaba. Con habilidad y fuerza consiguió extraer las gemas de los ojos de los guardianes del sepulcro dejándoles inertes. Tras insertar dos de las joyas en la losa de la entrada, ésta se desplazó y pudieron acceder al interior de la tumba. Nagada, previsor, guardó las dos esmeraldas restantes antes de entrar en el recinto. La leyenda cuenta que, cuando tuvo que enfrentarse más tarde con Ahhotep, no le derrotó simplemente por la fuerza de su brazo, sino que lo hizo porque empuñaba las dos esmeraldas junto a su espada, hechizando ésta con su poder. Sólo así pudo acabar con la vida de Ahhotep, al cogerle totalmente desprevenido y sin protección frente al poder de los Ojos de Toth.

—¿Y qué paso con las gemas después? —preguntó con impaciencia Adrian.

—La tradición dice que Nagada se las entregó a Ramsés y que éste extrajo las dos restantes de la puerta antes de abandonar la tumba y provocar un derrumbamiento que selló la entrada para siempre. El propio Faraón entregó después las cuatro gemas al primogénito de Nagada, comenzando así la tradición de los Guardianes.

—Es curioso que sean cuatro en lugar de sólo dos ojos que sería lo natural —observó Adrian.

—Nada ocurre al azar —comentó el padre Alviero—. El cuatro tiene un fuerte simbolismo, es el número del orden del universo. Cuatro son los elementos: tierra, aire, fuego y

agua; como cuatro son los puntos cardinales o las estaciones. En el Apocalipsis de San Juan, cuatro son los Jinetes del Apocalipsis y también cuatro son los extremos de una cruz.

—¡Entonces se trata simplemente de cuatro esmeraldas! —exclamó Zulema, en cuyo interior aquellas palabras parecían provocar un eco especial— ¡Cuatro gemas con poder suficiente para derrotar a Ahhotep!

—Es muy probable, aunque no podemos estar completamente seguros —añadió Alexia con pesar—. Sólo se trata de una leyenda que los descendientes de Nagada jamás confirmaron. De hecho, la única persona que realmente sabe qué son y dónde se encuentran los Ojos de Toth eres tú, Zulema

—¡Pero no puedo recordarlo! —se lamentó mujer angustiada.

—¿Y de qué nos sirve saber todo eso? —preguntó Adrian, que seguía sin ver a dónde les llevaba todo aquello—. No tenemos ni idea de dónde están esas gemas así que, en el fondo, estamos como al principio.

—No del todo — le contradijo el padre Alviero —. El conocimiento siempre es positivo. Ahora sabemos qué son los Ojos de Toth y sabemos que Ahhotep tiene debilidades y teme a Zulema, que parece inmune a su poder. Puede no parecer mucho, pero es todo lo que tenemos y siento en mi interior que puede ser suficiente para frenar a ese monstruo. Hay que intentar enfrentarse a Ahhotep y detenerle antes de que complete la apertura del Libro, pero quien lo haga se enfrentará posiblemente a la muerte y eso es algo que no puedo pedirlos que hagáis. Debéis ser vosotros mismos quienes toméis esa decisión.

Todos callaron sopesando las palabras del sacerdote hasta que, sorprendentemente, Abdel, que había asistido a la conversación atentamente, pero sin permitirse intervenir en ningún momento, fue el primero en romper el incómodo silencio que se había producido.

—¡Si ahora no fuésemos a esa tumba, los Guardianes habrán muerto por nada! —exclamó con rotundidad— Yo iré con usted, sacerdote.

7

El túnel era muy angosto, pero lo suficientemente ancho para que dos personas pudiesen andar por él con relativa comodidad. Alexia iba en cabeza junto a Abdel, seguidos de Zulema y Adrian. El padre Alviero cerraba la marcha maravillado por aquella obra de ingeniería rudimentaria pero extremadamente eficaz.

Cuando todos decidieron ir a la tumba, el padre Alviero esperaba una larga marcha hasta las lejanas montañas, pero, tras descansar unas horas en la tienda, Alexia les sorprendió

conduciéndoles al amanecer a la entrada de unos túneles asombrosamente cercanos. Se encontraban a medio camino entre el campamento y los restos del antiguo poblado de los Guardianes, disimulados por unas formaciones rocosas naturales y con una enorme mole granítica ocultando la entrada. La piedra era lo suficientemente pesada para requerir la fuerza de al menos dos hombres para desplazarla, lo que hizo comprender al padre Alviero por qué el desafortunado Fray Cariglia había necesitado convencer a Kamini para ayudarlo en su vuelta a la tumba de Toth.

Según les contó Alexia, cuando Ramsés condenó la entrada original a la tumba dejando morir en su interior a Nagada, sus hijos decidieron intentar recuperar el cuerpo de su padre, a pesar de que lo más probable era que hubiese sido destruido por las llamas que el propio Nagada había provocado. En el Antiguo Egipto la conservación del cuerpo mediante la momificación era fundamental para asegurar la supervivencia del ankh tras la muerte, por lo que, para los descendientes de Nagada, abandonar en aquella tumba su cuerpo equivalía a negarle su paso al Campo de Juncos, el paraíso egipcio. Por eso, decidieron realizar en completo secreto la construcción de unos túneles que permitiesen acceder a la tumba sepultada en el interior de la montaña.

Con medios completamente precarios, y evitando en todo momento que los hombres de Ramsés descubriesen su artimaña, horadaron el suelo del desierto ocultando su obra con la construcción de un poblado, que terminaría convirtiéndose en el asentamiento definitivo de los Guardianes. Cuando, después de casi dos años de duro trabajo, consiguieron llegar a la tumba y acceder a su interior, encontraron el recinto en mejor estado de lo que esperaban. El Libro de Toth no había sido alcanzado por las llamas y, aunque éstas habían producido serios daños en parte del mobiliario y de la decoración, parecían haberse sofocado por sí solas con increíble rapidez, dejando la mayor parte del recinto intacto. Lo más asombroso para ellos fue comprobar que el cuerpo de Nagada había permanecido perfectamente conservado, junto al de Ahhotep y al de los sacerdotes que le ayudaron en su traición al Faraón.

Nagada fue sacado de la tumba, para ser momificado y enterrado en secreto con los honores que merecía. Los cuerpos de Ahhotep y sus ayudantes corrieron, pero suerte ya que fueron incinerados y sus cenizas arrojadas a las aguas del Nilo para que nunca pisasen los Campos de Toth. Los descendientes de Nagada pensaron entonces en destruir los túneles y sellar de nuevo la tumba, pero, tras discutirlo en el recién nacido Consejo de los Guardianes, decidieron que aquello no serviría de nada ya que el Libro había demostrado ser imposible de destruir. Al final, mantuvieron los túneles y decidieron establecerse definitivamente junto a su entrada, para vigilar que nadie accediese nunca al interior de la tumba ni al poder de Toth.

Ahora, el padre Alviero avanzaba entre las paredes, cuidadosamente apuntaladas por aquellos olvidados egipcios, con el corazón sobrecogido por el peso de la responsabilidad y la

sensación de estar acercándose a la entrada del inframundo. El camino resultó más largo de lo esperado. Al menos dos kilómetros de inacabable túnel les separaban de la tumba y, el calor que provocaban las lámparas de gas que llevaban, sumado a la casi inexistente ventilación del lugar, hizo que la travesía se convirtiese en un trayecto sofocante y agotador.

Afortunadamente, tras casi una hora de marcha, el terreno varió de la blanca arenisca a la dura piedra granítica y el calor empezó a ceder; estaban bajo las montañas. El estrecho túnel dio paso a una zona más amplia, antesala de la entrada al lugar donde la leyenda decía que reposaban los restos de un dios. Abdel dio el alto a la comitiva, deteniéndose frente una losa labrada de colosales dimensiones, que impedía el acceso final a la tumba.

—¡Es enorme! —exclamó Adrian preocupado al ver la losa de mármol— No podremos moverla ¿Cómo se supone que vamos a entrar?

—¡No lo entiendo! —admitió Alexia confusa, examinando la entrada de la tumba—. Es la losa original, incluso tiene los jeroglíficos de los que habla la leyenda, pero se supone que fue destruida por Ramsés cuando provocó el derrumbamiento de la montaña. Nuestros antepasados cavaron una entrada nueva y la sellaron con una losa de granito, similar a la de la entrada a los túneles, para que dos hombres pudiesen desplazarla y entrar al recinto.

—¡Es obra de Ahhotep! —exclamó el padre Alviero mientras examinaba con detenimiento la piedra—. Sigue siendo un egipcio y su espíritu quiere volver al mundo que conoció. Debe estar usando el poder del Libro para devolver a la tumba su antiguo esplendor.

Abdel se acercó a la losa y comenzó a empujarla con todas sus fuerzas, incapaz de resignarse a verse detenido por una simple piedra. Adrian se unió a él, pero la mole pétreo no se desplazó ni un solo milímetro a pesar de sus esfuerzos.

—¡Es inútil! No malgastéis vuestras fuerzas, no va a ceder a la fuerza bruta —les detuvo el padre Alviero pensativo.

—¿Y qué hacemos entonces? —preguntó Adrian con impotencia—. Eric y el padre Elías pueden estar ahí dentro. Tenemos que entrar como sea o Ahhotep se hará con el poder del Libro de Toth.

El sacerdote examinó la entrada de nuevo, parándose a observar con detenimiento los cascotes y escombros que rodeaban el lugar.

—Afortunadamente, Ahhotep no ha restaurado los guardianes originales o ahora estaríamos muertos —exclamó el padre Alviero, mostrándoles un trozo de piedra en el que se adivinaba una zarpa esculpida—. Parece que la leyenda de su pueblo era cierta, Alexia. A nuestro alrededor se encuentran restos de los antiguos babuinos pétreos que guardaban la puerta.

—Lo imaginaba —reconoció la mujer—. He examinado las inscripciones y, aunque es una forma arcaica de escritura jeroglífica que apenas reconozco, estoy segura de que son las mismas que describe la leyenda.

—Pero, si la historia de Nagada es cierta, sólo los Ojos de Toth pueden abrir esa puerta —se lamentó Zulema—. ¡No podremos entrar en la tumba sin ellos!

—Quizá no tengamos las gemas que tenía Nagada, pero te tenemos a ti —repuso el sacerdote, presa de una repentina intuición que le hizo sonreír confiado—. Eres su descendiente y parece que hay algo de la magia de Toth en tu interior. Deberías intentar abrirla.

— ¿Yo?... pero, parece imposible.

—¡Inténtalo! —le pidió Adrian— No hay nada que perder.

La mujer se adelantó al grupo, acercándose hasta la enorme losa. Con temor casi reverencial, apoyó sus manos en la piedra dispuesta a empujar, tal y como antes hiciesen los dos hombres, pero no fue necesario. En el mismo momento que sus manos rozaron la superficie marmórea, ésta comenzó a desplazarse lentamente hasta dejar la entrada franca, ante la mirada asombrada de Zulema y la sonrisa satisfecha del padre Alviero

Desde el interior del recinto surgió un resplandor verdoso y palpitante que parecía estarles esperando. Apagaron las lámparas de gas que llevaban y, con precaución, fueron entrando en la tumba dejando atrás los túneles por lo que habían llegado. Atravesaron un espacioso pasillo flanqueado por frescos de brillantes colores que parecían recién restaurados. Alexia, que encabezaba la marcha con decisión, se paró sobrecogida frente a una de las pinturas.

—Es la sacerdotisa Hent—Tauí postrada junto al mono Hapi, adorando al disco solar —explicó la mujer señalando el fresco con asombro—. Esta pintura estaba totalmente destruida por el fuego, apenas era visible el ojo de Ra y ahora parece como si acabase de ser pintada.

Todo a su alrededor parecía recién construido, las paredes estaban pulidas y brillantes y las pinturas mostraban colores vivos y brillantes. En otro de los murales, Adrian, impresionado, identificó sin problemas la imagen del propio Toth, representado con cabeza de Ibis, actuando de testigo mientras Osiris, momificado y con el rostro de color verde, pesaba el alma de un difunto.

Siguieron avanzando con la sensación, no de estar penetrando en una antigua tumba egipcia, sino de adentrarse en otra época en un auténtico viaje en el tiempo. Guiados por Alexia, recorrieron con rapidez los pasillos hasta llegar a la sala principal. A los lados de la entrada a la estancia, dos enormes estatuas, representando al Dios Anubis y recubiertas de resina negra y brillantes láminas de oro, vigilaban una gran puerta de madera policromada que guardaba el paso al recinto sagrado.

Abdel se adelantó, indicando a los demás con un gesto de su mano que permaneciesen quietos y en silencio. Del interior del recinto llegaba un murmullo sordo, como si alguien entonase una extraña letanía. Avanzó con precaución hasta situarse entre las dos estatuas, para desplazar a continuación lentamente la pesada puerta de madera. Cuando estuvo lo suficientemente abierta para permitir su entrada, Abdel desenvainó su alfanje y penetró en la estancia. Tras unos minutos de espera, el hombre reapareció por la puerta entreabierta y les indicó que entrasen tras él.

En el interior del recinto les esperaba una escena inaudita. La sala no era demasiado grande, pero estaba ricamente decorada. Todo el recinto estaba poblado de escenas alegóricas de la mitología egipcia, confeccionadas con pinturas esmaltadas y cerámicas brillantes y coloridas. En el centro de la estancia, un enorme sarcófago dorado presidía la sala. A sus pies, un féretro canópico ilustrado con imágenes de Toth guardaba los órganos internos del difunto. Adrian se preguntó quién sería el hombre, ángel o demonio, que yacía embalsamado desde hace miles de años en el interior del aquel descomunal ataúd.

Hasta Alexia, que ya conocía la estancia, se sintió aturdida por la suntuosidad de la tumba, pues la recordaba envejecida y deteriorada, carente prácticamente de cualquier resto de las pinturas que la decoraban, y ennegrecida en múltiples lugares por los efectos del juego provocado por Nagada.

Encima del sarcófago, situado justamente en medio del pecho de la figura de Toth pintada en la tapa, se encontraba depositada una caja de oro puro, sellada con múltiples esmeraldas de las que surgía un intenso resplandor verdoso. No hizo falta que nadie lo expresase en voz alta, pero todos comprendieron que, aquel objeto que yacía frente a ellos palpitante de poder, no era otra cosa que el temido Libro de Toth.

Sin embargo, a pesar de ser aquel el terrible objeto que les había llevado hasta allí, lo que más les impresionó fue el hombre que se encontraba tras el sarcófago, subido en lo que parecía un pequeño altar y entonando una monótona letanía en egipcio antiguo. Iba vestido tan sólo con una túnica blanca y su cabeza había sido rapada por completo. Aunque el hombre lucía el maquillaje propio de los sacerdotes de Amón, el padre Alviero le reconoció de inmediato. Se trataba del padre Elías que, con la mirada ausente, parecía ignorar su presencia concentrado por completo en su extraña plegaria.

—¡Padre Elías! —gritó el sacerdote intentando captar su atención sin éxito.

—No va a responderle, sacerdote.

La voz, apagada y amenazadoramente sosegada, partió de algún lugar indeterminado a las espaldas del altar. Una figura se desprendió de las sombras y avanzó hasta salir a la luz con lentitud. Totalmente envuelto en una túnica negra, cuya capucha ocultaba su rostro, y con los

hombros cubiertos por una piel de leopardo, símbolo de su dignidad sacerdotal, Ahhotep avanzó hasta situarse al lado del padre Elías.

—Han pasado miles de años desde que en esta misma sala la traición me arrebató mi destino, pero ahora ha llegado el momento de terminar lo que entonces empecé.

—¡Ningún hombre está preparado para poseer el poder del Libro de Toth! —le interpeló el padre Alviero, intentando disimular el temor que sentía ante la presencia de aquel demonio encarnado.

—Un Faraón me dijo algo muy parecido hace mucho tiempo y es ahora sé que, tanto él como usted, padre Alviero, llevaban razón —Ahhotep pronunció su nombre con lentitud, logrando que el sacerdote sintiese como si aquel demonio estuviese metiendo sus garras afiladas en su misma alma —. Afortunadamente, hace mucho tiempo que dejé de ser un hombre.

Abdel avanzó bordeando lentamente el sarcófago, intentando acercarse al altar, mientras el padre Alviero hablaba con Ahhotep, rezando en su interior para que no se fijase en él. Cuando creyó estar lo suficientemente cerca, arrojó su alfanje con fuerza contra el padre Elías, pero la espada se detuvo en el aire quedando suspendida a pocos centímetros del sacerdote.

—Una vez, un auténtico guerrero hizo lo mismo que tú —explicó Ahhotep girándose hacia Abdel—. Era muy inteligente y comprendió que podía interrumpir mi hechizo atacando a uno de mis sacerdotes. Me temo que, lamentablemente, tú no tienes su fuerza ni su suerte.

Ahhotep hizo un pequeño gesto con una de sus manos y la espada comenzó a girar en el aire lentamente, volviéndose hacia el angustiado Abdel, que intentó retroceder descubriendo con horror que su cuerpo se negaba obedecer. Estaba completamente paralizado como si una gigantesca tela de araña le hubiese atrapado.

Al ver como el arma avanzaba hacia el desafortunado guardián con precisión mortal, Adrian sacó su pistola y, apuntando con ella a Ahhotep, comenzó a disparar al brujo una y otra vez, pero éste se limitó a sonreír mientras las balas caían al suelo como si una barrera invisible las despojase de su energía dejándolas inertes.

El padre Alviero intentó llegar hasta Abdel para apartarle de la trayectoria del alfanje, pero no lo consiguió. La espada se paró frente al rostro del guardián, que pudo ver su reflejo en la hoja acerada justo antes de que ésta realizase un giro brusco y cercenase su cuello de un solo tajo. La cabeza se desprendió y rodó por el suelo, mientras el cuerpo se tambaleaba durante un instante antes de desmoronarse de forma definitiva.

Zulema no pudo evitar gritar horrorizada al ver como el hombre moría asesinado de forma tan brutal frente a ella.

—¡Monstruo inhumano! —gritó, soltando la rabia contenida en su interior— ¡Quieres ser un Dios, pero no eres más que un miserable asesino!

Ahhotep se giró hacia la mujer y comenzó a reír con insolencia y desprecio, como si la indignación de la mujer fuese una excelente fuente de diversión.

—¿Por qué os preocupa tanto la muerte? —preguntó, abriendo los brazos y extendiendo las manos con cinismo infinito— ¿No era acaso ese sirviente vuestro un hombre justo y piadoso? ¿No acabo, por tanto, de enviarle a vuestro cielo, a una felicidad eterna?

Ahhotep dejó de reír bruscamente para dar un paso hacia delante abandonando las sombras que le ocultaban. Con lentitud premeditada bajó su capucha dejándoles ver su rostro y el mundo de Adrian se convirtió en una pesadilla sin sentido.

Aunque estaba completamente rapado y terriblemente deformado, el rostro arrugado y envejecido que le miraba a través de unos incisivos ojos verdosos y llameantes, era sin duda el de su propio padre; Sir William Cavendish. Dando un paso atrás, el muchacho estuvo a punto de caer al suelo por la sorpresa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Zulema sorprendida por la extraña reacción de Adrian.

—¡Es mi padre! —explicó él sobrecogido.

—No te dejes engañar por lo que ves —le aconsejó Alexia que había permanecido extrañamente expectante hasta aquel momento—. No queda nada de Sir William en ese hombre.

—¿Lo sabías! —exclamó Adrian, al ver que la mujer no parecía en absoluto sorprendida.

—Lo sospechaba —admitió ella—, pero nunca estuve segura. Sabía que lo más probable era que al final tu padre no hubiera podido resistir a Ahhotep y hubiera terminado cayendo bajo su influjo, convirtiéndose así en su anfitrión humano definitivo, pero no quería creerlo.

—Y no deberías porque no es cierto —se burló Ahhotep—. Por lo menos no del todo. Sir William estuvo bajo mi control desde el principio. Yo fui quien salvé la vida de este cuerpo después del accidente. ¿Creíais de verdad que un simple mortal podía haber escapado a mi voluntad e incluso utilizado mis poderes para asegurar la adopción de Zulema?

—¡Estás mintiendo demonio! —exclamó Zulema, sin poder dar crédito a lo que estaba oyendo— ¿Por qué ibas a querer que me fuese de Egipto?

—¡Está claro que en tu sangre corre el espíritu de Nagada, pero no su sabiduría! —repuso Ahhotep con desprecio— Acababa de volver de la muerte huyendo del juicio de los dioses y no era lo suficientemente fuerte para enfrentarme aún a los descendientes de Nagada. Por eso, preferí mandarte lejos, para evitar que tu gente pudiese ayudarte a recordar tu pasado antes de que llegase el momento adecuado para traerte de vuelta y hacerte ocupar tu verdadero lugar a mi lado. Ahora,

ese momento ha llegado y tú auténtico destino debe ser revelado.

El sacerdote bajó su rostro y empezó a recitar en egipcio antiguo una nueva fórmula mágica. Un extraño murmullo se levantó a su alrededor y el suelo y las paredes empezaron a palpitar. Una densa niebla verdosa empezó a emponzoñar el aire dificultando cada vez más la visión.

Adrian fue el primero en notar que algo se movía por el suelo. El roce repulsivo de un fino cuerpo reptante enroscándose alrededor de sus piernas le hizo contraerse asustado. Intentó quitarse aquella cosa que se adhería a su cuerpo, pero algo le atrapó por las muñecas obligándole a estirar los brazos. Ni siquiera pudo gritar porque un nuevo tentáculo se introdujo en su garganta impidiéndole articular palabra, dejando entrar en sus pulmones sólo el aire necesario para seguir con vida. En apenas unos segundos, se vio atado de pies y manos y elevado en el aire. Alexia sufrió el mismo destino, uniéndose a él completamente inmovilizada y amordazada en mitad de la sala, mientras Zulema y el padre Alviero asistían impotentes a la escena.

Ahhotep abandonó entonces su plegaria haciendo que la niebla desapareciese a su alrededor.

—¡Suéltalos! —imploró Zulema angustiada, mientras observaba como Adrian y Alexia se debatían impotentes contra las extrañas formas reptiloides que sujetaban sus brazos y piernas.

—¡Lo haré! —aseguró Ahhotep—. Juro que sus vidas serán respetadas si tú y el padre Alviero ocupáis vuestro lugar a mi lado.

—¿De qué lugar hablas? —repuso la muchacha, reparando en ese momento en el extraño comportamiento del padre Alviero, que permanecía silencioso a su lado—. Soy descendiente de Nagada, mi única misión es luchar contra ti no ponerme a tu lado.

—¡Las mentiras de tu gente han ofuscado tu mente, pero la realidad se esconde en el fondo de tu alma! —exclamó Ahhotep, abandonando su posición en el altar y acercándose a la mujer—. Yo ofrecí a Nagada un lugar a mi lado y lo rechazó. Con su traición consiguió arrebatarme la vida, pero también selló tu destino. Nagada estaba herido y derramó su sangre junto a la mía sobre el Libro de Toth, atrapando mi espíritu en su interior. Pero también le atrapó a él ya que, desde ese momento, El Libro de Toth sólo puede ser abierto si la sangre que se derramó una vez sobre él vuelve a ser derramada de nuevo.

Zulema sintió como un escalofrío recorría su columna vertebral, al comprender que no tenía ningún tipo de protección frente al poder del Libro, sino que lo que realmente ocurría era que la necesitaba viva para poder utilizarla para la apertura de las capas profundas de conocimiento escondidas en su interior. Ese era el verdadero motivo por el que los ataques del brujo siempre habían respetado su vida y por el que les había dejado llegar hasta allí.

Ahhotep se acercó a su lado y acarició su rostro con delicadeza inesperada.

—Ven conmigo —le pidió, ofreciéndole su mano arrugada y apergaminada, como si miles de años se escondiesen en su interior — y ellos vivirán.

—¡Ayúdeme! —gritó Zulema volviéndose angustiada hacia el padre Alviero.

El sacerdote se giró y Zulema pudo ver su mirada vacía y verdosa antes de que el religioso comenzase a recitar una plegaria en egipcio antiguo, mientras se dirigía hacia el altar y se situaba al lado del padre Elías, ante la mirada profundamente satisfecha de Ahhotep.

8

A Eric le parecía llevar horas atrapado en los túneles de aquel laberíntico lugar. Había avanzado casi a ciegas, con la única ayuda de la vela que quitase al pobre diablo al que tuvo que arrebatarse la vida. A penas quedaban ya unos pocos centímetros de cera antes de que la oscuridad volviese a engullirle, cuando oyó con claridad el rumor de una conversación. No podía distinguir las palabras, debido al enorme grosor de los muros que le rodeaban, pero su origen no podía estar demasiado alejado de donde se encontraba.

Guiándose por las voces apagadas, llegó a una zona que parecía gozar de una extraña iluminación propia ya que un resplandor verdoso e inquietante parecía impregnarlo todo. A pesar de provocar un profundo desasosiego, Eric se alegró al comprender que si la vela se apagaba ya no se quedaría a oscuras.

La iluminación se acentuó al llegar a una amplia antesala, en la que se adivinaba una puerta policromada escoltada por dos enormes esculturas de madera de dioses con cabeza de chacal. Aunque las voces más fuertes habían cesado, aun se oía un sordo rumor como si alguien estuviese rezando en el interior de aquel lugar.

Recordando las instrucciones del padre Elías, se acercó con precaución y entró lentamente en la estancia. En el interior se desarrollaba una escena que, aunque esperaba, no por ello dejó de sorprenderle. Ahhotep se encontraba en lo alto de una especie de altar situado tras a un sarcófago enorme. Tenía las manos sobre una caja dorada, que a Eric no le costó identificar como el peligroso Libro de Toth, y a su lado se encontraba el padre Elías y otro hombre, al que reconoció como el joven sacerdote que conociese en el Museo del Cairo. Frente a ellos, la escena se volvía más surrealista. Adrian y una mujer que no conocía se encontraban suspendidos en medio de la sala, sujetos cerca del techo por una especie de lianas que parecían surgir de la misma piedra de las paredes, atrapando sus brazos y piernas.

Si el ver a su amigo indefenso en aquella angustiosa situación hizo que el corazón de Eric

se contrajese con terror, cuando descubrió tras Ahhotep la figura asustada y temblorosa de Zulema, fue un extraño coctel de pánico y rabia lo que se apoderó de él, dándole el último empujón que necesitaba. Tras un par de respiraciones profundas, en busca de la calma que iba a precisar, entró en la sala encarándose al brujo.

El sacerdote egipcio le contempló con curiosidad, aunque no demasiado sorprendido, mientras Eric avanzaba hasta situarse frente a él.

—Has escapado —observó con calma Ahhotep—. Supongo que eso significa que te has enfrentado a mi sirviente y que probablemente lo has eliminado.

—No tuve más opción que acabar con su vida —admitió Eric sinceramente pesaroso—. En aquel momento no pensaba en otra cosa que, en escapar, pero ahora he comprendido que no hay ningún lugar al que pueda huir.

—¡Interesante! —exclamó Ahhotep con escepticismo— Supongo que eso significa que quieres proponerme algo para salvar tu insignificante existencia ¿no?

—No estoy en condiciones de proponer nada —admitió Eric, inclinando la cabeza en una forzada reverencia—. Soy muy consciente de que podéis dominar mi voluntad cuando queráis y, por eso, sé que sólo puedo ofrecerme a servirlos a cambio de mi propia vida y libertad. Prefiero ese destino a convertirme en uno de sus sirvientes sin mente.

Ahhotep no contestó, en su lugar se limitó a observarle fijamente como si estuviese decidiendo qué hacer con él. Zulema, que presenciaba la escena con incredulidad, pasó de la alegría inicial, al comprobar que el amigo de su hermano aún vivía, a la más absoluta decepción al escuchar sus palabras. Eric miró a la muchacha a los ojos y vio en ellos reflejados una decepción y un desprecio absoluto, lo que le produjo una gran angustia, que intentó disimular fingiendo observar a la muchacha con indiferencia. Zulema apartó su mirada de él y comenzó a sollozar completamente derrotada.

—No sé si lo que dices es cierto o intentas engañarme, tal y como hace miles de años un hombre como tú me traicionó en esta sala, pero no tengo tiempo para juegos infantiles. ¡Apártate de mi vista y más tarde decidiré qué hacer contigo! —ordenó Ahhotep mirando con desprecio a Eric, que respondió bajando la cabeza en señal de obediencia.

El sacerdote, ignorando la presencia del muchacho, volvió su atención hacia Zulema que permanecía a su lado completamente desolada.

—No debes tener miedo —la consoló—. Ha llegado el momento en que se cumpla tu destino y el mío.

Ahhotep comenzó entonces a entonar con claridad una fórmula mágica, a la que rápidamente se unieron los sacerdotes católicos situados a su lado. La intensidad de su voz fue aumentando

paulatinamente, envolviéndose en armónicos imposibles hasta alcanzar una potencia antinatural que parecía hacer vibrar la misma realidad. Del Libro de Toth comenzó a emanar un vapor verdoso, que envolvió lentamente el cuerpo del brujo y de Zulema, uniéndolos en un abrazo sacrílego.

Eric aprovechó el momento de confusión para acercarse al altar discretamente, consciente de que Ahhotep no le prestaba atención, concentrado en su hechizo y convencido, probablemente, de que un simple ser humano hambriento, débil y desarmado, no suponía peligro alguno para él. Toda la sala comenzó a agitarse como si un pequeño temblor sacudiese con fuerza muros y paredes. Eric estuvo a punto de caer al suelo, pero se mantuvo de pie lo suficiente para ver como Ahhotep extraía un puñal dorado de su túnica y se hacía un rápido corte con él en la muñeca, dejando que su sangre se derramase sobre el Libro situado frente a él. A continuación, el mago egipcio ofreció al afilado acero a Zulema.

—Ha llegado el momento. ¡Une tu sangre a la mía y deja que el poder oculto de Libro de Toth sea nuestro! —le ordenó.

—¡No lo haré! ¡Si quieres mi sangre, tendrás que matarme tú mismo! —se negó Zulema, desafiante a pesar del terror que secaba su garganta.

—¿Matarte? — exclamó el brujo, fingiendo perplejidad— No es tu vida lo que quiero. Necesito sólo algo de tu sangre para completar la invocación y todo el conocimiento de este Libro, que le ha sido negado al hombre desde hace milenios, estará a nuestro alcance. ¿Te imaginas las maravillas que se podrían conseguir con el poder de un Dios? ¿No te gustaría recuperar tus recuerdos y traer de vuelta a tus seres queridos, como la madre que nunca conociste ni tuvo la oportunidad de conocerte, o el padre que te educó y cuidó a costa de su propia vida? Te daré todo eso y dejaré que tú y todas las personas que están aquí volváis a vuestros hogares libres y a salvo. ¡Lo juro! Y sólo te costará un ligero corte en tu mano y unas pocas gotas de tu sangre.

Eric observó preocupado cómo la muchacha dudaba. La vio mirar primero al puñal y luego a Adrian, que se agitaba con frenesí asistiendo impotente al ritual desde su prisión tentacular, para finalmente resignarse y alargar su mano para coger el arma que Ahhotep le ofrecía. Eric comprendió que no podía demorar más su tarea por lo que, sin preocuparse de disimular por más tiempo sus verdaderas intenciones, corrió hasta situarse al lado del padre Elías. A continuación, tal y como el sacerdote le había explicado que debía hacer, extrajo de su bolsillo la cadena plateada de un antiguo rosario y se la puso al sacerdote alrededor del cuello, a la vez que recitaba, intentando imprimir toda la Fe de la que era capaz su corazón, una pequeña oración: «¡Atrás, Rostro Negro! ¡Tú no has sido invocado! ¡Cuando tu poder está en mi contra, soy yo quien está en mi cuerpo! ¡Tú eres impotente para hacerme daño!»

Ahhotep volvió su vista de inmediato hacia el muchacho, como si un rayo acabase de alcanzarle, olvidando momentáneamente a Zulema, mientras un fuego verdoso encendía sus ojos de intensa rabia y odio.

—¿Qué has hecho kushita? —gritó fuera de sí— El sacerdote es mío y ninguna plegaria puede arrebatármelo.

Con un simple gesto de la mano del mago, Eric se vio levantado en el aire, como si un puño gigante e invisible le hubiese atrapado, para ser a continuación arrojado como una hoja de papel contra la dura pared de piedra. No sintió dolor, sólo un impacto brutal que le hizo perder el conocimiento con rapidez, pero no sin antes llegar a atisbar con satisfacción como el padre Elías se giraba hacia él, recuperando el control de sí mismo e intentando comprender qué ocurría.

—¡No es posible! —exclamó Ahhotep, sorprendido al contemplar cómo el sacerdote parecía estarse liberando de su control.

—¡Sí lo es demonio! —repuso el padre Elías desafiante, a penas recuperado de la posesión del brujo— No soy tan débil como te dejé creer.

El sacerdote miró a su alrededor, intentando hacerse una rápida composición de lugar de lo que estaba ocurriendo. Vio la sangre de Ahhotep sobre el Libro de Toth y la mirada aterrorizada de Zulema, que sostenía temblorosa un puñal en su mano. Aunque no podía saber exactamente el tipo de ceremonia que se disponía a realizar el demonio, había asistido ya a otros rituales de magia negra y brujería y no le costó demasiado comprender que la sangre de la muchacha era el componente principal.

—¡No derrames tu sangre sobre el Libro! —le pidió a Zulema, que le miraba aturdida e indecisa, mientras Ahhotep encolerizado levantaba sus brazos trazando un extraño símbolo cabalístico en el aire y entonando un nuevo hechizo con voz ronca.

El sacerdote sintió cómo bajo sus pies el suelo comenzaba a agitarse. Entre las grandes piedras que componían el enlosado, una sustancia oleaginosa de color oscuro y brillante empezó a filtrarse suavemente. Pronto surgieron múltiples hilos del extraño material que fueron agrupándose hasta formar una infinidad de pequeños cuerpos oscuros, primero informes, pero luego aterradoramente reconocibles como una miríada de sanguijuelas, que empezaron a subir por sus piernas y a cubrir su cuerpo. Los pequeños y sobrenaturales hematófagos comenzaron inmediatamente su labor succionadora y el sacerdote empezó a notar como sus fuerzas desfallecían. Sin permitir que el miedo le paralizase, el padre Elías empezó a entonar una oración mientras intentaba avanzar hacia el padre Alviero, que continuaba a su lado con la vista perdida e inconsciente de lo que ocurría. El anciano, con el cuerpo casi cubierto por completo por las húmedas y voraces sanguijuelas, apoyó sus manos sobre él, utilizando toda la fuerza de su mente

en un intento desesperado por liberar a su pupilo.

9

El padre Alviero, hundido en un confortable olvido, percibió como su mundo silencioso era roto por una llamada implorante. En un primer momento no la reconoció, pero después recordó, para su sorpresa, aquel tono de voz pausado y carismático; era el padre Elías que le llamaba con voz ahogada desde las partes más profundas de su mente. Con el reconocimiento, la consciencia del sacerdote abandonó la confortable trampa de falsa paz en que se hallaba inmersa y la locura se asomó a sus sentidos.

Al despertar, lo primero que vio fue al padre Elías. Estaba arrodillado a su lado, a punto de caer al suelo con el cuerpo completamente cubierto por pequeños seres oscuros que parecían absorber sus fuerzas con rapidez. El anciano rezaba una oración en latín que no reconoció pero, sin saber muy bien por qué, comenzó a repetirla alzando la voz, notando inmediatamente como entre la mente del sacerdote y la suya propia se producía una conexión especial y profunda.

Las pequeñas sanguijuelas, que empezaban ya a cubrir el rostro del anciano, comenzaron a retroceder, al principio lentamente pero luego con rapidez, hasta desmoronarse completamente inmóviles sobre el suelo, convirtiéndose nuevamente en una masa líquida e informe que fue absorbida inmediatamente por la piedra, para desaparecer a continuación como si nunca hubiese existido.

El padre Elías se levantó exhausto, pero satisfecho de comprobar que su pupilo había logrado liberarse con rapidez, ayudándole a anular el hechizo de Ahhotep y demostrando así que no se había equivocado al elegirle.

Frente a ellos, el sacerdote egipcio les observaba atónito. Aún no podía entender como aquellos sacerdotes de una débil religión habían logrado detener sus hechizos y librarse del poder que había logrado arrebatarse al Libro de Toth. Estaba muy cerca de lograr lo que durante milenios había deseado y no podía permitir que aquellos dos hombres lo echasen todo a perder. A su lado, Zulema aún sujetaba el puñal que él le diese, pero continuaba inmóvil incapaz de tomar una decisión. Haciendo acopio de toda su energía, Ahhotep entonó un nuevo hechizo. Esta vez el tono de voz utilizado fue muy bajo, casi un murmullo, como si incluso a él le avergonzase recurrir a aquella fórmula mágica y blasfema.

Los dos sacerdotes católicos se dispusieron a afrontar un nuevo ataque, pero, cuando Ahhotep terminó su plegaria, no pareció ocurrir nada y ambos se miraron sorprendidos.

—¡Hubiese preferido no recurrir a esto! —confesó Ahhotep con una calma escalofriante

—. Pero habéis destruido a mis sirvientes y detenido mis hechizos. Estoy demasiado cerca de mi meta para dejar que lo pongáis todo en peligro. ¡Mi destino es obtener el poder del Libro y nada va a detenerme!

El padre Elías fue el primero en notarlo; un escalofrío recorrió su columna vertebral helando la sangre en sus venas. El padre Alviero, a su lado, respiró profundamente y el anciano supo que él también percibía un peligro letal e inminente. Tras ellos, una bruma informe comenzó a formarse solidificándose con rapidez, mientras una enorme y monstruosa figura surgía de las sombras contemplando a los sorprendidos religiosos en silencio. Su aspecto era aterrador; su cabeza era claramente la de un cocodrilo, pero su torso era más parecido al de un león, dotado de unas enormes zarpas e incluso de una cabellera dorada que cubría sus hombros. Sus patas traseras, sin embargo, carecían de pelo y eran muy cortas terminando en cuatro dedos puntiagudos similares a los de un hipopótamo.

Ahhotep observó fijamente a la bestia, mientras ésta permanecía inmóvil pero en completa tensión, como si se dispusiese a lanzar un ataque mortal en cualquier momento. Incluso él parecía estremecido y fascinado ante la presencia del monstruoso ser.

—Una vez convocada al plano mortal, Ammyt, la Devoradora de los Muertos, no pude volver al Lago de las Llamas hasta cumplir su función devoradora de almas —explicó Ahhotep volviendo su atención de nuevo hacia Zulema—. Ahora sólo el poder del Libro de Toth puede frenarla. Derrama tu sangre, mujer, y completa el ritual y la devolveré a la Duat, pero si te niegas dejaré que se alimente de todos vosotros.

Zulema no podía creer lo que estaba ocurriendo, apenas lograba pensar con claridad. Todo sucedía con demasiada rapidez y, aunque la esperanza había surgido en su corazón cuando vio como los sacerdotes escapar del control de Ahhotep, el poder de mago egipcio no parecía tener límites. Contempló el puñal que sujetaba en su mano y lo acercó a su muñeca derecha. Había olvidado su herencia y no había sido capaz de utilizar lo que su padre la enseñase para enfrentarse a aquel monstruo, pero no podía dejar que las personas que quería muriesen frente a sus ojos sin hacer nada.

—¡No lo hagas! —gritó el padre Elías, al darse cuenta de que la mujer estaba a punto de acceder a la petición del mago —¡Nuestras vidas no importan, su sacrificio no es un precio caro a pagar si evitamos que Ahhotep se haga con el poder del Libro de Toth!

—Se hará con él de todas formas —se lamentó Zulema totalmente derrotada— y sus muertes habrán sido en vano. Su poder es demasiado grande

—¡Eso no es cierto! —exclamó el padre Alviero, haciendo un esfuerzo por ignorar a la bestia devoradora que observaba con atención todos sus movimientos y le impedía acercarse a la

muchacha —. Ahhotep no tiene ningún poder sobre ti.

— No hay nada en mí que me proteja, padre. Tan sólo me ha mantenido viva porque necesita mi sangre para completar el ritual de apertura del Libro y hacerse con todo su poder.

—Si eso fuese cierto, ¿por qué no se apodera de tu mente y te obliga a completar el ritual? —el sacerdote no pudo terminar su argumentación, Ahhotep gritó una orden a la bestia y la brutal quimera se lanzó sobre el padre Alviero, aplastando su cuerpo contra el suelo y colocando sus fauces abiertas sobre su rostro.

—¡Hazlo ya o su corazón será mi primera ofrenda para la Devoradora! —exigió Ahhotep colérico a Zulema.

La mujer tomó una decisión desesperada y, con la última frase del padre Alviero grabada en la mente, se volvió hacia Ahhotep e intentó clavarle el puñal. El brujo esquivó la acometida, pero no pudo evitar que el filo del cuchillo le rasgase el hombro realizando un corte superficial y limpio. Ahhotep gritó de dolor, mientras retrocedía agarrando su brazo con desesperación.

—¡Traidora hija de traidores! —gritó contrayéndose de forma exagerada.

—¿Por qué no me has detenido? —preguntó Zulema empezando a comprender lo que ocurría— Todo el tiempo has intentado manipularme para que me hiriese yo misma, pero la verdad es que no puedes acercarte a mí. ¿No es cierto? ¡No soportas mi contacto y ni siquiera ahora eres capaz de arrebatarme este cuchillo!

Ahhotep miró a la muchacha encolerizado al comprender que había perdido su oportunidad y que ya no conseguiría que completase por sí misma el ritual. Había descubierto el peligro que suponía para él, que su mera proximidad suponía una auténtica agonía para su espíritu y, temía que, de un momento a otro, intentase atacarle de nuevo.

—Todos moriréis por esto aunque tenga que derrumbar cada muro de piedra de este lugar para sepultaros con ellos —la mente de Ahhotep se nubló por la ira y sólo la venganza y la destrucción ocuparon cada rincón de su retorcida alma.

Adrian contempló la escena embargado por una impotencia cómo sólo se había sentido el día que se enteró de la muerte de su padre. No podía evitar que su corazón se desgarrase al ver cómo la mujer que quería ponía en riesgo su vida enfrentándose a un hombre cuyo rostro era el de su propio padre, sin que pudiese hacer nada para evitarlo. Cuando Zulema atacó a Ahhotep, para su vergüenza, no pudo evitar temer por la vida de su padre. Todavía un resquicio de su mente albergaba la esperanza de poder liberarle del demonio que utilizaba su cuerpo. Afortunadamente,

no tuvo tiempo para mayores reflexiones que hubiesen puesto en peligro su cordura. Inesperadamente, las ligaduras sobrenaturales que le mantenían sujeto y amordazado, se disolvieron como si nunca hubiesen existido, y se vio bruscamente arrojado contra el duro suelo de piedra. Con habilidad consiguió amortiguar la caída rodando sobre sí mismo. Lamentablemente, Alexia, que también se vio repentinamente liberada, no tuvo tanta suerte. Al caer, la mujer se golpeó con un arcón de mármol y quedó tendida inconsciente junto a él.

Adrian se incorporó con dificultad, a tiempo de ver como Ahhotep cumplía su amenaza y los muros empezaban a resquebrajarse a su alrededor. Sin tiempo a reaccionar, vio cómo Zulema perdía el equilibrio por los repentinos temblores cayendo al suelo y cómo una lluvia de piedras caía a continuación sobre ella sepultándola, ante la mirada de desprecio y odio del sacerdote egipcio. Adrian corrió hasta donde la muchacha había caído, encontrándola aún consciente, aunque malherida por los cascotes.

—¡Creo que estoy empezando a recordar! —susurró Zulema con dificultad, al ver a Adrian inclinarse sobre ella y comenzar a retirar con ansiedad las piedras y el polvo que la cubrían—. Recuerdo como las casas se desmoronaban a nuestro alrededor...

—No intentes hablar —la interrumpió Adrian besándola con ternura en el rostro—. Voy a sacarte de aquí.

—Recuerdo como Alexia me levantó de la cama y me arrastró fuera de nuestra tienda — continuó ella, ignorando al muchacho como si su mente estuviese muy lejos de allí.

Zulema no pudo terminar la frase, a su lado una columna empezó a desmoronarse y gran trozo de granito cayó junto a ellos. Adrian recibió un profundo corte en un hombro empezando a sangrar profusamente. Desesperado, y consciente de que les quedaba poco tiempo antes de que la tumba se desmoronase por completo sepultándolos a todos en su interior, comenzó a arrastrar a la mujer para intentar resguardarla a los pies del sarcófago, que parecía a salvo de momento de la destrucción reinante.

—¡Cuatro gemas como los cuatro extremos de una cruz! —exclamó Zulema, abriendo los ojos una última vez antes de perder la consciencia definitivamente.

Adrian, desconsolado, pensó que la muchacha deliraba como resultado de las heridas recibidas, pero, tras reflexionar un instante, comprendió que lo que Zulema intentaba era decirle cómo salvar la vida de todos. Con ansiedad, palpó el cuello de la inconsciente mujer hasta encontrar una cadena plateada que desabrochó con precipitación. Adrian suspiró aliviado al ver que Zulema aún llevaba la cruz que tenía desde niña; una reproducción del ankh egipcio que la había acompañado desde que salió de Egipto y que ahora Adrian sospechaba que era mucho más que una cruz antigua.

Al observarla detenidamente, creyó por un momento que se había equivocado. Era una cruz egipcia ordinaria de madera con cuatro esferas de plomo en sus extremos. La examinó con impaciencia hasta encontrar un pequeño saliente plateado en la parte posterior, que hubiese podido pasar por un mero remache o los restos de algún adorno perdido. Lo presionó con fuerza e inmediatamente las cuatro esferas plomizas comenzaron a desplazarse girando sobre sí mismas. En su interior, gemas de un verde intenso brillaban con insultante poder. Adrian estaba contemplando, satisfecho y sorprendido a la vez, los Ojos de Toth.

11

Cuando el padre Alviero vio como Zulema se enfrentaba a Ahhotep al descubrir su verdadero potencial, sintió una profunda satisfacción a pesar de comprender que su muerte era ya inminente. Sabía que, ahora que el sacerdote egipcio frustrado había desatado toda su furia, la bestia situada sobre él, cuyo aliento fétido golpeaba su rostro de forma repulsiva, le devoraría sin remedio. Encomendando su alma a Dios, cerró los ojos y se dispuso a recibir el ataque mortal de aquel ser de rostro reptilisco. Pero la muerte no llegó, por lo que, tras unos instantes de espera infinita, abrió de nuevo los ojos para descubrir que el padre Elías se encontraba sobre él, sujetando con sus propias manos las fauces del monstruoso ser. El padre Alviero apenas podía creer que el anciano pudiese detener el ataque de la bestia sólo con sus manos desnudas, pero al parecer lo estaba consiguiendo. El monstruoso ser mitológico permanecía inmóvil, aparentemente paralizado, mientras el anciano entonaba una plegaria.

—Salga de ahí debajo —le pidió el padre Elías interrumpiendo durante un instante sus rezos—. No podré contener a esta bestia durante mucho más tiempo.

El sacerdote obedeció con rapidez, deslizándose con dificultad entre las garras del extraño animal hasta lograr liberarse por completo de su mortal abrazo.

—¡Ya puede soltarla! —gritó con impaciencia, en cuanto estuvo libre del abrazo del monstruo. A su alrededor no cesaban de llover escombros y el padre Alviero se dio cuenta de que no les quedaba mucho tiempo antes de que toda la tumba se desmoronase con ellos en su interior.

—Me temo que eso no va a ser posible —repuso el anciano con resignación—. Lo que dijo Ahhotep es cierto. Esta bestia es la encargada de devorar el corazón de los hombres que no superan el Juicio de Osiris en el inframundo y no volverá a sus dominios en la Duat hasta que una vida sea devorada.

—Eso es sólo mitología egipcia —protestó el padre Alviero sin comprender lo que el sacerdote quería decir—. No existe más juicio divino que el de Dios. Este monstruo no es más que una creación del poder del Libro de Toth, que Ahhotep ha convocado como lo hizo con las

sanguijuelas que cubrían su cuerpo.

—Es cierto, pero no por eso dejará de cumplir la función para la que ha sido creado, igual que esas sanguijuelas succionaron realmente mi sangre.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó el padre Alviero impotente, al comprender lo desesperado de la situación en que se encontraban.

—Lo que debe hacerse —repuso el padre Elías con rotundidad.

12

Un repentino silencio irrumpió en la sala mientras la destrucción reinante se detenía bruscamente. Sólo la risa de Ahhotep resonaba en la sala mientras una luz, tan potente que les cegó a todos por un instante, iluminaba la estancia. El arca que contenía el Libro de Toth se había elevado en el aire y se encontraba levitando sobre el sarcófago, mientras el sacerdote egipcio, extasiado, entonaba un suave cántico monótono y repetitivo. La tapa dorada se desprendió con un ruido sordo y del interior surgió un rollo de oro puro que se elevó en los aires, desplegándose lentamente. Alrededor del Libro, comenzó a formarse una bruma verdosa que fue poblándose con rapidez de extraños símbolos e inscripciones fosforescentes.

Al contemplar la escena, Adrian comprendió que Ahhotep había logrado de alguna manera la apertura del Libro de Toth. Delante de sus ojos, el sacerdote egipcio se disponía a obtener unos conocimientos que estaban más allá de la comprensión de ningún ser humano, sin que nadie pudiese hacer nada para evitarlo. Consciente de que si el mago lo lograba todos sus esfuerzos habrían sido en vano, Adrian, presa de la desesperación, se arrastró por el suelo hasta localizar entre los escombros el cuchillo que empuñase Zulema para atacar a Ahhotep. Fue entonces cuando vio los rastros de sangre de la muchacha impregnando las piedras y comprendió cómo había logrado Ahhotep completar el ritual. Adrian sujetó el puñal con la misma mano en que llevaba las gemas, notando como una extraña calidez recorría su brazo. Así, armado como relataba la leyenda, se dirigió con precaución hacia Ahhotep. Esperaba que el brujo, que parecía ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor visiblemente embriagado y abrumado por el poder desplegado ante él, no reparase en su presencia, pero se equivocaba.

—¿Pretendes detenerme con un simple puñal mortal? —le interpeló el mago volviéndose hacia él con insolencia—. ¿No comprendes que ya no soy un mero mortal? He trascendido esa triste condición y ahora soy un Dios. Deberías inclinarte con reverencia ante mí, si tienes alguna esperanza de que perdone tu insignificante vida.

Adrian se detuvo indeciso durante unos instantes. No podía evitar seguir sintiéndose

profundamente sobrecogido al ver ante él, el rostro de su padre, envejecido, deformado y retorcido, pero aún perfectamente reconocible.

—¿Está mi padre vivo? —preguntó, acercándose lentamente hasta situarse frente a Ahhotep.

—¡Pobre criatura! Te aferras a vanas esperanzas y sigues sin querer admitir que tu padre nunca salió del autobús que hundí en las aguas —repuso Ahhotep riendo burlonamente—. ¿Es que no te das cuenta de que tu padre murió aquel día y que todo lo ocurrido desde entonces ha sido cuidadosamente planeado por mí?

—¡Mientes! —exclamó Adrian.

—¿Y qué me dices de tu madre? —preguntó Ahhotep provocadoramente—. ¿También crees que enfermó en el momento en que estuve preparado para el ritual de apertura por puro azar?

Adrian intentó controlar la amarga bilis que inundaba su garganta y el odio que nublaba su mente. A pesar de las dudas y temores que aquel diablo intentaba plantar en su mimada alma, no estaba dispuesto a darle la oportunidad de verle perder el control.

—Contesta a una pregunta ¿No hubiese sido todo más sencillo si te hubieses apoderado de mi mente como hiciste con la de Eric? Yo no soy descendiente de Nagada ni tengo ninguna relación con los Guardianes —preguntó Adrian, forzándose a mostrar indiferencia ante las provocaciones del sacerdote egipcio.

—Simplemente me divertías —contestó Ahhotep—. Verte agitarte inútilmente como un pez atrapado en un anzuelo ha sido realmente muy estimulante.

—¡No te creo! —repuso Adrian intuyendo la verdad oculta tras las provocaciones del brujo—. Creo que no podías porque mi padre te lo impedía. La realidad es que nunca has podido vencerle por completo y que mi padre sigue vivo en tu interior, luchando por protegerme incluso ahora. Si no es así, ¿por qué no controlas ahora mi mente?

Adrian se abalanzó sobre Ahhotep que, cogido por sorpresa, se vio apartado violentamente del Libro de Toth y arrojado al suelo. Ahhotep supo de inmediato que algo iba mal; una extraña debilidad se apoderaba de él, impidiéndole librarse del abrazo del muchacho, que le sujetaba contra el suelo dispuesto a descargar sobre él un golpe mortal y definitivo con el puñal que él mismo diese a Zulema. El poder que instantes antes inundaba su ser parecía estar siendo drenado rápidamente de su cuerpo. Asustado, comprendió finalmente lo que estaba sucediendo; Adrian había descubierto la verdadera naturaleza de los Ojos de Toth y los sujetaba en su mano junto al cuchillo, dispuesto a utilizarlos contra él como en su momento hiciese Nagada. Presa del pánico y profundamente encolerizado, comenzó a agitarse haciendo acopio de las fuerzas que le

quedaban para intentar zafarse del abrazo del muchacho, pero un abismo de oscuridad se abrió frente a él.

Adrian sujetó con fuerza el cuerpo, que se debatía presa de convulsiones bajo él. Sabía que no le quedaba más remedio que descargar un golpe mortal con el arma que empuñaba si quería que aquella pesadilla terminase, pero aún se sentía incapaz de hacerlo. Inesperadamente, el cuerpo de Ahhotep se relajó y el fulgor verdoso que envolvía sus rasgos comenzó a desaparecer a medida que sus rasgos se suavizaban.

—¿Papá? —preguntó Adrian con voz trémula.

—¡Adrian! —respondió con dificultad, el hombre que hasta sólo unos instantes antes había sido presa del poder de Ahhotep.

Aunque, siempre había mantenido la esperanza de que estuviese vivo, al comprender que el hombre que le miraba con el brillo de la emoción dibujado en sus ojos era su padre, vivo de nuevo, Adrian no pudo evitar romper a llorar presa de la emoción.

—Sé que te gustaría abrazarme y puedo jurarte que no hay nada en este mundo que me gustase más que poder hacerlo —se lamentó Sir William al notar como su hijo empezaba a aflojar su presa dispuesto a liberarle—. Pero no debes soltarme bajo ningún concepto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Adrian con el temor reflejado en su voz.

—Sólo tenemos unos segundos antes de que Ahhotep recupere las fuerzas suficientes para volver y, si lo hace, no podrás detenerle —la voz de Sir William era ahora clara y fuerte como si estuviese recuperando sus fuerzas con rapidez.

—¡Tengo los Ojos de Toth! —repuso Adrian confuso—. ¡Tiene que haber alguna manera de utilizarlos para sacar a ese monstruo de tu interior para siempre!

—Es demasiado poderoso. Ha abierto el Libro y ni siquiera los Ojos de Toth podrán frenarle durante mucho tiempo.

—¿Qué podemos hacer entonces?

—Sabes lo que hay que hacer. Ahhotep está unido a mí y sólo con la muerte de este cuerpo volverá al limbo del que salió.

—¡No puedes pedirme que haga eso! —protestó Adrian angustiado, al comprender lo que su padre le estaba pidiendo.

—¡Te quiero Adrian y lo daría todo por no tener que pedírtelo! —aseguró Sir William acariciando el rostro de su hijo—. Pero estos años he contemplado el mundo a través de los ojos de un monstruo y he tenido que ver impotente cómo manipulaba tu vida y la de tu madre. Si Ahhotep queda libre, el mal que traerá al mundo será inconcebible. ¡No debes permitir que esto

continúe!

Una fuerte convulsión agitó el cuerpo de Sir William, obligando a Adrian a sujetarle con más fuerza para evitar que se soltase. Su rostro empezó a ensombrecerse y sus rasgos empezaron a brillar con un antinatural fulgor turquesa.

—¡Está volviendo! —gritó Sir William al notar como su espíritu volvía a ser violado por el monstruo agazapado en su interior— ¡Hazlo ahora!

A pesar del terrible precio que todos tendrían que pagar por su debilidad, Adrian no se veía capaz de hacer lo que su padre le pedía. Intentó hacer acopio de toda su voluntad, pero le fallaban las fuerzas. Estaba a punto de desistir, cuando notó como las manos de Sir William aferraban con fuerza la suya propia obligándole a acercar el puñal a su corazón. Adrian sintió cómo, la desesperación dibujada en aquel gesto de su padre, le desgarraba el alma y asumió, con resignación, que aquella era la única manera de liberarle. Gritando de rabia con toda la fuerza de sus pulmones, hundió el puñal en su pecho.

El cuerpo de Sir William empezó a agitarse con fuerza enloquecida, haciendo que Adrian saliese despedido hacia un lado. Su movimiento frenético se mantuvo por unos segundos, como si Ahhotep se aferrase con toda la fuerza de su pervertido espíritu a aquel cuerpo y a aquella vida que no le pertenecía. Finalmente, cesaron las convulsiones y el cuerpo quedó inerte.

Toda la tumba empezó entonces a vibrar, a la vez que El Libro de Toth volvía a enrollarse y regresaba a su arca, cerrándose ésta a continuación y cayendo con estrépito sobre el sarcófago, como si el poder que la animaba regresase a su lugar de procedencia con ferocidad. Poco a poco, como en una cinta que se rebobina ante sus atónitos ojos, la estancia comenzó a recuperar el que debió ser su aspecto original. Paulatinamente las paredes y objetos de la sala se recompusieron para recuperar su brillo inicial primero y deteriorarse después de nuevo. Las pinturas y grabados perdieron su esplendor y se desdibujaron, a la vez que las paredes se ennegrecían por los efectos de un fuego invisible. Cuando la transformación cesó, la sala era tal y como Alexia se la había descrito y tal y como Sir William Cavendish y Fray Cariglia debieron encontrarla en su primera visita.

En un extremo de la sala, la bestia invocada por Ahhotep, que había mantenido al padre Elías atrapado amenazando con llevarse su vida de forma inexorable, comenzó a retroceder lentamente para fundirse con las sombras y desaparecer a continuación como si nunca hubiese existido.

—¡Gracias a Dios! —exclamó aliviado el padre Alviero, al ver como el anciano quedaba libre de la amenaza del monstruo—. Por una vez se equivocaba, padre. Al final Ammyt ha desaparecido al morir Ahhotep sin devorar ninguna vida.

—¡Ojalá me hubiese equivocado! —se lamentó el padre Elías con resignación, ante la mirada confundida de su pupilo.

Antes de poder explicarse mejor, el sacerdote lanzó un grito de dolor agarrándose con fuerza el pecho, del que comenzó a manar profusamente la sangre. Una horrible herida de una garra monstruosa apareció en su pecho e, incapaz de mantenerse en pie, cayó al suelo ante la mirada horrorizada del padre Alviero, que asustado acudió inmediatamente para ayudarlo a recostarse en el suelo e intentar frenar la hemorragia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el padre Alviero angustiado, al ver como sus manos se empapaban de la sangre del sacerdote y como su rostro adquiriría rápidamente una palidez mortal.

—¡No se lamente, padre, era inevitable! —repuso el padre Elías con dificultad— Ammyt no podía volver al inframundo hasta cumplir su misión. La muerte de Ahhotep sólo ha precipitado lo que debía ocurrir. Pero no debe preocuparse, llega un momento en que los hombres como nosotros debemos hacer el máximo sacrificio para impedir que el maligno triunfe y yo lo hago con gusto, igual que usted mismo lo hará cuando llegue el momento.

—¡Aguante!... ¡Conseguiremos ayuda! —gritó asustado el padre Alviero, empujando con todas sus fuerzas sus manos contra la herida abierta, en un intento desesperado por frenar la brutal hemorragia.

—Es inútil —protestó el padre Elías, con la voz ronca y la respiración cada vez más dificultosa, esbozando una amarga sonrisa a su pupilo—. Le ruego que me prepare.

El padre Alviero contempló un instante al sacerdote; un hombre del que había aprendido a hablar con temor y reverencia cuando se formaba en el seno de la Iglesia y que, ahora, se mostraba frente a él como un anciano frágil que necesitaba su ayuda en el momento del tránsito al Reino de Dios. Reprimiendo las lágrimas que embotaban su pecho, miró hacia el cielo implorante y se dispuso a administrarle la Extremaunción.

EPÍLOGO

Hospital Internacional As—Salam (El Cairo)

Eric se encontraba sentado en su cama. Las costillas ya no le molestaban tanto como en los últimos días y empezaba a recuperar el apetito. La puerta se abrió y Adrian entró en la habitación acompañado de Zulema.

—¡Parece que ya estás recuperado! —exclamó Adrian contento de ver a su amigo incorporado.

—Vosotros también tenéis buen aspecto —repuso Eric señalando los múltiples cortes y heridas del rostro de Zulema y el cabestrillo de Adrian.

—Lo nuestro fueron sólo meros rasguños, pero lo tuyo fue peor. Tenías una hemorragia interna y estuviste a punto de dejarnos —exclamó Zulema, acercándose hasta él y dándole un beso, cargado de afecto, en la mejilla—. No sabes cuánto me alegro de que te empeñases en acompañarnos. Si no llega a ser por ti, no lo hubiésemos logrado. Arriesgaste la vida para salvarnos a todos.

—Todos la arriesgamos y algunos... la perdieron —se lamentó Eric, recordando especialmente al padre Elías al que, en sus pocos días de cautiverio juntos, había llegado a apreciar con sinceridad—. Lo único que siento de verdad de lo ocurrido es que al final no pudiésemos salvar a tu padre, Adrian.

—Claro que lo salvamos —repuso Adrian, sin poder disimular cierto temblor emocionado en su voz—. Le libramos de ese demonio y además tuve la oportunidad de despedirme de él.

—¿Y ahora qué pensáis hacer? —preguntó Eric, sin querer ahondar en lo sucedido, consciente de que a su amigo aún le costaría mucho tiempo poder asimilar lo sucedido —¿Os quedaréis en El Cairo ahora que Zulema ya ha recuperado todos sus recuerdos?

—No exactamente —contestó la mujer esbozando una sonrisa cómplice a Adrian—. El Círculo Octogonus se ha hecho cargo de la vigilancia de la tumba de Toth con la ayuda de los Guardianes, y he dejado los Ojos de Toth al cuidado de Alexia, así que Adrian y yo le hemos pedido al padre Alviero que haga algo por nosotros.

—¿De veras?

—¡Zulema y yo nos casaremos en Londres el mes que viene! —explicó Adrian suspirando con satisfacción— Y, naturalmente, tienes que recuperarte deprisa para estar allí como padrino.

—¡Eso está hecho! —exclamó Eric abrazando con alegría a los Cavendish— Pero con una condición.

—¿Una condición? —preguntó Zulema confundida.

— Por mucho que insistáis, no pienso acompañaros a la luna de miel. No volváis a contar conmigo para viajes familiares, creo que he tenido suficiente con uno —aseguró Eric con seriedad, haciendo que todos comenzasen a reír.

El Vaticano

El padre Alviero avanzó por el pasillo con andar pausado. El suelo encerado le devolvió su rostro increíblemente cambiando desde la última vez que estuvo allí. Sus ojos habían adquirido un brillo mortecino y estaban rodeados por profundas arrugas de expresión. Su pelo seguía siendo rizado y corto, pero se había vuelto completamente blanco. Incluso su piel se había avejentado de forma apreciable. Ahora sabía muy bien cuál era el precio a pagar por las misiones del Círculo.

Cuando llegó frente a las puertas de roble que conocía bien, observó por un instante a los soldados de la guardia vaticana mientras éstos levantaban sus alabardas para dejarle entrar, y en su rostro creyó ver cierto temor reverencial. Con ironía observó como ahora ya no le parecía en absoluto paradójico que hombres armados guardasen los lugares sagrados.

Nada más entrar en la estancia, el sacerdote acudió inmediatamente a besar el anillo cardenalicio del hombre que le esperaba impaciente en el interior.

—La Iglesia estará siempre en deuda con usted por lo que ha hecho en El Cairo —le felicitó efusivamente el cardenal—. El Santo Padre me ha pedido que le trasmita su agradecimiento.

—Gracias Eminencia, pero debería ser el padre Elías quien recibiese su homenaje —protestó con suavidad el sacerdote—. Fue él quien dio la vida para impedir que Ahhotep se hiciese con el poder de la Fuente.

—Le aseguro que siempre tendrá el agradecimiento de todos nosotros por lo que hizo —repuso el cardenal con sinceridad—. Pero tiene que comprender que, de cara a la Santa Madre Iglesia, el padre Elías no ha muerto en Egipto.

—¿Qué quiere decir? —preguntó confundido el padre Alviero—. Deberíamos iniciar un proceso de beatificación de forma inmediata. Es un hombre santo que ha dado su vida por el

pueblo de Dios. ¡No podemos dejar que caiga en el olvido!

—Usted no lo entiende, padre —le interrumpió con rotundidad el cardenal—. Los hombres como el padre Elías no pueden ser beatificados porque no sólo ofrecen su vida al servicio de Dios, sino que utilizan y entran en contacto con entidades y poderes procedentes del maligno.

—¡Pero lo hacen al servicio de la obra del Señor! —exclamó el padre Alviero con indignación.

—Y por ello serán recompensados con un lugar privilegiado en el Reino de los Cielos. No le quepa duda, padre.

—Entonces ¿dejarán que caiga en el olvido?

—¡De ninguna manera! —aseguró con rotundidad el religioso, mientras abría uno de los cajones de su escritorio con impaciencia y buscaba algo en su interior— Al padre Elías no se le puede olvidar nunca porque su labor no finaliza jamás.

El cardenal encontró por fin lo que estaba buscando y se lo entregó con solemnidad al padre Alviero.

—Supongo que lo reconoce.

—Es el antiguo rosario de plata del padre Elías —repuso el padre Alviero-, el mismo que utilizó Eric, el amigo de los Cavendish, para sacarle de su trance.

—No es un simple rosario, tiene más de quinientos años de antigüedad y es depositario de una larga tradición. Pasa de una generación a otra y su portador es siempre el encargado del Círculo Octogonus. De ahí su poderosa carga espiritual —explicó no sin cierta emoción el religioso—. Ahora es suyo.

—¿Me está pidiendo que me haga cargo del Círculo en lugar del padre Elías? —preguntó el sacerdote conmocionado.

—No sólo eso. Lo que le estoy diciendo es que en la Iglesia siempre debe haber un padre Elías y le estoy pidiendo que, a partir de ahora, lo sea usted. Le aseguré que no habrá mejor homenaje para su mentor que continuar con su obra en su nombre, tal y como él lo hizo con sus antecesores —explicó el cardenal con expectación, consciente del sacrificio que le estaba pidiendo a aquel joven sacerdote—. Si acepta, debe comprender que tendrá una larga y difícil labor por delante. Quizá la más desagradable e ingrata tarea a la que un hombre de Dios pueda entregarse. ¿Está dispuesto a afrontarla, padre Elías?

El sacerdote acarició con delicadeza la joya plateada y sintió como un hormiguo de poder acariciaba sus manos y su mente. Con un suspiro cogió el collar y lo puso alrededor de su cuello.

—¡Estoy dispuesto Su Eminencia! —respondió con emoción, sintiendo como un nudo se

formaba en su garganta, al recordar el rostro del anciano que había dado su vida por él y cuyo espíritu percibía ahora satisfecho en su interior.

En algún lugar perdido en las profundidades del desierto...

El Libro de Toth se agitó con fuerza y, por un momento, la caja dorada que lo contenía, sellada con brillantes esmeraldas, brilló con intensidad llenando la oscura y silenciosa estancia con un fulgor verdoso y repulsivo.

Agradecimientos

Quiero agradeceros que hayáis leído “El Libro de Toth” y espero que hayáis disfrutado tanto con su lectura como yo lo hice con su escritura. Como escritor me encantaría conocer vuestras opiniones sobre la obra, así que animaos y dejad un comentario aquí en Amazón, e vuestras webs o en cualquiera de las direcciones de contacto que os dejo a continuación:

Web personal y blog: www.jcboiza.com

Email: jcboiza@gmail.com

Facebook ([juancarlos.boizalopez](https://www.facebook.com/juancarlos.boizalopez))

Twitter ([@JCBoiza](https://twitter.com/JCBoiza))

Sobre el autor

Juan Carlos Boíza López (Madrid, 1969). Titulado en Ingeniería Técnica de Telecomunicaciones y Técnico en aplicaciones multimedia, ha desarrollado su carrera profesional principalmente en el campo del diseño gráfico, que compagina con su faceta de escritor. Dirigió el portal de literatura EscritoresLibres.com y es fundador, y director de la revista digital Más Literatura, en la que participó, además como articulista. Ha colaborado en diversas publicaciones digitales entre las que destacan Espectadores.net y Espaciolibros.com entre otros.

Su primera obra fue la novela “*Síndone*”, cuya publicación le permitió colaborar en la revista Más Allá con el artículo “*¿Es la Sábana Santa el Santo Grial?*”. Ha sido entrevistado por el periodista Pedro Riba en su programa de radio *Luces en la Oscuridad* de *Punto Radio*. Es autor de diversos relatos cortos, con los que ha participado en las antologías de cuentos sin ánimo de lucro “*Cuentos Solidarios 2008 - Los Gestos del Suicida*”, “*Cuentos Solidarios 2009 - La Curiosidad del Gato*” y “*Cuentos Solidarios 2019 - Líneas sin Sombra*”.

www.jcboiza.com